ORIGINAL

DE

FRUTOS DE MI TIERRA

POR TOMAS CARRASQUILLA.

EL TERCER PISO
BIBLIOTECA
SANTO-DOMINGO

Regalo del autor
Dbre 26 de 1896

1

EL TERCER PISO
BIBLIOTECA
SANTO-DOMINGO

[illegible] la puerta que comunica el cuarto del zaguán con el corredor del patio, salió [illegible] Alzate en camisa interior y ~~[illegible]~~ arrastrando [illegible] desgonzadamente las [illegible] las chancletas de tapiz.

—¡Nieves! ¡Nievecitas! —gritó [illegible] [illegible] la incomodidad.

—¡Ay! [illegible] —contestan de adentro.

Agustín se paseó, resoplando y rascándose [illegible] por [illegible] unos alhajitas y [illegible] apareció [illegible] anémica, medio gibada, delgaducha [illegible] pelo ralo, cara que [illegible] [illegible] tener [illegible] [illegible]; y que parecía vieja y jovencita a la vez, vestida [illegible] [illegible] distraída, fue cual traía una taza de café.

—¡No te he mandado [illegible]! —berrió él, en cuanto la vio, con ojos [illegible] y [illegible]—. ¿No te tengo dicho que no me dejés entrar las [illegible] a mi cuarto?

—¡Hermano! —exclamó Nieves—. ¿Dónde es en [illegible] eso?

—¿De dónde?... ¡Bení [illegible]!

—¡Mi palabra, hermano!... ¡Mi palabra! Yo misma [illegible] [illegible] cuarto... ¡y nadie [illegible]!

—Y entonces, ¿por qué está todo [illegible] de basura y a [illegible]?

—[illegible] hermano, porque [illegible] mi tía Bernabela han dentrao.

—Sí entraron, porque una [illegible]

parche de tizne!... Ves que vos no te labás
las manos?
—Cómo no, hermano! — Vea — dijo mostrándole la
mano de la que tenía libre.
—No te las labás, cochina! — replicó él, sin de-
jar por eso me empuercaste toda la cama!
—Vea hermano: ese tiznao será de esa cosa...
—Tal vez eso que usté se unta en el pelo...
—Ah, bestia!... Quién te lo estaba preguntan-
do?... Echacá! — y le arrebató la taza de
café, derramando un poco.
—Gasss! Esto es una porquería! dijo, en cuan-
to se echó el primer trago. Esto está hirviendo!
Sos más gebatosa!
—¡Hermano, por Dios! — Pero si usté lo toma
luego siempre!... Si yo no le senti hirviendo!
Y le recibió la taza y la probó.
—Desaseada! — gritó él — No te tengo dicho
que no me probés mis comidas!... Sobra
tuya será lo que me traés todos los días
—¡Virgen Santa, hermano!... Usté sí que
para cosas!... Mea visto, pues, que yo lo
he todo aparte?... Y como no lo quiso, por
eso lo probé... y humao nos...
—¡Quitate de mi vista!
—Y qué le parece, hermano, que ahora voy
a tray más leche para le más café... Quiere cho-
colate, pues?
—Nó! No quiero nada! Voy a ir al hotel a ver... Me
boy pa un hotel con qué desayunarme!; pues
ya no se hace nada limpio en esta maldita casa! bastante ha tomé-
ma!! ¡Ya se ve: ni cama limpia para dormir
se le ponen á uno!
Nieves salió con las lágrimas en los ojos.
¡Bien echá! — gritó el hermano — ¡ bribona

llevan esas manos pa que me traigás a
quitar esas indesencias de la cama!...
Anoche no pude dormir con la hedion-
tina!... Y mirá!: si bueblbo á encon-
trar esos parches... ya sabés!
El señor, pisando y resoplando muy
recio, volvió á su cuarto.
Eran las cinco y media de la mañana
y Agustín abrió los cristales de los pos-
tigos, y la luz, filtrándose por el encaje
blanco de las cortinas, alumbró la estancia.
Era ésta espaciosa y alta; el cielo raso lo
quísimo, con uno á manera de quinqué, de
pantalla opaca y con ... labrados de cris-
tal; cubiertas las paredes con papel
de afelpadas floronas y filetes dorados,
sobre las cuales y adornadas con grandes
oleografías, en marcos de ... madera
dura, dorada también, y que representan
á los soberanos de Italia y á unos frai-
les alegres que paladean sendas copas de
lo añejo. La cama, colocada al propio
frente de la puerta del zaguán, con la ca-
becera arrimada á la pared, en medio
de dos cómodas gemelas y con la mesita de
noche á la derecha, parece una mamá ro-
deada de sus hijos: las cuatro son de co-
nocido crespo, buena hechura, hacen flux y
ostentan el testero á el lado de la calle. Lo o-
cupa una tarima — turquesa que llama-
mos por aquí — vestida de lana verde con
cojines de lo mismo, sobre la cual están los
blancos de la cama, las almohadones y el
rollo aburcado con cintas en las puntas, todo
de lino y botines, y muy bien puesto y en

...rradito; pues estos trebejos, ~~en~~ como no sea para emperejilar las camas, ...

...el lindero del zaguán, sigue un escaparate de perchas, muy grande y mejor trabajado, después la puerta; y luego el lavabo que tiene, fuera de lo necesario, bien de cuanto Dios hay, ... en frascos, tarros, botes y cepillos; dos ... redoras de pinos, y una mesa redonda, ... un reloj pequeño de bronce, sobre una ... ...oda y un frutero de camargo sobre la otra, completan el mobiliario, el cual se asienta sobre ~~un~~ tapiz de cáñamo, de fondo oscuro á listones rojos y verdusgos.

Nada que huela á libro, ni á imprenta, ni á recado de escribir; ~~se ve por ahí;~~ ~~pero~~ Pulcritud, simetría y brillo, eso sí, por todas partes.

Agustín vierte la jarra de porcelana ... en la taza idem de idem, y, con muchos estrepitos, jabonaduras y pujidos, ~~y~~ ... derramar gota, se echa un lavatorio; Después de bien enjuagado, espuma el jabón, saca de un cajoncito las navajas, se ~~echa~~ da unos brochazos por la cara, infla el cachete, y, la navaja cayendo, la esponja secando, pronto está aquel rostro como repulido con papel de lija; Seca y asienta con sumo cuidado la herramienta, y cada cosa en su estuche vuelve al cajón á alinearse, con la distancia y paralelismo que en todo usa Agustín. ~~Ahora princi...~~ ~~pia la operación seria~~: De otro cajoncito saca unas tenazas, con aforros de papel plateado, la dentadura de carey se mete por la cerrada y nueva greña; la tenaza aquella va pasando, va pasando, con mucha maestría, por encima del lomo del ..., y el ... se encrespa y relumbra.

Cuando Agustín considera que todo está parejo, toma otro peine, se aparta un tantico, se planta ante el espejo, guiña un ojo, y á la propia mitad se abre la carrera, no muy blanca que se diga; peina á lado y lado de para abajo, luego ataca de para arriba, y los copetes quedan como ... cados á pulso; siguen ~~después~~ perilla y bigote, con pinturas, acertado y atusamiento. Primero faltaría el sol que esta operación ~~diariamente~~ cada mañana.

Como era día de arreglar el almacén, había de ponerse vestido que viniera al caso, ~~no que...~~ ~~...~~; y, al efecto sacó del escaparate un terno, color de alcarraba, ~~de~~ listados diagonales más claros, y de saco á la d'Orsay; pues Agustín no usó nunca ~~frac~~ sino pieza de entalle y faldas.

Después de vestido, con muchos estirados de camisa y apretamientos de hebillas y brandas, guardó los pantalones que cambió (que eran los que se levantaba ~~pantalones~~), les afiló el doblez á los que se ha puesto; cerró bien cómodas y escaparate, alineó y ordenó ~~arregla~~ los cachivaches del lavabo; se cepilló y se echó pestorejos y sopladas y allá; dió cuerda al reloj de oro; y, después de ponerse el brillante sombrero de copa, y bastón en mano, se dió el último perfil ante el espejo.

Una vez en el corredor, gritó con bronca voz de mando:

¡Nicolasa, cámine arreglá esto!

¡Ayá voy, hermano!

Tomó el portante, camino de sus almacenes.

¡Tendría que ver que en un departamento ...

de Colombia y la demócrata, tributa ¡algún día un aire de realeza!
Pues es que Agustín Alzate tiene una fisonomía, un sacudimiento de cabeza, un modo, un repecharse, unos contoneos, y sobretodo, un pendoleo de brazos, un andar y unos... ¡tán dinásticos!
Y luego que el cuerpo le ayuda: Es alto como un granadero; cenceño como un venado; el ojo pardo y saltón; largo el pescuezo; su nariz medio corta, y ensanchada á toda hora, y los ollares abiertos filtrando malos olores. La boca desdeñosa; dientes montados en oro; bigotes á la Napoleon III; estirina la color; la piel acartonada y rugosilla. Destellos de azabache lanzan sus becerrunos calzados; á su ropa, flamante siempre, ni leve pelusilla se le pega, ni átomos de polvo la empaña; su camisa, que es la última expresión del aseo, parece tallada de puro tieso; gasta en sus palabras la concisión de los magnates; no céde la acera al más pintado, echa á codazos al que se la disputa, y se pasa á la opuesta por no darla á las señoras; no saluda á nadie, ni á pocos, y eso con mala cara, y no tiene más relaciones que las comerciales; ~~[illegible] lo llaman Agusto~~; no fuma; llueva que truene, se baña á las cuatro; ~~y es tenido en Medellín como modelo de buena conducta, de lo juicidad y amor al trabajo~~. en su casa lo llaman et.
Nieves entró á la pieza, armada de la escoba de esparto para barrer paredes, del cepillo encabado para escobillar el tapiz y del trapo sacudidor. Aunque no había para qué, sacudió por los rincones y por detrás de los cuadros; cepilló luego hasta sacar la lanzadera al comedor; y por sí ó por no, pasó el trapo por las cubiertas de hule de las cómodas y mesa; agitó el mobiliario y las ventanas; y, por último, sopló el lavabo y estregó la gran luna del espejo, sin tocar una sola de las menudencias, porque le estaba prohibido.
—¿Hoy como que amaneció el cónsul con el gúebo? —preguntó la voz chillona y áspera de una mujer que entraba.
—Sí, Mi[illegible]: hoy tá con la bena —contestó Nieves.
—¡De la cama le oí los bramidos!... ¿Y qué fue lo que le acontesió?
—Pues nada, olita! Que disque las alumbradas tán susias... y que no durmió por eso; y de brabo determinó que'l cafe estaba [illegible]. ¡Ave María!... ¡Es qués tan trabajoso!
—¡Y vos tan ovejas que te tás dejando prive destos demonios!... Te tratan peor que a mí ¡qués cuánto se puede desir!... y no te bale: ¡mientras más te cargan, más te les agachás!
—¿Pero yo que voy haser, olita?... Si le contesto á mi hermano, más brabo se pone... ¿Y qué saco con eso?... Mi hermana también es trabajosa á ratos... pero, masque tienen sus cosas malucas, ellos siempre son formales con nosotras.
—¡No te digo, ala! —repuso [illegible] furiosa— ¡Si vos sos un tronco é carne, con ojos!... ¡Mostráme á ver cuál es la formalidá! Bamos á ver ~~Mostrámela~~?... ¡Nos [illegible] como perros! ¡Nos tratan como ~~bravos~~ pisados y haciendo adamanes de machos que les seamos de sus hijas!... ¡esés la formalidá que les tengo encontrado... ¡A mí me tienen tán p

tás tan desesperada estos malditos!

—¡Ave María, Minita! ¡Usted sí!...

—¿Vos quisistrá esa vas á decir, almácitaza? ¡Si vos tenés la culpa de todo!...

Nieves no replicó; porque sabía que Mina —diminutivo tierno de Belarmina— en tocando este punto, ya no estaba en sus cabales.

Era la señorita Belarmina larga, huesosa y alambrada; tenía los brazos nudosos como viejos tiesos; los hombros encaramados y contraído el pecho; la cara angulosa y picantada; chapas pintadas, ojazos profundos de mirar cortante, nariz pico de loro, boca hundida, dientes calzados con amalgama, voz como graznido y genio indómito y flechudo.

La mamona de que tratamos, vestía traje de muselina que fué negra, muy raído, y roto por los codos, calzaba chinelas de paño no muy nuevas, y como se agitaba tanto, parecía una gallinaza en riña.

La cual, viendo el silencio de Nieves, exclama

—¡Bien haces en fruncirte el pico, animal! Ya se ve: ¿vos qué?... ¡Pa vos lo mismo es, con tal que les lambás el plato!

Tampoco contestó, y Mina agregó á poco.

—¡Valiente vida!... No sé cual me tiene más tica, si el viejo ó la bayona!... ¡Ayá verés!: hoy es el día de las hayas con el ministe; aya verés quel consul nos ba trazar... ¡Es decir! ¡Ni las cosineras!... porque las cosineras, el día que se aburren, se largan!...

En el corredor se oyó un ruido entre carraspeo y tos, y luego crujido de faldas, y pisadas; la despechada Mina tan cuanto lo oyó, puso punto en boca y salió apresurada, á tiempo que una señora entraba al cuarto.

—Nieves, —dice ésta, con tono reposado— apenas concluyas aquí, prepárate á arreglar la sala y quita las fundas, porque mañana me dijo mi tía Chepa que venía...

—Bueno, hermana —contestó Nieves muy humilde, y á la vez que alisaba el tendido de la cama y formando bien las esquinas de los colchones, según el expreso mandato de Agustín.

—¡Hácelo bien la puntica!... si no te come aquí... —dice la señora muy sonreída al ver el cuidado que Nieves empleaba en la operación.

—¡Fíjense sumerce ¿de descontento!... —contestó ésta, alzando la cabeza y como iluminada de repentina alegría.

No era para menos; que estaba temiendo que su hermana se levantara también "de genio" como las otras; ¡pues cuando esto sucedía, que no era pocas veces, quedaba esta alma de Dios á tres [illegible]

La señora se dirigió al corredor de la cocina en busca del chocolate.

Por lo gordota, cachetuda y campante, bien se conocía que la señora "vendía al contado": el talle corto, rollizo y papujado, lo ceñía un saco de linón blanco con golas de franja y lentejas caladas; desde el remeneante y altísimo caderamen pendía y se desparramaba en amplios pliegues una falda de lanilla azul fuerte, bajo la cual se agitaba un torbellino de almidonados trapos; los brazos molledos y tronchos remataban en mano pompa, con muchas sortijas. Era el rostro pintoresco en sumo grado: de la papada al remate de la frente y de oreja á oreja

...capa heroica de blanquete; en cada ma-
...te encendido parche ~~de carmín~~, ~~á este~~ ex-
...mpre rojo; arribita del labio superior y á la
izquierda un lunar de relieve con pelos; ce-
jas abundantes muy bien engrasadas; ojos ~~ízaneos~~
~~pardos~~ y negros, ~~ízaneos~~ rasgados, llenos de juventud, que lo
mismo se encharcan, que chispean, por un quíta-
me allá esas pajas; nariz chata y bronca; la-
bios gruesos, hendido el superior, y que, á pocos
más, dejan ver unos dientes amarillentos, muy
bien conservados y parejos. 2º Lustrado con be-
tún de Macón parece el cabello, ~~el~~ que se
arriza adelante á lo Asuntta Mazetti, se
atrinca, junto á las orejas en dos trenzas, pa-
ra cruzarse ~~atrás~~ en abullada ~~una~~ moña, ~~abullada~~
llena de enredos de pelo y ~~asegurada~~ con una pei-
neta cartagenera que, en letricas de oro, reza:
"Filomena Alzate." 1º Abajo de la garganta, tie-
ne una morrito de grasa, una sarta de
corales chamizudos en la llena garganta;
dos sortijas de pelo — de esas que llaman
cachacos — ~~en~~ cada ~~dedo~~, y ~~unos~~ zarcillos de
pensamiento con centro de piedra.
Con el último trago del desayuno, se le-
vantó Filomena y sacó del bolsillo del traje
un portamonedas de mallas de acero.
Tomá, ole. — dijo dirigiéndose á Mina y
poniéndole en la mano, según iba enume-
rando: Los tres riales pal misté de Agusto;
dos riales pa los güebos....
Y que tanto para lo uno y que cuánto para
lo otro y que un real para aguacates, has-
ta completar veinte.
— ¡Con esto no ~~alcanza~~! — objetó Mina — Hoy
hay que comprar de todo —
— Pues ai tenemos dos riales!

— ¡Tampoco alcanza: todo está muy caro!
— Pues usté berá como hace; pero más no
le doy... ¡Imposible resistir un platal to-
los días!...
Pues berá que no alcanza!
— Y cómo á Niebes si le alcanza?
— ¡Es que esta semana tá más caro todo!
— ¡Aunque esté!
Y sin más replicar, ~~salió~~ volviose Filomena remene-
dose, ~~se~~ envolvió en el "pañolón de abrigo!" ~~apizarrado~~ de una
guarda encendida, ~~de eso que llaman de
abrigo~~, y, contoneo va y contoneo viene, to-
mó la calle; pues la señora era comer-
cianta, o cosa así.
Ella que ~~sale~~ afuera y Mina que corre
al cuarto y exclamando:
— ¡Ve las cosas de aquella hambreciita! — y
tiró el dinero sobre la cama — ¡Desque ni
dizque los veinte riales pa ver hoy el mer-
cao!... ¡Y vos tenés la culpa, so atem-
da... porque ~~ese~~ te ponés á tasale el
chimbo á estas lambrañas!... ~~á esta~~ ~~uno~~
— Bea, Minita: no se confunda! ~~por eso~~
Cómprele á ellos sus cosas, y aunque co-
mos nosotros cualquier cosa....
— ¡Eso es lo que más injuria me dá! —
chilló Belarmina, cogiendo y tirando á la
otra del pelo — ¡Esta... animal de cuatro
orejas!... ¡Cómo los tenga bien jartos, aun-
que nosotros ~~quedemos~~ vivamos muertos de ham-
bre... Ai te dejo tus beinte riales pa que
hagás bos el milagro!...
— Sí, Minita: no se noje por eso! ¿No le
dicho, pues, que yo le despacho á Carmen,
maque no sea semanera? Báyase t...

-ila para su costura.
Nada tranquila que salió.
Por orden superior, emanada de Agustó, las dos
hermanas alternaban por semanas, el desem-
peño de la casa, tocándole á la una arreglo
y aseo, y á la otra la cuestión comida, y des-
pachar lo último llamaban ellas ser sema-
nera; pero casi siempre Nieves dirigía todo,
si bien María era la responsable en su se-
mana por periodo respectivo.
Luego que el cuarto de Agustín que-
dó como unas platas, salió Nieves para la des-
pensa, donde, ayudada de un puñado de maiz,
que era su Aritmetica, ajustó con Cármen el
negocio del mercado.
En seguida se espió el peltre á todo correr, y
medio se lavó; y, con los utiles del caso, de-
jando en la puerta las alpargatas para no ensuciar el ta-
piz, entró á la sala.
La cual se abría los domingos, sin que la
viesen más que los que asomaban por la ven-
tana y doña Chepa Miranda, única per-
sona que visitaba la casa.
Tiene la sala dos ventanas á la calle, una
puerta á la pieza que tan impropiamente lla-
mamos antesala, y la de entra-
da, las cuatro con cortinas caladas, de dibu-
jos color de caladitos y fondo granate, colgadas de cor-
nicillas de latón dorado, con relieves, y recogidas
en ganchos de margaritas de losa y atadas con cordo-
nes rematados en borlas; el cielo raso con pi-
ntados tres rosetones de estuco, pegados en bambas
[illegible]; papel apretado con arabescos
de oro; un juego compuesto de doce silletas, dos
sillas y dos divanes, de madera negra y acolchados

de seda encarnada; cuatro consolas, tam-
bién negras, asimismo, de ictó-cidas propias y calco-
grafías de japonacos y nidos; correspondien-
do á cada una y ligeramente inclinado un
cfas en espejo oval, de una vara de altura en
marco gordo, dorado y copetudo; En el centro
mesa oblonga, parecida de las consolas; papel
añadido en cuatro trozos y medio afelpado, en
medallones rojos y festones de flores. Todo
nuevo, y puesto á cadas y escuadra, con
esa orden con esa afectación, que quita a
los muebles su lenguaje, y da á las habita-
ciones cierto aire de muerte.
Ocho divinidades olímpicas de yeso, conver-
tidas en vallarma, adornan las consolas.
"Pues no ve? Agustó que fué á comprar esos
monicongos tan indecentes" y á Filomena
le dió tanta vergüenza que tuvo les puso enaguas
de pericalina rosada y blancas gorgueras de
linón, ¡Bonita es ella para desnudeces, ni
pas! En medio de cada par de diosas, se le
vanta de extra jardinera de porcelana, un pe-
ño cómico de camarga, con pinturas de car-
mín, ocre y verdacho, fabricado por Agus-
tín y Nieves; sobre la mesa central otro
altísimo del mismo material e igual pro-
cedencia. ¡Cuidado no los pisotén la cria de
bichos disecados que están pendiditos en los
ganchos del cortinaje de la antesala!
Pasó Nieves á esta pieza. De Dios y su
pá ayuda se habia menester para sacudir y or-
nar aquello: dos mesas y una cómoda atesta-
das: cofrecitos de conchas, perritos de losa,
platicos de cristalería, copas, florerillos, ca-
nastillas de perfumería y otras cosas cosi-

más.
Todos los prodigios de la paja de trigo, de la [illegible], del [illegible], enmarcando [illegible], formando los más extraños caprichos, se andan por ahí en las paredes. Cocas de huevo, forradas en [illegible] en muñequitos recortados y unidos en [illegible] no, también hay; y canastillas de la Emulsión de Scott, de á cuatro ó cinco [illegible] también, [illegible] de [illegible] emulsión.

En el centro de todo ~~esto~~, como cometa en estrellado firmamento, se destaca, allá sobre la cómoda, la vera efigie de Agustín, de tamaño natural, y á medio cuerpo: la valiente brocha de Palomino lo representó sentado, en actitud pensativa: la siniestra mano empuña el bastón, mientras la diestra, cuyo codo se apoya en mesita tendida de damasco carmesí, sostiene, á lo Julio Arboleda, la egregia cabeza, y luce la gran sortija de esmeralda; del escotado chaleco pende, en majestuosa onda, la leontina que le costó á Agustín trescientos pesos.
En el costurero, donde jamás se cose, bajo un forro de lana, [illegible] continúan la Emulsión y la paja: esteras de ~~[illegible] de Antioquia~~ antioqueñas, unidas con trenzas; par de [illegible], de percal rojo, con sus respectivos cojines; taburetes de paquete pintados, con grabado de á ~~[illegible]~~ [illegible] reales docena, que ~~[illegible]~~ reproducen la historia de Colón; almohadillas-dormilonas, que dormimos aquí, suspendidas de tres cordones, á dos metros de altura, penden en ringleras, acompañadas de unas muñecas, asegundadas del [illegible]; una jaula verde con canario, cuelga de la puerta-ventana; crochet en los asientos, crochet en los cojines, crochet en las dormilonas.
[illegible] después el cuarto de Filomena, que es ~~muy~~ [illegible]; luego el de Mina y Nieves, con camitas de

[illegible], tendidas con colchas de muestrario de percal; un San Antoñito pesebrero, y una Dolorosa á la cabecera de Nieves; dos baúles, y unos [illegible] vestidos. Después el "cuarto del rebujo", con mucho trebejo y mayor orden; allí está la máquina ~~de coser~~, del No. 8, que les regaló Filomena "á las muchachas", con tal que le hicieran todos los trajes y las costuras de casa; allí cose Mina, y Nieves remienda y apedacea medias.
Da este cuarto á un pequeño corredor, donde está el "aguamanil de verdad", al cual corresponde un patiecito con el baño en la mitad, rodeado de ~~algunas~~ matas y ~~[illegible]~~ enredadera de rosa canaria, en las tapias.

Barridos y arreglados ~~que~~ todos estos [illegible] Nieves ~~[illegible]~~ al barrido de los corredores principales que ~~[illegible]~~
Son ~~estos~~ muy espaciosos y alegres: [illegible] de tiestos con matas, en los bordes; guardabrisas blancas, entre poste y poste; las paredes cubiertas con papel mármol y zócalo de balaustrada, ~~[illegible]~~ [illegible] y [illegible] en hermosos paisajes, prendidos con cinta roja y estoperoles amarillos; el patio de menuda piedra, levantado en forma de teja, luce en el centro una columna, [illegible] se con un jarrón, en cuya cuenca medra derecha en ramos la "Yedra de San Juan" ~~[illegible]~~ que apenta á la [illegible] sa y al ocaso.

A través de los vidrios ~~[illegible]~~ de la ancha puerta del comedor, se [illegible] interior: mesa; con apéndice á [illegible] que [illegible] redondos en los extremos, tendida [illegible] y [illegible] [illegible]; en la mitad un taller [illegible] plata, giratorio, [illegible] y vinagre; fruteras [illegible]

algunas naranjas lamosas y sendos frutos pudrién-
dose; hasta seis servilletas, arrolladas en sus aros,
[un ch. carmesí] puestas ~~[illegible]~~; dos aparadores con [illegible]
[illegible] [Austria] ~~Restauración~~, viejos también; dos cómodas ad-
quiridas [en la puerta], donde nada se guarda; y tres bombas que
no conocen vela. Porque el comedor es para
que se vea: el de verdad está atrás, en el
corredor de la cocina: una mesa cualquiera
tendida, ó sin tender, donde comen Agustín
y Filomena, algunas veces Mónica, que la
que la otra ~~come~~ siempre [en las cocinas] ~~en los [illegible]~~.

La casa, toda de comején, con muy buenas cerradu-
ras, está pintada de verde, con filetes de otros co-
lores y de imitación madera crespa, en los table-
ros de las puertas, exclusive las interiores y la del
comedor, que están barnizadas.

El esmeradísimo aseo, el arreglo prolijo, caracterís-
ticos de Medellín, brillan en esta casa, desde la
pesebrera hasta la calle, del callejón de la "Puer-
ta falsa", al término opuesto.

Es muy central: nada menos que en la "Calle
de las Queseras del Medio", No. 111.

Y antes de otras cosas, será bien echar un
salto atrás, contando cosas viejas, á fin de cojer
esta gente ~~[illegible]~~, desde sus pañales.

—

La señora Mónica Ceferino quedó viuda del
maestro ~~Alejandro~~, con una rumba de
siete muchachos, y una casita de mala
muerte por único patrimonio.

Como no era hembra de [illegible]
letras; pronto se dejó de más de cuatro cosas
y las emprendió con el trabajo. Con la ha-
bilidad que Dios le dió, logró sonsacarle, en ca-
lidad de préstamo, dos onzas, á un su com-
padre. Alquiló un oficial de carpintería,
y, con cuatro tablas viejas y unos cajones de
pino, trasformó, en dos días, la sala en ven-
ta. Fuese al mercado é hizo una compra
por lo grande; y [illegible] que le fiaran un
tercio de harina y una damajuana de aguar-
diente. Al mes ya tenía la pulpería com-
pletamente montada. Puso á Onofre, el
mayor de los tres muchachos, á asistir la
venta, mientras ella, ayudada por Jacinta, la mayor de las niñas, se andaba por
la cocina, [illegible] tripa, moliendo ca-
cao y en aquel brete de amasijo y
horno. Al cabo de cuatro meses ~~[illegible]~~ ha-
bía pagado una onza al compadre y he-
cho construir dos monumentales chiqueros,
en los que aprisionó cuatro cochinillos,

Comprometiose con todo el barrio á pilar
un mundo de maiz, á buegue del a-
frecho y la aguamasa; ~~se hizo~~ da un par de
pilones, y cátame á los zarrapastrosos chi-
quitines pegados de la mano de pilar, su-
da que suda la gota gorda y haciendo pa-
cheros; ~~Pero~~ con el genio y el rejo de
seña Mónica no había ~~reaviliga~~ rezongos.

El cerbelitor del ventorrillo y los puercos pro-
peraba que era una bendición, y la empre-
saria, encariñada ya con el lucro, quiso dar
ensanche al ~~negocio~~. ~~Sacó otro~~ la ~~m~~ tucha ~~de~~ tales,
que ya tenía ~~tenía encantados~~, á plan de baul,
y contrató quien le hiciera, en todo el tan-
go del corral, una mediaagua ~~aiejavana~~, con
su ~~largueo de~~ canoa y una veintiseña de
argollas empotradas en la tapia. Hizo cla-
var en el corredor del patio una hilera de
palitos numerados, á manera de percha;
y luego mandó á llamar al maestro Cam-
bas — el hombre que más cosas sabia hacer
—, para que le trabajara el aviso del caso.
¡Y era malo el maestro para letreros!. En
una tabla de pino y en letras de molde
muy gordas y patituertas puso:
"AQUISE JUARDANBES TIÁS IABIO SARIAL PORDIA—.

Colocada apenas la tabla sobre el din-
tel de la puerta, como blason de ilustre
solar, principió el efecto.

La señora de Palma andaba en visitas; á todo
do llega á la casa todo es confusion y zambra
Quiere saber la causa, ¡Imposible!! todas á la
vez cuentan lo sucedido. A fuerza de regaños
y repreguntas, puede al fin medio enterar-
se de y queda aterrada:
"¡No me digan más mis hijitas! — exclama
Bayanse las que no quieran morir;!.. por-
que es fija ya que nos vienen á matar!.
Y si alguno queda con vida... que busque
quien blanquée la pared..........

Y para matanzas estaban los ~~Alzados~~ a-
fa visita de las nacidas, ~~bailando~~ ~~unas~~ sueltas las manos en bagaje
veces; dando revuelos como gallo ebrio; el ojo
volado, alzados los pecos en ejicio fiero,
iba y venía por los corredores llevando
el espanto al corazón de Nieves, que, en unión
de Mina, el criado y la cocinera, volaba al
socorro de Augusto... ~~con todos los vasos~~
~~de agua que habían en la casa~~.

~~Y esa unidad~~ En prosaica actitud, sufría
este las propias congojas que Sancho, cuan-
do la toma del bálsamo aquel. El es-
trépito de la enfermedad era para alar-
mar el barrio.
"¡Se nos muere el hombre! — gritó la in-
flamada Filomena — ¡Se nos muere!..
Corran por el dotor!..

~~Martín Gula se despidió de sus camaradas y [illegible] se casó con [illegible] perdidas [illegible] seis. Llegado [illegible] a [illegible] domingo que~~ [illegible] se despojó los arreos dominguero[s], y se envolvió en el sobretodo viejo, [illegible] en la cama á fumar cigarrillos, para [illegible] de espantar esa bandada de cosas que llevaba en la cabeza.

~~No [illegible] pregunta ella [illegible]~~ [illegible] ¡ [illegible] con esa [illegible] crueldad! Y lo que se [illegible] de [illegible] con las otras. Pero fué que los [illegible] [illegible] confites! [illegible] ha podia haber insultado y [illegible].

~~María Martín en el barrio de San Francisco [illegible] en casa de Da. María [illegible]~~ [illegible] de Paulita su hija, [illegible] viejo [illegible] que [illegible] [illegible] la madre. Estas señoras [illegible] [illegible] en pensión [illegible] estudiantes.

~~María Martín [illegible] de [illegible] á [illegible], estudiante de la~~ Escuela de Minas, mozo flemático y [illegible] [illegible] hoy, y [illegible]. Pero que [illegible] [illegible] en la Universidad, muchacho [illegible] ~~[illegible], [illegible]~~ [illegible]

Agustín el mediano, que corría con el arreglo de las escobas para el horno, con pelada y lavados de maíz, fué promovido a las altas funciones que reclamaba la nueva industria, con obligación de hacer la chicha y los mandados, quedando Pedrito, el menor, en reemplazo de Agustín.

¡Y qué hábil y [illegible] resultó este! ¡Jamás el freno de Juan se le trocó por el de Diego, enviándole Dios bestias que donde acomodarlas no faltaba. ¿[illegible] la chicha? ¿Y eso de ponerse en un credo en la plaza y volver con aquel costal de compras... con ser que el pobre no estaba muy católico de pies; [illegible] con las andanzas y trastos por la pesebrera, lo cogieron las niguas por su cuenta, y no lo dejaron en paz hasta pararle los dedos y tumbarle las dos uñas grandes; y, ni la "piel de vaca", ni el sebo caliente, ni "la jotaba", ~~[illegible]~~ [illegible], fueron parte á que sanase; pero así patojito y todo se despacha ~~á las~~ en volandas.

A más de los cuatro ó cinco pesos que, entre martes y viernes, dejaba la guarda de de caballerías y monturas, ocasionó esta industria la venta de almuerzos á las gentes que venían al mercado. Por real y medio daba la señá Mónica ajiaco, ta-

mal y tazas de chocolate!; harinas con hígado de res y era cosa de quedar rendida de servir, de soplar, de batir; mas no de llevar tantas veces la plaza al bolsillo ~~y guardar~~.

Como á la gente blanca del barrio se le antojase probar de los guisos de ña señá Mónica, quiso ésta darle gusto, y los domingos les vendía de lo bueno. ¡Y qué almuerzos! Todavía se recuerda con gastronómico deleite, el espesor de aquel mondongo, la suculencia de aquellos tamales. ~~que han pasado á la Historia.~~

Entre las pesebreras, la cocina y el ventorrillo, fué creciendo la familia arrullada por el lucro.

Al verlos á todos tan espigados trajo Mónica sus calaveradas ~~maternales~~: Compróles guacintones de cordován, trajes de muselina y aguar de oir misa á Juanita y Filomena; no menos pródiga estuvo con Onofre y Augusto. ¡Qué feliz se sintió el caballerizo, cuando vió ocultarse tras la capellada de la alpargata, los estragos de la nigua! ¡Cómo bendijo la industria copacabaneña! Y al verse libre de aquellos nefandos pantalones de dril, que tanto tormento le dieron á causa de los agujeros de la rodilla ~~anteojos que tenían en las~~ de las posas, al contemplarse tan limpio, dijo: ¡se dió cuenta de la

dignidad, y de la grandeza del varón. Con la mugre y los remiendos rayó ~~también~~ la venda: ¿Cómo ~~es posible que él hubiera~~ había vivido diez y siete años con esos andrajos? ¡Pensaría su madre que eso iba a ser tan solo para los domingos! Eso sí que no: vestirse muy bien siempre, como él se merecía; Pues no faltaba más sino ~~que él~~ volver á usar esa mana bogotana que se arrollaba por las puntas como hoja de plátano! ~~papel marquilla~~ ¡Eso para el bobo de Onofre.

Había ~~Augusto~~ de ser Augusto el Apolo de los [illegible], y este fué el primer preludio.

Desde ese día paró ~~maña~~, ¡y adiós atechas, mandados y pesebreras! Todos los días armaba un lío con Mónica, hasta que declaró que lo él quería era botas ~~ese pantalón de charol~~. Para ver de serenarlo, accedió la madre y los botines vinieron. No fueron así no más las torturas y fatigas del mozo con la tal invención. Otro hubiera dado al Diablo con los cueros esos, pero a Augusto no lo desprendían de los tacones ni las ampollas, ni el agua-sangre que manaron "las sacaduras", ni la rechifla de los muchachos, cuando lo veían patojín patojeando con las "niguas desearnas". A todo se sobreponía: perseguía un ideal, y, si bien sobre espinas, daba los primeros pasos.

Con tales desabrimientos empeoró tanto que Mónica estuvo á cantos "de cojer el monte".

— ¡ Li aseguro que el patojo este me está quitando la bida ! — exclamó una vez con amargor maternal ¿ Pero qué es lo que rés, enemigo malo ?

— Lo que quiero es que ~~Ud.~~ bosté me ponga ~~una~~ una tienda á yo solo.

— Bean este pendejo ! .. ¿ I dionde diagos saco yo plata ?

— Del baul ! O si no pie, quaitanta crésta ~~po~~ tiene

— ¡ Un beneno pra bos ! — rugió la madre.

— ¡ Pues antósises ... me largo ! — rugió el hijo y tomó el ~~x~~ farteche sin patojear !

Mónica se quedó amarilla : por primera vez se le solivantaba alguna en esa casa donde su voluntad era ley ~~se cumplía siempre~~.

El enojo materno se deshizo en llanto. Con los ojos escaldados aun, se terció el pañolón y salió ; iba en busca de su compadre Juancho, el de las dos onzas. Dos horas despues volvió serena.

— Andá buscate á aquel cabilero y decile que á ~~ay~~ quí que benga ! — dijo á Onofre al entrar.

No se andaba Augusto por los antípodas : á la vuelta lo ~~encontró~~ Onofre, dándole pa lique al herrero.

Entró á la casa con ~~el~~ aire de ~~l~~ general á quien el enemigo pide capitulaciones.

— Mirá, muchacho ! — le dijo Mónica. No me atormentés ! .. Sentate yo te cuento : Yo no tengo plata como bos pensás ..... pero mi compadre Juancho te abre créditos pa que pongas la tienda. Pero escuchá ! si salís con una pata floja y hacés quedar mal á mi compadre ... nos quedamos en la calle, porque él no te fía si yo no le ~~apiriotos~~ la casa ~~por lo que pueda perder en bos~~ Con qué ya sabés....

— Es que ~~Ud.~~ bosté, mama, cre que yo soy como Onofre ¡ Bien puede ~~apiriorala~~ !

—·—·—·—

A cuatro pasos de la plaza principal, donde hoy ~~se encuentra~~ u. ~~lujoso~~ almacén de novedades, se sentía, cuando pasaban estos sucesos, un olor ~~de~~ pictina que salía de ~~salir de~~ la tienda, allí situada. El transeunte refinado pasaba ~~por~~ poniéndola con la naris tapada y las tripas revueltas, en tanto que el plebeyo artesano se colaba de rondón, atraido por los olores.

La petiperia era para encantar á un apasionado por los productos patrios : la abundancia y d orden tenían allí sus dominios.

Del techo de tablas pende, a madera de araña con-
tal, opimo racimo de plátanos; y á lado y
lado un mosquitero de papel picado, de re-
jilla, que con solo invertirlos hubieran ser-
vido á Eiffel de modelo para su famosa
torre. Por todo el frente del cielo ondea un
fleco de correas, chumbes, reatas de guarniel,
cargadores y cinchas, tremo-
lando sus variados colgajos. En las tablas más
altas los conos de azucar, con su tos-
ca envoltura; más abajo, en los entrepaños
bordeados con encajes de papel, que picó há-
bil tijera en fantásticos dibujos, estupendo
acopio de comestibles: el pan y el bizcocho mo-
renos, donde las moscas hacen de las suyas;
las columnas de pandequeso; las de panelas
de coco, y de cidra, y de guayaba y de leche formadas en
batallón. De las tablas divisorias cuelgan ga-
jos de yesqueros, guarnieles de vaqueta, pares
de alpargatas de vistosa capellada, mazos de ve-
las de sebo, jarrillos y teteros de hojalata, y sacos
de lienzo henchidos de almidón, sagú y anís,
alternan enfilados con jigueras preñadas de cor-
zos, de colaciones, de cebada, de linaza y cucha-
ruchos de especias; los paquetillos de tabacos se hacinan por los rincones.
Por el suelo campean los costales de maíz
y frísol, en todas sus variedades, llevando
en sus abiertas bocas el almud, ó la pu-
cha, el cuartillo ó la raya. Una mesa

tendida con mantelillo, tomado de mal
de la tierra, convida con sus empa-
nadas y chorizos, sus platos de conserva de brevas ó de pa-
paya, donde resalta la gorda tajada de que-
so — ración para un jornalero que vale un me-
dio — Tamaña caja perseguida por las
avispas, denuncia la panela de Envigado. An-
tioquia y Sopetrán están representados por el
coco de entraña sabrosa y malsana, por el tama-
rindo de acidez medicinal, por el corozo gran-
de, encanto de los muchachos, por la pulpa
ingrata al paladar; diputados por Hatoviejo
son los aguacates, grandes como calabazas;
por San Cristóbal los sombreros de caña, cuáles
blancos, cuáles abigarrados de negro, cuáles de
rojo. El mostrador sólo tiene un boquete en
claro para el despacho; á un extremo de los que tiene el
cajón, en forma de pupitre con tapa
de linón, donde se guardan las filigranas de
azúcar, salidas de la confitería de las señoras Escobares;
al otro, entre unas verjitas de madera,
tres grandes frascos de aguardiente y dos de mis-
tela, colorados, estos con hojo, los otros con
cogollo de hinojo; y una bande-
ja de paisaje inverosímil donde brillan de puro lim-
pios los vasos y copas de diversas formas y colores.
Lo demás del mostrador es un ejército
de botellas en las que se requinta la chicha; la
chicha, cuyos espumosos dulzores refrescan el co

deado impnate, y es el orgullo de Augusto;
pues la llaman "la chicha de las Azafates". Si, señor, porque
* Augusto es dueño, por mitad, de esa tien-
da que abastece media villa. El pobre de
seis á seis está dale que más dale, como pa-
són de molino, sin tener tiempo ni para
reventarse el sumo de esos barros que están aran-
do su cara. Que un martillo de sal, que un medio
de leña, que el trazento, que el despacho pa-
pa mi sia Manzanita; y aquello es el cuento
de nunca acabar. Mas no temais, q.e Augusto no
está solo. No oís como chirrea la cazuela en
la trastienda?

Pegada de la hornilla, cuya lumbre avi-
va con un cuero, una muchacha pessacho-
na y de tentadoras carnes, peinada con mucho
repulgo, si bien mal vestida, la cual, una
vez llameante el carbón, se apercibe á armar en
una mesita, sobre hojas de plátano, unas
empanadas tan repulgadas como su cabeza: á
un lado tiene el perolillo de adobo, hecho un
empalago por lo aliñado y grasoso. La ardiente
gordana al recibir la pira mada
tinta en azafrán, ruge de enojo y escupe y es-
pumaraja, la ennegre-
cida cuchara de palo x cual buque salvavi-
das, no bien la inflamada grasa dora el
relleno mojar, lo impele
á la orilla, le pone en salvo, en la

playa de un plato hospitalario, para ape-
nas ha terminado tan filantrópica tarea, acude
al socorro de las longanizas, que en
la atroz cazuela, se retuercen en las
convulsiones de los condenados, ni más ni
menos que las vió Sta. Francisca Romana,
allá en las calderas de Lucifer.

Tales fritadas, al henchir el aire
de armonías y perfumes culinarios, dante
á la pulpería de Augusto grande atractivo
para las jentes comilonas de medio pelo. A
más de eso el platicar es allá constante,
porque Filomena, la moza de la hornilla, distrae
y enreda á todos con su dicharachera
te, con sus carcajadas que retiñen á lo le-
jos; y los parroquianos q.e pasan
las horas muertas comiendo de lo frito,
bebiendo de lo fermentado, apechandose
copitas de anis y de mistela.

Un Cuento unos hace que el Alcalde, pu-
so tienda. ~~Mónica y el compadre Augusto de la~~
~~parranda están enlodados en el muchacho~~.

— Pero bean este patojo! — decia (ña Mónica) al compadre. Que
padre pruncho, dos años despues que Augusto puse tienda y
le parese compadre: todos lo sentlo quesen por
que les tome de liber... I. me dise Jose, el
del dulse, que ya debo y pago
al tanto habrá! Pe-
ro él nó: casi todito lo compra platas en mu

no ~~a son de campana~~, porque sabe quial momentito lo vende i como quiere!... y saca las cosas tan baratas en esa plasa... ..que yo me almiro!..¡ Es que lo quieren tanto por formal!

– Sí, comadre: pero mucho que lo quieren.

– ¡Pero si biera, compadre, aquella tienda! ¡ La tiene como un pesebre!. Que le parese que él mismo [illegible] los ~~flecos de~~ papeles pa las tablas..¡ de las cosas más lindas! I es tan curioso que con los muñecos y animales que traen las ropas y con los redondeles de las tamboras dilo, arregló por toita la tienda unas ringleras y unas figuras que da gusto!.. I pa eso que la muchacha le coteja; porque esa sí es la que tiende juisdamento!

Con el cuento de las empanadas y chorisos, aquella tienda parese publicasión de bulas ~~[illegible] que da miedo~~!..¡ Ni una brizna de nada dejan perder!.. Le aseguro, compadrito, que esto es mucha satisfaisión pa Ud.

– Sí, comadre, y tiene mucha razón.

– ~~Pues~~ Pues, sí, ~~compadre~~ desde cuando el muchachito se metió en esta inguandias... sudé! Y eso que le metimos tanta leba... busté recuerda.. Lo que más me confundía era que [illegible] dis ajuntaba las letras y que no sabía ni lo negro de ~~echar~~ cuentas..¡ Pues con las liciones que busté le dió ~~[illegible]~~ eso tuvo pa endilgase... porque ese sí es el enemigo que tiene capasidá! Que le parece que se consiguió un libro, y él mismo nos leía de noche, de corrido..¡ que aquello era una lamarita!... unas historias de Carlo Mano y Roldán ¡que imposible ~~de [illegible] [illegible] más linda~~! Pero si le biera la precuensia... mismamente [illegible]! Ahora si lo biera jalar pluma...

Mónica, ~~[illegible]~~ tan de pocas palabras con su compadre, cuando cogía este tema se dejaba arrebatar. I no era vanidad materna: fuera de los recursos retóricos, el panegírico de los hermanos Alza[illegible] era la verdad, tal vez no toda; porque la asociación de Augusto y Filomena – verificada un año y medio ~~hacía, más de un año – era un hecho que~~ no podía ser apreciada por su ~~sino~~ madre Mónica, ~~no podía apreciar~~, a pesar de toda su tras tienda, ~~no podía apreciar~~.

El caso es que los dos hermanos se complementaban para formar un unidad admirable de genio mercantil; y es lo curioso que la muchacha, con ser lo tanto, representaba la síntesis, el varón el análisis: los negocios grandes, las compras al por mayor brotaban del cerebro femenil, hábilmente calculados: en tanto que los par-

files y menudencias comían por cuenta de él: Filomena, friendo y fregando en la trastienda, era el alma que lo dirigía todo: Augusto, tratando y contratando, el agente activo que cumple las instrucciones recibidas.

Apesar de los consejos del compadre Juancho y de las inspecciones oculares de la señá Mónica, Augusto pagó siempre el noviciado en el [illegible] oficio; pero habiendo Filomena, pedido el permiso materno, y determinado hacer las empanadas en la tienda á fin de venderlas mejor á pie de fábrica, principió á observar y á dar opiniones tan acertadas que Augusto, tan desvanecido con su nueva posición, vió en la hermana una como directora de negocios, y dióse á consultarla y á seguir sus consejos, que siempre le daban buenos resultados. Filomena además, desempeñaba al hermano, cuando este tenía ausentarse de la tienda, para hacer compras.

~~Algún tiempo después Filomena~~ A Filomena le surtió negocios cuando se vió con algunas ganancias propuso al pulpero la asociación. Con habla viva le pintó lo que habrían de hacer y acotaban y las ganancias que precisamente les aportarían, que Augusto aceptó de buen grado. El cántaro de la lechera no se quebró

en esta vez; pues las ganancias se dejaron ~~ver por sus pasos contados~~.

La revolución del 60, la guerra grande: los cogió ya establecidos; y aquella tan aciaga para el país, les fué por cierto propicia á los nuevos empresarios: los patojos de la blusa y de la caringa dejaban allí sus raciones en cambio de comestibles y bebestibles. Como los Arzates eran el paño de lágrimas para todos con su abastecida tienda, y como jamás se metieron en honduras políticas ni quisieron ni publicaron, los molestaron que ver con ellos.

Con la guerra se pusieron las botas.

Sabido es que cuando las hembras les dan por negociar el Diablo les ayuda:

A Filomena se le ocurrió dar adelantos sobre prendas y [illegible] de prestamistas. Con los arruinados y cesantes que dejan las guerras, la coyuntura para la prendería fué como buscada con vela:

3

Señá Mónica también trabajó como una negra: fueron muchas las barrigas militares que llenó, muchísimas las hambres que les mató y estupendas las penas que de su casa salieron; y las mochilas que guardaba en un baúl misterioso, también se preñaron, y no de nikel como se estila hogaño.

La tal guerra hizo la olla gorda.

Pero, como quiera que en este perro mundo siempre se andan las penas de intrusas, resultó que la Señá Mónica, en medio de su auge, llevó su parte de pesares y quebrantos.

* Onofre, tan ñoño y tan poquita cosa, dió en la flor de beber aguardiente; y, hoy con la madre, mañana con los clientes por un quítame allá esas pajas armaba unos belenes, que no hubo más remedio que irlo poniendo, de patitas en la calle. El pobre pasó las de san Patricio; pero alguien se acordó de él, y en un reclutamiento le echaron mano y de tambor fué á ... al Cauca con "La Tercera División". Sin pormenores ningunos se supo que en una pelea de Sta Bárbara le ahumaron la pechera.

... y murió.

Pedrito, que tanto prometía tanto, rastrojeando, orillas del río, en busca de ... para las escobas, resbaló y se dió un sabullón, del cual atrapó una pulmonía que se lo llevó en seis días.

Para llover sobre mojado vinieron esas penes.

Juanita, era el rejo, el objeto de las maternales complacencias, y con razón, porque Juana, con su carácter blando y jovial, templaba la cruda vulgaridad de aquella familia, de la que apenas tenía el sórdido positivismo. Para Juana lo mismo era el fregar que el zurcir, lo mismo la piedra de moler que el tambor de bordar; Diligente, activa y metódica como una hormiga; donde ponía la mano todo salía tan bien y tan pronto, que señá Mónica solía repetir: — "Ave María! Si esta muchacha fuera negra, valiente jornal sacaba!". Y era lo mejor que, en medio del vertiginoso trabajo de la casa, ... tiempo; así pudo aprender á coser, á bordar y otros primores femeniles — si bien en letra leída ó escrita no estaba muy al tanto — No hay para qué decir que el cosido y arreglo de ropas corría por cuenta ...; pero sí que introdujo en la casa el almidón y

el planchado — cosas que á Señor Mónica siempre le parecieron tán superfluas como dispendiosas — Y eran tal la hacienda, tal industria de la chica que ella misma le dió al dormitorio un baño de blanco; y, á fuerza de estregones por los ladrillos y de jabón por los armatostes de camas, tarimas y baules, logró transformar aquella indecencia en algo en que se podía echar ojo y narices; el olor acre de chiso que allí se respiraba desde tiempo inmemorial, tórnose en ese del aseo que [illegible] no sé qué grata sensación; desaparecieron aquellos grasientos sacos de guiñapos y de paja en polvo, que á guisa de cabeceras campeaban en los jergones; volviéronse éstos camas limpias y urbanas.

No era estó todo. Juana era muy bonita. "Mi botón de rosa", llámala su difunto padre, de niña; de mujer le venía de molde lo de rosa.

Pero lo bueno cuando no se muere, se va.... Entre los muchos parroquianos, comensales de Mónica, figuraba en primera línea el teniente Pinto, arrogante mozo, de grandes ojos y marcial bigote, muy farolero, y á quien sentaban muy bien la blusa roja y el galoneado kepis. El tal, no bien descubrió á Juanita, principió á hacerle ojitos y á pelarle el diente; ésta mozas-

tó muchos desdenes — que siempre fueron las hembras inclinadas á los hombres del galón y chafarote —; con lo cual se trabó entre los dos un enredo amoroso que ni para los berrinches de Mónica. De pronto hubo marcha de tropas y Pinto tuvo de ausentarse; mas antes, se hicieron juramentos los dos amantes, prometiendo él volver, si una bala traidora no lo mataba. Mónica, creyendo que con la marcha se acababa todo, pues no era ella para fiarse en militarotes, entonó un Te Deum; pero al ver que la niña no comía, que las megillas se destiñeron, que [illegible] lloraba, o escondidas, que iba enflaqueciendo, trocó en sermon el hacimiento de gracias:

" Pero, muchacha; por María Santísima! cómo te ponés á bramar como una baca, y á volverte un cejo tieso, por un milítar, ... quién sabe qué será! No eras que eso buelbe!... y aun que buelba.... ! No tiene el cara de ser muy formal. ¡ Pues le aseguro que el diajo di hombre nos mató! ¡ Y pa eso que mozas di ahora se enamoran tán feo! Cuando yo staba [illegible], muchas beses que se fué el, y yo nunca me puse como bos; Y eso que Alfonso era un novio de aguarre... no como ese ojebolao del Pinto" (Aquí seguía Mónica el elogio de su difunto)

de ha;

chet em

dest

ssivo, dei

Ni una palabra replicaba Juana á ~~del~~ pecuante ~~e~~ malhaya que pero, conforme corría el tiempo, iba de mal en peor.

Seña Mónica no acertó en esta vez:

Terminada la guerra, volvió el teniente, ~~armado~~ con fé de bautismo y certificados de soltería: que era por las volandas que se iba á casar. Seña Mónica ~~nunca~~ pudo ~~adivinar~~ á punto fijo qué casta de pájaro era el futuro yerno; pero viendo cuál estaba la hija, no tuvo más remedio que consentir á todo. Los mozos se casaron, y quince días después partieron para Bogotá.

Tales cosas le supieron á Mónica á cuerno quemado; para no preocuparse mucho con ellas vinieron otras, que ni en amor de Dios fueran...

Los transeuntes, lo mismo que los vecinos del barrio, dieron en pensar que eran de pura resaca unos olorcillos que de casa de Mónica salían. Las lenguas se soltaron y los celadores de la renta vinieron en persona á meter narices: lo que olieron les alarmó, tanto más cuanto en esos días estaban los estanqueros en la empresa de extirpar el contrabando, que con la guerra tanto había arraigado. La cosa se alzó á mayores, y ~~la~~ seña Mónica Séferino fué sorprendida con una visita domiciliaria de los señores del resguardo. No tuvieron estos que trastear mucho, porque, á más de aquel ambiente sacatinero que se respiraba por toda la casa, dieron con un aparato aguardentero, con todo y

calambombo, que se arrinconaba, muy sí señor, allá tras el horno. Lo mismo fué verlo los celadores que arremeter á fuego y sangre contra todo cacharro ~~que les pareció~~ sospechoso: no quedó olla, ni puchero, ni tiesto con cabeza, y salieron con el botín de pailas y peroles tan ~~or~~ ufanos como los cazadores que volviesen de la partida cargados de piezas.

La pobre Mónica fué condenada ~~á~~ veinte pesos de multa, ó á otros tantos días de encerrona en la carcel; y fué la más negra que ~~le~~ ~~que aflojar la plata, peso sobre peso~~, al ver cuántos perjuicios sufría en sus negocios, si dejaba la casa en poder de las dos muchachas.

tuvo que aflojar la plata pesos ~~sobre~~ sobre peso

Esos veinte pesos, la pérdida —quizá para siempre— de la clandestina industria, la de los cobrizos trastos, fueron taladros que, oradando el corazón de la agiotista, borraron del de la madre el recuerdo de Juana, el de Pedro, el de Ompe. ¡Cómo fué que se le rajaron las patas de ese modo!. Estaba atontada.

Pero ~~como~~ no era ella de las que alambicaran el dolor, siquiera ~~pura~~ pecuniario, determinó, mejor que echarse á morir por lo que ya no tenía remedio, resarcir con un redoblado trabajo las pérdidas hechas.

Pagó una criada que reemplazase á Juana en la cocina y el negocio siguió como nunca.

¡Bien por la mujer de gran corazón!

En cuanto á A-J. la situación no podía ser mas [illegible]. Como cesara la guerra cesó el bloqueo comercial; y la [illegible] pues complicose, libre el comercio, en hermoso surtido, con vinos, ranchos, quincallería, telas, y cuanto Dios é Industria crearon. Aquello era el Cosmos! La prendería, á manera de la mágica chuspa del sargento Pipa, les iba dando joyas, plata labrada, objetos de lujo, ropas, instrumentos de toda clase. ¿Donde acomodar tánto? Pues no había más que comprar el local y hacerlo de nuevo, de dos pisos, con su salón en el segundo. Dicho y hecho: al cabo de [illegible] meses, después de soportar un mal local, inauguraron el nuevo, con un surtido que era de ver. Arriba Filomena, en medio de la estantería de envoltorios, trastos y herramientas, con una gran caja de hierro atestada de joyas y monedas y cerrojos por todas partes; Augusto, abajo en aquel almacen que temblaba.

Así trascurrieron diez años en los que la familia veía abrirse, día por día, anchurosos horizontes de dichas pecuniarias. Para los prenderos todo fué azul y [illegible], para Mónica hubo ligeras [illegible] éstas el pensar que algún ladrón, de los que entonces pululaban, fuera á antojársele forzar la casa y [illegible].

con aquel baul misterioso; eran otras el considerar lo "mandón" que se había puesto Augusto con ella y los dos muchachas: "Ya se ve -decía- como es tán buen mozo, y como tiene tántas...."

Con gran sigilo hizo una vez Mónica minucioso arqueo de sus fondos, y quedó tán satisfecha que se hizo este cargo: "¡Qué molienda! Harto he sudao: Ya voy á descansar. Mi compadre y Filomena me ayudarán á idiar que hago con esos realitos. Y voy á darle gusto al muchacho: me pondré zapatos y buena ropa... ¡Pues todas no se ponen! No más alpargate."

Fuese al comercio, compro merino para hacerse unas sayas, y un pañolon de copioso fleco de seda, que le valió un dineral; y envió á llamar al maestro Cambas para que le hiciera los zapatos, con la expresa condición de que fueran muy dóciles y [illegible]. A [illegible] días estaba todo hecho, y como [illegible] el del jubileo de la Virgen de los Dolores, de quien Mónica era muy devota, pensó estrenar el ajuar.

Mas por algo se dijo que el hombre propone y Dios dispone: [illegible] día por la tarde, cayó la señá Mónica, como herida por el rayo, con un atáque cerebral.

Al alarma acudieron los vecinos y el compadre Juancho, quien ofreció una promesa para que su comadre volviera en sí y confesase y hiciera testamento. Lo mismo opinaron otros. Filomena y Augusto dijeron que no vinieran á asustar á las muchachas con alharacas; que mal se sabía la pena, y que, sobretodo qué testamento, ni qué nada, cuando su madre, no tenía, la pobre, ni para el entierro, si algún día moría. Gruñendo volvieron el compadre y vecinos; Filomena trancó la puerta para que no viniera ningún "sopeu á molestar". [illegible] al doctor, quien declaró que el asunto correspondía al cura. Vino el cura, y como la enferma ni hablaba, ni estaba en conocimiento, la absolvió sub condicione y la oleó. [illegible] Belarmina y Nieves [illegible] unas magdalenas, y [illegible] desmayadas en brazos de la criada, y otra pataleteando en el suelo, Filomena y Augusto, con fortaleza de mártires, no abandonaron la moribunda. Y tienen los grandes dolores tan extraños manifestaciones que á los dos cual si fueran los [illegible], les dió "buscadera": por las ropas de Mónica, por las de la cama, por bajo las almohadas. Filomena al fin se aquietó, ¿ó tal vez topa-

ría algo? Augusto también se aquietó. ¿Será contagioso el alivio como la enfermedad?

Repuestas un tanto las doloridas muchachas, fué la sirvienta á saber de la enferma; y al llegar al cuarto, la puerta es cerrada cautelosamente. Asustada, creyendo que Mónica esté muerta, corre á Mina y Nieves y gritando "Se murió se murió!" Esta cae al suelo patatín patatás, aquella se dispara, y, dando grandes voces, empuja la puerta; Augusto enojado [illegible]; y, asiéndola [illegible] por un brazo la lleva á la despensa; lo propio hace con la atacada y con la [illegible]; y las deja encerradas en aquella estrechura. [illegible] y muy mañosamente le dió Augusto [illegible] un ir y venir del cuarto á la pesebrera y de la pesebrera al cuarto, que después no se oyeron más ruidos en la casa, que el sollozar de las [illegible]. Así pasó la noche. Por la mañana, la moribunda, no se crispaba ya, ni tan siquiera movía un dedo: era por la inercia un cadáver; pero aún alentaba. A las cinco de la mañana siguiente, treinta y seis horas después del ataque, murió.

Entonces el contenido dolor de Augusto y Filomena estalló en alaridos lastimeros, aho-

gando los de las muchachas. Los vecinos, pa ra quienes se levantó el entredicho desde el día anterior, acometieron la empresa de con solar y bregar á aquellos huérfanos: mucho de cristianas reflexiones, mucho de tomas anti espasmódicas, y no faltó una vecina rumbosa que trajese limeta de Agua Florida, para hacer aspirar y frotar á quien lo hubiese menester. El compadre Juancho voló á com prar el cajón mortuorio y á traer á Cambas para que arreglara la tumba. Mientras unas tejían coronas de ciprés y componían jarras de yerbas funerarias, otras amortajaban á la difun ta ~~[illegible]~~

Tal acabó esta mujer que tanto aliento tuvo en la brega de la vida. El descanso que deseaba hallolo bajo tierra, los arreos de gala fueron su mortaja y sólo en el ataud tuvo zapatos. ~~[illegible]~~ ......

~~Augusto~~, ~~Pasado el estallido del dolor~~, quiso Augusto acompañar á su madre hasta el cemen terio de los pobres. Allí, ~~después de~~ propinar escasamente á los que condujeran el féretro, ex presó el deseo de quedarse solo con el oficial de albañil que debía tapiar la bóveda, á fin de ayudarlo á depositar el cajón y á estar con su madre por la vez última. Todos se re tiraron, respetando tan piadoso deseo. Augus to, entonces, se acerca al ataud, zafa las al dabillas, levanta la tapa, la pone á un la do, y agachándose sobre el cadaver lo za randea le alza la cabeza con una mano y con la otra le arranca el pañolón, luego descubre los pies y le quita los zapatos.

El albañil, teniéndolo por loco, gritó ~~[illegible]~~:

-¡Señor por Dios qué está haciendo!..

Augusto, con voz que parecía salir del ataud:

-¡Ay, hombre! Este pañolón ... y estos za patos ... es lo único que me queda de mi mamita ... y....

Esperó en el campo-santo hasta el ano checer: quería ocultar su dolor.

Ya de noche, atravesaba las calles á paso lento, llevando bajo el brazo un en voltorio.

Ocho días después se vendían en la tienda de los hermanos Alzate el pañolón y los zapatos de la muerta.

5.

-Amigo -le dice el compadre Juancho á Augusto, ~~á~~ la noche del día ~~que~~ siguiente del entierro—

Ya han pasado por esté trago; pero como la vida es vida, mientras se llora hay que brujulear. ¿Porqué no pega un registrico en los corotos de mi comadre? Yo sé que ella tenía sus realitos....

— Pues bea ~~Ud.~~ busté que no habíamos acatao, contestó el interpelado; ¡Qué ~~pesar~~ tan grande tener que trastiarle sus cositas!.. Pero mientras más tarde es pior. ¿Quiere ~~Ud~~ busté, compadrito, abrir el baul?

— Pues ahora que estámos solos, es mano; y yo mesmo sirbo de testigo, que estas cosas siempre es bueno qui alguno de ajuera las presensé.

Procedióse á buscar la llave del baul. ¡Adonde!

— Pues búsquenla en la ropa que tenía mi comadre cuando cayó con el mal.

Filomena llorando á moco y baba, dió al fin con un traje de percal morado, en cuyo bolsillo se encontraron algunos ~~reales~~ monedas y la llave ~~medios~~; ~~atada~~ asegurada con las tiras de la faja ~~estaba la llave buscada~~.

— ¡Que descuido, Filomenita!

— Pero compadre... quién ~~estaba~~ aquí pa esas cosas.

Abierto el baul, se encontraron unos pañuelos de seda y otros chismes; en un rincón, cuidadosamente liada, ~~estaba~~ una mochila; y en otro una cajita de hoja lata con algunas monedas menudas; aquélla resultó contener noventa y un pesos de ocho décimos en plata gruesa, la ~~otra~~ plata menuda uno seis y medio.

— ¡Noventa y siete pesos y ~~medio~~ un tomín por todo! — exclama Juancho con voz suspicioso, al acabar de contar el dinero. — Porqué lo beo lo creo! Ya ben lo que son las cosas!.... ¡Una mujer que trabajó tanto!

— Eh!, compadre!. Ella lo bibía disiendo: — ¡ai mió Filomena — que á gatas iba con el dia.. y que si se moría... ji! ji! ji!... no tenía ni pal entierrito!.. ji! ji!

— Pues, nó, mis hijos! Ajo hecho, pecho... Yo tenía mucho cariño por mi comadre, y ella jué muy serbicial con yo. He hecho los gastos de cajón, y entierro, y bóbeda... aquí tengo la cuenta... beanla!... ciento tres pesos, cuatro reales y medio!....

— No alcanza!... — protestó Augusto.

— Si alcanza — replica el viejo — si alcanza, porque yo soy hombre que tengo qué comer... y los amigos semos amigos!... Esperense y lo berán! (y se puso á contar la plata y á partirla) En cuanto á lo primero estos treinta patacones pa que le mandemos á decir las misas á mi padre San Gregorio, ~~pa el alma de mi comadre~~... estas dos onzas pa Filomenita y estas otras dos pa mi ahijada, pa que compren su lutico... restan beintiséis reales,

que me los embolsico yo. Bustedes los grandes, son pudientes y muy busca la vida.

Las agraciadas subieron una nota más en llanto, que desde la abierta del baul habían prendido; los busca la vida, pasmados, apenas podían articular algun "pero como se pone"... "con qué le pagaremos"...

– No! No! exclamó el compadre. Ya les dije lo que hay!... Eh!... Si á yo, cuando nasí, me curaron el ombligo con oro!... Recibau, pues, muchachitas.

– ¡Dios se lo pague á Ud., padrino! exclamó Nieves anegada en llanto.

– Muchas gracias – dice la otro.

– Yo me llebo la plata pa que digan las misas – dijo Juancho guardándola en su pañuelo rabo de gallo. A poco se despedía, llevando en el alma algo negro que le sugería el pensamiento y que su corazón de hombre honrado rechazaba como crimen imposible. Cavilando y atando cabos, pasó la noche sin pegar los ojos.

Al otro día, cuando se levantaron, dijo á Augusto á Mina y Nieves:

– Ya ben, pues, que quedamos guérfanos y muy pobres. Mientras estén con yo y Filomena, no les faltará el bocado de frisoles ~~y mazamorra~~; pero lo que les importa, la tienen que ~~[illegible]~~ [illegible]

– Sí, agregó Filomena, tienen que bestirse y haser la comida; ¡porque negras no aguanto yo en casa! ¡ Está jetona que hizo tanto escándalo, cuando se estaba muriendo mi mamita, ahora mismo le boy á desir que se largue!

Sí, hermana – contestó Nieves – Es muy justo: nosotras trabajaremos lo que podamos.

Mina guardó silencio.

A los dos meses de muerta Mónica recibió Augusto una carta de su cuñado Pinto, en que lo pone de vuelta y media por no haberles comunicado ni á él ni á Juana ~~tan~~ ~~triste~~ acontecimiento, y además le ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ ~~que~~ ha conferido poder ~~general~~ á un abogado "de la ciudad" para que lo represente en la sucesión de "Su Señora Mónica".

Augusto y Filomena, que no habían pensado en tal cosa, se pusieron pálidos. El abogado fué á ellos á cumplir su cometido. A que seguir la mortuoria? pero la casa sí se hizo avaluar y el apoderado recibió de los dos hermanos la quinta parte de su valor, ~~por las herm~~ ~~[illegible]~~ Juanita.

La venta en la casa y la guarda de bestias no pudo continuar, y las dos muchachas quedaron reducidas á hacer algunos comestibles que enviaban á vender. Cerca de dos años los pasaron casi encerradas, trabajando en la cocina y sufriendo, cuándo las displicencias de Augusto, cuándo los enojos de Filomena,

mi otras palabras cariñosas que las di
Juancho, que nunca dejó de visitarlas, ni de
llevarles de cuando en cuando, algun regalito.

6.

Era compadre hombre muy rico y de mucha letra menu-
da. De niño fué mercachifle, tendero de mo-
zo y ya maduro, metiose negociante en bes-
tias y determinó casarse. En la epoca á que
nos referimos vivía holgadamente de sus aho-
rros que enredaba en negocillos rateros pero
seguros. Joaquina, su ~~esposa~~ consorte, que era una
bendita, ~~no le dió más suc~~ no tuvo mas ~~sucesion~~ que una
niña, que fué víctima del sarampion, ~~quedando~~
después en una esterilidad de la que
no fueron partes á sacarla ni medicos y yerbateros, ni promesas á
cuanto santo hubo, ~~fueron partes á sacarla~~.
Esto acobardaba á Joaquina; pero no era lo
solo; ~~sino~~ que vien chocarle sobremanera la
amistad de Juancho con la comadre Monica que no pasaba apesar del
compadrazgo, ~~no la pasaba~~, ni tampoco á la
ahijada. Como era de natural discreto nunca
~~llegó á decírselo~~ ahogo sus [illegible] aprensiones, y ni ~~á su marido~~ ni á la antipatica ~~comadre~~
comadre llegó á decir: esta boca es mia. Cuando
alcanzaba á decirle algo que ~~decía~~: "Juancho confiésate, mi-
rá que el hombre que no se confiesa es por-
que anda en malos pasos." El marido ~~soltaba~~ soltaba una
carcajada y contestaba: "Ya quieres ponerme en

sazon, para que mi Dios me llebe."
Por lo demás el matrimonio era de los felices.
En la mañana que siguió á la noche
del desvelo, por causa de la herencia de Mó-
nica, dijo el marido á la mujer:
— Mi hijita, anoche no pestañé
Ella, mirándolo con ojo escrutador le replica:
— Dejate de bobadas y andá confesate!
— Es que se me vienen unas ideas!...
— ¡Un jú! gruñó Joaquina de mal humor.
Juancho ~~estuvo~~ estaba ~~esos~~ días muy preocupado y hasta pensó
en llevar ~~á su casa~~ las huerfanas á su casa; pero su
mujer se le opuso, alegando que ya él estaba
muy viejo para recojer á nadie, que mejor
era dejarlas donde estaban ~~los hermanos~~, y nadie
tiene que [illegible] á una segunda horfandad ~~por segunda vez~~.
Mucho sufrió el compadre con estas cosas, mas
no fué para confesarse.
El pobre ~~viejo~~ viejo empezó á enfermar hasta que se le ~~después se vió obligado á hacerlo, en~~
desarrollo una ~~la cama, en medio de las fatigas de una~~
[illegible] que por lo llevaba hasta la [illegible]. Por ello y por el cons-
tante machaqueo de D. [illegible] de llamar cura, ~~larguisima cuanto contrita fué~~
~~la confesion, interrumpida á cada paso por~~
~~[illegible] del penitente, y para tomar~~
~~alguno alimento~~. Cuando terminó, [illegible] un
rato con el sacerdote, que lleno de uncion y ter-
nura lo exhortaba á buena muerte. Al des-
pedirse le dijo éste: Pues sí, amigo: no tiene ne-
cesidad de rebelarlo á nadie; pero si debe
arreglar eso á consiencia. Siempre me parese

sin que Agusto y Filomena alcanzaran á trascenderlo.

bueno que dejé algo á la otra hermanita huérfana, ~~para~~ evitar sospechas de tratarse de una injusticia y sería hacer un escándalo inútil. Dios, en su infinita misericordia, lo habrá perdonado, como le ha de perdonar á usted.

~~Al año de muerto.~~

El testamento del ~~compadre~~ Juancho, sin más formalidad legal, fué muy bien sencillo: de su hacienda, que toda quedaba á la viuda, separaba ~~en buena moneda separa~~ seiscientos pesos: cuatrocientos para su ahijada ~~Nieves Maldonado~~ Abrate y doscientos para Belarmina del mismo apellido.

Nada más natural siendo un viejo sin hijos y teniendo tanto cariño á las huérfanas.

~~Notificadas del legado les fué entregado por ser mayores de edad, y por parecer de ellas guardaron reserva.~~ Así las cumplió Juaquina, que era cristiana como Dios manda, y Nieves ~~pasó~~ el dinero, sin pensar en ponerlo en negocio alguno, y ~~[illegible]~~ su vida de ~~[illegible]~~ trabajo. Mina soñó entonces con una casita para las dos, blanca y pintadita, como una tacita de plata, ~~y quiso que la compraran~~; á ~~Nieves~~ no le pareció que eso tuviera ~~[illegible]~~ ni cabeza, porque qué iban á hacer dos muchachas solas, arriesgando á que las mataran; lo mejor era aguantar el genio de Filomena y no hacer caso de los desprecios de Augusto. Nieves, á su vez, pensó en la Casa de Beneficencia; pero Mina le dijo que si estaba loca se fuera solo, porque lo que era ella, primero la mataban ~~que encamparla~~.

En tal desacuerdo, hubieron de tomar un partido que satisficiera á entrambas, y fué esperar hasta vez de si casaban.

Pero ¡cosa más rara! sin saberse cómo ni por qué, Augusto se fué tornando comunicativo con ellas y Filomena cariñosa; él se les aparece un día con dos cortes de traje, de regalo, diciéndoles que era preciso que se quitaran el luto, porque podían á enfermar; ella les ~~trajo~~ regalía de sendos pares de zarcillos de oro bajo.

—¡Ya ves como sí nos quieren! — le dijo Nieves á Mina.

— Ah boba!... porque nos cogieron la platica.

— No seas cabilosa! ~~Que ellos~~ Qué ellos no saben....

— Sí! si no sabrán ellos!....

En esas fué la torcedura de la boca de la ahijada de Juancho, por obra de un mal viento que recibió acalorada. ¡Qué de aprensiones las de Augusto! Al momento médico y medicinas; y tantas fueron las ternezas de los dos hermanos, que la desconfiada Belarmina hubo de entrar en dudas.

El cariño iba creciendo que era un gusto.

Un día Augustín no habló en el almuerzo, ni en la comida; también Filomena estuvo cabizbaja: peor estuvieron por la noche; Nieves, ~~que lo notó~~, quiso saber la causa.

—Pues, mi ~~hijita~~ — contestó Augusto con solemnidad lastimosa — es que tenemos un en

trijiao muy grande! Jaiy Filomena nos metimos en negosios... que nos mataron! Determinamos fiar; y dos malditos, que nos debían un dineral, se quebraron y no pudimos cumplir con el comersio: tubimos que hipotecar la tienda y hasta la fecha no hemos pagado ni la mitá de la suma en que la aseguramos. Pasó mañana se nos cumple un contao de más de $ 1.000, y no tenemos en caja... ni 80! Con el cuento de la hipoteca y de los dos quebraos, andan regando que nosotrás tambien tamos quebraos, y no hemos podido incontrar quien nos presté esa platá. Todos nos han dejao con la berguenza en la cara! No tenemos más remedio qui hipotecar también esté rancho!... y Bustédes nos tienen de dar la firma, porque con los tres derechos de yo y Filomena no alcanzamos...

– Sí, muchachos – interrumpe ésta – ¡Bamos á quedar de limosna.

– Pero ¿como es la cosa – replica Nieves confundida – es decir que el cuento de protecar es apalotorar?

– La misma historia.

– ¡Birgen santa!... y como bamos á pildorar la casitá, pa que después se la lleben? – Yo mi acuerdo que mi mamitá desia que pildorar una casa mejor era dala.....

– Pues eses la cosa – afirman ídas, en el colmo de la angustia.

– Pues nosotras tenemos seisientos pesos que nos dejó.... – se suspende porque Mina le mete un tunzón.

– ¡Seisientos pesos! esclama Agusto poniendo en pié. Bos sistás por grajiar!...

– Sí! – replica la muchacha. Ya lo dije!... Tenemos seisientos pesos que nos dejó mi ~~compadre~~ padrino Juancho: cuatrosientos á yo y dosientos á Minitá.

Silencio profundo sigue á estás palabras. Filomena, como el tahur que envida el restó, dice al fin.

– ¡Ahora me desayuno de tal herensia!... Pues si bustédes ~~Us.~~ no nos prestan esos riales... ya ben lo que nos espera. Yo y Agustó se los tomamos á premio... y bustédes ~~Us.~~ los ponen á ganar.

– Por mi parte... cómo nó! – dice Nieves.

– Y busté que dice Minitá? preguntá Augusto, viendo que está se calla.

– Pues yo.... no sé.

– Mirá que la nesesidá es mucha! – dice la de los cuatrocientos.

Cuando estuvieron solas le dice Mina á la otra –

Está boba!... Que no le pára nada el pico! ¡Na qué les fuistes á contar!... Pues por mi parte... mi platá no se las presto con mi bo-

lunta! Desile que peis una leba que lo me
tites pa ber que desían!
— No, Minitá pa que les voy á desir mentiras,
cuando ya les dijo que sí. ¡No les prestés bos
si no queres, pero me parece muy mal hecho!...
— Pues yo no les digo que no, tampoco; porque hasta...
— La plática se suspende porque Filomena
la llamó para darles unos gajos de pasas
que les había traido. Desde esta hora no se
les apartó la buena hermana hasta el dia
siguiente, en que se llevó los seiscientos pesos
enteros, merced á la blandura de Nieves y al
silencio de Mina.

Los prenderos se relamian el bigote — ~~que le apuntaba á Filomena~~ — allá en el salon de
las prendas, regodeandose con el borado que
habian cogido.

— Ya bes! — le dice la ~~[illegible]~~ — Ya bes lo bien que
salió! Si nos metemos con el enredo que bos que-
rias de ladrones y baules desarrajados, ¡quién
sabe en que bundes nos ponen! Yo le tengo horror
á esas con los polisias: esos demonios tie-
nen muchojo!... Y la tal Minitá ¡quién sabe
con que disparates li habia salido al Alcalde!
¡Mina es cruel abeja... sabételo!
— Ah!.. Eso sí! — replica Augusto en tono sentencio-
so — A conforme es esa de solapada es dotra
de obeja. Allá berés la lidia que nos ba á dar
pa lo otro.

7.

En la cocina de la casa pasaba, á la sazon,
una escena bien diversa.

Nieves, sentada en un banco, lloraba como el
niño despues de una azotaina. Mina, en pie,
con cara contraida y palida, las trenzas deshe-
chas, acciona, gesticula y baila, sacudida por
temblores y crispatüras; lagrimones quemantes
como una agua fuerte, le saltan de los ojos de
centella; apenas logra tartamudear:
"Ah boquetorsida!... meresés bibir siempre
entre la senisa... ¡por animal!... Por eso te
sopapié... por eso!... ya lo oiste, arrastrada!
Calla un instante y luego prosigue:
— Si tenias tanta gana de darle tu plata
á esos logreros ¿porque les fuistes á en-
tregar la mia? ¿Porqué me callé la bo-
ca? ¿Y quién te mandó disponer de lo
que no era tuyo?... Atrebida!... Ladrona!
Nieves lloraba á más y mejor, sin articular
una escusa.
—¡Estás pensando, só bestia, que otro padri
no se te buelve á morir, pa dejarte!... ¡Dis
que á premio!... ja! ja!... ¡Esperá en una pa-
ta los premios!... ¡Que me arranquen la
lengua si bolbés á güeler un chimbo de los
cuatrosientos pesos!... ~~Pero~~... ¿Y te quedás ai

como una bestia sin contestar siquiera!...
¡Si esto es un tronco de carne!
I exasperada por la inercia de la hermana, se abalanza hacia ella, y la zarandea y la araña, arrancándole los pelos, y desgarrándole las ropas.

Nieves chilla y huye, dejando en las uñas de la iracunda los mechones de pelo. Esta cae desmadejada en el suelo.

Cuando, por la tarde, vinieron los hermanos, encuentran la puerta trancada; golpean con violencia y de seguida, porque tardan en abrir; al fin la puerta chirria y se abre, apareciendo Nieves con los ojos como tomates.
— ¿Qué fué? preguntan á la vez.
— Nada.... Minita que me pegó!...
I fueron tan discretos los hermanos, respetaron tanto la susceptibilidad herida de la muchacha, que se guardaron muy bien de preguntar cosa alguna: se contentaron con guiñarse el ojo. ¡Que gente tan prudente!

Mina recostada en el solar, no daba señales de vida.

La prendera entróse á la cocina. ¡Que desorden aquel! Ni comida, ni nada: el fogón apagado: la olla agua masera hecha tiestos: charcos de agua masa por todas partes. Pero tampoco en esta vez la prudencia se descabaló en lo más mínimo!

Filomena misma, con esas manos, habituadas á hundirse en ondas de oro y plata, se apercibió á improvisar la comida.

A no ser por la mansedumbre de Nieves, sabe Dios cuánto durara la prisión de Mina. Esta al verla tan humillada se resolvió á los ocho dias á hablarle
— ¡Apuesto, le dijo, que todavía estás creyendo en las invenciones de estos!...
— Cómo no he de creer!.... Pobrecitos! Por nosotras han podido salir de empeños; ¿No ves lo agradecidos y contentos que están?
— ¡Lebátela, mi Dios, antes que peque! ... exclama Mina. — Contentos... están de más! .. el agradecimiento me lo dentó en la nuca!.. No seás creída!..
— Es que vos Mina....
— Sí, muy lebantalestimonios!.. Esa es tu pantaleta de siempre. Pero mirá: ¡acordate de mí si Filomena ó Augusto nos pagan esa cuarta!, esa cuarta! Sólo vos que sos tan boba, has podido tragarte el cuento de la tienda apitadorada y las lástimas que nos lloraron... Ya ves, pues; por tu bobada nos quedamos pilando puel afrecho, y arrimadas á ellos, que ahora nos jonjolean por engatusarnos; pero después.... yo te contaré un cuento.
— ¡Vos sí sos fatal! — dijo Nieves llorando.

— Hasème el bien de no ofocarme, que no tè digo esto por mal: tè lo digo pa que sepás cuál es nuestrā situasión, que no lo comprendés. Ia bes: ¡ni un papel, ni ~~un documentico~~ pal pago!... Si les cobramos salen con que no tienen, y nos embuelben con cualquier mentira; ¡ëstues si no nos pegan!... Ia nos bes de cosineras... I lo pior es que si no nos casamos, no tenemos más que alzar la chamarra y resebir los regazos, porque ¡unas tristes arrimadas, que bamos á haser?... sin tener de quién ~~valernos~~ vulljar de ber?... ¡Si no se estuviera muerto el dijunto Juancho!...

At este recuerdo la ahijada ~~dejó caer~~ ~~las~~ ~~dos~~ lágrimas, exclamando:

— ¡Pobre, mi padrino!... ¡Mi Dios lo tenga en su santā Gloria!... ¡Nos quería tānto!...

— I ya bes lo que saco!!

Pocos días después salen los dos prenderos con la novedad de que había que vender la casa, que pagaban muy bien, para comprar otrā más comoda y más central; que Mina y Nieves tenían que consentir en la ventā, porque Augusto se moría de vergüenza viviendo en con sus hermanas en ese rancho tān infeliz; que ya que tenía conqué iba á darles mucho gusto, tānto más cuando la casa tal estaba para ser ~~vendida~~ en ~~almoneda~~ pública almoneda; que el la sacaría muy baratā, y que con poco la pondría como un pesebre, con lo cual quedaban tōdos armados. Estās razones las reforzó Filomena con su acostumbrada elocuencia.

Mina todo lo oyó en silencio, dando cuerda á su cavilosidad á ver si sacaba qué trampa era esa; la ~~Ignorante~~ de Nieves á todo dijo amen.

Filomena ~~se puso~~ en pié, se encaró con la desconfiada, y llena de majestuoso reposo, le dijo:

— ¡Bos sos la mujer mas rara que conozco! ¡Con bos no se puede contār pa nada; porque en tōdo bes cosa mala... aunque sea un fabor! Pero escuchame: ¡¡yo y Augustō representamos tres derechos en estā casa!: los dos de yo yel y el queera de Juana; porque nosotrōs dimos la platā; Nieves consiente en la bentā porque be la conbenensia: ~~antōnses~~ mas luego bos estās sola y pordebajiada!...

— Por debajiada y sola ~~he~~ he estāo siempre!

— Sí?... Pues ahora tās más!... La casa se bende por sobre bos; porque semos cuatrō y la ley nos dá derecho y mando. Si bos no querés que compremos otrō casa, te se dará la parte en platā, pa que comprés un palacio pa bos sola....

Los doscientos pesos prestādos surgieron de repente, poderosos é imponentes en la memoria

de Filomena, y temiendo haber ido muy lejos hizo una transición que hubiera hecho temblar una platea, y prosigue inmediatamente:

—¡Pero es imposible, Minita! que busté quiera separarse de nosotros.

Saca el pañuelo lo lleva á los ojos, y, en silencio, se enjuga quién sabe qué.

—¡El único gusto —continúa— el único que tengo es vivir con mis hermanitas!... Por eso quiero que compremos una casita buena, bien alegre, pa tenela bien compuesta y que estemos todas bien á gusto... pero si en eso le damos disgusto!... Para que bustedes disfruten y estén alegres, es trabajamos.... ¡y ahora sale mi hermanita con que está sola y pordebajiada!..

Tan conmovida estaba que se entró á la alcoba y se acostó con la cara tapada, produciendo ese ruido de narices, denunciador del llanto.

Augusto suspiró con amargor profundo, Nieves se deshizo en lágrimas, Mina permaneció en absoluto mutismo.

¡Poderosa es la ternura fraternal! Augusto alcanzó el sí de sus hermanas para enajenar la casa; remató la otra, que en poco tiempo estuvo elegantemente refaccionada: es la que conocemos.

Los [illegible] grandes, al verse dueños de tan magnífica morada y ricos, quisieron, ¡claro está! darse tono.

Lo primero que hizo Augusto fué mandarse á hacer un número de vestidos, á cual mas ostentoso y llamativo; compróse muchos dijes y joyas para perfilar con el debido aparato los rasgos del hombre elegante. Que nadie le tocara en trapos, fué su idea: y la realizó. Luego mucho boato para la casa y para cosas de su uso personal; porque una alhaja de tanto valor, ¿cómo [illegible] guardarse en estuche de cartón, ni tratarse así no más? Había de perpetuar su imagen, ya que no en mármoles y bronces, en lienzo, al menos. Entonces fué cuando Palomino hizo el retrato de marras.

Siempre se había estimado Augusto, pero desde esta época su amor á sí mismo, fué creciendo, como crece en velocidad la piedra que cae; y tras este sentimiento, vínole el de su propia grandeza. Aquí fué ella! Figuraos un mortal, gozando los éxtasis del yo, en una plenitud que humanamente no tiene conqué compararse; figuraos un ser

sin dependencia de nada ni de nadie, que miraba al mundo y á sus habitantes, como cosa de muñequitos de plomo, y tendréis apenas idea de las que con respecto sí mismo, pasaban por el cerebro de Augusto, si es que Augusto tuvo cerebro.

Cuando la propia satisfacción encuentra al desarrollarse algún talento, alguna luz intelectual, algún elevado sentimiento, suele no presentarse tan de punta en blanco, y hasta suele á las veces velarse con ~~[illegible]~~ ondas de fingida modestia. Entonces esa jactancia es moneda corriente, tan corriente, que corre y correrá como ha corrido siempre.

Pero en ~~Augusto~~ ~~[illegible]~~ no había nada de esto. ~~[illegible]~~ ¡Sabemos que en su cabeza hacía el viento de las suyas, pues hasta le entonaba trisagios; y es de suponerse que su corazón no sería una de filigranas – á no ser las de joyas empeñadas – Por ende ~~[illegible]~~ rebaja de injusticia exigir tapujos y envoltorios en la jactancia de Augusto: redondas y desnudas las espetaba, con la buena y el candor del niño, que decía á otro: "Chupá que en casa ~~hay~~ [illegible]".

No así Filomena. Mujer, al fin, tenía algún disimulo. Positivista hasta en eso de darse tono, hizo que compraran una finca de campo, cerca á la ciudad, la cual no solo era lugar de recreo para los esparcimientos domin-

gueros ~~[illegible]~~ que también producía. Con ser mucha su engreimiento y excesiva su vanidad, con creerse muy superior á Augusto, no se mostraba muy canera, ~~ante los extraños~~, ni estaba, tampoco, tan llena de sí misma, que no echase de menos algo... así como un marido.

Embullada toda su vida en los negocios, bien poco se había ocupado del espejo; pero al ocurrírsele la idea matrimonial, hizo, ante uno de "cuerpo entero", el inventario de sus encantos físicos. No sería ~~[illegible]~~ ~~los que tuvo que inventariar~~, ó acaso le parecieron muy descuidados, porque desde ese día, dió á cultivarlos con empeño, reuniendo en su nuevo tocador, todo cuanto puede tener de negro, blanco y rojo, [illegible] yeso, ladrillo molido ú hollín. Entre ~~las hojitas~~ prendas [illegible], rezagadas ~~que se habían vendido~~, había faldas de seda y pantalones de raso; pues á manos de una [illegible] fueron á dar, y pronto estuvo Filomena arrastrando unas colas y luciendo unos [illegible] y unos alzados ~~de falda~~, que... ¡María Santísima!

Como no encontrara calzado extranjero que le viniera al bronco pié, hubo de apelar al de nuestros zapateros. ¡Pero qué de punteras de charol, qué de vivos de tafilete rojos, qué chirrión! Paramentada con perifollos muy vistosos, si bien un tanto arcaicos, pues la vario-

mil hembra no estaba al cabo de modas; recarga-
da de joyas; con temblegues de mariposa sobre
la moña de redecilla; amantada con los pa-
ñolones de colorines, se contoneaba por calles
y plazas, dejando visco al genero humano, ha-
ciendo crujir la seda, la ~~ropa~~ almidonada,
y el faldamenta chirriador calzado. Parecía el Sombre-
ron. ~~Pero~~ en tanto, ~~como~~ se ponese en evidencia
y ~~deslumbraba~~, y el apetecido ~~solicitado~~ hogar no ~~asomaba~~
~~ñales de vida~~ por ninguna parte. Que ella es-
taba con "la embestidora" ~~todos~~ era visto; pero
nadie salió á capearla. Mucho tiempo duró
esta actitud hasta que cansada de ~~tan~~ cam-
paña depuso las armas, de miradas y ~~pisadas~~ conservado solo los apei-
tes y alguna ... atamudas y llevando en el corazón retamas
y estricninas. ~~Pero~~ aunque Derrotada ~~no~~ ~~estoicamente~~ ~~su~~
~~bió su~~ propósito de cornear al primer ternera-
rio que se le acercase.

Mina también se andaba muy avinagra-
da y en ~~una~~ fermentación, que á las veces
le hacia botar la tapa. Los desabrimientos de
la vida le habian venido en tropel. Que la
ladrona de Filomena, salió con que ella (Mina)
y Nieves no tenian parte en la casa y que ape-
nas representaban entre ambas novecientos pesos,
contando lo prestado y el valor de las dos accio-
nes de la ~~casa~~ vendidas, siendo así que la nue-
va valia algo más de veinte mil; Que el picaro de
Augusto las trataba peor que á perros; Que cuan-

habian buscado cocinera y asistente por darse
infulas, siempre eran ellas las ~~[illegible]~~ pobrisas;
y que Augusto las queria matar si las camisas te-
nia una arruguita, si las medias un pun-
to zafado, si la cama no estaba como ali-
sada con bolillo; Que ese maldito viejo las
celaba tanto, que ni les dejaba asomar ~~ni a veces las de-~~
~~jaba asomar ni~~ á á la puerta, ni á la
ventana; Que el negro asistente y la zam-
ba de la cocina las espiaban por orden de
esos bribones, para ponerles en pico, todo lo
que ellas hacian, y q. por esto los novios tan
buenos que les salieron, se habian malo-
grado.

Estas retahilas, y otras más que seria pro-
lijo enumerar, pasaban en procesion, á to-
das horas por la mente de Mina, ~~ponien-~~
~~dola~~ enfermandola.

En último analisis, todo ello era cierto, me-
nos lo de los novios. Los tales eran mozos
que pasaban á menudo por la calle y á quie-
nes ella Mina elevaba á la categoria de pre-
tendientes, sin que ellos tuviesen siquiera noticia ni
de las pretendidas. Tan mal andaban en
asuntos casamenteros, que ni por aproxima
les levantaron el grato testimonio de ser
novias de nadie. Parecía que la inicua
opinion publica las habia condenado, sin
verlas, á celibato perpetuo.

Mina tan recelosa siempre, siempre tan contrariada, sintiéndose sola é impotente en la sorda lucha con los hermanos, y desesperanzada para el logro de sus deseos matrimoniales, no halló otro expediente que sepultar bajo una mal fingida calma, todo aquel tumulto de ideas y sentimientos. Pero esto no es posible en Mina. Por alguna parte tiene que resollar la caldera, si no ha de estallar; y Mina tenía á Nieves: todas se las pagaba la infeliz, á quien hacía responsable de la suerte de ambas.

Sólo lágrimas y palabras cariñosas tenía Nieves para los improperios y malos tratamientos de la hermana. En su corazón, como en rico vaso, ~~puso~~ plantó Dios, la flor inmarcesible de la humildad. Por ello perdonaba sin esfuerzo, sufría sin quejarse, sin sentirse desgraciada; y, apóstol inconsciente del hogar, trataba solo de llevar á las áridas almas de sus hermanos una gota de la ternura que la suya atesoraba. Que, aunque crezca entre malas yerbas, siempre perfuma la violeta.

Pero la dulzura de esta pobre muchacha era tenida por Agto. y Filom. como apocamiento, ~~por sus hermanos mayores~~, ~~por Mina~~, como adulación ~~á ellos~~ por la otra.

Nieves en otro hogar, rodeada de cuidados y cariño, llena de prestigio, acaso hubiera sido menos buena, que suelen ser las contrariedades y tristezas de la vida yunque y martillo ~~que~~ forjan las grandes almas.

V.

Viendo Filomena la pachorra que gastaba Augusto para el matrimonio, díjole un día:

— Cómo es ¿vos no pensás casarte?

Augusto alzó á mirarla, como se ~~puede~~ mira á una persona que da señales de locura. Ella añade:

— ¡Mirá que hay mujeres muy ricas!... ¡Y si te dejás envejecer más!...

— ¿Envejecer?... ¡Ya se quisiera esas ricachonas cojerme! ¡Plata!... ¡tenemos mucha!

— ¡Pues por lo mismo! La plata busca la plata.

Sin amor, porque era incapaz de sentirlo ni por la más pintada; por codicia, y porque los consejos de Filomena siempre le sonaron tan al derecho; ~~sin amor, sin codicia, porque se consideraba el mas rico del mundo; por capricho solamente~~, quiso seguir ~~el consejo de Filomena~~, ~~haciendo~~ la corte á una rica heredera. Esta se rió del pretendiente en sus barbas; y vaté Ud. que al Augusto se le sube la mostaza y quiere probarle á muy cochina, que él se puede casar con la que ganas le den; Casualmente que

todas están que se las pelan por pensárselo! Pásase, entónces, á la Manzana y... ¡Nada!; luego á la otra y.... ¡Nada!; y así sucesivamente á todo ~~el hombre~~ á los ricos de la ciudad. Pues, señor: parecía que las ~~bellaconas~~ muchachitas esas se hubieran pactado.

Siempre fueron las calabazas muy amargas al humano paladar; pero Augusto, el feliz Augusto, tuvo para aliñarlas una salsa, ~~que~~ la cual le supieron á gloria. "Bien sabia — se dijo — que yo no me habia de casar con ellas; Por eso se están haciendo de mi alma... creidas! Ya las quisiera ver yo si yo les florcára de veras!"

Estos fueron los únicos amores, que se le han conocido. Tal vez se anduvo por ahi á picos pardos — ó negros que es lo mas probable ~~[illegible]~~; pero esto, ~~[illegible]~~, ni el padre cura los sabe; porque el ~~[illegible]~~ no confiesa, desde que Mónica lo llevó la vez primera.

El barrio de la nueva casa, es, en su mayor parte de gente rica ~~y toda muy~~ linajuda. Los vecinos, con todo, hicieron á la familia ~~de [illegible]~~ la visita de ... que inmediatamente fué devuelta por duplicado; pero luego supieron todos honrando la tal casa con su ausencia. No necesitaban tanto Filomena, Augusto y Mina, para poner entre ojos el vecindario

entéro. A todos declaran la guerra, y con especial encarnizamiento á la familia de Dn Juan Palma, única pobre de la calle. ¿Pobres á Filomena y Augusto? ¡Pobres á ellos que, cuando algún pordiosero les imploraba desde la puerta un bocado de pan, lo echaban noramala, hartándolo de insultos?

No sabian las Palmas con quién ~~tenian~~ tenian que habérselas.

decia F. "¡Esas muertas di hambre! — ~~decia Filomena~~ — ¡Esas mugrosas!.. ¡Quién las ve tan orgullosas... y no prenden el jogón!

decia A. ¡No les hagás caso! — decia Augusto — Esas son unas bagamundas. unas...

decia M. ¡Y tán feas! — ~~añade Mina~~ — ¡Por que á cual de todas... si parecen cria de micos!

decia N. Por Dios! No seán así! — exlama Nieves.

Y los otros en coro. Callá la boca — ~~le replican en coro~~ — Callá, que vos hasta ~~pa~~ pesas tópais de fenga!

Mina, ~~que no habia tenido muchas [illegible]~~ muy comunicativa con los prenderos, en quiénes, como hemos visto, miraba enemigos encubiertos, se vió entónces, por odio á las Palmas, en largas pláticas con ellos, sobre todo con ... gusto.

Vestida de bermejo, hecha un ascua de oro y colorete, se estaba una vez á la puerta la gentil prendera María, la me-

nor de las Palmas, pasó por la calle, paladeando un cotozo grande, que, al chupar: le inflaba los carrillos, cual el viento á un chirimero; de pronto alzó á mirar á Filomena, y, á la vista de aquella guacamayona de oro picando uvas de coral, que ~~pendian~~ al cuello, á la de esas ~~ochavas que con cadenillas~~ le colgaban de las orejas ~~en graciosa undulación~~, la muchacha se encantó y se detuvo, fija en aquello, con el corozo en la boca. La quintañona beldad, observó á su vez las papujadas mejillas de la niña y creyendo que la remedaba y que la burlaba en sus propias barbas, se abalanzó sobre ella ~~para pegarle~~; pero la rapaza se le escabulló ~~y se alejó~~ haciéndole gestos — esta vez muy ~~[illegible]~~. — Filomena, más furiosa aún, vomitó por esa boca sapos y culebras.

No bien la gestosa entró á ~~su~~ casa, cuando compareció ~~allí~~ el asistente de los Alzatés, en solicitud de la señora de Palma, con este recado:
"Que á mi sía Filomena que castigue una niña suya, muy malcriada, que ha ido á molestala y á burlase della."

La señora ~~se confundió~~ (cogibundida), llama á la chica la examina, le hace cargos; ~~ésta~~ protestó esta de su inocencia, y refiere como por ver esas cosas tan lindas, que tenía esa señora se pa-

ró, ect.. La madre y las otras niñas rien del caso
+ "Dígale á la señora — dijo la de Palma — que hasta ahora no he encontrado motivo para castigar á María; que yo averiguaré bien la cosa, y que si hay falta se la castigo."

El criado dió la razón y agregó que "esa vieja y las hijas" se habían reido mucho.

Filomena que tál oye, sale, atraviesa la calle, se acerca á una ventana de las Palmas y..., ¡Nara que de su boca dijo! Las pobres no tuvieron más remedio que cerrar cuanto daba á la calle. ~~Filomena llegará á su casa convulsa, llorando, poseida todavía de la desdicencia.~~

A la mañana siguiente, cuando el Sr. Palma, gran madrugador, ~~abrió la puerta para salir~~, notó, apesar de estar aún muy obscuro, que en la recién enlucida pared de su casa había algo en gordos caracteres escrito con carbon. Se acercó y lee los ~~letreros~~. Lo que ~~rezaban~~ no nos consta; sólo ~~sabemos~~ que el Sr. Palma, que nunca sufrió corea, perlecía, ni ningún mal nervioso, tembló como azogado, crispó los puños y chasqueó los dientes; y que un albañil comió á encalar de nuevo todo el frente de la casa.

Otro dia estando las Palmas conversando en la puerta de la calle, con un pariente, acertó á pasar Augusto, á tiempo que la risueña Lola mostraba los dientes. Pues se le antojó á este que era por él la risa, y, rabioso como la iguana mala, [illegible] á tartamudear, sin articular palabras inteligibles, por fortuna. Fuese, luego á Dn. Juan con la querella, quien lo recibió con displicencia; fuese, luego al Alcalde, quien exigió fianza de guardar la paz.

Pero á la paz de los Alzados no le faltaban gestos cuando de mofa, cuando de furor, ni miradas amenazadoras, ni puños medidos, ni quitadas de acera con empujones á la calle. Las Palmas como si tal cosa; pero por dentro temblando. Dn. Juan quiso vender la casa por huir de los Alzates; mas no encontrando una que conviniese á sus recursos, hubo que resignarse á soportar los [illegible] vecinos.

El amanecer del domingo fué con lluvia; tal siguió la mañana; el medio dia nubladillo y tristón como un convaleciente; la tarde, á manera de esas gentes que pasan la juventud recogidas para alborotarse en la vejez, determinó arrebolarse, allá por el poniente; y, vestida de azul turquí y blancos tules por arriba, de color de esperanza por abajo, tanto hizo que al fin alegró la ciudad. No quiso ser menos Eolo: perfumándose con rosas, eucaliptus y azahar, echose á volar regando aromas, acariciando delgadillo y silvador.

Los medellinenses, metidos en sus casas, por el tedio dominguero, al ver tales celajes, al sentir las narices regaladas con tales regalos, dueños de mano á los aburrimientos, subieron á las puertas y luego á paseo.

Los mozos del buen tono ecuestre, sacaron de las caballerizas los potros del rumbo, enjaezados con el galapaguillo francés; y asiendo por la sutil brida, estuvieron de un salto á horcajadas. Refrenados los caballos, compuesto el sentado, las piernas abiertas como una A mayúscula, y, con todas las tiesuras que el caso exige, partieron á paso menudito; alardeando ya de la [illegible] del palafren, ya de la apostura del jinete, [illegible] no de la chama[illegible] lado botón, cuya punta de lanza toca apenas el oro del argentino estribo; sin faltar en tan caballeresca serenidad ni el salto mortal ni la caracoleada inverosimil, para poner á las claras que el jinete no es ninguna cosa.

Las francesas antioqueñas, que ya se creían chasqueadas por el mal tiempo, se botaron también ~~desforzadas~~ por esas calles de Dios, disfrazadas según el último figurín, asustando á los hombres y dando en que entender á sus rivales en elegancia.

También los maisentos aforrados en gamuza se andaban muy lindos y sietemesinos, con el chiste parisién.

Los trenes del tranvía iban y venían de bote en bote. Cruzaban los coches de alquiler, llevando en sus mugrientos asientos á las señoras del fregado y del hollín y á las sirenas de cuarto ciego. La calesa de algún ricachón pasaba majestuosa tirada por ~~su~~ hermoso tronco.

Los galleros de los pueblos ~~circunvecinos~~ vecinos salían del circo, con los marrañones pintos y canaguates, héroes del día, envueltos en paños, terciados á guisa de carriel; alumbrando sus caballejos, echando sus tragos los afortunados; mustios y despaciosos, en sus bagajes, los de negra suerte.

Gentes como se estilan por acá, de ruana y pañolón, traginaban por todas partes.

¡Vaya, si había ~~muchos~~ que ver en esta hermosa tarde!

Reunidas estaban ~~[illegible]~~, en el portón de las Palmas, hasta una docena de chicas á cual más guapa, sentadas en taburetes y banquetas

Las Palmas, pobres y todo, eran tan populares que su casa ~~siempre~~ fue punto de reunión de todas las muchachas del barrio. Y los días de fiesta ~~se~~ formaba en su puerta ~~o~~ un ramillete de flores de carne y hueso, que ni para ~~la~~ ponerlos comer la baba ~~que se la iban~~ á tanto aecjar como pasaba por la calle.

La junta de esa tarde ~~era~~ para atender: allí estaba María Josefa Escandón, (Pepa como todos la llamaban) que es como dice la Biblia de Medellín. Sin ser una beldad, ni mucho menos, tiene la sal de Dios regada por todo el cuerpo: donde está todo lo alborota, y aunque sea en la más estirada visita pone la formalidad en barato con sus locuras.

Llegó al portón ~~esa tarde~~, y mientras dió la mano á las otras y fué despojada del chal, exclama á manera de saludo:

+"¡Pero niñas por Dios!... ¡Es una vergüenza que tanta muchacha tan linda no tenga una parranda de novios en la esquina!.. O si es que no tienen alisero para prestarles de los míos.

— Sí, Pepa, —replica una morenilla más picante que el ají— lárganos unos de los tuyos!

— ¡Pero es que no se puede ni creer que estén así... tan tequipuras!.. # Y se puso á examinar á cada una sobre sus procedimientos amorosos, de lo cual resultó que todas eran unas chambonas.

"Pues es imposible que piquen los pollos sino los saben llamar! — dijo Pepa — Espérense y verán como les enseño! — Y levantándose se salió hasta media calle, metió la mano al bolsillo, sácala llena de confites y comienza á chillar: Cutu! cutu! cutu! Cutu cu-tu cutu! Cutu cutu cutu! — al mismo tiempo que sa-cudía el grano.

— ¡Por Dios, Pepa... no seas loca!.. Mirá que te pisan los coches!... Que dirán ¡por Dios! los que pasen — dijo una mientras otras reían.

— Eh, niña!... No sea boba! Espérese y verá! — y siguió llamando.

Como acuden los espíritus al conjuro del nigromante Hermenegildo Estultos, así mismo comparecen tres estudiantes universitarios, en la boca calle vecina. Pepa al verlos ex-clamó con rabiosa pamplina:

"Bean estos sinvergüenzas!... Pensarán que es á ellos!.. y enca-rándoseles, hace ademan de espantarlos diciendo: ¡Huise, orejonas! Mi maiz no es para ustedes

La trinca estudiantina prosiguió su marcha, calle arriba.

"Por Dios, Pepa!... Ah pena!.. Oyeron... ah pena!.

Pepa permanece en su puesto, y el general que desde su cam-pamento dirige el catalejo al enemigo, lleva ella la mano pa-ra á un ojo, á guisa de alarga-vista, lo apunta á la á lo largo de la concurrida calle, observa y á poco clama entusiasmada

"¡Allá vienen! ¡Allá vienen!.. y todos son de es-puela y pelea!.. Ahora sí, muchachas; Pre-párense... bien risueñas... con la cara más

bonita que sepan hacer... Ya casi llegan.

En efecto, allá como una cuadra distante, se iba destacando de entre la burda concurrencia, un grupo de cachacos y pepitos.

"Hay para todos! — dijo el general — Qué cuatros que vienen!... ¡Bean como bolean la lanita!.. ¡Bean otros tan pechiblancos! ¡Eso sí es concu-rrencia!

La cachaqueril pléyade llegó; y... dere-chitó á la esquina, ojo al portón. El general manda:

"¡Fuego, muchachas!...

Algunas se echaron al zaguan á acallar la risa. El enemigo se mueve a vanguardia. Va á pa-sar por la emboscada. Pepa retrocedió hasta la acera; y antes que los pollos llegaran, regó la confitería. Al reguero, ellos se sorprenden, y muchas elegantes cortesías se malogran. En el portón se oyó el gorjeo de risas comprimidas.

Un cachaquito de la retaguardia — muy re-dicioso sin duda — enmienda la cara, se para, se retuerce el atildado bigotillo, y dirigiéndose á las niñas dijo ronquito:

"Les parecemos muy sélebres?...

— No, caballero, nada sélebres — responde Pepa muy seria.

— Entonces.. ¿porqué se rien tanto?.

— Pues reímos porque estamos diciendo mu-chas ocurrencias!... que no le importan á usted

– Y esos confites? ~~que ne...~~!
– Confites!... usted está muy ~~Caballero~~ no está un poco mal de vista caballero... no ve que es maíz?
– Yo soy muy serio... para esas gracias.
– Sí?.. Pues me alegro mucho! Nosotras somos muy risueñas.

El mozito viéndose poco airoso, quiso cambiar de táctica, y con risita forzada, dijo:

" Es una pura broma señorita... me habían dicho que Ud. era... era muy pronta... y determiné provocarla.

Pepa lanza una carcajada de loro

Con que provocarme!... Ja ja ja! Señor!... ~~Ud.~~ Usted sí que es chirriao!...

El "señor" se atarrugó tanto, que siguió su camino sin saber qué familia era.

En el campo mujeril hubo gran confusión. Estas reían á todo trapo; aquellas hacían extremos de angustia; cuáles protestaban de la conducta del pepito, cuáles de la de Pepa; algunas la trataban de loca de atar, otras le echaban calurosas laudorias, proclamándola como la más cuarta de las hembras; y hubo una tan aterrada que propuso se levantara la sesión ó que al menos se pasase á la sala. Pero la moción fué tan impopular, que antes se convino en que ninguna se iría hasta las seis y media, y que del portón no se moverían ni las moscas.

El mozito chistoso se exaltó tanto en la tertulia, á causa de esa escena, que el caballero serio fué blanco de alfilerazos epigramáticos. La algarabía aturdía.

" Pero quién esa criatura de mi Dios? – preguntó Pepa.

– Es Martín Gala, un joven muy importante– contestó una.

– Ahora lo oigo mentar!.. Quien lo ve.. que parece que iba á reventar como un cañón.. y se tanió!!

El símil agradó, y el señorito Gala, quedó esa tarde confirmado, entre las niñas con el mote de "El tanido".

Cuando ésto se unió á sus compañeras que algo habían oído, no fueron pocas las bromas que le dieron.

A poco estaban de vuelta, y al pasar por el portón, no podían atajar la risa. Igual cosa pasaba á las niñas. Sólo Martín volvía muy cariacontecido.

Por el mal tiempo no pudo ir Filomena el domingo á la finca, lo que la puso de muy mal humor. Para ver de disiparlo se emperejiló bien, regando gracias de carmín y nieve por todo su rostro. Sacó luego del escaparate

un gran cofre y se puso á dar lustre á brazale
tes, collares, broches y sortijas. Pegada á una
mesa — con ese aire solemne que se usa para
contar dinero — dale que más dale á la gamuza
y á la tiza, pasó el medio dia.
Augusto, cuyos solaces del domingo eran
el elavorar los adornos santuarios y comise-
sos" que ya conocemos, o hacer cucharillas del naranjo estuvo ese domingo sin
estro artístico. El no era hombre de parrandas
ni bebezones, ni amigo de nadie. ¡El juntarse
con cualquiera clase de junta! ¡El ir á esos
caseríos, á ese Eden, donde hay tanto gorrero!
Nó nó; Que fueran á que le dé de beber el Dia-
blo!. Tampoco era amigo del campo; Harta
boñiga habia manejado de niño, harta ba-
sura, para ir ahora á ver vacas y bagazo de
caña! Que fuera Filomena que le gustaba
eso.
Augusto quitó los adornos del lecho y la colcha de damasc se echó en el conta lecho, y se que-
dó como un angelito.
Nieves aprovechó el sueño del concervero para
echar á la puerta un Patrés de pesca; pero ni
una anguila picó!
Muy tarde despertó el Señor.
"¡Comeres — gritó furioso ¿aquí no se come hoy!
— Pues como Usted estaba dormido!... contestó
Nieves muy asustada.
— ¡Y tus, sorombáticas!.. que todo lo dejás para la
hora e la muerte!...

Nieves corrió á arreglar la mesa.
"¡Ave María, Augusto! — exclama Nieves — Me asombro de
que haya podido dormir con la bachata que tie-
nen aquellas sinvergüenzas en la calle... Oígalas!
— Quiénes?... Las Palmichas?; Nó les digo!..; Apues-
to que ai tán atisbando á todos los que pasan!...
¡Porque esas sí son las tísicas que mas gana
tienen de casase!.. ; A falta que les tá siendo
el rejo!
Se sentaron á la mesa. Augusto, en man-
gas de camisa, ocupa el puesto de honor. Y
vaya si se cuidan los Matandreas! La lime-
ta de vino seco, dulzarrón campea sobre el man-
tel de arabescos de azafrán y grana; ~~un cacha-~~
~~rro de losa, con una piña podrida y algunas~~
~~naranjas lamosas, hace de centro, donde desca-~~
~~sa y toma á la mesa, que es regalo al pala-~~
~~dar.~~ Sendos plátanos tananos, lucen junto á
las arepas, en los puestos de Augusto y Filo-
mena; aquél tomando la suya la parte por
mitad, y manipulando con média, cual con
el cubierto, acomete un plato de estrellados
huevos, cuyas yemas al ser heridas por la
arepa, revientan, convinando en pintoresco
matiz su amarillez de oro, con la púrpura
del tomate, y el verde de la cebolla.
Augusto, atragantado por el bocado que le
esponja ambos carrillos, dice:
"¡Pues les aseguro que las tales Palmas... es-

tán que piden azote!.. Borrajo!...
— Esas!... No me digás! — exlama Filomena con estrépito — Esas son las bagamundas más groseras qui hay!... Con tantico así que les bea... las acabo!... sobretodo esa atrevida que me arremedó á esa almuerza muy duro!
— ¡Y la grandulaza que rió de yo! — clama el varón que casi se ahoga con un tarugo de longaniza, plato que siguió á la entrada de huevos.
"Y vos ¡tan pendejo! que no le rebentastes el hocico á esa dientipelada.
— Fué que mi acordé de la fianza...
— ¡Qué cuento é fianza! — apuntá María chupandose lás diez mandamientos, tintos en salsa — Si eso fué hasi años!... cuando mandaban los rojos... ¡Quí ba á saber el Alcalde di ahora!
Augusto, ocupadísimo en descuartizar á dos manos el caparazón de una gallina frita, guarda silencio. María prosigue:
"Bien le habia podido bajar el moño á la Lola!... ¡Y ya eso que son tán bisitadas!... No sé qué grasia les toparán á esas hambrientas!... Ya se be: como son tán lambonas...
— Piss!... Pues si las bisitas son casi como ellas! — dice Filomena — ¡Si aquí en esta calle no hay sino Zumbas alzadas, porque tienen cuatro riales! Mirá: estás petimoradas de la esquina se les be el Zambo á leguas: la doña Inesita, tán orgullosa, es hija de una beja bagamunda: las momosreñas son unas tristes pueblerinas que quieren meter la Gomes... Si mi magino que nesta calle tenia toda esta canalla ¡ni á palos habiamos comprado esta casa!.. ¡Aquí no hay con quien hablar!.. Si yo le bibo disiendo á éste que lo que debemos haser es irnos pa Bogotá. Ya ben lo que escribe Juana; y me dise mi sia Chepa que esa sí es la tierra ¡pa disfrutar y ganar plata!.. Pero Augusto le parese que sinués aquí, no hay bida!... Pues yo, cuando menos lo piensen me les boy.
Augusto nada contestó á esta interpelación: estaba royendose la rabadilla de la gallina, acto solemnisimo para él.
Los frisoles y la mazamorra, cantados por el poeta, tambien estaban allí; pero unicamente para que María y Nieves — que pocas veces les toca de lo bueno — acaben de llenar. Augusto y la negociante, ¡cuándo habian de comer eso!
Aquel, luego que dejó la osamenta del ave sin una hebra, se apechó un vaso de leche postrera, quedando la densa espuma en los pintados bigotes. Tras esto vino un plato de conserva de la laya de las antaño vendian.

Nieves le trajo un tazón de café, y el gastrónomo, mientras reanudaba la conversación sobre las Palmas, le mezcló hasta un cuarto de panela raspada, y se apercibía beber.

"Dejen esas pobres en paz! dice la del café en tono festivo — Augusto lo que ha de hacer es casarse con Lola, pa' que hagan las paces!"

Augusto, al oirla, se enciende, se agita y quitándose el tazón de la boca, se lo avienta á cara á la hermana con todo y café.

"Ah! animal! — le grita — ¡Sólo á vos te se ocurre! .. Estúpida!... Grosera!... Atrebida!

Afortunadamente que á Augusto le gusta el café frío que si no le sancocha el cutis á la muchachita.

–"Muy merecido que lo tengo!" — exclama Nieves

Aturdida con el totazo, anegada en llanto y en café, recoje los tiestos del trasto, y sale para la cocina. El colérico y Filomena para la puerta de la calle.

Llenos de rabia vieron la alegre tertulia, á quien Lola hacía el costo en ese momento.

En la acera opuesta, precisamente frente al portón de las Altamiranas, estaban dos hermanitos de las Palmas, dibleando en amor y compañía de Pachito Escandón, que había seguido á Pepa. Los tres mocosos se ocupaban en el grave asunto de cambiar retratos de papelillo de cigarrillos: "Te doy cuatro Núñez por ese Guitán — Eh! No vaya á creer!.. Mian por mil! — Te doy tres Dolores Sucre — Eh! Si ésa no hay quién no la tenga! Más bien te doy á Juan Montalbo por Dr. Belis — si sí!.. Échala! Luego que hubo gran canje de ilustres personajes, se pusieron los muchachos á echar valero. El Escandón había improvisado uno muy bueno con un lapiz y una naranja verde y pronto estuvieron los Palmitos con los suyos hechos por ensalmo, y del propio modo. Entusiasmados con el invento y las apuestas, chillaban que era un gusto. El señor Altamirano abría la boca para regañarlos, cuando la naranja de Palma el menor, desprendiéndose ~~con~~ fuera de la cuerda, saltó al quicio de los pretiles, ~~yendo~~ á caer ~~junto~~ sin tocarlos á los ~~mismos~~ pies de Filomena. Ellas se hermanos hicieron, y apostando é insultando á los rapaces, los Palmas se ~~inmediato~~ echaron á huir, pero el badulaque Escandón, volteó á los regañones y dijo con sorna: "Eh!.. Pasaden del Bolo!... No nos vamos, muchachos, no nos vamos!

Augusto pasó del grana al amarillo, y entrándose ~~en lo la tienda~~, tomó el sombrero y el bastón y sale desempedrando las calles ~~de~~ Dios. Las alegres chicas, con su charla, no se dieron cuenta de lo que pasaba á los niños, pero al ver que Augusto atravesaba ~~pasaba~~, la calle, dando apresurado, las Palmas palidecieron y

~~se~~ callan
"¿Qué fué? — pregunta Pepa.
— Es que está pasando don Augusto!...
— ¡Bañienta nobedad!
No habrían ~~corrido~~ tres minutos, cuando D. Augusto vuel
vo enseguida y triunfante. Tres gendarmes le si
guen.
~~Estos~~ á una señal del señor, ~~le~~ echan mano á los ra
paces, que gritan llorando de miedo. Alzate
á exclama: "¡Para la carcel, malcriados!... Es pa
que tiren naranjas!...
Pepa y las Palmas, fuera de sí, al ver a
quello, se lanzan sobre los corchetes, protes
tando: "Eso sí no!... Los muchachos no los
Yevan... ¿porqué gracia? Las otras chuchas las
imitan; y chillando, estrujándose ~~y~~ remolinán
dose, se prenden cuáles de los ~~[illegible]~~ atropelladores cuáles
de los ~~[illegible]~~, ~~[illegible]~~ ~~por~~ ~~[illegible]~~. Dos de
del ~~[illegible]~~ aturdidos, largan ~~[illegible]~~ presos; ~~el otro~~ más
obstinado el otro se aferra á la suya. Las chuchas, en
tonces, le cargan á él solo; lo zarandean; le
tumban el kepis; lo pellizcan de lo lindo. El
grandísimo sinvergüenza ~~intenta~~ á sacar la bay
neta, y miéntras ~~tanto~~ el preso se le zafa y se refugia
en el zaguan, ~~de la casa~~. Corren tras él las l
idiadoras en monton y cubren la puerta. El
enemigo, rompiendo por entre faldas y mi
ñaques, se les entra al zaguan; ~~pero~~ las fie
ras muchachas no le dan tiempo de lleg

al contrapeton: unas rojas, otras verdes, ma
les trémulas, lo envuelven, lo arrollan, y em
pellon viene y pellizco va, lo ~~empujan~~ á la
calle. El gendarme, que por muy señor está de botines y muy
galan da un traspié, y se va de hocicos
contra el empedrado. La escena pasó en un
segundo. Al levantarse el del revolcon, se
agolpa la gente, atraida por el bochin
che. Nadie entendia á nadie: todas aque
llas amazonas "hablaban y gesticulaban á la
vez; ¡Estaban hermosas en ~~su~~ embriaguez
~~del coraje~~! Solo se distinguia: "¡Negro grosero!
¡Negro sinvergüenza! La voz de Pepa sobre
sale: "Nosotras tambien daremos hojas!.. co
mo los estudiantes el otro dia que ~~esos~~ los negros
los ~~que~~ los iban á llevar á la carcel.
Los compañeros de Martin Gala — que se
habian entrado al casino de la esquina, acu
den con algunos vecinos.
"Pero ¿qué es lo pasa, señoritas? — pregunta
el ~~Dr.~~ Gral. Puerta.
— Nada, ~~Doctor~~ contestó la Escondon con voz
temblona — Que los gendarmes se iban á lle
var á los niños... y nosotras se los quitamos.
(Gran sensacion en el público)
— Pero por qué los llevaban?
— Porqué?... Porque don Augusto Alzate
aquel anciano bigotipintado que está en
aquella puerta los mandó llevar; porque
tiraron una naranja á su casa.

~~El auditorio se vuelve~~ Todos dirigen la vista á ~~la puerta de Ajuste para contemplarlo~~. Allí están él y Filomena, ~~que~~ como desafiando ~~las miradas~~ al público ~~para~~ asesinándolo con ~~sus~~ miradas suyas. ¡Dios sabe cuál estarán por dentro! Todo lo están oyendo.

—Pero eso no es motivo... dice un cachaco.

—¡Cómo nó, caballero! —replica Pepa en voz alta y menos trémula ~~ya calmada~~. —¡Cómo no!... Nó ve que ese señor ~~tenía~~ le dió miedo que los niños le fueran á reventar con las naranjas, ese par de macetas que tiene la bizcochita en los cachetes... ¡Bien que inflamados los tiene!... ¡Pobresita!

El público estalla en una carcajada. Triunfo más completo no lo hubo en esa de Ayacucho. Los vencidos se entran sonámbulos, inconscientes. Lo mismo hacen las vencedoras. Marcadas, riendo unas, llorando otras, todas hablando, arman en aquella casa la de Dios es Cristo. El público desocupa, comentando el caso con gran hilaridad.

El gendarme obstinado, mas comido que una mona, con el kepis nuevo hecho una miseria, no tuvo más que aguantar las burlas de los otros dos, que tomaron la cosa á risa.

¡Hijo é la [illegible] pa tener una braba!... ¡Nos tiraron bien alegre... —dice [illegible] el otro.— Pero ~~[illegible]~~ deslao todos los días [illegible] niñas [illegible] los peluzearía [illegible]

Martín Gala se despidió de sus camaradas y se fué á su casa á eso de las seis. Despojose los arreos domingueros, se envolvió en el sobretodo viejo y echose en la cama á fumar cigarrillo, para ver de espantar esa bandada de estorras que llevaba en la cabeza. "No cabe duda! pensaba. Me puse en ridículo. ¿Quién me mandaría enredarme con la malcriada esa?... ¡Y lo que se reirían de mí las otras! Pero fué que los confites... ¡Malditos confites! La podría haber insultado y seguir.

Habitaba Martín en el barrio de San Francisco, en casa de Dª María Ramos, señora viuda y madre de Paulita con quien vivía; y eran ambas tan viejas que, en verdad, no era fácil saber, ~~al verlas~~, cuál de las dos era la madre. Estas señoras, mediante una módica pensión, asistían estudiantes.

Tenía Martín por compañero de habitación á un tal Mazuera, estudiante de la Escuela de Minas, mozo flemático y tunante y parlanchín ~~si~~ los hay, y además amigo de meterse en todo; y á otro joven llamado Lucio Pérez, que cursaba Medicina en la Universidad, muy bonachón y aplicado, á quien Mazuera llamaba el Dr. Cuasgordas, por lo natural de ídem y [illegible].

Las viejas, que eran más buenas que el pan, los trataban como á hijos; y ellos, al par que las querían y respetaban, las embromaban como podían, las [illegible]

llamando á la madre Mamita y á la
hija "La vieja", por antonomasia.
Los tres muchachos, si bien de carac-
teres muy diversos, la llevaban muy en paz,
y de esta armonía se aprovecharon las pa-
tronas para acomodarlos en el cuarto del
zaguán, que era muy grande, y el cual
arreglaban ellas á la mañana, al medio día y
á la tarde; pues el desorden y desbarajus-
te de los mozos, corría parejas con el or-
den y aseo de las señoras. Tales composturas, lejos
de incomodarlas, les servía de tema pa-
ra reír y darles bromas, en forma de re-
gaños, "por el poco fundamento y por lo ma-
rranos que eran."

Gala era caucano, é hijo de una viuda
riquísima y que no tenía más hijos que
un hermano que era hacendado. Como
éste no despuntaba por el lado de los
negocios y haciendas; y, deseando la ma-
dre que fuera hombre de letras, determi-
nó que hiciese estudios formales y se
graduara de doctor en cualquiera facultad. Dema-
siado ortodoxa, no quiso
mandarlo á Bogotá; porque, decía ella, que
esos colegios, aunque católicos en su enseñan-
za, merced á la Regeneración, estaban contagia-
dos de la herejía roja, que por tantos años
había cundido en ellos, y que, para desin-
fectarlos, había que echarlos á tierra desde los ci-
mientos y hacerlos de nuevo. Por esto y por
amor patrio; pues era Antioqueña, prefirió, sobre la de Popayán,
la Universidad de Medellín, donde, se-
gún cuentas, no podía ser mucho el con-
tagio, habiendo sido de pocos años el domi-

nio herético. A Martín, que tenía en pers-
pectiva á Bogotá, bien poco le agradó esta
determinación por Antioquia; pero consolán-
dose con su madre y, más que todo, con
lo que ésta le dijo, sobre pronto viaje á Eu-
ropa, si le daba gusto, aceptó y se vino, y
por cierto muy recomendado á los numerosos amigos
y á los pocos parientes que su madre tie-
ne en Medellín.

Ni los talentos, ni la consagración del
caucano eran cosas del otro mundo. No es,
pues de extrañarse el que brillara tan poco
en las aulas, y el que les fuera tan indife-
rente á los profesores y jefes del estableci-
miento. No así entre los estudiantes: Su ca-
rácter altivo, sin insolencia, medio fanfarrón,
rasgado, no exento de simpatía y gracia, le
bien pronto le granjearon amistades. Su gene-
rosidad rumbosa, el manejar mucho dinero,
y, sobretodo, el haber dado algunos pescozones
muy bien dados, en los lances estudianti-
les, le dieron, desde luego, muchísima popularidad.
Además de esto, Galita ó "Caucano", como lo
llamaban, era muy hablantino, y, á fuerza de
decir tonterías, llegó á echárselas opor-
tunas, y á ser, á creerse, de muy chis-
toso.

El deseo de sobresalir, de distinguirse, tan pro-
pio de la juventud, era muy manifies-
to en Martín; pero este deseo, que le hubiera servido
de emulación favorable á sus estu-
dios, lo aplicaba sólo á cosas de poco mo-
mento ajenas al asunto, en ... porque en
las clases que llevaba, hubiese jóvenes de menos años que él, más adelantados
que él; pero que algunos, ...

panas de señores, le aventajara en tirar la
pelota ó fuera mas hábil en el trapecio,
era para Gala motivos de verdadera mortificación
y para que se propusiese superarla. [illegible] ; Tampoco en ma-
teria de vestidos elegantes ó continuas ostenta-
ciones u otras galanuras, "echar vueltas" de nadie, se dejaba aventajar por ninguno
de los pocos [illegible] que asistían
al establecimiento, Martín. En una palabra,
[illegible] de la caterva, de los estudiantes que no
estudian. Jamás la religión de Minerva tu-
vo mayor hereje [illegible]
[illegible] Los hombres
de ciencia, como catedráticos, por ejemplo, y aunque le habían parecido á Martín,
gente embobada de rostro, sin pizca de ma-
licia y sin propias para decir nada, que pa-
ra hacer el amor.

Su ideal era el cachaco de rumbo,
A más no poder, y entre si salgo ó no sal-
go, pasó el primer año en el internado,
sin más ansias que espe-
rar los días de vacasiones para pasear y hacer sus tra-
vesuras. Al segundo pretextó [illegible]
de que el internado le enfermaba, siguió
externo; y se volvió en casa de Da
María; y continuó asistiendo á los estudios, á pal-
ganas fué por rutina á falta de otra cosa en
que ocuparse. Por uno de esos caprichos
frecuentes en jóvenes desatendidos y ricos, o tal
vez conveniente á sus mañas, [illegible] pa-
[illegible] alguna atención á las clases de Histo-
ria y la Lengua patria, [illegible]
Al principiar el tercer año, quiso matri-
cularse, contra viento y marea, en el primer
año de Medicina; [illegible]
[illegible]

fría, pensando deslumbrar á su madre, para an-
ticipar el tan soñado viaje á Europa.
Pero por faltarle algunos cursos — Y qué podía sentirle
sobra decir que el plan no le surtió [illegible]
de lo cual tomó disgusto y adiós
Universidad Libre, de los pocos es-
crúpulos, que de colegial tenía, libre pa-
ra obrar, con carta franca para [illegible]
[illegible], dió comienzo á la carrera de
cachaco. Compró caballo, recorrió sastrerías
y almacenes, [illegible] á lo mejor, á lo más
vistoso, y lo más de moda; abonóse al Tea-
tro, donde á la sazón funcionaba una
muy celebrada compañía dramá-
tica; [illegible] de casinos y cantinas
del Edén, sobretodo, y tan pronto [illegible]
estuvo [illegible] que era de verle
en billares, [illegible] y carambolas por todas
partes. Obsequioso, con esa generosidad del
que gasta sin haber trabajado saber lo que cuesta
lo gastado; dejaba en todos esos parajes una
estela [illegible] que le formó
aureola [illegible], y un altar en el co-
razón de cada casinista y tabernero. Gabitas era
entre señores la cosa más querida y celebrada
[illegible] fuera sino de
niños mimados de casinitos, sastres, zapateros y comerciantes
de novedades? [illegible] que pronto se delacionó con
la creta fija? ¡Y tanto [illegible] que pronto fue enrolado en
El Tenis, uno de los clubes mayor de
la ciudad. Pero "El Pomo" tenía su
reglamento y Martín, que no era para di-
simulos, se salió al mes.

Pero sí; Nunca le dió al estudiante [illegible]
[illegible]
se le vió camorras, arrastrado en la calle
tumbado por ahí, ni [illegible]

vado á la carcel; pues ya que esta tomen
una botella de cerveza extranjera, un doblete
de brandy, una campaña, un "dorsi
pachero", unas cuantas botellas de cerveza, eso sí: cada vez que la
ocasion se presentaba, ¡y tantas veces se desparrama-
ba en estas libaciones!...

Hacía el amor ó al menos decía cosas amorosas
á toda chica guapa que veía en el
teatro, ó en la iglesia, ó en cualquier
parte; sin que esto le estorbase para tener siempre uno ó dos chi-
cos ventaneros, muy bien entablados, y
alcanzando su constancia á una sola
alcanzó hasta seis meses.

En cuanto al amor de otro modo, no
le faltaban por esos trigos piezas pardas en que enredarse,
con damas de escalera abajo; pero en to-
do lo que Martín contaba sobre estos
asuntos —que no era poco— valga la verdad, porque habia más alharacas
que pecados.

Entre sus amigos [illegible]
[illegible], el favorito era José Bermudez, mozo
muy de chispa, de familia distin-
guida, bastante holgazán y poco adine-
rado. Martín cifró en él sus delicias, y
José, parásito por necesidad, recibió mu-
cha savia de tan jugoso tronquito.

Era José aficionadísimo á la amena
lectura, y medio contagió á su
amigo esta aficion. Juntos leyeron, en
casa del primero, no pocos novelones
del Sue, Dumas y su escuela, algunas
poesias de españolas y nacionales, y tal cual
fragmento de Historia y Biografía.

Aunque estas novelas eran muy poco al gusto
de Martín, no pudo sacarles el jugo

que es de suponerse, pues las compli-
caciones, aventuras y laberintos que abundan
en los libros esos, lo ponían de tal modo que
lo confundia uno con otro, achacando al perso-
naje del uno las heroicidades del otro. No
era así no más las revolturas que Martín
hacía de Monte-Cristo, Judío errante, Mohi-
canos y otras cosas.

Si en la Universidad, entretuvo sus abu-
rrimientos de desaplicado con la Historia,
ahora la encontraba tan insípida y pesada:
que sólo pudo leer en formalidad medio tomo
de Los Girondinos, y eso porque María An-
tonieta lo embelesó, ¡y tanto como le embelesó!
Pues no llegó á enamorarse de ella?
No se enamoró Becquer de una mujer de retratos? ...
Los versos se le agradaban de veras: sin com-
prender pizca á Espronceda, le arrullaba la
armonía del metro; aprendió muchos tro-
zos de Acuña, y casi todo "El Tren Expre-
so" y algo de "El Idilio". De Bartrina no entendia
jota, ni su poesía le parecía verso, ó al revés,
pero como José lo ponderaba mucho, lo
ponderó también Martín, y, á cada paso se
le oía aquello de "Juan cabeza sin seso,
con Juana"... que estuvo muy en boga en
Medellín, lo mismo que aquello otro de
"Todo lo sé: del mundo los arcanos"... pues a
que Gala, Bermudez y muchos tenían por
el colmo del materialismo.
[illegible], Escarpeta y Montes del Valle le encan-
taban.

Mas ni romances, ni poemas, ni nada lle-
gó á herir tanto la imaginacion del joven, ni á
[illegible] la cabeza como la Biografía de Lord
Byron, por Castelar. Toda la ornamentacion,

del autor, toda la tez que decimos por acá, la tomó Mar tín al pié de la letra. Leyó la obra, la releyó. Hizo con Castelar lo que nos dijera en la Universidad con Bello, Delille y los Hermanos Cristianos: lo leyó, lo releyó, que es tudiaba. Byron se le agigantaba y y engrandaba. ¡Válganos Dios qué hombre! ¡Ese Byron tan cachaco, tan hábil nadador, y por quien se morían negras y blancas!... Un hombre así, era como Gala querrá ser. ¡Pues no era tonto el chico! En fila tajan que el amante de Carolina Lamb, ar rió á ser para el caucano, lo que Amadís y su caterva para Dn. Quijote; y tanto se le fué calentando los cascos con estos pen jos lordbyronianos, que llegó hasta descartarse una caida para quebrarse una pata y sa lir cojeando como el poeta lord biriamente.

Mandó hacer á lápiz el retrato del poe ta, y le hizo suprimir ese corbatín ó pa ñuelo borrascoso con que le pintan, al lord, á usanza que, deplorando que no se avenía al gusto contemporáneo de Martín, que ...ía en el vestir. Lo colgó el re trato á la cabecera del estudiante ... como á su santo de devoción. Esto alarmó á las viejas, que no podían concebir cómo un joven tuviera, cerca á su cabeza, otra imagen que la de San Luis Gonzaga.

Profesaban ellas á Martín ese cariño, diligente para la vejez prodiga á la juventud, y cuando ellas consideraban que él ... tan rico, tan alegre ... ... lleno de comodidades, prefe ría la pobre casa de unas tristes viejas,

al Chachitas y al Cundinamarcal, entonces el ca riño se mezclaba el reconocimiento.

A su vez, él, que era muy afectuoso, á su vez, se había vinculado con ellas como sobrino con tías contempladoras. Las veces que le acometía el tedio que también se abunta á ratos, y no salía de casa y se tendía á la bartola en alguna tarima y llamando á Ma rucha para que le rascara la cabecera.

¡Quita de aquí bagamundo, sinvergüenza, descarado! — Le ponía así decirle la vieja, pelliz cándolo y fingiendo una rabia horrible. Pero al fin y al cabo, siempre venían á ser los muslos de Marucha almohada de Martín. Ella aprovechaba ella estas ocasiones pa ra predicarle exhortándolo á la vida de estudiante concienzudo, y á que dejase esas idas á los casinos que, al decir de Marucha, son el prostíbulo de tanta gente; pero acom pañaba sus homilías con unos paces tan sua ves por la espal y por las patillas del acostado, que éste se quedaba hecho dormido en la mitad del sermón.

Los dos estudiantes, sus compañeros, tam bién, entre veras y chanzas lo predicaban, también por su mala conducta.

La madre, últimamente, le predicaba tam bién y más cartas por todos los correos, poniéndo le de manifiesto los horrores de la ociosidad, y diciéndole que, si no quería seguir estudian do, se volviera al Cauca.

Los acudientes le echaban pullas y le daban consejos.

¡Pero váyale U. con epístolas y evangelios á un mozo levantado de cascos, que se

cree un Creso, y que ha tomado á lord Byron por modelo!

Martin Gala va á cumplir 20 años, Es muy gallardo y bien plantado, robusto alto; y de una musculatura de gladiador; el cuello recio, redondo, arranca del torso, como en uno de esos modelos clásicos de maestros de dibujo; la cabeza grande, pelo entre castaño y rubio, medio crespo; la cara, de una desarmonía; blanco desabrida con muchas pecas, nariz gruesa, ojos claros é inquietos, el bigote y las patillas ó favoritos más claros que el pelo y demasiado recortados y atildados para tal cara: [illegible] no le bajan de las orejas, aquí se ve como una pincelada sobre esa bocaza, de labios que parecen en la carne vivos de puro colorados, detrás de los cuales asoman unos dientes de inverosímil blancura. Peina copete, cuida mucho el bigotillo, habla recio y armoniosamente y es su gesticulación tan expresiva, tan animada, tan graciosa, que al tratarlo deja de ser feo.

Cuando cabalga en el rosillo, les pasa á las novias, haciéndoles morisquetas y garatusas, es lo que se llama un buen mozo.

A propósito de su figura de hombre hecho y derecho y de su carácter de chiquillo tonto, díjole Maganera en cierta ocasión: "Eres un prodigio de alor; mucho tamaño, mucha elegancia, mucho porte ... y por dentro estropajo."

Echado en la cama, seguía Martín en sus ingratas cavilaciones. A las 7 entró Maruncha á la pieza con la luz.

¡Pero, hombresito! le dijo al encontrarlo de tal. ¡Quién! Creí que eran los otros. ¿Que es eso? Estás enfermo ó qué?

—No, Maruncha: no tengo nada! contestó Gala con disflicencia.

—Pero vos á estas horas en la casa! Siempre tenés que tener algo. O fué que te dió la vena de pronto? ... Apuesto que es algún bochinche con la novia de abajo, pero se te queda la otra hombresito! Con cuál fué? Décime.

—¡Qué cuentos de novias! ... tengo algo de dolor de cabeza.

—No le digo! ... Algunas tacitas, eso sí! ¡Le aseguro que los tales casinos! ... Pero no se entristezca por eso ¡mi hijito! No sea haragán ... que parece que estuviera en las últimas! ... Voy á hacerle una bebida amarga pa que se la tome antes de la merienda.

Salió Maruncha muy diligente, y á poco entraron los estudiantes, que venían de paseo, muy endomingados.

—A ver qué es lo que tienes? pregunta Pérez.

—Si no es nada hombre!

—Dice Maruncha que estás triste? replica Pérez, guiñándole á los otros compañeros ... y ... ¡Ay que caído! ... ¿Qué te ha sucedido?

—¡Pues estamos buenos! ... Es decir que no puedo estar triste de amor?

—Pues no! ... como quisiste cantar baya en la tertulia que va á haber esta noche donde

de las Bermudes... como dos que eran es-
taban tan convidados... ¿
— Pues resolví no ir.
¡Tú no ir así... por antojo! Eso sino me la
metes! No tienes enfermedad; pero te ha
pasado alguna... cana... muy gorda. Se te
ve en la cara.
— Bueno, pues! — repone Gala de peor muy mal
humor. Pues sea como dices; ¡me han pa-
sado cosas atroces!
— Cuando nos las vas contando.
Gala por toda respuesta se volteó para el
rincón...
— Pues, mi estimado — dice el estudiante ya com-
pletido y saliendo — Estas cosas son como los
dos últimos sacramentos.
Mazuera que estaba descansando tendido
en la cama, principia cantando el cambio de traje y
— Y así escuchando de la mar
El melancólico rumor
Entre la luz crepuscular
Bogando vamos sin temor...
Cuando iba en el "se tornará", gruñó Gala
y dijo:
"Déjalo para las tablas, aquí no hay quién
aplauda.
Mazuera, prosigue la popular barcarola, y no se
calló hasta que dió la última nota
¿Te gustó, Galita? —
¡Eres un tenor admirable!
— Pues ya lo ves, ahí lo que es el estilo. La barca-
rola la canton desde el polo ártico hasta la
Patagonia, "de las playas del sol a las
cumbres del ... Ecuador" con la misma
música, con la misma letra, que la can-

tó yo. Y ya ves; ¡cantada por mí, siempre
es nueva! No es cierto Galita?
— Eh! no friegues.
— Estás como sapo torcido! Como no me tires
fuchi... ¡Ese humor es la peor seña! Es
decir... me parece que te has metido en
ruina.
— Hablá tú bocón!
— Pues si no fué alguna tanga al juego que
me...
— ¡Pues no serán con plata tuya!
— Pero tuya.
— Lo cual á tí no te importa.
— Poco más me importa, mi querido. Tampo-
co me importan otras cosas tuyas que nos es-
petas cada rato, sin que te las preguntemos.
Se ve que aprendiste hoy á ser discreto y re-
servado. ¡Muy bueno! Al fin te apuntará
el juicio.
Y salió también. Después de la merienda, á
la que Martín no quiso ir, Mazuera y Pérez
emprendieron el estudio. Aquél, sentado jun-
to á la mesa, lápiz en mano inclinado so-
bre un papel, mirando al texto, garabateaba
con pachorra, engolfándose en las terrible-
zas del a + b.; el otro, acostado en la cama,
quería arrancarle la quintaesencia á un tra-
tado de Patología.
Galita, que parecía dormir, se incorpora, bos-
teza, se levanta, saca cigarrillos y con cara
ya serena, va á ofrecerles á los dos estudiosos.
El de la Patología, en vez de recibir el obsequio,
le toma el pulso á Martín con la mano
izquierda, saca el reloj con la otra y luego
dice doctoralmente:
"Mejoría notable! — casi no hay fiebre.

—¡Gracias á Dios! —replica el algebrista— Creía que te ibas á carbonizar.

—¡Hombres!— exclama el enfermo. —Ustedes sí friegan muy parejo ¡Caraj!.. Pero es que á mí me pasan unas bainas!.. Les boy á contar; pero eso sí: que no se propaga ni con las biejas, ni en la Unibersidad, ni con nadie!

Tosió, encendió el cigarrillo, y con voz atragantada por el humo aspirado que debolvía por las narices, contóles con gran viveza, la escena con Pepa Escandón.

—¡Hombre, por Dios!— prorrumpe el medíquito, luego que Martín acaba. —No seas bestia! Pareses niña de primera comunión, como dise Marquera.. Bien haces en encargar secreto... ¡Un cuero, una garra como tú, exhibido por las repostadas de una malcriada!. Ni se cree! Estás mogolfo, mozolfo! Déjate de benganzas y carajadas y bete á la tertulia, que todabía es temprano.

Y tú qué dises fafalachero? dice Gala al matemático. Porque te quedas callado?

Me pides mi pareser?

—Sí.

—Sí? Pues sin importarme el caso, boy á darte mi opinión, y fingiendo un tono magistral continúa: Tengo la pena de desirte que me separo en un todo de la respetable opinión del Dr. Cañas Gordas: Creo que esa niña está lida te comió, y que debes tomar benganza ¡pero sangrienta! Yo, en tu lugar, la desafiaría... No, desafío no!. Puedes matarla en el duelo... y la pena de muerte no escape. ahora..

Lo mejor será que mañana mismo telegrafíes á tu casa, pidiéndo por el correo próximo un perrero de esos que usan en tu tierra; y apenas te benga, atisbas á la pesetera cuando salga de misa, y allí en el atrio, delante de bastante jente, le metes una pela... que se acuerde de tí! Esto... cuando más será cuestión de policía.. y quedas bengado.

—¡Para tí estaban buenos los azotes, bergajo! clama Martín ~~irritado~~ fulminado.

—¡No, Galitas! Aplácate.. aplácate, dice el ~~Hotelón~~ con ademán de paz. Si no te gusta mi consejo.. con no seguirlo está el cuento acabado. Y si no te quieres bengar nada, ¡no te bengues!.. Mucho mejor!.. esto es más generoso, mas cristiano.

Gala furioso, ~~cogió~~ el sombrero y la llave de la calle y se salió rezongando: no lo tomó resuello hasta llegar al casino. Sentóse junto á una mesa de tresillo á ver jugar; pero estaba tan desazonado, que no aguantó un cuarto de hora; fuése á la sala de billar donde jugaban ~~una guerra~~ una banda de muchachos ~~que~~ metiendo un ruido grandísimo, lo cual fastidió más á Martín.

Ignórase si ~~Martín~~ éste pronunció ó no el "Eureka", si se dió ó nó la palmada en la frente cosas tan de rigor en el momento de topar lo que se busca. Sólo se sabe, que, cuando el preocupado mozo bajaba las escaleras del casino, se le vino repentinamente el modo preciso de la benganza. ¡Pues cómo no! No habría que ver! Cosa más clara que esa. y no habérsele ocurrido! La malvada se las iba á pagar. Sí señor: coqueteandole muy recio,

¡pero muy recio!, enamorarla, ¡pero harto! y a
sí que esté ~~bien~~ perdidita... dejar ahui-
gada, con tamaña cara. ¡Y lo poquito
que sabía Gala en achaques de embobar mu-
chachas!

Se fué á acostar, saboreando desde ahora,
los deliciosos confites de la venganza. ¡Cuán
otros de los que Pepa le regara esa memo-
rable tarde!

Como Martín, en tratándose de empresas ca-
chaquiles, no se dormía en las pajas, abrió
operaciones desde el siguiente día. Escogió el
mejor vestido, la corbata mas pintada ~~ra~~
en la que prendió un "Alfiler de oro" na-
tivo, y salió á la calle con el sombrero
más galludo de su repertorio. Entróse á
la peluquería, de que era abonado, y una
vez bien ancalado y aromático, se puso
en medio de dos espejos, contemplándose
al derecho y al revés "de pistol". ¡Se encontró irre-
sistible! ¡Pobre María Josefa!

Rezando tres pero, despidiendo lumbre, atu-
zar que atuzarás el bigote, haciendo moli-
nete con el junto, atraviesa esas calles,
bien así como el pavo, cuando ~~cuando~~
cruza el corral, resoplando, la cabeza hacia
atrás y la cola en abanico.

Pasó el galán en la esquina de la ca-
sa de Pepa, tose, castriña un fósforo, fuma,
escupe, silba y sólo le falta cantar: "Aquí es-
toy". Ella aparece en la ventana, y, recono-
ciendo al "Variado", dase á reír á toda traza;
devuelve él la risa y clavaban ella los ojos.
¡Válgame Dios qué miradas!

¿Coqueteó acaso á Pepa? ¿Y ella el
variado? Quitóse de la ventana... y á la
puerta. Aquí el quedarse fijos, aquí el
bizcar para no interrumpir con parpadeos
importunos el magnetismo de esos cuatro ojos.
Sonríe Gala, sonríe Pepa; lleva él la ma-
no al pecho, ella también; tose Martín, pues
Pepa le aclarea. ¡Es una gloria de Dios el
verlos! Anochecío, y el Galán avanza has-
ta la puerta y al pasar dice a media voz:
¡Adios, mi bien! "Hasta mañana", contestó
la Escandón con voz entera.

¡Pues vaya que la muchacha lo entendía!

6

Esta Pepa la cuarta hija de Dn. Pedro Escan-
dón y la mayor de las solteras. Desde niña
~~[illegible]~~ fidé tan turbulenta, callejera y pa-
trancona, que todos pronosticaban que iba
á ser una mujer apocada, una mosca muer-
ta; mas tales vaticinios marraron, y sólo las
hermanas de la Caridad en cuyo colegio es-
tuvo tres años, pudieron con todas sus ma-
ñas y relicarios, domesticarla un punto, y
darle punto de señorita distinguida, aun-
que no en el grado que ellas quisieran. Pepa á
los diez y ocho años era tan vivaracha cuanto
se puede ser en esa edad y en su clase ~~y puede ser~~.

Cuando su familia pasa temporadas en El
Poblado, donde tenía Dn. Pedro una bonita
quinta, Pepa se volvía una desaforada callejer-
ita, una criatura que en todo quiere meterse.

ella va á traer leña con los criados, echan-
dose á cuestas enormes tercios de chami-
za; ayuda á encerrar los terneros y orde-
ña las vacas, maneandolas ella misma
[pues posta fuerza tiene]
tumbándolas si ~~se~~ le antoja; toma el
azadón y hace siembras y desyerbar y
estropicios en huerta y jardin. Mientras
las otras niñas se están en la casa muy
quietas y mesuradas, Pepa, en compañía
[el hermanito menor,]
de Pachito, que es su compañero de ar-
mas, se anda por ahí trasconejada, ~~al~~
[rastrojos y]
entre los ~~huertos~~ vecinos, cogiendo frutas
para hacer encurtidos, ramo culinario
en que es muy entendida. Sus recreos en
la casa son pastear en las pesebreras y
el corral, los altandoguez y conejos,
echar cometa, y comer colombiacos albija-
nos de los ~~XXX~~ palos ó mangos, en los
~~que~~ pasa horas columpiándose y cantan-
do á todo pecho.
Mas cuando al Poblado van visitas de
gente grave, sobre todo de hombres, Pepa
es la formalidad suma, encantando los
hiadaspechos con su amabilidad y compla-
cencia, y con travesuras y chanzas del gé-
nero moderado.
~~Dn. Pacho suele darle cantaletas tratán-
dola de extravagante y descocada, pero Pepa
sale con alguna originalidad, y Dn. Pacho
casi siempre acaba por reir.~~
Da. Bárbara, su madre, explica el carácter
de Pepa, diciendo que un doctor dijo que
toda la viveza consistía en que Pepita
tenía el corazón muy grande y la caja
del corazón muy chiquita.

A tal teoría no se aviene
~~No se aviene á ella~~ Dn. Pacho, y suele e-
charle cantaletas por sus travesuras, tratán-
dola de extravagante y descocada; pero
como Pepa sale siempre con alguna ori-
ginalidad, la cantaleta para en risa
y viene á ser ineficaz.
Una vez que Pepa iba á montarse en pelo
en un caballo viejo, acertó á verla Dn. Pa-
cho y quiso comérsela viva; ella oye en si-
[no]
lencio la reprimenda, pero bien acaba el
viejo, toma el jamelgo del ramal, le pasa
una mano por las crines, diciéndole con
mucha formalidad: "Atiende mochito
las palabras de tu padre y grábalas
en tu corazón."
Otra vez estaba ~~ella~~ metida en el baño, en
botines, armada de una escoba de la Costa,
con la que estregaba el lamoso piso, y ba-
ñaba ese lodo espeso y verdoso que de los ba-
ños sale, cuando llega Dn. Pacho á regañar-
la; ella suspende la faena, voltea á mi-
rar al padre, y le dice: "Pues, agárrame de
las agallas y sácame á la ribera."
Estas cosas las tomaba de ~~[illegible]~~
[una comedia bíblica que representó en el colegio, en]
~~[illegible]~~, que estudiaba en el colegio.
[unos certámenes y en que Pepa hizo el Rafael de Tobías.]
Da. Bárbara, con su teoría de la caja chi-
quita, defendía á Pepa de toda censura, ce-
lebrándosela siempre, y sólo en ciertas ocasión
pudo disgustarse con ella y darle sus bue-
nos pellizcos: se trataba entre la señora,
la cocinera y el mayordomo de verifi-
car en el corral una operación de ciru-
gía menor, gravísima para los pollos, y
la aturdida muchacha quiso intervenir.
~~atolondrada~~ ~~intervenir~~, su desparpajo

no carecen de algún tacto; si bien para mu-
chos es una extravagancia de m. m.
Pepa tiene habilidad especial para arre-
glar trajes, sombreros y prendidos, y por una
á manera de simpatía entre ella y los
~~modistas ó modistos~~ inventores de modas,
presiente el último figurín, en tales tér-
minos, que ~~Pepa~~ ~~es~~ ~~una~~ modista en ver-
dadero sentido de la palabra sus calcu-
los sobre si tal moda bajará ó subi-
rá son ~~tenidos~~ entre sus amigas por profecías ~~entre sus~~
~~amigas~~, y su proverbiales elegancia y buen gusto
en el vestir ~~son proverbiales~~
~~Sus hermanas y Dª Bárbara poco ó ningún~~
~~partido sacan de esas~~ tales habilidades; poco ó ningún partido sacan sus hermanas y Dª Barbara; por-
que Pepa ~~solo~~ se afana por Pachito ya hacién-
dole vestidos de marinero, pajes de una
y otra forma, cuellos, y gorros y juicios ó esos
otros de sacabuches ó la antioqueña, que ha
decretado la moda, con lo cual pronto
al niño como un figurincito, y hasta llegaba
á llamarle por "caimán" ~~á estilo~~ de los manos de gugalarlo, que á veces lo disfrazaba de
cosas, con ~~sombrero~~
sombrero da caña, ruana, guarniel de
pañete y machetito al cinto, en su corres-
pondiente ~~vaina~~ ~~de~~ ~~baqueta~~, todo he-
cho, arreglado y comprado por Pepa.
En costura llana, tejidos y en general
en toda labor femenil es habilísima;
pero tampoco cose sino cuando le da
su real gana. Lo único que hace siem-
pre, apesar de haber en la casa buenos cria-
dos, es arreglar, barrer y sacudir, y no así
á la diabla sino con esmero y coqueté-
ría, poniendo flores y matas por todas
partes.
Las glicinias, azaleas, primaveras, jazmines

del Cabo y otras yerbas, que Pepa cultiva en
tiestos de barro y que mantiene en los bor-
des del patio y en los ángulos de los corredo-
res, están siempre tan frescas y floridas
que constantemente se las están pidien-
do á prestar para adornar altares y mo-
numentos.
¡Que actividad la de esta criatura! Bien
sea trabajo ó recreo, ha de estar siempre
haciendo alguna cosa; pero eso sí: sin or-
den, sin método, sin hora fija para nada,
según le venga el capricho. Dª Bárbara que
es ~~como un reloj~~, ~~se~~ impacienta pillar por las co-
sas que Pepa principia y no acaba, que ha-
ce y deshace.
Desde muy niña la pusieron á estudiar
el piano y tuvo por profesora de canto á
la Pati colombiana, la Sra Lema de Gó-
mez; pero mientras la maestra le solfea-
ba y le explicaba, la discípula estaba echando pe-
lizcos, ó entretenida con ~~Remedios~~ Jazmín, el gato de
la casa.
Así y todo, cuando Pepa canta acompaña-
da del piano que toca alguna de sus herma-
nas, es cosa de parar mucha gente en la ca-
lle ~~para oirla~~. Su voz fresca, cristalina y pura
como el chorro que salta de la peña, se hizo
para los recovecos y quiebros del canto criollo. No sabemos
si las romanzas italianas, ni las arias de
ópera, que canta serán ó no adulteradas; pero
es lo cierto que Pepa, sin esfuerzo, da unas ca-
dencias, unos trinos, y sobretodo unas notas
graves y ronquitas, que traspasan, que pro-
ducen escalofríos.
Pepa recibe mensualmente los arrienda-

mientras de una tienda para alfileres le tiene asegura-
dos Dª Pepeka. Las tres cuartas partes, se van
en embelecos y trapos por supuesto; lo restante lo siem-
pre en limosnas á algunas señoras vergon-
zantes, de quienes se ha declarado protec-
tora, y á las que, al par que dinero y ro-
pas, dá esa otra limosna que muy pocos
[illegible] limosna para la cual no se ha me-
nester dinero, y que no obstante alivia al
pobre más que el dinero, á saber: las con-
sideraciones y el aprecio.

Para Ella una persona pobre, sobre todo
si es de buena familia, tiene algo de sagra-
da, y es de verla cuando alguna de estas va á
su casa. Jamás se burla tan terrible entre las ricas ~~con~~ los trapos que
no estén al punto de su buen gusto. ~~[illegible]~~
~~[illegible]~~ se empleó
en ridiculizar, aunque esté apayasado, un
traje que denuncie pobreza, y con un "¡Pobre-
cita!" que le sale del alma, tiene para
escudar los pobres guiñapos, porque en
su presencia ninguna se atreve á reirse por
temor de que Pepa le lance ~~á la burlado-~~
~~ra~~, una pieza de las suyas.

Siendo rica y encopetada, claro está que
sus relaciones son muy solicitadas; pero Pe-
pa en este sentido, tiene muy pocas santas
de devoción, si bien es amable é insinuan-
te con todos. Es muy popular entre las
viejas, [illegible], casadas, solteronas [illegible]
ó solteronas beatas, con las que comadrea
mucho, juega al tute, [illegible] la cróni-
ca, ~~bien sea~~ mundanal ó sacristanesca,
según el caso, y siendo siempre espartana
en [illegible] y [illegible] en [illegible], [illegible]

A vueltas de este mundanismo, Pepa tiene sus ribetes
de ~~beata~~ ~~Pepa~~ frecuenta los sacramentos y es devo-
ta fervorosa de San José, á quien dedi-
ca comuniones, pone muchas velas y flo-
res. En su cuarto tiene uno de lienzo, bisojo,
de barbas muy peinadas, las cuales el Ni-
ño, de camisa de punto, acaricia con la
diestra manita, mientras sostiene con la
siniestra el universo mundo, muy azul
y con cruz dorada. Esta efigie, que Pepa
tiene colocada sobre una cómoda, la saca
de pacas de todo apuro: que la Sociedad
de San Vicente de Paul, no quiere dar
un socorro gordo para alguna familia;
que la del Corazón de Jesús, retiró los seis
reales semanales á la mayorquita; que pa-
pá no quiere aflojar el permiso para ir
al teatro ó á algún baile... en todo caso,
reza novena al Santo; y asegura Pepa que
nunca su San Josesito, "¡tan querido, aunque
es tan feito el pobre"! le ha hecho una
floja, proclamándolo el más milagroso de
los San Joseses, salido de ~~mano de hombre~~
del mundo. Como el suyo... tal vez el del cielo!

Jamás le ha pedido novio ¿para qué? si
desde niña los tuvo ~~tenido~~, ~~tanto~~ á pares? ~~[illegible]~~
~~[illegible]~~ tantos que no acabaríamos la lista. Nun-
ca le ~~han~~ durado ninguno arriba de un mes, por-
que pronto les cogía pereza y algo bien pron-
to había de hacerles para que se dejen [illegible]
~~[illegible]~~ Con todo no era de las que buscan: se
contentaba con que la encontrasen. Su ideas era
tener novio, ni más ni menos, que como
se tiene sombrilla ó sombrero, y porque
~~todas tienen~~. Chasquearse [illegible] ~~la cosa que no se~~
~~le~~ ~~[illegible]~~ ocurrió, pero y en cuanto á la

idea de si se casaría o no, tampoco se lla-
goá preocupada. Tenía por tan seguro lo pri-
mero como la muerte, y se hacía el car-
go que el que habría ser su marido no se lo
quitaría ni la más pacidada; y que el día
que menos pensase lo vendría, como caído de las nubes, y se figura
ella que ello había de suceder de un modo muy
extraño, muy particular, una cosa allá, quién
sabe cómo; pero que así ella y todo había de tocar
de enamorarle.

Cuando se hablaba de hombres, decía
siempre algo así:

¡Pues yo no voy á ser como muchas que
se enojan porque el marido beba! ¡No señor!
Los hombres deben beber sus tragos y
emborracharse también, si les dá ganas.
¡Para eso son hombres! ¡Y si les gusta,
hacen muy bien! ¡Si yo fuera hombre
... miren...! Es decir, sería lo más cuar-
to! ¡Bea á un cachaco medio templao,
con sombrero grande... y en un buen ca-
ballo! ¡Hastái!

—¡Virgen Santa, qué muchacha está! so-
lía replicar Da. Bárbara. ¿Y vos sí tenías
cara de casarte con un aguardientoso?

—Pues yo mamá, si me gustaba, sí.

—¿Y si te pelaba?

—¡Pues yo también le daba duro! ¿Es decir
que las mujeres somos santos de palo? ¡No
señor! Si uno se mete de bobo, se lo co-
men. Y si mi marido me va á pegar, le pesca sa-
biendo!

Diálogos semejantes eran muy frecuentes
entre madre é hija, y Pepa sostenía su
idea, aunque no delante de Da. Pacho.

Pepa es de regular estatura, ni gor-

Ya dijimos que Pepa no es una beldad:
da ni delgada, de formas bastante expres-
ivas; ligeramente morena, muy blanca á
fuerza de polvos; de pelo negro y liso, muy
negro á fuerza de artificios; manos y pies
pequeños — excepción en Antioquia — boca gran-
de; nariz un poco chata, cejas muy feas,
pestañas de ternero, dientes grandes y pare-
jos. Toda se le fué á los ojos: negra hasta la
pupila, negra, grande, luminosa; pupila que ríe,
que azota, que besa, que se enternece; pu-
pila que, cuando la humedece el llan-
to, parece que se evapora exhala el vapor
de ternura, de tristeza. Pepa llora poco y
nunca por de rabia; pero si ella supiera
cómo es su llanto, lloraría cada rato: ¡tal
si las lágrimas le saltan por las puntas de esas
pestañas tan lacias, se le saltan á la le-
guas, gruesas, esféricas, y sólo al caballar
tocar la mejilla chorrean, dejando como
enjuto el saco lacrimal. ¡Vea U. qué gra-
cia! — Gracia la que le dió Dios le
dió para moverse, para cimbrarse, para
andar! ¡Eso sí es gracia! Su carcajada que se acaba sin de-
jar rastro ni en los músculos, ni en los ojos, es
una cosa entre relincho y gorgorito; se ríe por
la l. Si fuera actriz ¡qué tendrían que ver
las Ristoris, las Marcias Alvarez! Pepa es una ar-
tista para manejar la voz en la inflexión
de su voz, y eso que es medio ronca: ésta es
sin duda, su gracia, su chiste, su trato y su
todo; porque en lo que es propiamente
conversación, Pepa fuera de sus salidas y de las morisquetas que usa cuando
plantas, tanderas y simple-
zas hablando ideológicamente, como cualquiera mandá
ra otra; porque lo sub tomó en caldo charpa
techo. Y como cualquiera otra tiene cara boca y pies
marcas y orejas..., menos los dientes que son larguitos

Pepa vió en las amorosas monerquetas del Baviado algo como una provocación. Ocurriósele que se trata ra de una venganza; pero pues se le ocurrió que todo era por disimular la tuza que ella le hizo pasar el día anterior. Se tuvo...... que ella le había ocasionado la víspera.

El descaro del mozo, aunque le pareció ensayado para el caso, no la sandoñada; y mal palabrotas vuestas, cuento hacía dos días hacía, por mandado á paseo al último pretendiente, y no .... escoanto.

Ra la quebóra á la provocación así se las dieran todas: ¡Ya verá el Baviado si se meterá mucho!

Martín, díjose él muy contento de la esquina, con lo bien que principiaba su empresa, admirando en sí lo "...." que era la muchacha y lo aparente que estaba para la burla. Él le iba á quitar las tranquitas y la mala crianza. Precisamente que las feas como Pepa, debían ser mobanas. ¡Pero una malcriada bonita! José á Bermúdez y le contó lo ocurrido. Le dijo:

— No te metas de á mucho con esa! Te la buelta á hacer pasar muy fea.

— No seas animal! Ayer me espió desde la casa: Ahora estoy pretendida.

— Pues cuenta pues. Y acuérdate de Calderón!...

Martín lanza una carcajada, y exclama:

— Ah bestia!.. Enamorarme yo de esa bocona ..... dientes-de-caballo!... Yo, José! No, mijo, la mujer que me enamore á mí no es de esta tierra!

— Será del cielo!... Pero no eches cañas, Galito.

Al otro día desde la cinco ya estaba el pretendiente en la esquina, haciéndoles mismas piruetas. Sólo, ó "con candelero", en la esquina ó en cualquier parte donde Pepa se hallase palaganeando, tres semanas, y todo tanto peso y gato se entretuvo de las coqueteos.

Al cabo de este tiempo le dijo Bermúdez:

— "Déjate ya de carajadas!: Si eso costiste ka. Tú sebameña, estás más tenazudo que Monte-Cristo.

— No mijo. Todavía falta el trueno gordo! deja que se presente una ocasión en que haya hasta gente reunida, para tranquearle bien alegre, y á un ratico irmele y dejarla esperando toda su vida! Está más enamorada la diabla!...

— De quién? — dice José con fingida curiosidad.

— ¡Qué preguntas!... De quién, pues?

— Pues no sé! Si no me lo dices.

— Pues de mí... ¡Qué carajo! Te parece muy ..... que alguna mujer se enamore de mí?

— No me tapes á comer por eso, Galito!... repuso muy enojado

Nada raro me parece que se enamore de ti cualquiera mujer... menos Pepa Escandón.

— Pues para que lo sepas está más enamorada de mí que un palomo azul. No me pesa el decirlo!

— Qué te va á pesar!... Pero no hay tal palomo azul. El palomo eres tú, por lo cándido...

Martín, ... herido en su vanidad, ...

plica con aire amenazante.
¡ Pues si todavia le falta un punto para es
tar perdida.... yo haré que no le falte !...
Para que no me creas tan cándido.
– Déjate de cuentos y vamos para el Eden, que
ahi viene el tranvia. Con unos buenos
porrazos en la cabeza, te hablaré del
amor. ¡Yo sé mucho deso Galita.
Las dos jóvenes corrieron encontraron en la banque
ta delantera entraron algunas señoras y muchas negras, sona
ron las campanillas, y un latigazo sobre
las pobres mulas y el tranvia echaló,
entre la muchachería, que grita: "¡ Ya no te le
el breque !, partió el tranvía.

Pepa estaba ya aburriéndose con el preten
diente; el atrevimiento de Martin, no pasa
ba de las miradas del primer dia, sin dar
lugar á ningún incidente picante que
pudiera entretener la travesura de Pepa.
La provocación, si la hubo, ella la habia sos
tenido muy bien, y Martin no tenia aire
de provocar mejor: de cuanto se iba vol
viendo un zoquete de siete suelas, que se
merecia muy bien la tupida de manos.
Hubo en esos unas cuarenta horas muy
sonadas en la Vera-Cruz; Martin siguió á
Pepa al templo, donde se le presentaba la
ocasión que queria para remachar el
clavo de su venganza, ante numeroso concur
so. Pepa, con esa facilidad que tienen

En una de las iglesias de la ciudad
Se celebran en San José las últimas fun
ciones de cuarenta horas. Martin se en
cuentra con Pepa, al llegar á la plazue
la; ella va apresurada porque teme
llegar tarde; él la sigue al templo:
es esta precisamente la ocasión deseada
para remachar el clavo de la venganza.
La iglesia está de bote en bote. Pepa,
con esa facilidad que tienen las hembras
para escurrirse por entre el gentio, sobreto
do si es en la iglesia, se entra por la na
ve derecha y llega junto al púlpito. Una
vez alli registra por todos lados, con los
ojos, como buscando algo; secretea, al fin,
á una señora, ésta replica incomodada;
Pepa hace ademanes enérjicos; la señora
se levanta del reclinatorio, lo alza con vio
lencia y se lo entrega á Pepa, pero con
serva su puesto. Pepa con el mueble en al
to, permanece en pie entre el apretamien
to, buscando ~~á ver si da~~ con un clarito;
una de sus amigas, que están á mucha dis
tancia, le hacen una seña: pues Pepa
asiendo á dos manos por el espaldar el
reclinatorio, y con riesgo de descalabrar á
más de cuatro, se abre paso otra vez, lle
ga al punto señalado y se acomoda. Por
el atajo que ella rompe, síguela Martin,
por en medio de faldas y muebles. Al tiem
po que Pepa se arrodilla, llega él á u
na pilastra, donde se recuesta muy se
ñor, entre todas las mujeres; furiosinas
se pusieron ~~están~~ muchas de ver ese descarado, que

ha ido á pasarles los codos por la cara y
á cometer irreverencias ante el Amo Patente.
El adorno del templo es una alegoría
de la aurora: desde la bóveda central
y de unas hastas que rematan en rami-
lletes, penden á lado y lado linones
azules, amarillos, rosados y blancos, los
cuales, despues de formar una ondula-
ción, vienen á recojerse de dos en dos
en cada pilastra, donde se meten por
una corona, y luego se abren en una
delta, prendida con puntillas; en cada
linón hay un sistema planetario de
papel dorado; y por las columnas
trepan, en matemática espiral, un be-
juco de linón verde y de flores de li-
nón rojo, tan fenomenal, que debe de
ser, probablemente, la flor de Lilolá (a)
Lilolá, que olvidó Linneo.
En cada tablero del estucado taberná-
culo, hay un moño de papel, tan dis-
tinto cada uno en forma y en color, que
eso es la coleccion más completa de
moños, que por acá se ha visto. Aban-
derados están los dos anjelotes que co-
ronan el altar; y en las banderas, es-
trelladas tambien, se ve en grandes le-
tras el monograma de Crito. El altar ame-
plado en escalas, es una porcion de co-
sas: floreros altísimos, unos erguidos, o-
tros inclinados, otros despatarrados;
platos y castillos con flores y musgo; pa-
teros piramidales, con base de apios na-
ranjas y cejalgames, y con cúspide de ra-
cimos de uvas y haz de espigas; matas
de biraca ( ), y de achira (
) sombrean con sus anchas hojas, á los
cajones de helechos, á las macetas de ci-
lantrillo, de jacintos, de begonias, de
primaveras, de margaritas y de otras plan-
tas florecidas. De entre esa vegetacion so-
bresalen, como kioscos orientales, do-
radas jaulas, con canarios, mochuelos y
turpiales, que se agitan en sus prisiones
medio asfixiados, en esa atmósfera de
fuego; porque los candelabros, los bra-
seros, los cirios se entreveran por todas
partes, guardando con lo demas todo el
paralelismo y toda la simetría posibles;
y todo prendido, vistoso y aplomado.
Arrodillamiento y persignada generales in-
dican que el rosario va á empezar. Pepa
saca uno de nacar, muy rico, se inclina
sobre el brazo del reclinatorio, y baja los ojos.
Martin, cuñado de Crispin, es el único que
permanece en pié, sin saber á que santo
encomendarse para distraerse en ese rosa-
rio ineludible; porque salir de donde se
metió [illegible]; Y para eso que Pepa
no quiere estar tarde dase por entendida!
El galan bosteza y pasea la mirada por
los linones.
El rumor del rezo llena la iglesia ¡Modo
más curioso de hablar con la Virgen y el Se-
ñor! ¡El primer misterio glorioso tal y cual
cosa, y cuando el cura va en "el Señor es
contigo" lo atropella la jente, con el "Santa
María", y sigue atropellándolo; pronto el
cura se contagia y á su vez atropella á la
jente, de tal modo que aquello es un estriega

miento de padrenuestros y avemarías, q̃ no es menudo. A cada campanillazo, anunciador del "Gloria patri", Martín le hace algún visaje á Pepa; ha observado que tiene muy bonita mano, que al pasar las cuentas del rosario, mueve los dedos con elegancia, que le sienta bien el traje negro y hasta le parece que ese modo de ponerse la mantilla, con el encaje hasta la ceja, y con una punta volteada por detrás y cogida adelante, hay cierta distinción de muchacha cachaca.

El disparejo rumor se convierte en un zumbido acompasado y monótono; las mujeres crujen como lechuzas, los hombres hacen el sucarón, que se usa en los colegios: es el "ora pro nobis" de las letanías. Terminadas las rumbadas, entonadas el coro gregorianamente.

Luego aparece el orador en la sagrada cátedra, y muchos hombres en las ~~ca~~ ~~ta~~ puertas del templo; se oye ~~el~~ sonar de faldas, ese sacudir de ~~los~~ pañuelos, en que los varones se han arrodillado, y ese movimiento general, que indica q̃ todos se aperciben á oír, y á entender mucho. Tose el jesuita, tose la gente. Restablecido el silencio, y mientras el orador bicornio en mano, recita á media voz el latinajo del texto, Martín le echa á la niña un pespunte cerrado, también á manera de epígrafe resumidor de la tesis q̃ los dos ~~arquitectos~~ [illegible]dores van á desarrollar en la elocuencia de los ojos; pero ella no la alza á mirar siquiera. "Cuando vamos en medio sermón — se dijo él — yo te contaré un cuento".

El orador principia reposadamente; su voz va subiendo por grados, armoniosa, flexible, varonil; su verbo, nutrido, afluente, casi pletórico, se va produciendo encadenado en una dicción que, ya se adorne con las galas de la Retórica, ya tenga la descarnada dialéctica de la doctrina, embelesa siempre. La acción sobria, la expresión del rostro, especialmente la de los ojos más que la palabra, hacen que sea orador; orador verdaderamente lírico; orador de estilo ~~Dicio~~ hermano de Coloma, sabe envolver la lección en el arte; discípulo de Faber, se muestra teólogo profundo, al par que poeta.

El amor de Dios á sus criaturas, ese amor que le obligó á quedarse con ellas en el Sacramento, era el tema que desarrollaba el orador. Iba ya al final de su discurso, y Martín, con tanta mamarrachada como había hecho, no ~~había~~ logra~~do~~ que Pepa lo mirase, de reojo dime siquiera, por lo cual pidió de aquietarse un poco.

Bajó el predicador. Gala volvió con avidez hacia ella, y nada. Por lo visto Pepa no entendía de ~~estas~~ arquitectos cosas en ~~el templo~~ esos fugaces.

Entre el apiñado concurso hay un momento de agitación; algunos caballeros avanzan ~~hacia~~ á codazo limpio el altar; los sacristanes y dependientes bajan, repartiendo cirios, que traen apilados en las manos; el palio de flecos de oro y plateadas varas, se alza y se despliega; su sombra, el Gobernador del Departamento, recibe el guión, ~~de~~ [illegible] los demás altos funcionarios

se reparte las varas; los monaguillos de
sayal rojo y repulgado roquete, toman la
cruz, y los ciriales, y van abriendo calle
por la nave central. Su Señoría Ilus-
trísima, se levanta allá en su so-
lio de púrpura, y revestido con la capa pluvial, su-
be por una escalinata que se ha coloca-
do ante el Santa Santorum, y, al bajar, provisto de
un santo velo, toma con el amaizal
sagrado la custodia de oro. El coro entona el
"Pange lingua", échanse á vuelo las cam-
panas, agítanse los esquilones y campanillas,
y el palio, cubriendo la Majestad, el gui-
ón precediéndola vuelto hacia Ella, los ci-
riales, las luces, todo, se mueve lentamen-
te, enfilando por la estrecha calle.

El bochornoso ambiente, recalentado con
la llama de tanto cirio, se perfuma con
los vapores que de los agitados pebete-
ros se escapa. Por un movimiento simul-
táneo reflejo, aquella muchedumbre se pos-
tra de hinojos, y, á medida que la pro-
cesión avanza, cada cual va girando, gi-
rando hasta dar la espalda al desier-
to tabernáculo.

No es sino un disco blanco, entre unos rayos de
metal, lo que alcanza, y sin embar-
go, se siente un estremecimiento extraño, algo
como contagio de adoración; las caras se
transfiguran, algunos ojos se cierran y al-
gunos se humedecen, se abren fijos, con no sé qué pasmo.
Diríase que por el cerebro, por el cora-
zón de esa multitud pasa una ráfa-
ga del cielo.

puso en boca de Isaías el

en las de Ambrosio y Agustín

Prolongóse
la función hasta cerca del anochecer y Pepa, [illegible]
por el cansancio, salió del templo sin que Martín
hiciese nada de lo proyectado.

¡Eso no podía quedarse así!... ¡de ningún modo!
La o-
casión vendría seguramente, y entonces... ¡ay de ti Pepa!
Escondido la tarde siguiente tarde por su acecho...
volvió á la esquina el vengativo. A la puer-
ta La niña estaba en la puerta con una visita has-
ta de siete muchachas, cuyos trajes
á estilo de colcha,
hacían resaltar desde lejos el de Pepa,
que era de tela ligera y ligeramente
sonrosado [illegible] bañado, poco an-
tes, y llevando el pelo destrenzado, a-
tado con una cinta; las mangas semi-
cortas dejaban ver los antebrazos ceñi-
dos con sendas pulseras negras; y en
el pecho, sobre una camisa de encajes,
se había prendido con desdén un ra-
mocillo de heliotropio.

Martín la encontró tan fresca, tan
graciosa, que hasta le pareció boni-
ta, con ser que en el grupo había
dos ó tres muy hermosas.

Ella se quedó muy desentendida; y
tampoco él bajó los ojos y además

nes que solía. Fijó en Pepa permaneció un
momento, notando en ella ciertas particu-
laridades en que no había reparado: que
era muy bien hecha y mejor repartida de
cuerpo, que se movía con una gracia!, y
que le lucían los trajes como á ninguna.
Las niñas se entraron. Á poco preludió
el piano, y la voz de Pepa se oye. Mar-
tin sabía que cantaba; pero nunca la
había oido. Desde las primeras notas sin-
tió no sé qué estremecimientos de felici-
dad: era una canción, una cita de
amor; el aire de bambuco, tierno apa-
sionado; la letra de Delgas. "Llega,
suspira y oye aguarda", dijo la voz y se
apagó. José Bermudez, llegando por detras
de Martin, y dándole una pal-
mada en el hombro, con ciertos visos le
dijo en secreto: "Lanza no caigas al
suelo, que nos comen los pijaos", y si-
guió de largo, sin esperar réplica. Mar-
tin se dijó una corrida!... y á poco
se fué sin saber á dónde. Le parecia
que todos se iban á burlar de él!
Aunque "no" se quedaba así, no vol-
vería nunca á esa esquina. # Al otro dia estuvo
allí más temprano que de costumbre. Pepa
y él le dió una espaldazo
formidable, y no volvió á asomar en
toda la tarde ni á la puerta ni á
las ventanas. Lo mismo sucedió el
otro dia, y así hasta por en las cuatro. tardes sig.
-El consumido corazón de Gala, estalló
entonces. No era un enamoramiento
de un dia: era un antojo, una

necesidad que nunca habría sentido.
En tantos novios como había tenido, ja-
más había sentido ocurrido esa permanente, ni
ninguna de ellas se asemejaba á
Pepa; porque Pepa se le antojó una mu-
jer excepcional. # Tan violenta llegó á
ser la reacción, que la escena de los
confites, que tanto lo ofendiera, vino
á ser para él el uno de los rasgos
mas encantadores de esa mujer incom-
parable. Él habia sido la víctima de ese
rasgo; era cierto; pero por esto, ¿dejaba Pepa de ser
más picante, mas espiritual, más rara?
No señor, y antes aumentaba más sus hechizos.
Una mujer común, mal podría tener ese
desparpajo, en el coquetear, en las burlas
en todo, hasta en el odiar; y lo que
él tomó por mala crianza y desdeño, era
ahora precisamente, su cualidad especialísima:
eso revelaba un gran talento, un gran
corazón, y luego esa mujer lo podia
comprender á él, porque ella debia
amar con pasión, con delirio, debia a-
mar como amó Carolina Lamb á Lord
Byron; y despues de todo era de un angel.
El se abismaba en estas consideracio-
nes, y guardaba el secreto á sus amigos
porque ya se figuraba cuáles serian
las burlas de Bermúdez y Mazuera.
Solo á Caimán-Gordas, con-
fió algo de lo que en su corazón pasaba.
Rondando dia y noche la casa
de Pepa, persiguiéndola en la calle, en
el templo, pasáron muchos dias; y
todo en vano; porque ni una mi-

nada. Exaltóse más con los desdenes, y so-
licitó las casas frecuentadas por Pepa, buscó
ocasión de relacionarse con sus dueños y vi-
sitarlos, pasando para ver de ponerse al ha-
bla con ella. Buscando por intuición, consi-
guiólo; pero peor que peor: Pepa lo en-
fermó más con su conversación, con su de-
senfadada charla, y le mantuvo tan á raya
que no pudo ensayar con ella ni el más
común de los requiebros; sintióse ante
su amada, tímido y cohibido. Vergüen-
za de sí mismo [illegible], de verse tan pacato
¡él que se ~~[illegible]~~ creyó capaz de requebrar á todas
las hembras de la tierra!; Desalientos y tris-
tezas ~~le iban~~ [illegible] por el alma, y el
amor para arriba como espuma. Quiso sa-
car mucha dignidad, mucho orgullo, y ante-
poner y hacer con estos elementos un dique ~~[illegible]~~
que atajara la corriente de su amor; pero
ésta echó ~~[illegible]~~ crecida, que se llevó
~~por~~ tubo dique ~~delante~~. ~~el dique~~ que valiera. Dió entonces en la
flor de comunicar sus cuitas amorosas á
todas las amigas, ó conocidas; viejas ó mozas, y fingiéndose
~~[illegible]~~ y tan ingenuo ~~como~~ cuanto con más [illegible] reservado es-
taba con Maqueo y Bermúdez. No faltaron
~~amigas~~ quien le contaran cómo Pepa se bur-
laba de él y cómo le llamaba "El Venado"
"El Sambrisento" y otras cosas. ¡Ni por esas! Ni por esas!
Antes bien bajó de algunas amigas demanda-
deras ó telegrafistas amorosas. A más de
recados tubo dos esquelas que ardían
en un candil; Pues la señora y dueña de
su alma se rió de los ~~mensajitos~~ mensajitos y rió un
las ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ ~~las cartas~~ .
El ~~[illegible]~~

Tan rayo y tan enamorado, en parte alguna
tenía sosiego. En la casa "como perro con
gusanos", decía Marucha, y en la calle to-
do era ir y venir de un punto á otro, pasando
~~dos~~ varias ~~veces~~ por al día por la casa de
la ingrata, parándose casi inconscientemente en
la ~~aquella~~ esquina. Si se ponía á jugar bi-
llar, pronto dejaba el taco. En el Edén no
paraba arriba de media hora. Para sus ca-
maradas de parranda, Pablito había perdi-
do los encantos, porque hasta la manía de
obsequiar se le iba quitando.
Otras veces le daba por estarse tres ó cua-
tro días en casa, echado en la cama leyen-
do la biografía aquella, ~~dándoles fatiga~~ á las viejas, que ni se
fijaban siquiera que tanto aburrimiento
~~[illegible] en el atolondrado~~ en tan atolondrado [illegible], pudiera ser
cosa de amor, ni menos de desdenes de novia; poco más fa-
cilmente hubieran creído ellas que las brujas vue-
lan, que suponer que hubiese mujer al-
guna que no se [illegible] tres ó capaz de pa-
garle el justo al caucano; tanta cosa así les
parecía!
Con las encantadas se fomentaba más, era
~~cuando~~ yendose más estaba á solas por cartas gordas.
Con estas encantadas, y tan sin juicio pa-
ra su nada, se ibase fomentando de lo lindo,
exagerado su amor en tales términos que
se encontró parecido al de Carolina Lam-
b por Byron. Sara Martín llegó á ser algo
como aquella la idea de que si Pepa no
le correspondía, él se moriría loco, como
la dama inglesa. Se sentía capaz de ha-
cer las cosas que, según ~~esa la biografía~~, ha-
cía ~~Byron~~.

El ponchón de Cañasgordos ya habría ya agotado su elocuencia para sacarlo del embobamiento y Martín quedó en que si no habría correspondencia á su tan terrible amor, habría sucumbido.

Solo un consuelillo tenía en sus cuitas, y era el pensar que Byron también fué desdeñado en su primer amor. Ahondándose en esto, ~~se le ocurrió una vez ¿Cómo no ocurrió el~~ pensamiento, se le vino de presto el de ser poeta también ¡En qué estaría pensando — ~~se~~ dijo — que no había caído en la cuenta! Hasta ~~iba á aliviar~~ su corazón iba á aliviarse al exalar en verso su penar profundo. ¡Lo poco gustitos que le gustaban á él los versos de amor! "¿Serás capaz de hacerlos así poco más ó menos como los de la carta del tren expreso?" "Pues, yo sí creo ~~se dijo él~~; ~~y parecido de~~ esos de nuestro renglones son tan lindos!... Si soy capaz." y entusiasmado no bien se dijo esto ~~se~~ fuese á casa de José y se trajo ~~cuatro~~ á Campoamor y á otros poetas. De regreso se le vino ~~el q~~ la idea de que sus versos debían de ser como los de Byron... y ~~Ni~~ como solo sabía del tal, volvióse á José. No tenía las obras del poeta y ¡oh desgracia! solo pudo recitarle algunas estrofas de una traducción de nuestro Arcesio Escobar, q' nada bonitas que le parecieron ~~á Martín~~.

Martín, atenido á la intuición del vate, iba á cantar como el pájaro, sin nadie enseñarle. Ni métrica había estudiado, pero ni del diccionario de la suma técnica de-

tecia. Sus sentimientos eran la fuente q' debía alimentar aquel ~~el~~ torrente de lágrimas ~~que había de verter~~; porque su canto debía tener todos los toques, todos los dobles del dolor. No era para menos ese amor ~~que~~ tan, tan hondo y tan mal pagado.

"Cuando el amor dicta, la pluma corre," dijo alguno que debía entender ~~de~~ saberlo; pero á nuestro enamorado no le corrió, que se le atascó desde el comienzo, y no porque su estética si cabe la palabra fuera tan chicarrona que no se dejara meter en molde alguno de estrofa, sinó precisamente por lo contrario; la concepción ~~todo era~~ era tan lánguida, tan poco viable, que casi no había sujeto que amoldar. Así y todo, después de ~~hacer~~ muchos escarbados de tinta en varias cuartillas, pudo hacer á troche moche una sarta de abalorios poéticos á cual más vistoso. Deslumbrado con el relumbrón, sintióse trasfigurado en la cumbre del Parnaso. ¡Aquella era poesía pulpa, pulpita! Mucho de "corazón herido", de labios de coral y dientes de perlas; mucho de "blanca paloma" "trinos de ruiseñor, brisas y céfiros y perfumado ambiente, todo muy admirado, y entrecortado y suspenso, á la buena de Dios, porque lo que era Ortografía y puntuación....

"¡Ingrata!" se llamó su primera composición. Y á fe que estuvo bien bautizada. Después vino la indispensable, casi sacramental "A ella"; luego "Amor Eterno", y así fueron viniendo otros amores no sabemos si eternos ó sempiternos.

Guardó al principio sus cantos, porque ~~y~~ sentía la vergüencilla púdica del genio

cuando apenas sale de la coca y sólo aspiró á hacer llegar uno ó dos hasta Ella (le pondremos manecula)

Pero Sabido... fue, ~~corto~~, mostrole el ¡Ingrata!" al Dr. Cañas Gordas, quien, encontrándolo superior, hizo que Martín se lo leyera á otros estudiantes, mas peritos en aquello... ~~Este~~ lo cuelan ~~fu~~ ~~... las~~ las pusieron en las nubes la composición. Halagada la vanidad del poeta, ~~...~~ ~~todos estaban de acuerdo con él y con el Dr.,~~ perdido el rubor aquel, les espetó todo el repertorio. Exito completo; lo exaltaron á que publicara todo aquello.

Ya no se paró en pelillos: él le quería oír-lo le leía, le recitaba. En la Universidad cundió la fama del nuevo poeta, y allí fué Martín á que le oyeran, y ~~...~~ ~~...~~ ~~[illegible]~~; pero á Mazuera ni una letra.

En ausencia de éste, rodeado en la pieza de varios amigos, leía Martín la poesía "A Ella" que iba á enviársela corregida y aumentada y escrita con mucho primor ~~por~~ ~~[illegible]~~ caligrafo y en finísimo papel. En la mitad de la lectura iba, cuando entró Mazuera; mucho perdió el lector la entonación; pero siguió leyendo.

Mazuera guardó tanto silencio, puso tanta atención que ~~Martín~~ que la miraba de reojo, comprendió que fingía.

"¡Qué lindo!—clama ~~Mazuera~~ el matemático, no bien acabó el poeta.—¡Qué sentimiento!... Eso... es de Bequer? ...¡No! No lo he visto en las Rimas. Eso debe ser de Peña... ¡No he oido nada más bello!

—De Peña!—dijo uno que cayó en la red, y tocando á Gala—Aquí está el Peña.

Mazuera abrió los ojos, luego la boca, luego ~~...~~ levantó los brazos, los juntó con cruzamiento de dedos y dijo tosiendo

¡"Tuyos, Martín!... Tuyos!... Imposible!

—Pues no es artículo de fe!—replica éste montando en cólera.

—Tuyos!... pues te aseguro que si no murió en el parto, no escapas de... la fiebre puerperal,... desgraciado ~~...~~!

Una ~~voz de~~ carcajada se oyó. Martín palidece, se levanta temblando y se lanza contra el burlón.

"¡Miserable... canalla!—aulla—Me has cogido de niño! ¡Y! suena un pescozón, Mazuera se le devuelve con otro que hace bambolear al poeta.

Los estudiantes se interponen, los sujetan y tratan de calmarlos.

"Larguenmen!... para escupirle la cara á aquel maldito!—grita Martín

—"¡Corran por el cura!—vocifera ~~grita~~ Mazuera—¡Corran, que la fiebre poética le ha dado con locura!... ¡Corran, que mi compadre Bequer es muerto!

Las viejas fueron las que corrieron.

"¿Qué es eso?, mis hijitos, por la Virgen!...

¡Dándose cocos!—clama Manuelita Balcané...—pero eso á cuenta de qué?

Nadie contesta. Entre ellas y los muchachos cogen al furibundo Bequer, y mal de su grado, lo sientan en la cama. El se desata en improperios contra el matemático, que oye todo como si tal cosa; Martín calla al fin, y calla el auditorio.

Maquera, que en el fondo era un buen mu-
chacho, aprovechó el silencio.
"Señores: —dijo con solemnidad— delante de
U.U. [ustedes] y de los viejos pido perdón á Mar-
tín. No tuve la menor intención de ofen-
derlo: únicamente de bromear, como tengo
de costumbre. El rescuzón que me dió, no
me duele ni física ni moralmente, y es-
toy seguro que lo mismo le pasa á él, con
el que yo le di. No crean U.U. [ustedes] que entre
Martín y yo cabe disgusto. A todos U.U. [ustedes] pi-
do también perdón; porque con mis im-
prudencias necedades han pasado esta
cosa tan desagradable. Ni crean, tam-
poco, que mi burla á los versos de Ga-
litó fué de veras; no. Sin quererlo igua-
lar con los de Peza, como dije de chan-
za, me parecen muy buenos... Supon-
go que no me harán el deshonor de
suponer que digo esto por miedo. He dicho.
~~Tan elocuente arenga fué aprobada
calurosamente por viejos y muchachos, y
hasta con aluvión~~ Viejos y mozos apro-
baron ~~[illegible]~~ calurosamente tan juiciosa a-
renga, y, como olivas de paz, rodearon al
enojado Galitó, que no chistó más palabra;
pero por la cara bien se le veía que la
ira iba pasándole.
Cuando los tres estudiantes estuvieron solos,
Maquera se acercó á Martín le hizo un pa-
se cariñoso por la frente y le dijo:
"Hombre, Caucano, se te pasó! Valiente bara-
ja! De esas no te había visto! Buenos
puños. Quedaste satisfecho con mi explica-
ción?
Sí y no! Con tu discurso sí; pero la zurra que
me hiciste dar, todavía no se me ha pasado.
— Pues que se te pase, porque tengo que de-
cirte muchas cosas una cosa
Dila!
— No, cuando estés en completa calma. Ahora no.
Llamaron á la mesa y, después de la comi-
da como se sintiese Martín muy sereno, dijo-
le á Maquera:
"A ver: qué es lo que tienes que decirme...
que ya se me pasó.
— Pues si te sientes aplacado, te lo digo, si
no, no; porque te vas á calentar otra vez.
— No. Dilo que no me enojo.
— Bueno, pues: Siéntate, y vamos por partes.
Primero que todo es que los versos no se los
mandas á la Pepa. No abras los ojos!.. ¡Es
que no te lo consiento!; porque eso no es verso
ni es nada, y se va á reir de ti más de lo que
se ha reido hasta ahora. Tú me estás guar-
dando el secreto de tu coqueteo con la tal Pepa;
pero lo sé de memoria, como lo sabe todo el
mundo... Lo otro es que no te metas de poeta
ó si te metes que no escribas tus versos, por-
que te pones en ridículo. En la Universidad te
están comiendo por esto... Mira: entre los ad-
miradores de tus poesías, hay algunos que entien-
den tanto de esto, como yo de pedalear medias,
verbi y gratia el Dr. Cañagordas, que no me dejará
mentir; otros, menos jaquetes, que te ponderan
por delante para tallarte y ponerte el monte
por detrás; otros, y estos son los más, que te
adulan para sacarte tragos, montadas en co-
che, tambien y cuanto le da gana. Otra cosa
si de veras estás enamorado de la tal Pe-
pa — cosa que dudo mucho — si estás porque

á tódo transe, en lugar de andarte por
ahí como perro belóno, aullando de fan
tica y contándo lo que sientes y lo que no
sientes, bajo el disimulado, el desdeñoso,
que las mugeres se hasen de mi alma,
cuando le ben á uno pasar, aunque ellas
tengan más. He dicho. Qué opinas?
—Muy bien; pero... ¿no dijiste hoy
mismo que mis bersos eran muy buenos..
—Oh bamidad! repone el consegero.
Te duele mi franqueza y no te dicho
al que ~~se saca~~ los demás se dibertarán con
tús tonterías.
—Nó no me duele!.. pero te contradises!
¡No te digo! La bebeza te bá á matar!.. Re
jo, hombre de Diós, no seas tan simple!..
Si dije que estában buenos tús bersos, lo
dije porque debía desirlo; por cubrir el
expediente; (é iba hasiendo la enumera
ción en los dedos) porque al auditório
que te escuchaba cualquier mozazo lo
puede haser ber, en medio de burlas,
que los bersos son lo que hay; porque no
quería que quedaras en ridículo; porque
(una cosa se dice en publico y otra en privado) Por tódas
estas cosas lo dije, y porque te quiero. Que
dices tú Cañas Gordas.
—Pues, hombre—contestó el pachorra del
medíquillo. Estubo bueno que hubieras
dicho eso.... Y tal bez sí será cierto que se
estaban tirando á Galeta; porque yo los
bí matarse el ojo y que se codiaban...
—¡Los biste!—saltó el poeta, con amagos
de cólera... Y porqué no lo dijiste para haberlo
rebentado...
—Hombre... por eso...

—¡Bendito sea mi Dios! exclama Mazuera.
¡Y disen que la inosensia está perdida!
¡Que bengan aquí que se les bende por ca
rabradas!.....
Y aquí siguió, con tóda formalidad, dándole
matraca á más y mejor, dedusiendo ~~que~~, al
fin, que tanto el poeta como el médico eran
unos benditos. Cañas Gordas convino en tódo;
algunos reparos puso Gala; no obstante tu
vo de confesarse á sí propio, que Mazuera
estába sobrado de razón; por lo cual, ~~deter
minó~~, despues de contarle de largo sus cui
tas y la seriedad de sus amorosas preten
siones, determinó tómarlo por consegero y con
sultor.
~~Tocaba á una puerta que se iba abrir, pues~~
~~el~~ Diclo al ~~el~~ ~~matemáticos~~ jurisconsulto en la vena
del gusto; pues para él era un placer di
rigir y tómar parte en tódo: eso era su ele
mento.
Despues de larguísimo parlamento en que
hubo muchas filosofías de capirote, mu
chas dilucidaciones del Pero Grullo, ~~se~~ acor
daron, como puntos principales: 1° Que el
comercio con las niñas debía ser—caso que
Martín lo continuara—con suma reserva co
mo cosa de contrabando que era: 2° Que con
Pepa, muy desentendido, muy reteso, como
si tal cosa: 3° Que en las ~~próximas tan~~
anunciadas fiestas de Agosto, que ya se aproxi
maban, era ocasión para que Martín abriera ope
raciones, con tóda la seriedad y cachaque
ría que el caso demandaba: 4° Que Mazue
ra dirigiría tódo.

Sentado en acolchonada butaca de rejilla, medio recostado en los cojines, con mucho descanso, tomaba un buen tazón de leche. ¡Cuán quebrantado lo dejó el cólico aquel! Cuatro días le postró en cama, y hasta la primera levantada. Con ser que se había rapado sus manos de cosméticos en cuanto tiene terrible, le repuntan blanqueados esos pelos, por las barbas, que no han parecido de la cotidiana rapadura, pelos como púas. Durara un día más el mal y, entre bascas, cámaras y gorgorismos, dieran cuenta del pobre. No era para menos tanto patrás en mentosa cosas tuvo de do mingo aquel, "con la pimpinela" "esa cuchipa de Pacho Escandón".

A los dos días de la primer levantada, estaba ya afeitado, con los retoques de siempre, y ya era hombre de andarse por toda la casa y de hablar recio. Apenas se iba dando cuenta de todo lo que le habían hecho.

Cuando, tras empecinada inflamación, viene la lanceta y el purulento chorro salta espeso y inundado cuanto a su paso encuentra, a Don Augusto: sin poder hablar, á causa del ataque, fuésele formando un acceso tal de rabia, que no bien pudo desatar la lengua... el señor nos asista!

Para Pepa y compañeras de pelea, para la Doña de Palma, para los nenessus, para los pendencieros, para todos alcanzó y tiempo no ha sido capaz de dar hostería á la capital; Tal fué el chorro!...

Su último párrafo era en este sentido: "La causa de todo fueron esos malditos días de Don Juan Palma; ¡Esas sinvergüenzas de sus hijas, tan por malas mugrosas, del escándalo. ¡Y lo poquito que gozaron con los insultos de esa otra fregona! Y esa vieja alcahueta, ¡y cómo se pondría de alegre!" Pues allá verán los muy tales por cuáles!

Las Palmas, entretanto, estuvieron encerradas, sin abrir ninguna de las ventanas, sino cuando había alguna visita ventanera y eso con el credo en la boca; los niños iban á la escuela con muchas precauciones.

Una tarde, pasados algunos días, las muchachas se fueron con Don Juan, de tarde, muy temprano, quedando Doña ..., así se llamaba la señora de Don Juan, con los niños. Aburrida de tanto encierro, abrió una ventana y se puso, tras la celosía, ...

Las Palmas, entretanto, todo se lo ocultaban á D. Juan, temiendo un disgusto, y sólo cuando había visita de ventana, las abrían, y con el credo en la boca; ni ninguna volvió á asomar al portón; por de contado que los niños para salir para la escuela, observaban mil precauciones; ¡que ya sabían á qué atenerse respecto á los vecinos del frente.

Una tarde, desde temprano, salieron de paseo Don Juan y las muchachas, quedando la señora con los chicos. Aburrida con la encerrona, abrió una ventana y armado de dos agujones de maguna, se puso, tras la celosía, á tejer una complicada labor. Ensimismada en su

fama, ni de Agusto ni del santo de su nombre se acordaba, cuando, sin que ella lo sintiera, ~~se asoma~~ á la ventana Agustin en persona, ~~[illegible]~~ el puño levantado el aire amenazante. ¡Tales cosas le gritó, que la señora, de puro el susto, de pura la vergüenza, no advirtió á quitarse ni cerrar, sino que quedó ~~allí~~ como un palo.

Desde los balcones del casino, oyeron unos cachacos las desvergüenzas de Agusto y viendo que en la casa de D. Juan no había hombre á esa hora, ~~bajó un ca-cacho resolver~~ uno de ellos bajó, con todo y revolver. ~~Pero~~ No encontró con quién habérselas: Agusto se había eclipsado ~~[illegible]~~. ~~Se~~ Había eclipsado al volver la esquina, siguiendo calle arriba, ufano y preocupado con la raspa que le había echado á la vieja". Mas de repente, sin saber porqué, se acordó de Dn. Juan y ¡cosas de convaleciente! sintió cierto friecillo muy hondo... Fuese derecho al almacen; al llegar se detuvo un momento y se devolvió, apresurando el paso; caminó varias cuadras y, al fin, paró en una oficina.

—Señor Alcalde —dice entrando— Vengo á que le exija fianza á D. Juan Palma y familia, porque nos molestan y provocan mucho á yo y á mis hermanas... y yo no respondo...

—Está bien —repone el Alcalde— pero conviene que Ud. también dé la fianza, si teme alguna molestia.

—Sí, señor, así debe ser y ojalá sea ya...

~~Don Juan que [illegible] lo encontró [illegible] del paseo, [illegible] inmediatamente, acudió [illegible]. No poca fue su sorpresa al enterarse, y como pro-~~

—Sí, señor, así debe ser y ojalá sea ahora mismo!
Vuelto Dn. Juan del paseo, y citado por un comisario, acudió inmediatamente al despacho. No poca fué su sorpresa al enterarse del asunto; y, como protestase de los cargos contra él y su familia, Agusto contó lo de los gendarmes, y como hacía un momento la Srã. de Palma lo había remedado desde una ventana, al pasar él por la calle, y como había tenido que reprenderla. Dn. Juan, indignadísimo, viendo [illegible] al querellante, no tuvo más que dar ~~formar~~ la fianza de guardar la paz.

Al siguiente día buscó casa y se mudó, dando aviso de que la suya estaba para arrendamiento.

Alzate salió de la Alcaldía, como si dejara en ella un peso enorme.

"¡Ya se las eché á la vieja —le dijo á Filomena no bien entró á la casa. ¡Pero tierno, juro que no me quedó qué reconciliar! Ya el Alcalde le exigió fianza al viejo... y á yo también!

—Y vos fuistes onde el Alcalde?

—Yo sí... ~~[illegible]~~ más moliendas.

—¡Y porqué no me abisates antes pa' haber ido onde esas tísicas... y acabarlas! Pero la puerquita de mā Pacho Escandón... si no se me escapa!

Cuando vieron que don Juan desocupaba ~~la casa~~, hubo en la de los Alzates algo como la embriaguez del triunfo. ~~triunfo~~. ¡Ya salimos de esa indesencia! "Grasias á mi Dios que se largaron á joder lejos". "Ya no estamos sometidos á der

las por fuerza." Estos y otros versículos de la laya, desarrollaron en los tres hermanos mayores, una charla, una gana de reir, que nunca, en la familia de Alzates, se había visto ~~[illegible]~~. Augusto, á propósito de las Palmichas, como él llamaba á las hijas de Dn Juan, dijo cosas tan chistosas, las remedó con tanto gracejo, que á Mercia le dolía el vientre de reirse. Ella, que no se distraía en cariño por los prendesos que ~~[illegible]~~ se sintió ese día muy amiga con Augusto, muy [illegible] con Mena, diminutivo que no había vuelto á usar desde la en vida de Mónica.

Entre Mena y María, concertaron que el domingo próximo venidero se irían todos á la casita de la finca á comerse una gallina, con arracachas frescas, y que Augusto debía llevar el vino. Nada que le gustaban á él cosas de campo, ni las comidas idílicas; pero tal estaba ese día que convino en todo.

Pues no, señor. Patetas no quiso que la gallina escapase con vida.

—Sucedió que ese día llegó de sus posesiones del Cauca, Jorge Bengala, yerno de D. Juan, hombre que tenía un genio que ni pólvora. El tal, al ser noticiado por su mujer de lo sucedido en la ciudad, durante su ausencia, supo toda la campaña de Palmas y Alzates. ¡Qué explosión aquella!

Vistióse el sobretodo, aunque hacía calor, fuese al cuarto de las monterías y, sin esperar el almuerzo, salió para la calle. Apretando los dientes y los puños, llegó al casino que tanto se ha mencionado, pidió brandy y se plantó en el balcón, con ~~[illegible]~~ (bulto) como quien está en acecho.

~~La calle estaba muy [illegible] siempre concurrida lo estaba más á esas horas en que comerciantes y empleados van para sus casas en busca de almuerzo; y á la cantina del casino se entraban muchos á tomar las mañanas.~~

La calle estaba muy concurrida á esa hora. Comerciantes, empleados é industriales van para sus casas en busca del almuerzo, se cruzan por allí; de las escuelas y colegios sale la chiquillería, y las partidas de pollitos de traje corto y estrepitoso calzado; cachacos y [illegible] entran á las botillerías á libar la deliciosa copa de la mañana.

En la cantina del casino se oye [illegible] entrar y salir y [illegible] de ruido de cristales que se chocan, de saludos que se cruzan, de timbres que llaman, de charlas al vuelo, ruido [illegible] cantinas y botillerías, oído solo en los instantes en que el medellinense genuino — á manera de [illegible] sirvientes [illegible] abierto cuando cierra — para sus negocios administrativos — interrumpe su cotidiano, febricitante trabajo.

Bengala, al parecer muy desentendido, en expectativa desde los balcones; [illegible]; de pronto se yergue, los ojos relampagueantes, infladas las narices; apresurado baja y se para en la esquina. Por la calle que da á la del comercio, viene

Augusto, gaumes contoneado, arrollando á
los que pasan, disputándoles la acera.
Llega á la esquina y voltea "¡Bilzato, el
pere", oye que le gritan por detrás; y, an-
tes que tenga tiempo de volver á ver quien le
detiene, un látigo relampaguea ante sus ojos y
cruje en su pecho, y cruje en su nuca, y cru-
je en su cara. Aturdido, cegado, tambalea y;
el látigo potente, eléctrico, chasquea y chasquea
sobre su cuerpo y da con él en tierra, des-
paturrado, y convulso. El látigo sigue; lo ha-
ce retorcerse, lo zangolotea, lo remueve, al
mismo tiempo que una voz bronca, entrecor-
tada, brama: ¡"Miserable!.. Sólo te atreves
á insultar á las mujeres... á las señoras! ¡Cobarde!
¡No te vale el corsé que te pones para no
quedar marcado con el fuete!, ¡No te valió
la fianza, canalla!"

~~Aquello~~ fue como el rayo. La gente se agol-
pa, ~~se~~ ~~arrolla~~; tropezándose, ~~unos~~, estru-
jándose ~~otros~~; Entre muchas manos, pueden
arrancar el látigo de las de Bengala y apar-
tarlo de Augusto. La gritería y la batahola
atrae ~~otra~~ oleada de gente que, rebotando con-
tra la esquina, empuja ~~á algunos~~ haciendo
hasta hacer caer á algunos sobre el fraga-
lado. Ensangrentado, reventado por boca y na-
rices, enlodado, la camisa afuera, desen-
cajado y pálido como un difunto, yace
Augusto en el suelo. Lo alzan, lo entran
á la cantina.

La gendarmería ~~se~~ ~~interpone~~ por entre
el tumulto, y Bengala ~~es conducido~~ entre corchetes
~~ante~~ la Autoridad: "Sí, lo merezco"—
exclama él—he ensuciado mi fuete...

Cantineros, dependientes y cachacos
acuden al herido: le desañan la ropa,
le limpian la sangre, le dan friccionas;
algunos tratan de aplicarle ventosas; pe-
ro Augusto se opone.
"No, no, aquí no!" exclama entre so-
llozos y accesos... Atrévido... traicionero... co-
jerme... cojerme desprevenido!... Pero...
yo lo mato... lo mato!
Sin ver si puede ó no caminar, lo cargan
cuatro hombres, y, seguidos de alborotada
turba de muchachos lo llevan en pelotas á
la casa.
María, que ~~atraída á~~ por la bulla salió ~~asomado~~ á ~~la puerta~~
á ver qué es la bulla, al reconocer á
Augusto, se retuerce las manos y grita:
¡"Lo mataron! ¡Lo mataron! Dios mío!
—No, señora: sólo está aporriado! repone un
conductor. No se asuste.
Filomena como una bola rodando, apa-
rece en el zaguan.
—¡Ay!... Ay!... Sí Sí... lo traen muerto!
y se pasa la mano por la frente, mesán-
dose el pelo, se acerca y ve la pechera
ensangrentada. Lo asesinaron!... de una pu-
ñala... y dándose un alarido como de res que
deguellan, se vá al suelo.
—No hermana, por Dios, no está matao! gritó
Maria tratando de alzarla. Oyó que
dizque fué que le dieron rejo.
Augusto, á estas, ni abrió los ojos, ni daba
señales de vida: una nube espesa
lo envolvía, lo amodorraba; estaba en
el país de los sueños; ~~mas~~ ~~las~~ ~~palabras~~
percibió las últimas palabras de María las percibió y abrió los

ojos y exclamó: "Escandolosa"
La gente invadió la casa. Apenas unas mu-
jeres del pueblo, levantan á la pana-
dera, y la ponen el diván del costurero.
Una vez allí, se sacude nerviosa y grita:
¡Pero qué es este gentío! ¿Hay delorio ó
qué? ¡Salgan de aquí, salgan!...
¡Bean qué albondigona tan ladina! se
publica una yervatera. ¡Téntense su pelao!
Y sale, seguida de la plebe grande, dejan-
do algunos muchachos rezagados
Por indicación de Nieves ~~Isabel~~ colocase
á Augusto en una cama, donde se
agita un momento. De repente se in-
corpora, se tira al suelo, y bamboleándose
llega hasta la puerta del costurero en q.
se apoya, y grita frenético á los curiosos
chicos.
¡Rumben pa fuera, bazamundos!...
Cuan bandada de apuchzeros dispersa
por una pedrada, sale la rapacería,
dando corcobos, risotadas y relinchos.
Los conductores, entre los que hay
dos cachacos, van sostener á Augusto.
¡Ay! ¡Ay! no me toquen! - plañe él
con dolor. - y como puede se vuelve á la
cama.
Los hombres embarazados, van á salir.
¡Pero, señor, por Dios, Señor! ¿Cómo fué?
Cuéntenos. - dice María á un cachaco.
Este dijo lo que había visto, atenuan-
do la cosa en cuanto era posible. Al
oir nombrar á Bengala, saltó Filome-
na como una tigre:
¡Bengala!... ¿el yerno de Dn. Juan Palma?

Y un verdaro rugido se escapó de su pecho,
contrayéndosele las manos como garras, quedan-
do con los brazos rígidos, los ojos brotados, más
horribles aún, junto á los parches de colorete.

(Aquí sigue lo publicado en la Revista
de Santander)

Sólo porque se halla en esa cama, es-
pecie de santo sanctorum que no puede
ocupar sino su dueño, solo porque le
nombran Augusto, puede creerse que sea
él. Tán acabado está. Su frente semeja á
la senda surcada por la rueda; en el
cabello y en la barba crecida y crespa, se con-
funden las hebras negras; el ojo, que pare-
ce más grande, azafranado en lo blanco, mor-
tecino en lo negro, denuncia hondo pesar;
la cara toda como de cartón mojado.
Tres meses hái que pasó el trágico
percance y aún guarda cama. Los azotes, que
no pasarían de veinte, tan sólo le ocasiona-
ron tres dias de fiebre, ligera inflama-
ción, mucho molimiento, amén de alqu-
nos cardenales, entre verdes, azules y mora-
dos, tres ó cuatro muy grandes en el rostro.
La sangre ~~que~~ perdida con la reventazón,
no fué cosa; sufrió en la caída un golpe
en una rótula que, aunque el médico lo
tuvo por muy malo, aunque pronosticó
que formaría líquido, no pasó de una hin-
chazón, que pronto se deshizo. Pero la debi-
lidad, aun no bien aplacada de la anterior

se aprovechó de la ocurrencia para decla-
rarse en huelga y darle á correr por todas
partes, con la mayor presura. Agustín
sentía las fatigas de la muerte. Febrici-
tante, ~~concentrando~~ con la amarga ~~da~~-
~~da~~ en todo la economía, dando de sí azafran,
azafranado él mismo y cuanto le rodeaba
azafranado, pasó cuatro días. Acaso la
hiel del alma — que á esas se le achacan
también — pudo, mejor que los ácidos q.
le propinaron, neutralizar la hiel del
cuerpo, que si no dejárase de pistole-
ras el pobre señor.

Libre del envenenamiento biliario, aun
con los amarillos rastros del mal, con los
morados del azote, quisieron los dos mé-
dicos que le asistieron que se levantase.
¡Imposible! Agustín se sentía peor. Sacu-
didas como corrientes eléctricas, le hacían
zarandear en lecho unas veces; otras se sentía
que se agrandaba hasta antojársele ser
inmenso móvil; si en este estado se movía,
el roce de las ropas, se le volvía espanto-
so torbellino de huracanes; los ruidos del
exterior eran de asaltos de cuartel, de pronun-
ciamiento, de siniestros estragos de guerra, de
terremotos; de pronto venía algo como anestesia ge-
neral, que le reducía á un átomo, que se perdía en las
envolturas de la ser
[illegible] y pan fundado era esto comparado
con el simbolismo de pesadilla que lleva-
ba en el espíritu. Ahora ~~una~~ el frenesí de
rabia ~~y~~ despecho, que le daba aspec-
to de loco furioso; ahora pavor tétrico que,
helándole hasta el tuétano, lo agitaba en
convulsiones agónicas, le hacía rezumar por
la frente un sudor frío que se le figuraba
suero. Tan encontradas impresiones ~~serían de~~

tenían por fondo una tristeza negra.
Sus facultades mentales, serenas y apagadas en
estado de salud, adquirieron con los choques y
estrujones del mal profunda intensidad. Fraguá-
bale la imaginación los más sombríos despa-
rates, á vueltas de los cuales, el intelecto ~~consolador~~
pronunciaba alguna palabra des-
consoladora como la realidad. Así, pudo el
gato apreciar la trascendencia moral del
azote. Parecíale que una voz interior le gritaba:
"Agustín, Agustín: Te dejaste ~~dar~~ sin [illegible]
tratar de defenderte, como si fueras un es-
clavo arrastrado, un niño de escuela. Si
eres hombre, levántate y mata al que te
ultrajó. Sólo así puedes rehabilitarte."
¿Qué fuera más que dejar la cama é irse
á Bengala, como el dios de las venganzas?
Pues no, que otra voz más elocuente aun, voz
honda, le secreteaba quedo muy quedo: "No
Agustín: no vayas á meterte con Bengala. Ese
hombre te mata en dos por tres! Llora tu afren-
ta como una mujer, no vuelvas á salir á la
calle, si no quieres mostrar tu vergüenza, pe-
ro no te enredes con ese hombre."

Tan poderosa fué esta voz para el amila-
nado Agustín que, al oirla sintió espas-
mos, erizamientos y se tapaba hasta la ca-
beza, bien así como el rapaz que despier-
ta, después de haber visto al Diablo.

Perdidas la confianza en sus propias fuer-
zas, la impotencia le sugería las más desca-
minadas ideas. ¿Qué sabía él de Médicis
y Borgias? ¿Qué de la venganza de los pa-
rientes de Heloisa? Pues así y todo soñaba
con venenos que, matando lentamente, en

entre acerbísimos dolores, acabaron con esa vieja
infame, causa de todo, con Dn Juan y su ralea.
¿Pues y Benzato? Colgado de un balcón, desnu-
do, horriblemente mutilado....

La destornillada fantasía del enfermo se exal-
taba más y más con estos delirios, para venir lue-
go á apagarse en la negra sima de treteques.

También Filomena fué juguete de encontra-
das impresiones. Pasado el rabioso soponcio que
la acometió al saber que Benzala era el dueño-
do, se deshizo en su acostumbrada elocuencia.
¡Qué cosas dijo! Juró sobre unas cruces que
hizo en la pared, con las uñas, que haría
podrir en una cárcel al bandido de Benzala.
Mina sirvió de consuelo.

Después fué el lloriquear el lamentarse a-
margamente. Que en Medellín les tenían te-
ma y envidia porque eran ricos; que ya
habían principiado por Agustín, y el día
menos pensado, amecían todos degollados en
la casa.

Su pena por las del hermano, su terne-
za para con él, fueron tanto ~~tan~~ más apa-
ratosas cuanto que eran más hipócritas que
jabón: histerismo sensiblero de mujer del pue-
blo, remedanía de su odio á la familia
de Palmas.

Pronto supo que Benzala andaba libre,
sin haber sufrido prisión alguna, y, braman-
do de coraje, entró al cuarto de Agustó, y le
dice:

"¡Ya lo sabe, mi querido: por ahí anda muy
orondo ese pícaro Benzala, libre librecito! ¡Y
ella verás que nunca causa le siguen, por-
que ~~aquí~~ en este maldito Medellín no hay

justicia pa nosotros!... Pero con esta no
se queda ¡el maldito hombre!.. Apenas te
levantes compramos un revólver y le metés
un balazo á ese demonio.... para que..
El llanto no la dejó acabar. La Belona
de pulpería se tiró en el canapé á terra-
quear el pollozanito berrinchín.

Agustó la oía tamañito, sin articular un
monosílabo ¡Bonito estaba él para los
exterminios que quería Filomena! Desde ese
día le inspiró aversión. Por fortuna para
él que la negociante poco paraba en casa. ~~A~~
La prendería que siempre corría por de su
cuenta, acudía en esos días mucha gente,
pues por ~~por~~ época de regocijos públicos, la
era de empeños. Por la misma causa ha-
bía en el almacén trabajo apurado, y ~~esa~~
éste ~~el~~ que disgustaba á Filomena no sólo por-
que no le parecía adecuado á sus actuales humos de
señorona ~~grandeza~~, el vender públicamente ~~en una tien-~~
~~da~~, como en otros tiempos ~~lo hacía antes en la pulpería~~,
sino también porque le tenía especial in-
quina al dependiente, con quien nunca
había tenido que ~~que~~ entenderse ~~para nada~~. Él, por su par-
te, rara vez subía al segundo piso donde
ella trabajaba Filomena.

Mal de su grado tuvo que asistir y ayudar ~~al alma-~~
~~cén~~ á la venta, pero, tan desconfiada como era, y te-
miendo que mientras ella subía á la pren-
dería, á despachar algún empeño, el dependiente ~~hiciera~~
agostos ~~el~~ ~~dependiente~~ en la tienda, deter-
minó despedirlo y abocarse ~~ella~~ sola el do-
ble trabajo. ¡En cuáles se vió para dar abasto!
~~Al~~ riesgo de que se le escapasen algunas gan-
gas, ~~tuvo~~ tuvo que recurrir apelar al medio de

emplazar los empeñadores para la noche
y en la casa, á donde, apesar de la competencia,
papócas,.
No solo este trabajo sino que tuvo de
ir al comercio á verificar algunos pa-
gos. Así pasó el brete de las fiestas.
Fatigadísima se acostaba, consolándose con la
idea de que economizaba el sueldo del de-
pendiente y de que ya no tenía quien la fis-
calizara.

#.

Pero esta situación no era para durar:
La señora estaba rendida, casi enfer-
ma del trabajo, y viendo que, apesar
del mandato expreso de los médicos, Augus-
to no quería dejar la cama, las ternuras
se fueron acabando, hasta declararse en
abierta hostilidad contra el hermano;
hostilidad que se aumentó más, al ver que
pasaban días, y él seguía en sus trece.
Una mañana, despertándose más abu-
rrida e indispuesta que siempre, se a-
bocó al cuarto del enfermo, como una
bomba.
"¡Pero decí de una vez, qué es lo que estás
pensando, hombre del enemigo malo! —
exclama al entrar, despanzurrando la
puerta — Decime si es que pensás pudrir-
te en esa cama, pa ver qué hago!... O
si es que le tenés miedo al Bengala...
¡prestame los calzones y tomá estas na-
guas pa yo ir á entenderme con ese bandido!
— ¡Quitate de aquí! — fué la respuesta.
— ¡Ah espantajo! ¡Sinvergüenza!... ¡Hubiera si-

do yo la pelada... y ve ¡mas que tuviera
con la lengua afuera... con las tripas en
la mano, le habría bebido la sangre á ese
demonio!... Pero vos no, ala vos sos un
gallina!
Dijo y salió. Más serena vuelve á la tarde.
— No, Augusto, ¡por Dios! — le dice entrando
á la señora — Eso no puede ser. Yo no soy
bruja, pa poder hacer tanto sola: imposible
que pueda repicar y andar en la procesión —
Levantese mañana.
— ¡No me levanto! ¡Pa qué echó el de-
pendiente... Si no puedo sola, busque quién
le ayude.
— ¡Sí! ¡Será por tantos que hay á quien bus-
car!... Una manada de ladrones, de pere-
zosos... que es lo que se encuentra.
— Pues no busque si no le da la gana; pe-
ro no me levanto.
— ¡Pero vean á este maldito hombre! — pro-
rrumpe la señora, empacándose — Este lo
embobaron... Pues ya sabe, pues, mi queridito,
que nos vamos al suelo, sin remedio, si no querés moverse
Ya no puedo más... no puedo!. Yo no soy
la mula que se mató... ¡Todo se le va á lle-
var la trampa!...
— ¡Por mi parte... replica Augusto, volvién-
dose al rincón.
— ¡Por mi parte! contesta ella remedándo-
lo, y, furiosa, arremete contra él á los sopa-
pos — ¡Ah pá sinvergüenza!... ¡Tomá más...
que todavía le quedó faltando á Bengala!
El enfermo saca un pie y le dió un pata-
tazo en el estómago, que la dejó seca.
Todos los recursos estaban agotados: Agus-

no se movía del cuarto. Enfermo de veras, fin-
gido ó embobado, Filomena lo declaró hom-
bre perdido. ¿ Cómo cerrar la tienda, cómo
suspender los negocios ? I Filomena sola no
podía llevarlo, era cierto. ¡ I los tales de-
pendientes ! Para hacerle un presente al Dia-
blo estaban buenos.

¿ Como haría ella, para conseguir un mucha-
cho formal, dócil, que se dejara gobernar por ella
sola, que no fiscara, que se amoldara á todo,
que no pidiera tanto ? ¿ Cómo haría..?

Cuando ya creía que ese fenix de los depen-
dientes era un imposible, una idea le vino:
Recordó que poco antes de la caida de Agus-
tín, habían recibido una carta de Juanita,
de que no habían hecho caso.

Buscó la carta al momento. Era de letra de
Pinto, y tenía un aparte que decía así:
"... Cesar está mui aburrido en esta porque ha-
ce algun tiempo que está ~~sin~~ colocación, despues de
la campaña enfermó mucho i perdió el desti-
no que tenía, pero ya está bueno. El es mui
apto para el travajo sobretodo como asistente
de Casinos i billares que es destino que ha
desempeñado varias beses, tan bien sabe llebar
libros i tiene mui buen caracter. Bean mis
queridos hermanos si es posible que ustedes le
consigan algun destinito en esa, nos dicen que
allá se puede colocar facil i tanto Pinto co-
mo yo creemos que ustedes lo faborecerán en lo
que esté de su parte. Aunque no sea mucho
el sueldo Cesar se irá con tal que ~~esté~~ sea
recibido por ustedes i que esté al lado de us-
tedes que tienen recursos para todo.
¿ Lo que quieren es que se lo mantengamos.

Eso es todo — pensó Filomena — ¡ Quién sabe ! No
será tanta cosa, cuando está de valde y pi-
den casa hasta aquí."

Se propuso el punto, estudiándolo al derecho
y al revez. Pensó, desde luego, no consultarlo
con nadie, porque ya se figuraba que le iban
á salir con cuentos de protección al sobrino,
de consideraciones de familia; y no se tra-
taba de eso. ¡ Bonitos estaban los tiempos pa-
ra protejidos !

Dª Chepa le había hablado de Cesar, como de
un muchacho muy fino y buen mozo; pe-
ro tampoco se trataba de eso. Fuese á la se-
ñora, para ver de sacarle algo más sobre el
asunto. Dª Chepa en cuanto á conducta y ha-
bilidades de Cesar, estaba tan adelantada co-
mo ella.

Por si ó por nó, comunicó su idea á Agus-
tín. "Haz lo que quieras", fue la respuesta
de este.

Al fin se resolvió á escribir. No quiso man-
dar tomar la pluma á nadie: ella misma ga-
rrapateó, á su modo, la carta para Juana,
en la que, despues de contarle el estado de Agus-
tín, le proponía la venida de Cesar á trabajar
con ella, comprometiéndose á proporcionarle,
en la casa, buena mesa y demás comodida-
des, prometiéndole un regular sueldo, y si
se manejaba bien, abrirle un partido muy
ventajoso; sin expresar ni el sueldo ni el
partido.

A la semana siguiente, recibió este tele-
grama de Juanita: "Salúdola. Cesar va
si envías recursos viaje."

¡ Pero nada bien que le sentó la cosa ! ¡ I..

les mando plata —se dijo—, ¡quién sabe si se
manda! "Mejor será no meterme."
No obstante, averiguó con doña Chepa, á
cuánto subirían los gastos del tal viaje;
díjole ésta que á ochenta pesos, por lo
menos. Le pareció una atrocidad; pe-
ro tan fatigada se sintió, que mandó
un giro á favor de Juana, por valor de
setenta y cinco pesos y una carta en que
apura el viaje del sobrino.

La salita de las viejas; esa salita
tan alegre siempre, siempre tan com-
puesta, es ahora tristeza y abandono.
En las dos ventanitas, del todo cerradas,
no cuelgan ya las blancas cortinillas,
guarnecidas de rizos; los tapetes de
leones y pavos reales, ornato de la ta-
rima, yacen enrollados en un rincón;
ésta, pelada, polvorosa, es imagen del
desamparo; los taburetes de guadama-
cile, empañados también, no alcanzan á
lucir las frutas y floranas de sus canas-
tillas, ni guardan esa simetría que so-
lían; hasta Sarasola, el difunto de Ma-
rucha, desde su lienzo de pintura he-
roica, parece convidar á la tristeza.
En una mesa, sobre la urna del gusi-
tito Nacimiento, arde, con llama azula-
da y mustia, un vaso de aceite de higue-
rillo, ante el Divino Rostro; frente por fren-

te, en la otra mesa, entre los floreros de ye-
so y ajados claveles de papel, se consumen
nueve velas, alumbrando á la Virgen del Per-
petuo Socorro, cuya imagen, rodeada de ange-
litos, recargada de adornos y colorines, es la
única plácida, en medio de ese lugar de
duelo. ~~De hinojos, ante las santas efigies,~~ Dos
bandos de señoras y comadres del barrio, en-
cabezados por Marucha y Paula, ~~rezan~~ de
hinojos ante las veneradas efigies, rezan simul-
táneamente, las letanías de la Virgen las
unas; las de la Santa Faz las otras.
La plegaria, en fervoroso crescendo de de-
voción, se oye en toda la cuadra. Aquí
"¡Ruega por nosotros!" ~~aquí~~; allí "Venid á mi
socorro, oh madre de Bondad."
En lo más recio, entra Mazuera, los ojos en-
charcados, el índice sobre la boca, dice, á media voz:
"¡Chiiii! ¡Recen pasito, dice el doctor
Puerta... ¡Ya está fuera de peligro!
Marucha, que tal oye, deja el rezo y sale en
puntillas; á poco vuelve bañada en llanto,
trasfigurada de alegría; otra vez se postra
de rodillas, y puestas las manos, cerrados los ojos,
poseída de esa fe, de ese reconocimiento de las
almas sencillas, ofrece á Dios su hacimiento
de gracias, haciendo los visajes más patéticos,
las más risibles contorsiones.
Terminado el rezo de su bando, se acerca á la
Virgen, la besa, y, velándola con un pedazo de
tul, la dice con trasporte: "Te lucistes, que-
ridita!
¿Qué es la cosa, mamita? —pregunta Paula,
no bien hubieron terminado las otras.
—¡Pues qué ha de ser, hija!: que Galita es

ta fuera e pelijro!... Allá stá dormuta-
do..., ¡la cosa más alutinada!
—¡Es que con el Ritrino Rostro... ~~no hay~~
porpiandeguenas! — repone la hija
—¡No dijo que no será Él! replicó la
madre, Socorrita decidida. ¡Sí será!
Pero porqué? Porqué mi Señora del
Perpetua intersedió!.. Si no, quién
sabe...
—¡Abe María, madrita!.. Haste hero
fia es decir eso...
—No, señor. ¡No hay tal! Si á mi Dios
no le da gana de consedernos lo que le
pedimos, ¡no no lo consede! ¡Pero á la
Virgen, ¡toitico, todito lo que ella le pida!—
Toítico? Por eso: ¡... la Virgen por delante!
Las devotas mujeres se retiraron y so-
lo una señora ha quedado con ella
ruelta.
"Camine, mi hijuita, — le dice ésta, casi abrazándolo — sen-
témonos en el costurero á fumar el ta-
baquito... y que nos traigan el cacao.
¡Gracias á mi Dios que ya podemos re-
sollar tranquilas!
—¡Baliente milagro tan patente, mi Ma María!
—¡Calla la boca, mija!.. Si esto se puede
escribir!.. Si lo dieras!.. ¡Tan tranquilo!
Lo que anoche fué que pensamos que no nos
amanecía!
—¡Baliente pena habrán tenido, no?
—¡No me digás! contesta Mancha poniendo
la diestra en un hombro de su in-
terlocutora, y sacándose el cigarro, que ape-
nas ha tenido chupado, escupe y dice:
—Desde que falleció Sarafila, no habíamos

tenido unas pesadumbres como estas, ¡Ni es
di ahora que estamos con entripaos! Desde
antes de las tales fiestas, determinó Galito comprar
un diantres de caballo que, mire mi hi-
jita... ¡de milagros no lo ha vuelto una plas-
ta!... disque pa corretiar en las carreras y
pa la maestranza. Pero sea: cada vez que
yo veía á ese niño en ese animal, ¡me impria
pa toita!.. ¡Gracias á mi Dios que le cayó
el mal, antes de la tal maestranza, porque
si no en la plaza lo recojen en pedazos! ¡Abe
María, mijita! Yo no sé cómo es que los Al-
caldes permiten ese matadero de gente, y que
haya tanto loco que se exponga á desnucarse,
por divertir á los demás! Pero Galito no:
estaba trastornao con las fiestas. Y yo me confun-
dida: ¡Quién sabe que le irá á suseder á este
niño! Quién sabe que irá á suseder! ... porque eso no tiene juicio pa nada.
Pues se disfrazó con un embeleco que hicimos
aquí, que nos sacó la piel, y se horquetió en
el caballo..., cuándo á nada bienes y Vquites el
disfráz.., bañaito en sudor! ¡Ahi le fregué á la
Virgen del Perpetuo, y le dije: Ya sabés: ai te
entrego el muchacho, ¡Líbrámelo de tantos pe-
ligros! (Pausa) El viernes, que ayer hizo
ocho días... ¡tún! ¡tún! en la puerta, á las cin-
co e la mañana. "Esos son borrachos," dijo
Pabla, pero á mí, me dentró el temblor
de la muerte! y le dije: Asomate á
la ventana á ver qué es. Conocimos en el
habla á José Bermudez... ¡Pues ai nos
traian al muchacho moribundo! Me le-
banté, me tiré la sayita como pude y fuí
á ver: No podía ni hablar, ardido de fiebre, que-
jándose que aquello partía el alma... ¡Me

puclió á lucir!.. ¿Qué le parese? Josè bolò por
el dotōr Puertā: Le paresiò malísimo: quiàl
momentō causticos y otrōs remedios terribles. Ber-
mudez y Perez - el otrō muchachitō - corrieron
pa la botica; el dotōr no se quería apartār.
Cuando les oí mentār numonía, mijá
niña ... me quedé muertā! ¿Qué te parese
se; numonía!.. lo que yamabamos ahora a-
ños dolor de costāo, porque como quí ahora
todo es cambiao ... el mal que matō á
Sarrazola! ¿Cómo me quedaría? ¿Se mo-
rirá, dotōr Puertā? "Pues, mi señora, na-
da se puede desir; pero el ataque es el ~~otro~~
que es bioléntō". No lu oí más: Me fuí pa
la sala, y le dije á la Birgen: ¡Mi señora,
si ha de ser tu santísima boluntā que se muera este, no me
lo dejés morir sin confesarse! Mirá, mi-
ña: de pijurarme no más que se podía
morir sin confesión me entró la loquera
... ¡Fijuraté como está el mundo de perdido...
y una tōtā pensacadora como hay ... y el
pobre que es tān repuspao!.. Al otrō día fuí!
Biin: Puertā, con otrō dotōr nuebo, que casi
lo desafusió. ¡Taa, le dije á Pabla, desespera-
da yo mandé pagl erga! Mandamos yamar
á un jesuitā, y le dije á Galitā: ¿Qué tal
fā mijo? "Muy mal Maruchu. Yo me mue-
ro!" "No, mijo, no piense en eso! ¿Quiere con-
fesarse pa que se tranquilice? No crea qués
es que está malo! Confiésese: confesión no
yama muerte. Aquí está el padre Céspedes,
que nos bino á haser bisitā. ¿Quiere que se lo den-
tre?... Y qué te parese ... me dijo que sí!
Se confesó, muy bien lanzao; pero pior me pa-
la: cuando estubo tan blandito pa la confesión

jes que se ba a morir! Mesi mijá, niña: esta idea
se me clabó...
Paula trajo las dos jícaras de chocolate,
con sendas rebanadas de pan y sendos pares
de biscochuelos. Maruchu se apechó el suyo
en un credo, y, como más aliéntā, continuó:
"Ese día, á las propias orasion, bino Mañuca,
que había ido á ber al Saitō, que también le-
jo de muertō con el tifoidéa. ¡Fijuraté có-
mo tiendrá el pobre de trasnochao! Pues
á propósito se puso, con el otrō, en el
bordo e la cama, y no lu han desamparao
ni de día ni de noche. ¡Balientes mucha-
chos, mija, pa tener unos sentimientōs tan
preciosos! Ellos no sé bien acordao ni de pis-
tās, ni de comer, ni nada. Aunque el co-
legio se bolvió abrir, no han asomado:
¡con lo aplicaos que son! Hoy han seguí-
do á pegar el ojo. ≠ Pero lo que más me ha
atōrmentāo es el delirio dese niño. ¡Ay Ma-
ría, mijitā, qué cosa tān tristē! Desbariando
á todo pecho. ¿Bos te acordás de la compañía
Fournié? ¡Qué te bas á acordar! Una no-
che me yebó Sarrazola á la comedia; por-
que ese sinvergüenza marido questaba por allí
puestō á su mujer!; y ahí en la comedia salía
un comediantā ¡muy bonitā! que hasía el
el papel dicen actriz que debutaba con la
noticia. ¡Pues haseé de cuentā á Galitā! Está lo
questō perdido por Pepa Escandón, la hija é
Pacho, que más bonitā jumpquiésa... ¡Y aque-
llo es que no ha largao á Pepa!.. Armado
de biaje, disiéndole adiós pa siempre, y que
la mató, y que le preguntó ... ¡Figurasé
no, niña, que eso eran los enredos más las

tinosos! Maçuera, que tiene mucha capaci-
dá, era el único que se los comprendía bien.
Y nada que le gustaba á los doctores!: Quie-
re que quisiera dilewo bajino, que es muy
mala seña!. Ahora sugió un acento con un
jeringuisita y un pangaso, ¡lo más raro! A la
madre si ni la mentaba casi. ¡Pobrecita seño-
ra, inocente de todo!... ¡Y cómo adora en
ese hijo! Maçuera, ¡tan querendo! se po-
nía á lagrimear, viendo lo acá todo per-
dida. Y que te parece: nos contó Ber-
mudes, que es muy amigo del Galito, que él
estaba muy contento en el baile, en cas de
Pánfilo, y que de repente se perdió el mucha-
cho. Bermudes lo buscó por todito el baile, pe-
ro no topó á nadie, sino la máscara, que
quién sabe se la había topado, tirada en
el suelo. ¡Ajuera á Dios misericordia se salió
del baile!: si es un loco, mihijo! Allá queu
nese estaba la Pepa, y mas engandujida! y
Galitão, que había estado luego todo, notisbando-
la por todas partes, no bebía. A un rato,
visto que no parecía, se salió Bermudes, a
la calle, á buscarlo, y en el Casino del
Chato, lo incontró, tirado en un sofá en
el corredor del patio, á todo el ventestate, y
moribundo! Quien que había estado del mo-
do más particular: en cabeza, mojao como un
pato y temblando, y que se largó á beber
aguardiente, del modo más espantoso! Lo cierto
que cayó ya con el dolor en los costados, tosien-
do y con la fiebre. Y no hay de ver: en el
tal casino quisquisaban de pintar (juntando
los dedos) y hubo una sola que se a-
comedieron á traerlo acostar, tan seguro:

¡Todito taban pegaos del das! Si no ba Ber-
mudes, hay lo dejan morir como perro
maricón. Yo aseguro que las locuras
quiso hijo este año con por hubese muer-
to cuatro beses... ¿Es que aún diago comes
ella? Boy á ber si dispertó, pa dale el a-
limentico... Pabla!.. Pabla!...
¡Señora! contestó ésta desde las alcobas.
Traé los bestidos de disfraz y las y los
zapatos de Galito, pa que se los muestre-
mos á esta niña; ¡pa que bea cosas
¡pa bien lindas! Manuela salió y sale
Todos tres tan dormiditos! dice volviendo al
instante. El pueño de Galitão, es ya di-
alentao. Bien dijo el doctor, que lo
di anoche fué el crisis. ¡Pero mirá ni-
ña, qué preciosidá de disfraz! excla-
má en quato entrá Paulo con los trajes.
Mira: este lacre era el que tenía puesto...
¡Pero bea cómo lo puso!.. El gorro tan lin-
dito, ¡no se supo qué camino cogió en
el bunde!.. Mira este otro vestido era el
que tenía pa enfermarle á la novia, en
la mascarada... Pobre mijo! que tan escondido
que lo tenía todo, quisque pa dar el golpe.
Estos encajes del embeleco me ían a tormen-
tar como no tenés idea. ¡Pero mirá
los flecos! ¡Botones galalones! ¡Ni un
santo, mija!... Ya se quisiera San Juan es-
ta capa... Pobre mijo! Qué tan lindo hu-
biera quedado por mi ayuda!... Y con este plumaje de
la corosca!"
Y Manuela entusiasmada, se puso el
empenachado sombrero al trés, y se engalló.

~~Martín ... [illegible] ... le encontraban ... [illegible] ... mortales ... [illegible] ... [illegible]~~

Las fiestas, con terribles aditamentos, continuaban en el cerebro de Galitas. El frangor de las calles; la [bullidora] balumba de los paltanes, el remolino de hermosas ~~mujeres~~; la abigarrada corte de galanes. Pepa, en brazos de uno gallardo en sumo grado, suspendía el baile, para señalar á Martín con el abanico, para estallar en vilipendiosa carcajada, para decir; Gasset y tirarle una escupa á la cara. De los sarraos se trasladábase á la plaza: allá, tras los palcos y barreras, al compás de músicas [marciales] [y bonitos] á manera de medioeval torneo, ejecutaba la maestranza sus graciosas evoluciones, sus caracoles simétricos, sus valientes alcancías. En medio del brillante séquito, de los recamos de oro y plata de los gentiles disfrazados, Martín, sin antifaz alguno, caballero en El Manzanillo [*], exhibía el roquetín blanco y el bonete de [los] seminaristas, cuando van de comunidad [*]. Sobre el futuro sacerdote, llovían piedras lanzadas [por la chusma] entre estrepitosa rechifla. Desbocado su el caballo, se encontraba por ensalmo en despoblado; trasmontaban cordilleras, [por caminos oscuros] atravesaban llanuras [sembradas de cuerpos]; de súbito, la corriente avasalladora de ancho río los anegaba, los envolvía, de [onda] ondas mortales, [se tenía en sangre] y caballo y cabalgador se sumergían. Por una vislumbre de razón, se encontraba por momentos en el cuarto, rodeado de Pérez y Mazuera, oyendo al Dr. Puerta que, entre palabra y palabra, reía con la carcajada que le causaron los cuentos de Pepa, en tanto que las viejas disfrazadas de sayal y monjiles tosas, rezaban por allá en un rincón.

Tales situaciones se sucedían á veces con periódica, desesperante insistencia; á veces, cual si Martín el don la ubicuidad, tenían lugar á un tiempo mismo; á veces se mezclaban.

Al choque de tan intensas [al par que] cuanto horrorosas impresiones, relampagueó en la enferma mollera, esta pregunta: "¿Será sueño ó no?

Entre si es sueño ó vigilia, transcurrió un tiempo imposible de medir, y hubo un momento en que sintió los cáusticos, dificultad para respirar, luego tos; recordó claro hasta la confesión: de ahí adelante, dedujo... y Martín anunció; ¡La muerte le estaba coqueteando! Abrió desmesuradamente los ojos, fué á incorporarse, ¿pero cómo?; vió á sus amigos, á Manucha y creció su espanto. "¿Qué quiere mijo?", oyó que dijo ella; quiso articular algo, pero, pues por miedo ó por debilidad, sólo produjo un murmullo. Hundióse otra vez, no ya hacia errores de antes, ¡qué se hundía en el [la] muerte! ......

Por tal tuvo, al menos, el frío que sintió, y, en el terrible trance, vinieron á con-

fundirse la Muerte y Pepa en una misma persona: Pepa, con cara de calavera y formas de esqueleto; Muerte con aires de fiesta.

¿Puede darse disparate más verdad?

La fiebre bajaba y Martín iba analizando. ¿Se habría muerto ya? No; eso sino podía ser muerte todavía; pero lo sería muy prontito—seguramente. Aquí ha de pegarse del manto de María.

A todas estas la favorable crisis pasa, y la convalecencia, con su lujo de consuelos, entra á galope tendido, cual entró el mal.

Lo que era en esta vez, no se moría nada. De ello se convenció, y ¡lo que son las cosas! Después de tantos sustos, después de haber sentido olores de ultra tumba, resulta que el mozo da en regatearle á Dios el chirripazo de la vida, sin quejarse de que ese vivir de flor, tiene al fin su dejo amargoso.

¡Vivir sin esa mujer que lo habría matado! ¿Y tener amor á otra? ¡Imposible! Su vida en adelante iba á ser la muerte andando. La muerte con ataúd y entierro, muy miedosa es cierto; pero pasa pronto; ¡Mientras que ahora!.. Sabe Dios cuántos años de pura angustia tendría que sobrellevar. Tal vez había perdido una buena coyuntura para acabar de una vez con todo: el jesuita al confesarlo le había ¡tan dulces palabras!: sentía en su corazón un arrepentimiento tan grande por sus pecados, que si ha muerto... Pero no: ¿qué haría su madre? Pobre vieja tan santa y él ¡tan ingrato! Y Martín, ~~[illegible] por la [illegible], de suyo~~ fantástico, de suyo tomado ahora por la debilidad é im-

presionado profundamente, iba alumbrando sus tristezas hasta enternecerse de veras y á tenerse por muy desgraciado.

Con todo, convino consigo en no descansar la muerte con entierro, porque eso era ofender á Dios, y Martín no estaba ahora por pecar, que antes iba á seguir las exhortaciones de Maruchita á ser muy buen cristiano en adelante. Ya lo era sin duda, pues que rezaba y muy bien. La Salve, con aquello de "gimiendo y llorando en este valle de lágrimas" le suministró el programa de su vida. Sí: gemir y llorar, llorar y gemir... no había más que eso, y Galita se creyó un Job.

La ocasión se pintaba sola para enmienda de vida y práctica de virtudes cristianas. Maquera y Cañagorda, habían trasladado sus estudios á la sala: de la sala la habían consagrado al cuarto del enfermo, El Divino Rostro y la Virgen del Perpetuo Socorro, Él con su lámpara, Ella con sus velas; las viejas los ~~[illegible]~~ colocaron en el hueco de la ventana, donde Martín podía verlos, bien visto. No son estos los solos milagrosos: desde el principio del achaque, tiene Martín en el rincón de su cama la Virgen de Chiquinquirá, de las señoras X., cuadro andariego, clásico en Medellín, por ser compañía obligada de todo enfermo grave, milagrosa como el más — según piadosas consejas — y que, á modo de exvotos, lleva pegada á la pintura, porción no pequeña de zarcillos, florecillas y chilindrinas de oro, circundando á la Virgen, eclipsando las santas figuras de sus amigos Andrés y Antonio.

Tanto Marucha como Papila hicieron promesas de misas, comuniones y otras cosas; Martín, que nada prometió, piensa cumplirlas todas, al par que Mas [illegible] Paula.

Cuando apenas ~~la puerta de~~ la pieza, se pudo abrir, Marucha se instaló cerca á ~~la~~ puerta, con la mesita tabaquera, los canastos de barajas, rollos y recados del caso; y calados los anteojos, acomodada en su banquetilla, principió á "forjullir sus bobos" como ella dice, y á dictar Conferencias de Historia Antigua, que llama Maquera. A cada medio de tabacos, una aventura de Barrazola, combinada con añejos cra... [illegible], con el nacimiento de Pabla, con las gracias de Calistro, su muchacho, que "murió á los diez y nueve años y dos años de colegio". Merced á la situación de Galito, tas conferencias tenían esta vez, sus ribetes de sermones, envueltos en Miel de [illegible].

¡Ya lo ve, mijito! — le dijo ella, al levantar la primera sesión. La Virgen le ha mandado este mal, para volverlo á su Divina Majestad, pa que deje esa vida de pecadera y esas compañías tan fatales que ha tenido! ¡Ya ve lo que son los tales amigos!... Póngase á pensar, á ver cuánta será la plata que le ha cogido el tal Chato! ¿Y así no lo dejó, tras cuando le vino el mal, sin preguntarle siquiera qué tenía? Ya ve el José Bermudez!... ¡Tanto onde te prendía! mientras lo vió alentao, botando plata como si fuera [illegible]; y ya lo ve, mijo, cuanta gracia le hizo fué ir pa el médico y después asomarse un ratico por cumplido. ¡Es pa que vaya viendo qué laya de amiguitos!...

~~En todo convenía Martín~~. Decidido como estaba á ser muy otro, desengañado como se sentía en la vida, Martín convenía con todo lo de Marucha.

Afirmándose en sus buenos propósitos pasó la convalecencia, muy melancólico y silencioso, eso sí, cual convenía á su carácter de regenerado. Bien, muy bien, iba en su curso de virtudes, cuando he aquí, que á los dos ó tres días de levantado, le fueron viniendo unas ansias allá como amorosa, muy sutiles y dominantes. Pepa, sin dares ni tomares con Martín; Pepa, con todos sus encantos, poéticamente realzada por el recuerdo, idealizada con el sentimentalismo de Martín; Pepa, altanera, impetuosa, tal como estaba la noche del baile, apareció ~~en escena~~. Propósitos, piedad, resignación cristiana, todo se hunde en el vértigo ~~de amor~~.

"¡Pobre, mijo! Tan emperdejao que se levantó", era la muletilla de Marucha, y en efecto Galito seguía día por día, más cabizbajo. Lo poco que hablaba era para expresar su gratitud, á las viejas á sus compañeros, al Dr. Puentes; pero en tratándose de otro asunto, no adelantaba palabra. Ni las historias de Mamucha, ni la charla de Maquera, ni la crónica de fiestas ni la [illegible] de las Bermudez, ni las cremas y golosinas de enfermo que éstos le enviaban, eran parte á sacarlo de su silencio.

Antes todos le hablaban de Pepa, nadie se

se la nombraba ahora. Luego todos sabrían lo que había pasado entre él y ella.

Por lo que le había oído decir á Manuelcha, Pepa debió de figurar ~~mucho~~ en el delirio; quiso saberlo por sus compañeros; pero ambos se hicieron los bobos; Martín entonces, descantó, muy conmovido, el episodio del baile, pintándoles[×] su desencanto de la vida, la completa pérdida de sus esperanzas.

Cañasgordas les salió con aquello de que "Cuando una puerta de cuero se cierra..." cosa que le pareció al aludido vulgarísima, é inadecuada, hasta hiriente á la alteza de ese amor, que el burdo mediquillo era incapaz de comprender.

El remontado Maquera, asumiendo el tono docente de Mentor, ventiló la cuestión con todas las filosofías y enredos que ~~[illegible]~~ para todo inventaba. Probó al menos era fue su pretensión que los amores á ciegas y determinada hembra exclusivamente, eran la bobada y la mentira más grandes. No bastando esto, apeló luego á los narcóticos de la lisonja: puso á Zafiro en las nubes y en el gajo de abajo á Pepa, y, por ende, declarola indigna del amor de tan encumbrado amante. ¡Y maldito que se adormecieron los dolores con estas gotas sosadas!

Dieron, por fin, a Martín por bueno y sano; y, con tal que cuidara de malos vientos, permiso para salir á toda hora. Salía de noche, porque de día, podría encontrarse con Pepa por ahí en cualquier punto, y él no quería volverla á ver; pero ¿y las visitas que debía y el arreglo de viaje? ¿Porque Martín se volvía á tierra, precisamente. Aquí permanecer en ese Medellín? Además, la última carta de su madre era enérgica: lo amenazaba con retirarle los recursos, si no se iba, ó si no volvía al estudio. ¡Lindos serían los estudios que él hiciese con ese comejen que le roía el alma! ¡Al Cauca otra vez! Tal vez allá, su madre, la vida de las haciendas, que ahora se le figuraba grata, podrían ~~aliviarlo~~.

Anunció su viaje. Llanto de las viejas. Bermúdez fue á invitarlo para que saliera á pasear á la Quebrada Arriba; pero Martín no quiso. Aún permaneció en casa por tres días, pasados los cuales, hizo venir al peluquero para que le hiciera la policía; púsose vestido negro de levita y el alfiler de perla negra, cogida con una garra, en el cual vió un símbolo: la perla su corazón, la garra su dolor. Echose á la calle con ~~el~~ aire de recién llegado de largo viaje; el movimiento, la vida palpitante de la ciudad, le parecían inusitados, extraños, sarcasmos de la suerte las felicitaciones de los conocidos; creía que todos leían en su frente este letrero: "¡Desgraciado joven!"

Impensadamente se fijó en un cartelillo amarillo fuerte, nuevo aún, que, en una esquina, sobresalía del pegote de papeles, y leyó: "Se invitaba á las personas piadosas para que asistan ~~á la sela~~ á la [illegible]ción que tendrá lugar el 20. de los corrientes, en la Vera Cruz, para pedir á Dios por la salud del joven Martín Gala."

Ya sabía él, por Manuelcha, de la tal relación, y × suponiendo que ~~fina cosa de las viejas~~ [illegible] ~~el~~ interés, que despertara su vida en peligro, de cogía de nuevo, que antes se le figuraba ~~[illegible]~~ ~~ordinal~~. Mas al ver (ésto era ~~anunciado~~ á todo, y en letra de molde, ~~del fondo de su pena~~

× ni caso había hecho

al leer su nombre, brotaron del fondo de su pena, como flores del ~~un~~ cementerio, unas satisfaccioncillas íntimas... ~~muy~~ ¡deliciosas!

"Ese charlatán de Mazuera —se dijo Gabito— tiene mucho talento: muy cierto que es que yo me estimo en lo que valgo... Pero esa relación debió costar mucho. y las viejas con qué la iban á pagar? —Si fuera por mi cuenta, me hubieran dicho que debía eso. José?.. ¡qué relación iba á mandar él!.. Mazuera y Cañasgordas... mismo."

Martín repasó amistades y conocimientos, y, como no fuera á las Bermudez, no encontraba á quien achacar la manda.

El gusto de un soplo se lo apagó esta idea: "¡Que pesar todos tanto... y Pepa...!

Iba al telégrafo á anunciarle á su madre el próximo viaje. Al entrar á la casa de Gobierno, (donde estaban entonces las oficinas telegráficas) un chico hermano de las Bermudez, entrégale una carta, diciéndole: "Aquí te mandan las muchachas!"

Rompió el sobre y vió. Un escalofrío le recorrió el cuerpo; se apoyó en una de los arcos de la portería, porque creyó caerse. ¡Estaba soñando! ¡Eso no era cierto!; ¡Había vuelto al delirio! —¿Qué es, niño, mala noticia? —le preguntó el portero. Pues no, contestó meneando la cabeza, con el ojo tamaño, fijo en aquellas letras. Era una tarjeta de visita con este nombre: "María Josefa Escandón", y debajo: y á la vuelta, en letras ~~muy~~ pequeñas: "Perdóneme Martín. Yo lo amo lo adoro. No se vaya para el Cauca sin que hablemos. — Pepa."

Otro papelito de letra de Julia Bermudez, decía: "Mi apreciado Martín. Pepa quiere hablar con Ud. Está muy arrepentida. Véngase á la oracioncita aquí á casa." etc. etc.

¡Iba á recaer, precisamente! Si hasta sentía dolores, otra vez. De repente una terrible idea le asalta: "Será otra burla?...

Entró, se recostó en barandilla del patio; miró el surtidor, los cuadros del jardín, los desgajados arbolocos; después el escudo nacional pintado al frente en una como portada; bajo la inscripción: "Pueblo, respetad al magistrado: Magistrado, respetad la ley."; luego miró al cielo; pensó en "El manzanillo", recordó un cuadro de S. Martín, que desde niño conoció en su casa, montado en un caballo palomo, partiendo su capa con el mendigo, y embobado pasó allí un rato.

Al fin, sin acordarse de tal telégrafo, sale apresuradamente, llega á la casa, llama á aparte á Mazuera y, dándole la carta le dice:

"Dime si esto es cierto ó es una burla!

Mazuera lee la tarjeta, y exclama

"Ah caray!... ¿Qué si es cierto?... Pues de más! Eso tenía que suceder!.. Sí, señor. Aquí está pintada la Pepa... ¡Yo es un tipo... no te dijo!.. y en seguida lee la boleta.

—No será por engañarme?

—Por engañarte?.. No seas bestia!.. Esto es más cierto que el Álgebra... ¡Pero te quién aranque!

—...Caramba! Está apasionada. Si estuvieras por desquitarte, aquí te las pegaba juntas! Pues, en plata, te pide una cita. Es un tipazo!...

—Pero... hoy?

—Pues para cuándo lo dejas?

– Es que... ese cambio así de repente...
– ¡Pero, hombre, por Dios! Parece que supieras
lo que son las mujeres: así son todas. Y és-
ta, ¡no anda con vueltas! Me ha dado más
pena de tratarla... La neumonía y el viaje,
te hicieron la olfa gorda... ¡Es de verdad que
está arrepentido! Créemelo. ¡Pero mira qué orto-
grafía! Está estupenda para ti!
"Qué talento tiene este bobo" pensaba Martín.

15.

Herraduras de cansado caballo, suenan en el empedrado de ~~la calle~~; el viajero ~~dobla la~~ ~~lee~~ el nombre
de la calle, y, doblando la esquina, espolea
el mulo que apenas se mueve, se acerca á
una casa y pregunta.
– ¿Aquí vive... contesta el asistente o ~~ago~~ más; ¡Bien pue-
de desmontar!
El viajero echa pie en tierra, el criado to-
ma el animal por las bridas y lo entra por la
puerta falsa; la campanilla del contraportón resuenan las espuelas en el zaguán
se agita; Mina abre, y, al tiempo que él se do-
bla, levantando el casco, ella exclama, cortada-
da:
¡Caballero, ¿Ud. es César?
César... para servirte! contesta él apresuradamente.
Ella saca la mano, César se la estrecha entre
las suyas, luego la abraza, contando:
– Tú eres Filomena, no?
– No, señor: soy Belarmina, repone esta disgustada.
– ¡Ah! ¡caracho! Belarmina, como no! Y cómo
estás, ah? Como están por aquí? Y las otras

ah? – siguiendo abrazados hasta el costurero.
Él se sentó. Mina muy tupida con el abra-
zo, que nunca había visto, contesta:
Estamos bien... Angusto muy nervioso... Y gri-
ta en seguida: ¡Nieves!... ¡Nieves! camina á saludar á
César que ya vino.
Llena de confusión y espanto, hecha un en-
furruñamiento, aparece Nieves, y, desde la puer-
ta, estira la mano, diciendo pasito:
– Como le ha ido, César.
¡Hombre, Nieves! salta él poniéndose en pie y
abrazándola, canta:
¡Y qué tal, ah! ¿Cómo te conservas?
– Voy alentada... ¡Y sí que vino temprano!
¡Temprano? sacando el reloj... ¡Ah caracho!
¡Si no son las cuatro!!
El muchacho parecía una tarabilla. No bien
se había sentado otra vez, cuando el contra-
portón crujió y asomó el volumen de la prendera acoma.
¡Es Filomena! anuncia Mina.
¡Ay ~~Hola~~ querran esto Filomena! exclamó César, saliendo al
corredor y abalanzándose para abrazarla ~~como~~
~~con el debido~~ pero no pudiendo abarcarla
con la debida elegancia, se contentó con
echarle el brazo y darle palmaditas.
– Qué tal César!... Hace poco llegó?
– ¡Horita! Horita. ¿Y cómo estás, ah?
– No tengo novedad. Muchas gracias. ¿Y Usted?
Desprendida de los brazos del sobrino, fué á
sentarse al frente. Le miró y en su pensa-
miento, dijo: "¡Qué hombre tan lindo!"
¡Ah! Vengo medio muerto! Desde el vie-
ja un pestorrón, ¡matrás!. El tren
me acabó de matar: ¡doce horas pa-
ra hacer diez leguas! ¡Qué cosa tan

¡tan bárbara! Eso es un chispero que, en lugar de prenderse, no hace sino quemar la zapatilla! ¡I hoy pa veras! Por poquito no arrimo á San Roque. El ruinguillo en que bení... achajuanado, ¡del modo más bestial! y yo sin ... que tube que arrimarme desde las tres. Al otro día de caer pedido, encontré para seguir el macho con que he benido..., ¡no se como! ¡he benido! Bengo con las ansias que no me caben en casa... [illegible] en el golpe de su puerta; aquí en la calle á [illegible], la [illegible] pasando! ¡Un paramdin de chinas en [illegible] balcón!... la mar de gente en la calle, ... y el animal parchado!

— I la familia ¿como la dejó?

— ¡Muy bien, ala! Mamá y las chinas llorando del modo atrós por mi benido. Papa pone á sacarme; ¡pero nos les tiramos que benir escondido! Traigo carta de mamá para tí y tío Agustín (y sacando una cartera muy fina y entregando la carta á Filomena.) Por ahí, en los baúles, bienen unos chismes que les manda.

Filomena guardó la carta sin leerla. No sabía qué acertijo era aquel: Esperaba un muchacho así pobre, mal atrasado y Cesar venía de guantes de viaje, gorra á la yanquis, vestido de paño bordo elegante y nuevo; magníficas polainas; estranjero el calzado impermeable y amarillo; estranjero el guarnicel; vencía de revolver, ¡y prais baules! Los setenta y cinco pesos del repuesto [illegible] por la mar más rara; algo como una [illegible]. Pero como enojarse con Cesar! ¡Qué muchacho!

Filomena, María y Nieves, en el costurero, la cocinera y el negro sirviente, en el corredor, todos estaban con la boca abierta. A medida que Cesar se iba produciendo, el encanto crecía. Como los asistentes á ópera, poco más entendían; pero bien se les alcanzaba que aquello de Cesar era la gracia misma, el colmo de lo fino. La fraseología, la acentuación bogotanas; las armonías elles; esas inflexiones cantadas, moduladas; el natural despejo del muchacho, lo bien apersonado que era, todo se aunaba para embobarlos.

¡Ah caracho! I qué sara tan primorosa tienen!

Camine conózcala — dice Filomena con [illegible] solicitada insinuación.

Cesar se despojó de espuelas y polainas y fue llevado primero á la gran sala.

— ¡Ah carrizo! — canta al entrar — ¡Esto es muy señorito! Ustedes tienen mucho [illegible]! ¡Lindo, lindo! ¡Qué belleza!

Las estatuas con trajes de lienzo, los fruteros, los disecados pájaros, cada cosa recibió tributo de admiración. Lo mismo en las demas piezas mostrables. I las señoritas María y Nieves resultaron también muy elegantes; Filomena de un tipo muy distinguido.

— Boy á ver si aquel abre — dice éste, dirigiéndose al trancado cuarto de tío Agustín.

— ¡Agusto! ¡Agusto! — grita golpeando — Abre, papá, que saludes á Cesar. ¡Abre! que tiene mucha gana de verte.

— ¡Andá á la porra! — gritaron de adentro.

— No, Cesar — dice la del tipo distinguido, volviendo — No hay esperanza que abra. Tiene que saludarlo á la traición, cuando le entren la comida. ¡Agusto tan fatal! Despues le contaremos... Pero camine conocer el resto...

un ratico, que estará molido. ¿Quiere dulse ó un poquito de serbesa?
—¡Gracias! Te agradeses tanto!.. Pero ahora no deseo nada.
—Tome la serbesita que ahora le sienta muy bien.
—Bueno, alita: te acepto tu serbesa.
Filomena lo llevó á su propia cama, porque le paresió que la que le tenía preparada estaba muy mala.
—Recuéstese aquí—dijo ella, doblando hacia un lado el gran sobrecama que cubría su cama.
Quitóse Cesar ~~poncho~~, guarniel y revolver, y estos cayan luego en...
—¡Ah caramba!—exclama—¡Qué cuja tan delisiosa!
Los cojines forrados de bordada holanda, los rebenchidos almohadones, el rollo de lazos en las fundas, la colcha de damasco, perdieron su virginidad.
Filomena corrió al negro asistente.
"Corré comprate aquí á la esquina una botella de serbesa inglesa..¡Pero es que volás! porque tenés qué haserme otros mandados!
Despachado el negro, fuese á la cosinera.
"¡Una comida de lo mejor! manda al entrar.
—¡Abe María, mi tía Filomena!..¡Valiente niño tan bonito!.. Qué le toca á usté?
—Es hijo de mi hermana Juana.
—¡Pero si que tiene una habla pa más sabrosa!
—Pues comenzate pronto! Nieves viene á ayudarte.
—Pero pa qué no me dijo antes? Busté si queés!, ¡Tanté comida á estora!
Es lo mismo: lo que falte se manda á traer á los hoteles. Pero si tenés qué haser la torta de mojicón, y unos pastelitos como los del otro día. De la gallina que mató Nieves pa Agusto, sacá unas presas.
*Tome el dulsesito, Cesar—díjole la señora, después de la serbeza. La comida se demora y tendrá fatiga.
No, no, ala, absolutamente! No te afanes por así, ni vas á darme banquete.. que yo soy de la casa.
—Quédese, pues, conversando con María, que yo tengo que bolver á la tienda.. En esto buelbo.
Salió precipitadamente, y luego en la calle casi se paraba, ensimismada: Cesar no era ya ni el sobrino ni el dependiente; paso por una Agencia de trasteo y solicitó dos mozos de cordel, y una lista de casamientos extravagantes, pasó por su mente. "Qué sabemos" se dijo.
A espaldas de un mozo, hizo bajar del salón prandario, un hermoso aguamanil de mujer, con todo y espejo, empujado hacia también, que inmediatamente fué llevado á la casa. El otro paisano llevó un juego de baño muy lujoso, que tenía igual procedencia.
Filomena agregó un tintero de cristal de roca, manguitos de escribir, y demás útiles.
Salió otra vez, pensando en su amigo tan distinguido.
Dos mecedoras de junto le fueron sacadas á la antesala, y en dos por tres el cuarto de Cesar, que era el contiguo al comedor, quedó altrajado: la cama tuvo vestido de

primorosa cubierta la mesa-escritorio.
"Pero qué le parece Cesar: — dijo la señora no
bien volvió á la alcoba donde está descansaba;
¡Con tanta gana de irlo á topar, siquiera has-
ta la Estacion!... Pero cómo? ¡Hoy hasta los
ojos de trabajo... ¡No se figuré!.. Y yo solita.
Cuando recibí el parte, pensé en buscar un
coche; pero ¡ni bamba!
— ¡Ah sí: ya me suponía!... Estás excusada.
La comida, reforzada con cosas traídas del
restaurante de Jorje y de "El Continental", estuvo
poco menos que banquete. Cesar, ¡encantador!
Hizo el elogio de los platos, de la amabilidad
de las tias; pero se guardó muy bien de darlas
el título; "Tía" por aquí, "Tía" por allá; ¡Mucha-
cho más insinuante! ¡Y qué maneras para co-
mer, para cortar el pan, para levantar la copa!
¡Carreño en persona! A los postres — que no fué si-
no uno — se puso á contar cosas de Bogotá.
El auditorio se pasmaba.
Salieron á girar las comidas de su tierra: el
puchero, la mazamorra de bollos... de la mar de
cosas, las papas chorreadas, los tostadas; las
retretas con su distribucion de dias y lugar;
las corridas de toros y las de caballos; luego
el pesebre de Espina, con su Congreso, en que
la diputacion antioqueña hace de las suyas;
y, por último, D. Vicente Montero, con las tram-
pas para coger toda clase de alimañas, ¡hasta ca-
chacos! Al llegar á esta última, Filomena a-
bre tamaños ojos: iba á aprender el procedimien-
to de D. Vicente. "Pues para coger cachacos,
hay que ir donde hay cachacos" esta esta.
Aquello era remedado y todo, y el mucha-
cho lo entendia.

"¡No por Dios, César! exclama Filomena con los
ojos anegados por la risa — ¡Nos hace vomitar
la comidita!... ¡Cálfese la boca!...
María y Nieves se ahogaban; Cesar se ins-
piraba más y más.
A las ocho terminó la funcion, que dició él.
Tio Agustin abrió, y el sobrino — seguido de
las tres tias, del asistente y de la negra
Bernabela, madre de la cocinera, entró al
cuarto. Abrazo, palabras de aliento, augurios
de pronta reposicion, de todo hubo por parte
de Cesar; pero el enfermo estaba hecho un erizo.
El sobrino se le asentó en la boca del estóma-
go, le atacó los nervios; ¡Bueno estaba él
para la bulla que Cesar metía!
Este, en remedio de la aversion, fué insta-
lado á su pieza; la gran cuestion, objeto
de su viaje, se abordó. ¡Mucho desinterés por
ambas partes. Cesar prometió hacer y aconte-
cer... Filomena no queria, sino que él ga-
nara, á todo trance. La tía queria que el so-
brino fijara los honorarios ¡y él cuando! Eso se
arreglaría de cualquier modo, como ella quisiera.
¡Entre los dos no podia haber diferencia! No
quedaron en nada.
Filomena con su propio proceder; ella,
que no mandaba hacer un par de zapatos, sin
antes arreglar el precio; pero con Cesar no era
posible, ¡Era tan generoso, tan formal! Ella tam-
bién lo sería. Con Cesar, qué importaba e[illegible]
Habría allí un negocio de por medio. ¿Pues
se gastaba? Pues la plata alguna vez se ha-
de arreglar.
Filomena le arregló la cama, le trajo botella de agua
dieron las buenas noches al sobrino, y las tres tias
diente, alcanforado para que frotara

Solo y acostado, iba Cesar Pinto, rumiando las impresiones del dia.

Chanas charísimas le parecían Mina y Nieves; Filomena un mamarracho, el tío un salvaje, los cuatro poco menos que animales. El que lo tratase á cuerpo de rey, no le cogía de nuevo: no fuera él quién era, si pasara de otro modo.

¡I estaban que vivos los tales tíos! ¡Eso se les veía! Quién sabe... Quién sabe: amanecerá y veremos.

I dando un bostezo, estirándose, se acomodó bien, y pronto dormía.

Es el tal C. bajo de estatura; de musculatura blanda; medio regordete, al par que bien compuesto y acinturado; tez blanca y fría; mejillas como durazno maduro; bozo, patillitas y cabello, cejas y pestañas, todo negrísimo y crespo; ojos de almíbar grandes y oscuros; ligeramente respingado de nariz; bien dentado y con dos osificaciones que le hacen mucha gracia. ¡Un lindo muñeco! El tipo, precisamente para encantar á Filomena que, á fuer de iliterata, no encontraba belleza, siquiera fuese masculina, mientras no viera facciones menudas y carrillitos con chapas.

Tiene Cesar, al hablar un gesto muy animado, ademán elegante y expresivo, arruga las narices y los labios con gracia suma. Sabe "hacer ojitos" ya tristes ya risueños; á más del tonillo bogotano, es de suyo timbrado de voz, zandunguero, y reidor y sanguíneo como pocos.

Con tan buenas partes, se cree él algo así como una sirena con pantalones.

Hijo de un perdulario, tahur de profesión y de una madre tan complaciente como boba licona, fué Cesar, desde niño, muy dueño de sus acciones. ¡Escuela Dios la dé! Allá, por muerte de un obispo, dejaba de hacerse novillos á una donde por costumbre lo pusieron; con lo cual fué creciendo hecho un asno. Milagro patente, que dice Manuela, fué el que aprendiese á medio leer y escribir, y más milagro todavía el que no fuera á templar al panóptico, siendo como era el jefe de la pillería del barrio.

Pero Alzate, al fin, expresó de los quince años el deseo de trabajar; y Juanita misma le consiguió un puestecillo en un almacén, donde permaneció bastante tiempo. Como era de natural jovial y nada lerdo, el principal le cobró cariño, y de los treinta días por mes, que le pagara al principio, lo subió á cuarenta y luego hasta dos, y viendo el señor cuán atrasadillo andaba el dependiente, y queriendo hacerlo mozo de provecho, logró que estudiara algo de Contabilidad, mejor dicho de Aritmética. Cuando ya sabía algo, cuando el sueldo se le había aumentado, y la perspectiva de una colocación estable y lucrativa se le ofrecía, principió Cesar á relacionarse con gente de la pega y á dar disgustos al patrón, apurando tanto la cosa, que al fin y la postre tendió de perder destino y protección.

Estalló á poco la revolución de 85, y metióse militar. Como oficial hizo la campaña de la Costa, á órdenes de Gaitán Obeso. De ella trajo el arte del dado y otros achaques, amén de [illegible]

bre y paz. Pasada la tormenta, con su espontaneidad le dió empleo en una hacienda; pero César no era hombre para faenas de campo y pronto se volvió á Bogotá, á vivir de sus rentas.

En su casa, donde nunca reinó la abundancia, estaban entonces á la cuarta pregunta, pues la suerte hacía días que apremiaba á Perito de lo lindo y si bien Juanita y las tres niñas grandes trabajaban sin descanso, con esto apenas alcanzaban á medio comer. Mas, tras los desdenes, quiso la voltaria diosa de los tahures sonreírle al señor en una jugarreta y fué lo mejor que, por vez primera, Perito se aprovechó de la ganancia para vestir la familia, que estaba en cueros. Por de contado le tocó lo más y lo mejor. Halagado por esta ganancia del padre, sin curarse de las anteriores apremiaduras, ~~sió~~ el hijo vió en el juego un gran recurso.

Como era hombre de [illegible], pronto dió en el chispito: su persona tan bien entrajada [illegible] era para entrar á cualquier casa de juego, y tomar el dado, y no teniendo qué perder, por fuerza tenía que ganar: más claro que el agua.

Blindado con este raciocinio, principió á frecuentar garitos, y jugó, alardeando de indiferencia, con la sangre fría del que, solo por diversión, puede arriesgar fuertes sumas; y, como quiera que la fortuna, á fuer de mesalina, se prenda de los principiantes, César *ganó la vez primera y ganaba casi siempre, poniendo tanta prudencia en sus ambiciones que abandonaba el campo á la primer caída y se abstenía de jugar cuando principiaba mal: que no tenía disposición; que tenía que salir á tal negocio; que una cita etc. etc.

No obstante, alguna que otra vez se vió en

honduras, en cuyo caso cambiaba de garito y personal. ¡No haya miedo que dejase de encontrar con quien jugar! Pero el juego no solo era un recurso —como ya se ha dicho— César no tenía pasión por él: en otra cosa estaban sus anhelos.

Las ganancias, según iban viniendo las gastaba en lujo para su persona, llegando á ser, en lo que á trapos toca, cachaco muy regalar; porque lo que era en generosidad... Al gato, Al gato puro. En tantas parrandas á que concurría, jamás se le vió hacer el menor gasto; ninguno de sus muchos camaradas pudo contar la gracia de César le ofreciera un trago. En esto empleaba, como el juego, el mismo método: variar de personal y amigos.

Viendo cuánto se podía gozar, sin largar pisca de níquel, aspiró á gozar, atrapándolo.

No todo debía ser de gorra, y César, en estas atrapadas gastaba su labia. ¡No en valde tenía tantos amigos! Ya eran dos cóndores, que devolvería, en la siguiente semana; ya, por medio de una esquelita muy fina, ocho ó diez pesos, para salir de un compromiso. etc. etc.

Unos por incautos, por generosidad y cultura otros, iban cayendo muchos: pocas veces marraba el golpe, pues para conocer los [illegible], tenía César un ojo ¡hasta raro!

No faltaban antioqueños de paso en la populosa ciudad, y el joven Perito, como los viese, se les metía por el ojo de una aguja; en son de paisanaje con su madre, les servía de cicerone, los acompañaba al salto, los presentaba en varias casas. Los pobres maiceros pagaban tributo al César, y muy agradecidos que quedaban de

sus favores.

No paraban en esto las habilidades del muchacho. Por una ú manera de escamoteo misterioso, se veía, cuando menos lo pensaba, con un hermoso alfiler de corbata, ó un Smit Wesson, ó un paraguas, ó una caña, etc. etc.

César tenía además unas amigas ¡tan alegres! y estas amistades que tan dispendiosas son para algunos, supo él hacerlas lucrativas. Pensaba (pensará, sin duda, todavía) que, tratándose de una amistad en que, tanto los amigos como las amigas, disfrutan igualmente — si es que no disfrutan más ellas — era más que justo que, alguna vez, las damas se tornasen de regaladas en regalantes; y pensaba también que él era de los llamados al goce de tales regalías y finezas. Para algo le había dado Dios esa figura tan bonita y ese genio de ángel.

Tales teorías, al parecer, impracticables, las aplicó César con éxito brillante. Amigas hubo que le dieron los vellones, esquiladas á otras corderillas, ¡y no era mi gracia! porque el galán apelaba á la patética, y cuando él registraba por esta tecla, se rendían fortalezas. Una señorona, medio retirada del trato, á causa de los ultrajes del tiempo y que tenía buena tienda, hubo de amigarse con César; y César estuvo tal, que tienda, economías, joyas, una tras otra fueron pasando á manos del mozo.

Menos positivas, aunque de más ocio, tenía otras relaciones en la clase media y tal cual en la alta; y en todas partes era recibido y tratado como él se merecía. ¡Y merecía mucho, ¿cómo no? Un muchacho elegante en el vestir, de tan distinguido trato con las damas, de tan grata conversación; que baila el boston como un trompo; que sostiene una broma con tan fino gracejo, no ha menester ni referencias ni recomendaciones: con presentarse en sociedad él mismo se recomienda.

Pero á estas relaciones les tenía César cierto recelillo, y las llevaba con mucho tien con ten. Hay tantas pejigueras sociales: el ramo del cumpleaños, el regalito de boda, eso de un gasto imprevisto en un "parrandón con las chinas"... eso era mejor de lejitos.

Su encanto eran los casinos y lugares de recreo: allí no había pejiguera sino amigos obsequiosos que ofrecían brandy y helados; sino convites opíparos de día y de noche; sino mesas de juego, de juego recio y decente, donde, entre veras y chanzas, podía una apuesta valentona, hacerle un gajo gordo; donde podía haber por ahí alguna cosilla, así á mal recaudo: una portamoneda, una cartera, por ejemplo.

Allí se disfrutaba de una sociedad brillante: tanto caballero que había viajado por Europa; tanto doctor; tanto periodista; las elevadas conversaciones; las cuestiones pretigueadas, discutidas con agudo ingenio. ¡Y lo que César aprendía oyendo! De allí extraía, como de inexausto chupadero, ese parla eruditísima que lucía en su conversación. De tan gratas autas suena el chis á más de las frescas de política local, de crónica bozatana, noticias de la corte de Luis XV. de Ninón, de la Maintenon y la Sevigné, de la revolución francesa, de papas, Borgias y Lucrecia, de la Patti, Sara Bernard y Gayarre. Saca

ya mucho cuerpo de doctrina sobre Crítica, Literatura, Filosofía, Legislación, de todo; los nombres de Spencer, Edisson, Draper, Littré, Zola, Baldrana y otros. I tántas cosas que pudieran poner cátedra de ciencias recreativas, y, ya que no en cátedra, mostraba su erudición en cualquier parte que supiese: porque oportuno como él solo.

Así fué acendrándose su trato de gente has ta adquirir ese deslumbrante galvanismo social, ese esmalte policromo, que tan útil le era en su empresa de sacarle miel á la vida.

~~El César sacaba y sacaba [illegible] bastante; estaba descontento, no se llenaba ya. Fantástico [illegible], [illegible] y el [illegible] [illegible] estaba [illegible]; [illegible], no [illegible] [illegible]~~

I César sacaba bastante; pero ¿cómo sentirse satisfecho? ¡ Tantos tántos por ahí ricos, riquísimos... y él nada! Los soberbios caballos de mengano, el carruaje del otro, los vestidos parisienses del de más allá, esa Europa con sus mujeres, sus cafés, sus teatros, todo eso y algo más se le revolvía en la cabeza y los colmillos de la envidia le trituraban el corazón. Tenía que ser rico, muy rico; pero fulminante, sin la fatiga del trabajo, sin las penas de las economías. Nadie mejor que él para la opulencia: ~~él~~ ~~era~~ sentía rico, por temperamento, por el gusto refinado para todo. Esa era su vocación.

Tal vez ~~algun~~ un casamiento ventajoso, acaso ~~el~~ ~~para~~ tesoro sepultado en las entrañas de algun caserón colonial...

I César se perdía en globos de dicha para trajar al terráqueo; ¡ tán feo! Su familia tronada: papá con ese vestido tán mantecoso, mamá y las niñas, ¡ tan charras! haciendo dulces y bizcochos; y él... pues lo que era él... estaba fuera de su centro.

Motivos por demás se andaba el mozo; mas algo bueno le daba el corazón. ¡ Pues á ver qué era! Si no había sido agraciado por la suerte, tampoco tenía ~~porqué~~ quejarse de esta señora. ¿ Porqué habría de hacerle una floja á lo mejor del cuento?

Buscar, pues, buscar sin desalentarse; ¡ Era una vergüenza permanecer en la inacción!

Buscó. Llegó á convencerse, al fin, que la dicha grande, lucrativa no estaba en Bogotá: esos residuos de dicha que recogía allí con todo estirar lo ocupaba; eso no!

Bogotano raizal, ¡efervescido que no vivió á Europa, desde tiempos el suelo le acobardaba; pareciera de dejar su tierra; pero se resolvió á arrostrar hasta la proscripción.

Chile?... La Argentina?... Centro América?

I no siendo él para andarse por esos caminos de Dios, en el caballo de San Francisco hacia una lástima ¿cómo iría tan lejos sin blanca?

Pudiera ser que el Tolima... Antioquia...

I le vino la corazonada ¡ Antioquia! Antioqueña esa.

— Sí, señor: sus padres hablaban de Antioquia como de tierra en que abunda el oro: en Bogotá había muchos ricachones de Antioquia; esos patanes que de Antioquia se traían mucho: en Antioquia había minas; ~~muy~~ riquísimas, decían los muchachos de la capital de Antioquia tenía mineros; en la capital de Antioquia tenía él unos tíos, muy tacaños por cierto; pero manos de dinero... y pudiera ser. Luego en

Antioquia le esperaba la fortuna.
Con tan rigurosa lógica, el plan vino comuni-
cado á su padre, ocasionó la carta aquella,
medida que se tomó á la sifeza, porque
ni Juana ni su señor marido, esperaban nada
de sus hermanos antioqueños.
Cesar se apercibía para el viaje de cualquier mo-
do, sin contar con los tíos, cuando se recibió la
carta de Filomena.
Desde Bogotá principiaba á reirle la fortuna:
no sólo esa bendita carta, sino que Cesar, á la
buena de Dios, tomó á esas los dados, y, en
un instante ganó algo más de doscientos pesos.
Item más: la amiguita nueva, á quien juró
que muy pronto volvería rico, y tendrá con ella
una vida de delicias, se ablandó tanto con el
pesar de la partida, que le dió tres cóndores
por recuerdo y su par de baúles norteameri-
canos para el viaje.
Pues... si en Bogotá tan dan cosas ¿qué no
será en Antioquia?
En volandas á reforzar el guarda-ropa: que
los trapos ejercen poderoso influjo. Que ni
los tíos, ni las cuestas de Antioquia, vayan
vayan á tomarlo por un pordiosero.
¡ Adiós Bogotá. No te anubles ni des empa-
ñamar que Cesar vuelve.

17.

Ya estaban encendidos los faroles de las
calle, cuando Martín, con el corazón
como novillo caucano, entraba á casa de
las Bermudez. Julia salió á recibirlo al
contraportón con sonrisa de triunfo. dan-
dole la mano con tanta delicadeza, y
diciéndole guasito: "¡ Qué dirá mi tía cuan-
do lo sepa!"
Recibiole el bastón y el sombrero, los col-
gó en la percha y no permitió que se qui-
tara el abrigo.
Entraron á la sala: allí estaba Pepa con otra Ber-
mudez
Martín saludó con embarazo y vino á sentarse
junto al diván que ellas ocupaban.
"Señorita Pepa, ¿cómo está?
—Muy mal, Martín... contestóle ella con
voz conmovida.
Hubo un corto silencio que Julia rompió,
diciendo al galán
"Aquí dentro, sí debe quitarse el sobretodo;
porque se acalora mucho... y le puede lla-
ser daño la salida.
Hízolo así el galán, y, como Julia encendiese
un fósforo, él se puso á ayudarle á encen-
der los candeleros del piano y la lámpara cen-
tral.
La otra niña se retiró discretamente; Martín
volvió á su asiento, y Julia, por una de-
licadeza femenil se puso al piano y, pianí-
to, pianito, principió á tocar El último pensa-
miento de Weber.
"Señorita Pepa... decía usted que está mal?
—Sí, Martín!... ¡Estoy con una vergüenza...
con una tupa horrible!!... ¡Qué idea se
habrá formado de mí... con eso que le es-
cribí!
—¡Oh no, señorita Pepa!... Ninguna idea des-
favorable
—Yo soy así, Martín... ¡una mujer sin jui-
cio que hago las cosas sin pensarlas... y des-

pud me pesa ! ... Pero bea : cuando supe que es-
ta tan malo, sentí un remordimiento espantoso!
Después me dijeron que en el delirio de la fie-
bre ... me mentaba Ud. y le aseguro, Martín,
que ... me dió una cosa. Me fuí á donde
las muchachas y les dije que mandaramos una
Velación al Santísimo para que Ud. no se fue-
ra á morir ...
Y acostada en lo que iba diciendo se interrum-
pe, exclamando:
¡ Por Dios, Martín, yo soy una loca ! ¡ Qué dirá
Ud. !
Martín, que ya no estaba en la tierra, solo acer-
tó á decir:
"Señorita ... Pepita, es cierto todo eso?
– No bé ! exclamó ella poseída de verdadera ver-
güenza ¡ Qué tan mal hecho será que mi cono-
ce !
– Mal hecho ! ¿ Porqué, Pepita ? ... ¡ No me atre-
bo á creer ! ... es decir sí creo; pero es que ...
¡ he sufrido tanto !
– ¡ Si habrá sufrido ! ... pero no ha tenido remor-
dimiento como yo. Yo me he manejado muy
mal con Ud. ... he sido muy grosera ... muy
mala ... Pero era que yo no creia que Ud. me
quisiera tanto ...
– ¡ Pepita, por Dios, no diga eso ! – Ya he como
me pusieron sus desdenes ...
– Sí, Martín; pero yo pensaba que Ud. me
requintaba por pasar el rato, ó por burla ...
Como Ud. se puso tan bravo aquella tar-
de que nos conocimos ... por mi malcriadeza ...
– ¿ Y las manifestaciones que después le hi-
ce y las dos cartas que le escribí ?
– Pues yo no sé Martín ... á mi me parecia

que eso no era de berdad. Era cierto que recibia
razones de Ud. y las muchachas me contaban
todo lo que Ud. decia de mi; pero á mi me
ha pasado lo mismo con otros novios que
he tenido de mentiras ... Las cartas ... yo no sé !
no he recibido jamas cartas de novios y cuando
Julia me dió la suya, me dió mucho susto ...
y con la otra me dió rabia; porque yo me ponia á
pensar que Ud mismo podia darmelas en
persona, por ahi en al descuido ó que me
las podia poner en las bentanas de casa,
cuando se fuera de la esquina ... Yo sí Mar-
tín; ¡ yo soy lo más boba !
– No me atreví Pepita á darle cartas á Ud.
porque creí que no me las recibiría, y que
se burlaría de mi en mi propia casa.
– Pues yo no se, Martín: tal bez si le hubiera
dicho alguna extravancia, porque yo he tenido
un genio muy necio Pª Vª: toda las malcria-
dezas del baile fué de la rabia que me
dió con Ud; porque el ramo bería sin
carta adentro ... como yo me figuraba ... Ya yo
lo queria á Ud. ...
Disipadas la nerviosa vergüenza del principio,
Pepa fué expresando sus sentimientos con la ma-
yor naturalidad # Enamorada por vez primera, y de
un hombre que se vió á la muerte pasar por
sus causas, Pepa exajeraba sus crueldades para tratar
de ser, por vía de expiación, de ser muy explícita
con su amante.
Fuelo, en efecto, tal vez más de lo que una
joven de su clase puede permitirse.
Pero una niña tan ingenua, de un
caracter tan abierto tan al natural y un si
es no es atolondrada, como Pepa, no es para

disimulos ni encubridoras sutilezas; y por otra parte, pláticas de amor como ésta, en su vida se le habían ocurrido.

Su proceder con Martín, la noche que hizo María Antonieta, la tuvo desde esa misma noche no sólo por artificiosa é hipócrita, sino también por el colmo de la mala crianza: apenas salió de la pieza donde tuvo lugar la escena, ya iba recriminándose á sí propia.

¡Era mucha grosería la suya! ¡Haberlo humillado tanto! en vez de ir á bailar los lanceros con él, y darle gracias por el ramo... Y el viejo del Dr. Puertas que se había puesto á comprarle y darle cuerda para que ella disparatara. Esa manía de echar gracias le iba á costar caro: Sin remedio que Martín se había ido furioso y con razón. ¡Y que ella no cogía juicio! ¿Para qué iría ella á ese baile? Martín no volvería ni á mirarla, ni á pensar en ella. Y todo por una timidez de él, o acaso por el mismo amor que la tenía; por falta de esquela; ¡Pero qué cuentos de esquela ni carta, en un ramo que decía todo! Indudablemente que era una extravagante como decía Dn Pacho! ¡Ponerse á darle esas yerbas! ¡Figurarse que el amor se ha de publicar á son de tambor como los bandos; que todos los novios han de ser abiertos y descarados!... ¡Sólo á ella se le ocurría! Eso de gustarle los hombres medio calaveras, medio truhanes, siempre tenía que ser señal de locura!... Y luego, mirándolo bien, Martín Galán, nada tenía de bobo ni de seminarista; ¡Muy cachaco y muy cuarto alegre que era! Y sobretodo: respeto y timidez con la novia, puede tenerlas hasta

Pedro Advíncula. La boba, la seminarista era ella, que, por sus extravagancias, iba á perder un novio tan de veras. ¡Esto de que había sido fue! Si ella pudiera componer la cosa.....

Y atisbaba todo disfraz rojo que atravesaba; pero ninguno era Mefistófeles.

Estas ideas, en medio del bullicio del baile, del lisonjero cortejo que la rodeaba, la mortificaron sobremanera; y ni en el resto de la noche, aunque el Dr. Puertas la provocó, se volvió á "echar una buena".

La noticia de la gravedad de Martín, corrida por toda Medellín; los delirios con ella, de que le habló Bermúdez, acabaron de decidir la cuestión. Julia – Celestina declarada de tan legítimos amores – aconsejó á Pepa, vuelto Martín á la vida, el memorandito aquel que conocemos.

Todas estas cosas y otras más, entreveradas con los postizos arranques de Martín, acompañados por el [illegible] de Julia, que no enmudecía, salieron á [illegible] en esta entrevista, verdadero desembuche.

Aclarado todo, hubieron de declararse los dos amantes que, cada cual por su parte, llevaba la suya de mal proceder, quedando repartida la culpa.

Luego vinieron los gratos juramentos y la formal promesa de matrimonio, el cual se verificaría lo más pronto posible, pues aun cuando Dn Francisco, el padre de Pepa, había de oponerse, por lo enemigo que era de que sus hijas se casaran, Pepa estaba resuelta á arrostrarlo todo.

Una hora duraron dos coloquios y duraron sabe Dios cuánto

si una visita no los interrumpe. Mas por eso
no habia de retirarse Martin, que antes se que-
dó á refrescar; y, pasado el refresco, volvieron á
la sala. Uno de los visitantes instó á Pepa para
que cantára, y después [de] hacerse de rogar, [illegible]
[illegible]
[illegible]
las manos de Julia recorrian el teclado, pre-
ludiando dulcemente, y Pepa, en pié, apoya-
da en un extremo del piano, la mirada fija
[illegible] hacia arriba, cual si á través de
los estucados rosetones del cielo raso, entreviera
el cielo, principió á vocalizar no sé qué g-
arias de Lucia. Estaba inspirada; su voz parecia
de cristal; sube y sube y se [illegible] en perlas;
se [illegible] luego en una gota que oscila en el aire
diáfano, prolongada; para [illegible] á filarse, suti-
lizarse imperceptible, retorcerse y bajar en espiral de
arrullos y tornar al cielo, en seguida rasgarse, ondular y
morir. Entre trinos y gorgeos bajó ella los ojos.
dos [illegible] pone en Martin como rayo de sol; y el
pobre, allá en su asiento, se crispa en tanto con un que-
branto preso, de felicidad, de amor, de poesía.
¡Aunque Mazuera lo [illegible], aunque el mundo se
burle, habia de hacer unos versos "A Pepa cantando"!
Salió trastornado. ¡Qué tal si se hubiera muerto!
Pero no: él no moriria nunca, desde que no murió
al oir eso! ¡Ni no moriría nunca jamás. Dios le diera vida hasta el día
del juicio, ya que tendria en qué extasiarse. ¡Y ha-
ber pensado en penas y en resignacion!
Y las cosas que se le ocurrieron:
"¡Tanto miedo que le tenia!.. Lo que son las
mujeres. Bien dice Mazuera. Pues no; y ni con
perros me sacan de aquí hasta casarme!
Bien puede mi señora madre apurar y e-

[a]menazas. Tampoco son ellas para cumplir-
y si lo fueren.. ahí está el caballo y lo
vendo. ¡Pero qué monto de caballo! Yo le es-
cribiré todo, todo.. que en unas me [illegible],
que estaba de ataud... Mazuera me ayuda
á escribir la carta bien patente. [illegible]: de
puro alegre va á decir que sí á todo. ¡No co-
nociera yo la viejita!... Como no determine
ahora que me espere.. que [illegible]. ¡Eso sí
que no! Al Cauca no buelvo sin ese trozo.
¡Pero como estaba, esta noche, por Dios!...
¡Recostada en ese piano!.. Si Mazuera oye-
ra ese canto! Ah caray! Y me pareció que habia llo-
rado. Si se ve que está más perdida que
yo. ¡Más no: estaremos iguales! ¡Con que ella
era la de la delacion.. ah tipa! Y ya-
den: me queria hace tiempos! Si así me
lo suponia yo.. ella tiene que amar, con
delirio! ¡Y qué bien se expresa.. ah [illegible]!
..Me parece que es mentira!.. No creo hasta que
Mazuera me lo diga. ¡Qué tanto se va á reir,
cuando sepa que fué de braba conmigo que
se echó aquella parada!... Con que Pepa Es-
candon no se enamoraba de mí, decia Ber-
mudez José! Ese sí es el bobo más grande.. ¡Có-
mo irán á gozar las viejas!.. Y mi suegro
dirá que no?.. Es tan cavilosón! cierto
sí que es cierto que le tengo azar.. Pero no
diga: él sabe que tenemos mucha plata y que
no somos sinó dos.. Ahora si que es cierto
que voy á ir á Europa pronto, para llevar
á Pepa y á los hijitos.. ¿Cuántos iremos á te-
ner? Dose por lo menos: ella debe ser muy
fecunda.. muchos!.. Pues el clerizito que ita
á sacar mi madre.. siempre se le aguó!..

pero lo que es mucho... dose mis ya y otro de-
se de Ignacio... Con dos docenas tiene para ti-
dir bien embolatada la viejita!!

Este discurso era á botó luego por la calle,
con la lengua afuera, ya flaqueza de estómago.
Todo, todo se lo confirmó Maquera, ¡y en tiempo
el novio se atrasó bien de comida* (* pues no le satisfizo el refresco de los Bermudes.) principalmente
la escritura de la carta, que quedó bastante más
patente de lo que él pensaba.

¡Qué talentazo tenía ese bobo de Maquera!"

18.

Desde las diez, la voluminosa tía ha-
cía crujir la cama, con unas revolcaderas, un
sobijarse y componerse que no le daban tregua.
El calor le derretía las enjundias y todas las
pulgas de Medellín conspiradas esa noche con-
tra ella... y ¡las malvadas se templaron
bien de sangre de Alzates, y ninguna murió!
¡Así se habían de morir, cuando á esas horas,
sentía Filomena que una onda de almíbar
borbotaba por sus agitadas arterias! Vaya si
las pulgas saben escogerse otra ocasión... y
no queda una! A no ser por unos sustos,
que súbito le venían y que suspendían los
deliciosos ímpetus*, acaso hubiera sucumbido
la señora en una apoplejía melosa. Cada
rato tenía que incorporarse, y, en medio de
los soponcios alternos externos, alternos internos
y correspondientes de que era víctima, oía que,
allá adentro, un mosquito parlero le susu-
rraba ¡Y qué cosas tan lindas y tan largas
le decía!

Ejemplo: "¿Y qué tendría de particular?
¿No se casó Dª Chepa, cuarentona, con Cha-
pito, que apenas tenía veinticinco?... ¡Y muy
bien que han vivido!... A ver: él debe an-
dar por los... veintisiete ó veintiocho... por ma-
nera que le llevo... como diez y siete... ¡Siem-
pre es mucho!... ¿Qué camisón me pongo ma-
ñana?... ¿El de paño de seda? No: mejor es
la chaqueta elástica con las fundas gra-
nates... las medias con cintas. ¡Y el papelillo
de ahora que está tan malo!... Siem-
pre le tengo que dar algo desde mañana:
el pobrecito estará muy pelao. ¿Cuánto?...
¿Un cóndor?... Tal vez es muy poquito. Se-
rán veinticinco pesos... ¡Tan pobre y tan
bien puesto!... ¡Lo que es la educación!... Pe-
ro él no pudo tener con los setenta y cinco
pesos que le mandé... algún amigo que le
prestó... ¡Valiente fué tan lindo y tan gol-
quito!... y eso que las botas con que vino le
quedan flojas. Tiene cara de imagen. ¡Có-
mo será bien afeitadito!... ¡Y tan bolonguito
y tan bien repartido!... Pues si esto llega-
ra á suceder...."

El silbido agudo del sereno, le hace dar un
brinco del susto. Al darse cuenta de lo que
era, da un suspiro como soplo de fuego.
"Sí... hasta el sereno me está chiflando de-
de ahora! Estoy pensando en los güetes
del gallo... ¡Qué sofocación esta!... ¿Tendré
calentura? (Se pulsa) ¡No me puedo
hallar en este demonio de cama!... ¡Aquí
se acostó él...

"Pero ¿qué es lo que tiene Filomena?
pregunta alguien desde el cuarto vecino, don

de dormia.
— No sé, niña. No he pegao los ojos en toda la no-
che! Tengo dolorcito de cabeza... bastante.
— Eso fué la comida tán tarde. Agusto tiene Agua
Florida en el cuarto. ¡Nieves! ¡Nieves! ... Nievecca!
— Qué es, Minita? — dice la hermana despertando.
— Valiente! puedra estás! Levantate y andá á ver si
Agusto tiene el cuarto abierto y traele la botella
de Agua Florida, que Filomena tiene dolor de
cabeza... en el nochero está.
Un fósforo estalló y la luz fué. Nieves envuelta
en la colcha, con los pies embutidos en las
chinelas de sacha, salió en puntillas y volvió
al momento con la botella. La insomne señora
se incorpora.
"Pero, hermana! Eso le va á hacer mal: es-
tá bañada en sudor. Hi! Pero ónde se tiznó
así, por Dios?
En efecto, por la frente y el cogote le chorrea-
ba un líquido holliñoso; el pañuelo, que ha-
cia de gorro de dormir, calado y con manchas
negruzcas: el cosmético y tinturas del cabello se
le habian desteñido. Parecia una carbonera.
— "Limpiese, hermana, que va á poner imposi-
bles las almohadas. ¿Quiere que le vaya á ha-
cer una bebidita de cidrón y de botón de naran-
jas?
— ¡Echá l'agua y quitáte de aquí, sismática! y
le arrimó un cachete.
Empapó un pañuelo y se dió una enérgica
friega, por frente, nuca y pescuezo y aspiró
el remedio hasta estornudar. Bien lo nece-
sitaba. Arregló el desorden del lecho y se vol-
vió á echar, un poco más calmada; pero el
sueño ahuyentado y el mosquito dale que
le darás.

"¡Pues no, señor, — proseguia el avechucho — no
hay que entregarse así maiz maiz! Por qué
gracia? Cuando hay riales, se puede ha-
cer hasta miel de avejas... La cosa se pue-
de manejar con mañita, con mañita. ¡El
es tremendo! Se le ve!.. pero yo tampoco
soy de las más pendejas... ¡Virgen Santa,
como no tenga novia! (Suspiró gordo)
¡Figúrese cuántas habra tenido él!.. pero
casamiento... lo qués casamiento, no debe te-
ner, porque no si hubiera venido. Y él
tán pobrecito ¿con qué diajos se iba á
casar? Sí: casamiento no tiene... yo se lo
preguntaré... ¡Por Dios, la una é la ma-
ñana!.. y yo que tengo que madrugar tán-
to... Eh! pero qué será lo q̃ tengo? Me siento
tán rara... tengo la cabeza como tocando
tambora... me parece que no quepo en el
cuarto... y el corazón, es como corcobeando!
Y estas picazón en todo el cuerpo... será la
pulga?... ¡Valiente esa pa medrosa son
esos pitos de los serenos!... Ajá! Ya empe-
zaron los perros también... ¡Virgen del
Carmen, mi Madre!.. están viendo al Dia-
blo!.. ¡Oiganles esos aullidos tán horribles!..
¿Será que me voy á morir?... No! no!
¡No, Dios mio!
Y un temblor nervioso le recorrió el cuerpo
y sintió frio hasta en el tuétano.
— "Mina! Mina!.. Nieves! gritó con voz en-
ferma. Levántense... ¡que estoy muy mala!
... Pero lijero!...
— ¡Virgen Santa!... Pero ¿qué és, niña? gruñe
Mina.
Se oye agitación de ropas, traquidos de

muebles, trompicones, el candelero rueda.
— ¡ Pero acaso topo los lucíferos ! — murmura Nieves.
— ¡ Cuándo habías de hacer las cosas al dere cho, bruta ! — exclama Belarmina, levantándose también y buscando á tientas. Pero ¿ onde los pusiste, alma de Dios ?
— Pues aquí en el taburete.
Tentando por el suelo, dieron con la cajita. Nieves rastrilló la cerilla, dos veces, tres y nada.
— ¡ Echá acá, ala, que vos sirven pa esa ! y arrebatándole la caja, rastrilló con tanta fu ria, que la cabeza inflamada del fósforo, voló lejos. Vino otro que prendió; pero la vela yacía en el suelo, articulada en tres partes.
— ¡ Mirá cómo la volvites ! y arrojó el fós foro, que le quemaba las uñas. Sacá otra vela que esta no sirve.
Otro fósforo y otro para buscar la vela: con el cuarto se pudo prender, y medio cubier tas con el primer trapo que hallaron á mano, se precipitaron al cuarto de la enferma, haciendo extremos de susto.
— ¡ A ver que es lo que tiene ! — ¿ Qué le ha dao, por Dios ?
— ¡ Ay ! ¡ Ay ! ¡ Muchachas !... ¡ Me estoy murien do, y cerraba los ojos en el colmo de la an gustia.
Aterradas la agarran por donde pueden, le qui tan el pañuelo, la sacuden.
— ¿ Pero qué le duele, niña ?... ¡ Diga qué es, por la Virgen !...
— No sé... ¡ pero me estoy muriendo !

— ¡ No, Filomena... no salga con esas !
¿ Qué hacemos por Dios ? ¿ Es cólico ó qué ?
Filomena, presa de las convulsiones no contesta. Nieves desparrama la puerta, sale, golpea la del boquetano y grita:
— ¡ Cesar ! ¡ Cesar ! levántese, por Dios ! que á Filomena le ha dao una cosa !
— ¡ Ah caracho !... Horita estoy allá.
Volvió Nieves á entrar. Filomena. Filomena ya había abierto los ojos y Mina la fric cionaba con el Agua de Florida.
— ¿ Qué fuiste á hacer ? le pregunta la en ferma agorada.
— Fui á llamar á Cesar.
Filomena lanzó un ¡ Ay ! de horror é instintiva mente se tapó la cara con la colcha.
— ¡ No, no ! ¡ Que no entre por Dios ! Cerrá la puerta... ¡ cerrala !
Mina obedeció y al tiempo que le echaba la aldaba, Cesar llegaba.
— ¿ Qué es la cosa, ah ? ¿ Por dónde entro ?...
— ¡ No, Cesar ! — contesta la enferma con voz muy sana, aunque conmovida. ¡ No fué nada !... Vuelva acuéstese... no es nada... me dió una cosa muy maluca... pero ya pasó... ¡ Es que esta Nieves es tan escandalosa !... y lan zó á la muchacha una mirada de aquellas.
— ¡ Ah ! caracho ! — repone el mozo — ¡ Qué le menera me estaban metiendo !
— Pues no ve !... No tenga pensión ! Vuélvase... que le hace mal la salida.
— ¡ Esos son nervios no masito ! — dice él — Así es mamá... ¡ Pero hombre, Filomena !... ¡ Yo creía que tú eras más valiente !... Friccionate con al go y arrinconate otra poquito...

— ¡Si no es nada, César! Fué susto no más.
— ¡Pues hasta mañana, no?.. Duérmete tranquila
y no pienses en tonterías.
Pensar Filomena que César estaba ya en su
pieza, botarse de la cama y lanzarse contra Nie-
ves á sopapos y pellizcos, fué simultáneo.
— ¡Ah boquitorcida ésta! exclamó con voz a-
hogada. ¡Tan halagüeñita...
— Ay! Ay! hermana — chilla Nieves llorando —
No me pegue! Fué que me dió mucho susto!
... ¡Cómo decía que se estaba muriendo!...
— ¿Y pa qué lo fuites á llamar, boba?.. Si te
dió tanto susto pa que no llamates á Agusto
más bien?
— Si! pa que me regañara! Y el pobrecito
que se desvela tanto.. Taba dormitáo, cuan-
do fué por la botella... y si lo he despertáo...
— ¡Calla esa boca, llorona!... ¡Por todo pren-
de la casa... esta... animal de monte!... ¿No
te dió vergüenza, que viniera César y tú to-
pora en camisa dormidora?.. ¡Será por lin-
das que tenés las canillas!... ¡Será á asus-
tarlo, espanto de mona vieja!... Y ojalá
vas á salir mañana, con alguna babada,
delante de César... ¡pero mirá: te acabo!
El espanto salió, tragándose los sollozos y
untándose saliva en los pellizcados molledos.
— ¡Si ésta es tan montañera! — dijo Minita —
¡Si la hubiera visto hoy, cuando vino César!
Salió recogida como un zarangoche, con la
mano estirada desde la cocina... ¡con aque-
lla simpleza!.. ¡Valiente vergüenza me dió!
¡Esa es una vaca!... Y Usté, vaya acuéstese
también, y déjeme la vela encendida.
Recogióse otra vez la agitada tía, entre colérí-

ca y asustada. ¡Qué diría César por Dios!
Si se descuida un tantico, la coge de aque-
lla figura! Esa Nieves le tenía que hacer una...
Que no pensara en tonterías, le había
dicho César. Pues entonces ¿qué demonios se
quedaba haciendo ella, en esa cama, cuan-
do el sueño no le venía?
A las cuatro de la mañana, se dijo: "Esta no
es conmigo", y de un salto estuvo en pié. Vis-
tióse lo blanco; fuése á la antesala, con to-
dos los útiles de tocador; entreabrió la ven-
tana, y, apenas fresca, se dió un lavatorio y
principió la ardua tarea de teñirse de nuevo
y de corregir todos los desperfectos que el
copioso sudor y la mala noche le habían
ocasionado...
A punto estuvo de que le volviera la pa-
talestá, al contemplarse en el espejo. Ya qui-
siera ella que el tiempo tuviera pezcuezo pa-
ra torcérselo. A medida que afeites y menju-
jes iban apareciendo en rostro y cabellos, le
iba colando al alma un vientecillo de con-
tento. Al fin, no quedó retoque por hacer:
estuvo felicísima en la ejecución: jamás se
había sentido tan artista. Era muy justo, des-
pués de tan penosas vigilias.
Se contempla bien y una inspiración le
viene: derecha de la carrera y sobre las
orejas, se saca, con mucha maña unos pe-
los del pelmazado peinado; toma unas tijeras,
y en menos que canta un gallo, estuvo con unas
tenacillas de alacrán, á modo de proyecto ca-
pulezco; fascinada con el efecto, corre á la ca-
moda, saca una redecilla de oreja escasa y
aprisiona en ella la apócrifa moña. ¡Ahora sí

Cesarito de mi vida, afórese! Púsose las manos
en la cintura, como para bailar vueltas; irguióse,
cimbreando la monumental cadera, y, con gra-
cia encantadora, hizo, ante el espejo, cinco ó seis
dengues á cual más hechicero. ¡ Pero miren
la negocianta!
Vestida ya salió á las cinco, y vertió en el desa-
güe del patio la terrible ministra de su tasa de
baño.
A las seis ya estaba en el almacén. Era sába-
do. En un instante hizo barrer y sacudir, tocán-
dose antes con un chal, para no desperfeccionarse
con el polvo; el muchacho barrendero le arregló
todo lo alto, y ella misma trepada en su ta-
burete iba ordenando lo de abajo, haciéndolo
con tanto primor que ni el propio Agusto.
Compuestos, pues, los cachivaches y fejeres,
dobladas y simétricamente encanadas las ropas,
hecha la tienda unas platas, sentóse la seño-
ra á descansar, dejando para el medio día
el arreglo de prendería, caponeo del depósito
de vinos y demás.
Ella decela la tenía un poco sonámbula;
veía candelillas en el aire, le carcibaban los di-
bujos de rarazas y pañuelos; pero el pensamiento
volaba y volaba, muy lejos, luminoso, irisado.
Tál se encumbra, en nuestros pueblos antioqueños,
la noche del santo titular, el aerostático globo,
que deja á los mirones con fatigas de La-
berinto.
¡ Qué bellas lontananzas alcanzaba la portadosa!
Y si algún empeñado empeñador, acerté á
comparecer en esa mañana deliciosa, tóparía
á la prendera blanda de corazón, como algodones,

Volvió á las diez. El bogotano, después de
mutuos informes sobre ~~la~~ salud de esta tarde y el modo co-
mo pasaron la noche, principió á dar bro-
mas á Filomena con motivo del gatolín.
Estás, entre si riego ó confieso, sostuvo la char-
la, muy sonreída y amable.
Cuando acababan de almorzar, llegó el equi-
quipaje de Cesar. Las tres otras sorrieron al
portón. Nueva sorpresa de la protectora, al
ver que los baúles, eran unos mundos, muy
ventrudos, papujados de tapas, con doble ce
radura, reforzados con tiras, aforrados en re-
luciente latón y todos ellos resguardados con
unas placas azules que hacían oir como
maramajar.
"Caramba, con la conquista de Cesar! – dice
Filomena en tono de zumba – Pero se trajo
á todito Bogotá.
– ¡ Qué creías, ah? ... No dejé ni el capitolio.
El arriero sudoroso, dando esas aspiraciones
de cansancio que parecen silbidos, entró con el
sobornal formado de dos paraguas y tres bastones;
y luego descargó los baúles en el corredor.
Era el tál un envigadeño de la cepa, de esos
de cara escultórica, barba nazarena y muscula-
tura de atleta. Con el mugriento sombrero ha-
cia atrás; la mulera al hombro; con una co-
mo chamarra de liza cordo larga por delante
y sin mangas; terciado el gran guarniel; la
hoja realera al cinto; la camisa de diago-
nal remangada hasta el codo; desnuda
la una pantorrilla; a medio cubierta la otra por el

amplios calzoncillos, que sale del oculto pantalón; todo él salpicado de barro, era un valiente tipo de Antioquia, hermoso si los hay.

—¡Barajo, mi dón! exclama dirigiéndose á César. ¡Vea la mulita!... viene muerta! Ahí na mismo sucedió con las otras que le echamos los baules. ¡Me engañó miserablemente! ¡Si hubiera imaginas lo que pesaban esos malditos... ni por cien pesos se los saco!

—¿Por cuánto te comprometistes? —pregunta Filomena.

—¡Por quince chiquitos!... ¡Qué le parece!

—Pues el engañado es otro... Con este tiempo tan bonito que está haciendo... no vale eso.

—¡María Santísima! doña Filomena...

—Pero vos y tu hermano no nos han sacado carga e losa, mucho más barata?

—¡Fue carga tan manual!... ¡Ahora estos pulpitos de baules!... Vea mi dón: siempre me tiene qué encimar... aunque sea un peso.

—¡Eh!... este sí tá distraido!... Tomá los quince pesos y dejá tu bulla! y Filomena saca un rollito de billetes.

—¡No mi ala! —prorrumpe César —Yo cubro eso... No te pongas tú!. y fué sacando la cartera.

—¡Eso sí no! Esto corre de mi cuenta... —dice ella quitándole la cartera.

—¡Pero, mi doña! —insiste el enmaletero. ¡Siquiera cuatro reales si me debe encimar!

—Tomá y dejate de moler —replica ella en tono festivo... ¡Trato es trato!

—¡Ah usté tan fregada!... ¡A usté se la comieron las mutrias!

Pagado y despedido el arriero ~~[illegible]~~

~~un perfume que tenía~~ cruchecas de jabón Sulí, y semi cruchecas de Ylan Ylang, llenaron el cuarto no bien ~~[illegible]~~ giraron las tapas de los baules;

procedió César á abrir el equipaje; las tres tías lo rodearon; apareció primero la sombrerera de cuero y correaje, con el cubilete y el coco, color de ídem; la caja del claque en seguida; después los tres pares de calzado, los gemelos de teatro y tres ó cuatro cajas de cartón.

"Todo esto —decía César sacando las cajas— son encomiendas de la hermana de mi Sra. Chepa, la amiga de mamá, no? ¡Señoras más pesadas!

Metiendo las dos manos más por el montón de ropas y descubrió el fondo: todo él eran manzanas; César fué repartiendo.

—¡Qué cosa tan lindas, por Dios!

—¡Gracias César!

—¡Pero güela hermana... güela y verá! —exclamaba Nieves entusiasmada. ¡Pero cómo han venido desto en Bogotá!

—¡No tanto, alita!... A veces da trabajo conseguir...

—Sí!... Yo creía que no era como las guayavas pa aquí!...

—¡Está boba... le dice Filomena entre brava y risueña.

César fué sacando del otro baul y ponien do con cuidado, sobre la cama, los vestidos nuevos, oliendo aún á sastrería, con las q. nevas, muy bien envueltos en papel de seda; volteó los guantes negros, blancos y de color; y en la tampilla de la misteriosa tapa, y una avalancha de cuellos, puños y corbatas se desgajó.

Filomena estaba lejos de ver tanto lujo: pues aunque Augusto tenía mucha más ropa, no era de tanto gusto como la de

sar; no obstante, notó que lo que eran tra-
pos interiores escaseaban un tanto.

Por fin encontró desar los regalos de mamá: para Filomena uno como guarnil, hecho de soles de Maracaibo, sobre fondo rojo, que en lugar de orejas tenía lazos de cinta; para Agustín una relojera de cuero, armada de capullos de rosa, con pétalos de tela, y ramajes follaje, de cuero también; para Belarmina y Nieves dos indias, de una cuarta de grandes, con su cesto en la cabeza, muy bien plantadas en su tablita cada una, y tan realistas y primorosamente fabricadas, que sólo se sabía que los vestidos eran trapos; pero lo que eran las indias ¡imposible adivinar de qué material estaban hechas! porque parecían gente de verdad, con pelo, arrugas, uñas y todo.

Grande fué el contento de las señoras con las cosas.

—¡Pero qué cuia tienen por allá pa hacer todo! — decía Filomena — ¡Juanita misma hizo el guarda camisas....

Nieves deja su india y toma el guarnil, mete la mano en su el fondo, lo examina y dice:

—¡Yos taba pensando que guardacamisa era una cosa como un baulito chiquito!... ¡Pero ah lindo, no?...

Las dos hermanas se lanzaron unas miradas como cuatro escopetas.

"—¡Pero vean estas viejas! — dice Filomena, mirando esas indias, para disimular las caras de Nieves ¡Mismamente parece que resuellan y que van á hablar!... ¡Vení los esos ojitos!
... Quién las hizo, César?

—No sé, ala — responde el interpelado, pasando el fondo del baúl ... Más bueno eso primoroso ¡Si vieran los tipos del pesebre de España... eso es lo más chiviado!

Agustín abrió y Filomena fué á llevarle la relojera; él la recibió con displicencia y la tiró á la mesa, sin decir palabra.

"¿No te parece muy bonita? — preguntó ella un poco colérica y admirada — ¿No te parece?... Pues que te hagan güevos!...

—¡Yo pa qué eso! — refunfuñó el Br.

—¡Pues la deberías agradecer siquiera... aunque no te parezca bonita!... porque es un cariño de Juana... ¡Hartas nigüas que te sacó, harto que te remendó!

—¡Cariños!... ¡Ují! ¡A mí sí comen con sus cariños!...

—¡Este sí es el que se ha puesto!...

—Y vos!... ¿De cuando acá tan querendona?

—Yo?... Siempre he querido mucho mi familia!

—Pu!... Vos sí. A la vista tá!... Qué lo digan las muchachas!... Que lo diga yo... ahora que estoy enfermo!

—¡Callá la boca, que vos sos un desagradecido! un grosero!

—Y vos, ¡tan bien educada!... Andá echá finuritas con ese papelero que manda tes traer... y dejame en santa paz!

—¡Le tenés tirria! No? — vocifera la tía con los ojos brotados y en ademán de pegar — ¡No lo querés porque es pobre!... ¡Porque te parece que te va á comer algo! Pues no te dé miedo: sabé y entendé que César no necesita de ti pa nada!... La vites?

¡Pa-ra-na-da!.. porque yo también tengo plata! ¿Oíste?

—¡Pues anda dásela toda, si estás tan generosa!

—¡Pues si me da gana, sí se la doy!... ¡Casualmente que la gané con mi puño! — y casi se lo metía por los ojos al hermano — ¡Y si no se la doy le enseño á buscarla, como te enseñé á ti, so... sinvergüenza!...

Augusto, fuera de sí, no sólo por los insultos, sino también por el tratamiento de tú, que él tenía por el colmo de las injurias, gritó:

—"¡Quitá di aquí, vieja del demonio!... ¡Andá á fregar al infierno!

La palabra "vieja" chirrió en el corazón de Filomena, cual la marca encendida sobre la piel de la res, y, como una tigra, se lanzó sobre Augusto para acabar con él; mas, de repente se contiene: recordó que César estaba en casa, que podía oír, y sin articular palabra, porque la rabia se lo impedía, salió precipitadamente derecho á la antesala. A pesar de su exaltación, permaneció allí, hasta que le pasó el temblor.

~~Jamás se había visto en situación de tener que moderar sus arranques; pero, enardecida, precipitada muy derecho, paso á paso volvió.~~ Por primera vez ~~en la ocasión en su vi~~da se le ocurría moderar los iracundos arranques; y, en verdad, que no comenzaba mal, porque á poco ya salió medio repuesta.

Guardó las manzanas en el guarda-camisas y fué á colgarlo de dos clavos, sobre el espejo de su mesa de baño; pero al ir á colocarlo, se vió en el espejo, y el guarda-manzanas se desprendió de sus manos, y botó; pulveras adornos, derribados por las dispersas frutas, cayeron al suelo y volvieron trizas.

Ni reparó en el daño: se había visto en el espejo, en ese maldito espejo que tan linda la reproducía á la luz de la vela, y ahora tan medrosa, tanto que de puro aturdida lanzó el saco. ¡Lo que es hacer las cosas de noche! ¿Pues no tenía una mejilla con un parche color de bledo, mientras la otra lucía los suaves tintes de la "rosa ruborosa"? ¿Pues y la sapul y ese enemigo de redecilla? Estaría dormida, seguramente, cuando se había puesto de ese modo.

Maquinalmente recogió las manzanas y los pedazos de las cositas y cerró la puerta. ¡César la había visto así!

Azorada, impaciente se puso al tocador; pero ni acertaba con los útiles, ni con el medio para igualar aquellos rosicleres. Un desaliento abrumador la acometió: se sintió vieja, lo que se llama vieja; su fealdad se alzó á mayores; y el ridículo, con toda su pesadumbre, pasó sobre ella, espacio de un segundo, y la dejó fregada.

Al estricote y de cualquier modo, medio se arregló, tiró de la redecilla y salió.

—"¡Oh, César!— gritó ya en el corredor, mientras sacude el pañolón con ambas manos, por delante de la cara, maniobra que le sugirió el temor de que se la viera.

César — prosigue — Vístase y salga á comer á Medellín. Yo me voy á la tienda. Hasta el lunes no principie... Descanse algo.

—¡Ah caracho! Conque principiar dándome asueto, — contestó él desde el cuarto.

— Sí... váyase á pasear. Hoy no hay qué hacer
allá. Yo voy á medio arreglar algo... que eso
está de la vista e los perros...

20.

No estaba para nada, ni para vender siquiera.
Una mujer le compró unos limones y se quedó
sin saber si le habia pagado ó no; equivocaba
el precio de las cosas; preguntaron si habia
fideos, y dijo que no, cuando no cabeceó.
No pudo más: cerró las puertas y se subió al
segundo piso, donde se acabó de componer las
pinturas y tocado.
Cansada, con la respiración anhelosa, falta de
aire, abrió los balcones y se apoyó en la baran-
da; luego acercó una silla y se recostó.
Que los balcones tenían muy buena divisa,
venía diciendo el gusto; pero nunca Filomena
se habia fijado en ello. Ese dia, sin embargo,
tendió la mirada por tejados y torres, por tier-
ra y cielo, deteniéndola aquí y allí, encon-
trando en todo una belleza que jamás notó,
una solemnidad que la entristecía más.
Sí! Todo era muy bonito, sin duda: la
ciudad, los campos, el cielo tan limpio de
ese dia; pero eso para qué?... Cesar... era un
imposible!... ¡Qué injusticia se veía! Los
hombres, si les da gana, quieren á las mu-
jeres aunque sean viejos!... y una triste mu-
jer, porque tenga de cuarenta para arriba
... ¡no puede querer á nadie!
Filomena se profundizaba en la negrura de
esta injusticia, protestando y rabiando. Sin embargo
su razón le decia que algo no habia en esto, y,

despues de todo, no era de ayer que ella se pin-
taba las canas; por otra parte, Cesar estaba
tan joven ¡tan lindo! Pero, esas canas apa-
reciéndose en las casas ¡no eran vejez: desde
los treinta años habian principiado y antes de
los treinta y cinco, el elemento blanco preva-
lecia sobre el negro. Luego por esta parte...
Vamos á ver la gordura y la pata de gallina
y esas otras rayas que se querían formar, por
ahí en la cara... Pues no: cualquiera pue-
de ajarse, por cualquier causa, sin ser por
ese viejo; y en cuanto á la gordura ¿cuántos
son gordiflones desde niños?... Y sobre to-
do, cuarenta y seis años, más que sean, na-
da quieren decir... cuando uno se siente
joven por dentro.
El intelecto de Filomena, encaminado
siempre á los negocios mercantiles, envues-
to en las especulaciones y cálculos del ofi-
cio, saltaba ahora de su órbita inopinadamente
y violentamente, para venir á tratar una cosa
ella novísima: ¿cariño? ¡Y tanto como lo
era!
Cierto, que Filomena aspiró siempre á com-
partir con alguien sus ternuras; cierto que para
ello se consideraba con buena vocacion; pero sea
porque no fuese solicitada para novia, sea por
que sus facultades afectivas no se hubiesen re-
ferido á determinado varon, ó bien porque nun-
ca hubiera estado tan en proximidad ocasion, co-
mo la que se le presentaba con Cesar, es lo
cierto que el corazon de la empinada [illegible]
jamás se vió tan agitado por [illegible]
amor, como ahora precisamente.
Aunque súbita la pasion se presenta [illegible]

ala destapa y tan franca, que Filomena la de-
finió al punto. Aquello fué un tiro de sal-
teador, que la hizo despertar de su sueño de
cuarenta y tantos años. Todo ese tiempo la cal-
culista había subyugado á la mujer: ahora
la mujer se alzaba poderosa, reclamando sus
derechos con el empuje de una ternura lar-
go tiempo contenida, demasiado fermentada en
Filomena por un temperamento nervioso é his-
térico, tanto más vehemente cuanto en ella se
aunaban el ardor de la pasión, el cariño de la
madre, el deslumbramiento de un afecto nue-
vo y esa como sed de afecciones que sien-
te la senectud.

Todas estas notas, bien que mal, las dis-
tinguió la enamorada jamona.

Confusamente hablando se sentía á punto de
caer redonda.... y el alma suspendida del
cielo se columpiaba, meciéndose en unas congo-
jas.... que el Señor nos libre.

Ella iba á cometer quien sabe qué disparate;
á que César pensara mal de ella; á que la gen-
te la pusiera el mote. Era preciso tener mucho
juicio, moderarse. Eso le decía la razón; pero la
razón, maestra severa en ventas y compras, seve-
rísima en usuras, estaba tanto [illegible] bisoña y reclu-
ta en el asunto. Fuera de que tenía que luchar
con un gigante: el Amor armado hasta los dientes.

Abajo la razón! Muera el juicio!

Pasaron ya los tiempos
en que los Davides derribaban á hondazos á los
Goliats.

¿Por ventura no era Filomena señora de
dinero, dueña de muchos bienes? Pues todo,
sin escatimar nada, todo lo daría por César.

Fuera suyo el mundo entero, y César lo tendría. Mu-
jeres más jóvenes, lindas como láminas, encontra-
ría; pero que lo amasen como ella.... imposible!

Lo que á ella le faltaba en la vi-
da, eso que el dinero con todo su poder no alcan-
zó á darle, eso era César. Pues César tenía que
ser suyo. ¿Cómo? De cualquier modo, con tal
de conseguirlo. Un mes, un día, una hora....
y después morir, no importaba.... Pero el ma-
trimonio.... oh!.... el matrimonio!... Poseerlo de
por vida, ser de ella sola, sola exclusivamente,
sin que ninguna otra tuviera derecho á quitárselo....
eso sería el cielo.

Ante esta idea sintió que resucitaba,
mejor dicho, que vivía. Un escalofrío de felicidad
recorrió su cuerpo, como sacudimiento eléctrico.
Convulsa, en agitación se levanta y
torna á apoyarse en el balcón. No!. ella no era
una vieja: ella sentía la plenitud de la vida,
las funciones juveniles del corazón. El fuego
habíase fundido y por una copelación misteriosa,
la escoria se había eliminado, no quedando sino
riquezas.

¿Porqué era ella así, tan buena con la gen-
te? ¿Porqué tan injusta con sus hermanitas?...
... El pobre Augusto estaba qué enojado con ella...
y con cuánta razón.... y la plata de.... Vir-
gen Santa, si César supiera!...

En el espejo del pasado, alumbrado aho-
ra de refulgente resplandor, vió tan viles é infa-
mes cosas, que Filomena sintió un dejo de ver-
güenza de sí misma; ese rubor del alma tanto
más terrible cuanto que sólo lo mira la concien-
cia. Todas sus debilidades de mujer codiciosa, la
una engarzada en otra, se le presentaron en-

un instante. Todas eran feas, muy feas. Pero su máxima culpa, lo que en su instinto de mujer encontró más envilecedor ante los ojos de César, fue la conducta con las Palmas. Si él llegara á saber lo de los pasquines, lo de los insultos ¿no diría que era una granicha llena de envidia? Indudablemente esta era la nota más marcada de voces rabiosa; y de esto precisamente era de lo que Filomena tenía que curarse para aparecer delicada ante César: ....

En el hervor del pensamiento, las tristes reminiscencias con toda su mugre, fuéronse apartando para tomarse en cachaza. La pasión, burbuja central, base del sistema, obraba cada vez más potente, rebotándose, refundiéndose en el remolino de la ebullición. Se trataba de un gran problema. Cómo haría para que César lo supiese todo? ¿Tendría ella que declararse, tendría que requerirle de amor? ¿Sentiría él por ella lo que ella por él? Pudiera ser que César no adivinara, y, fuese por adivinación, fuese por declaración, era necesario que lo supiera; era preciso que compartiera ese amor. Ella tenía tenía que enchufláselo...... de cualquier modo. Si! no sería la locura... el acabe de todo... quién sabe qué. A otro que César tál vez se atrevería á decírselo; pero á César... ni por escrito!.

Una angustia indecible la acometió.

El ruido de un coche que pasaba la volvió, con todo, al mundo esterno. En él iban dos conocidos suyos, marido y mujer, con tres niños blondos y rosados; por los trajes comprendió Filomena que iban de paseo al campo; los niños jugaban y agitaban las manitas, revelando su alegría; en los esposos vió la dicha ~~la dicha~~ de la vida:

él, maduro, ya curtido de lozote, grave de actitud, sereno no obstante, parecía la fuerza que protege, la experiencia que dirige; ella, hermosa, casi niña, recostada en el hombro de su marido, sonriendo á los hijos, espejo era de mujer que lleva el pecho henchido de intimadas fruiciones.

"Van para la casa del Poblado" se dijo Filomena y siguió con la vista el carruaje. ¡Qué contentos iban! ¿Alguna vez no iría ella con César á su finca?.. Unos mangos que allí había... tán espesos... tán juntos. Y tantas hojas que caían y que hacían colchoncitos... Bajo esos mangos, en esa sombra tán sabrosa... ella y César solitos!.........

Filomena haciendo idilios! Vea Usd!

¡Mas la ráfaga poética, encajada en su angustia, como vacaciones en vida estudiantil, pasó dejándola más triste. Pues no ve! Ese matrimonio tán feliz y ella nada... y la esposa que era tán muchachita, para ese señor tán sedillón... Su casamiento con César... siempre era disparatado. Sí: ella podía ser madre de el novio: y cuanto solo le llevaba dos años de edad.

Un apretamiento que sintió en el pecho, la obligó á entrarse. Recostóse en un sofá — de esos que se ven en nuestras peluquerías — que campaba, allá en un testero, y reclinó la cabeza en el duro rollo de cerda, para ver de calmar esa ansiedad agonizosa que la estaba matando.

"¡Imposible... Imposible!". Esta idea, se le presentó, terrible, irrefutable como la verdad... ¡Imposible!

... Sí!.. Estaba soñando... estaba loca... estaba enferma. No, no: eso eran cosas del desvelo de la noche antes. ¡Si á ella le ha

cia tánto daño no dormir!.. Pues á ver como
se duerme un rato.

Puso sobre el duro cabezal un envoltó-
rio de ropas empeñadas que cerca había — por-
más señas, que eran una ruana de paño y un
pantalon de paño, — necesario — pasar las ma-
nos por la frente, se sacudió bien, para espan-
tar los importunos pensamientos; luego se aco-
modó y cerró los ojos.

En el forzado reposo del cuerpo, empezó más
el alma .... ¿Qué haría por la Virgen!....
Lo que quería, lo que pensaba no tenía ni
patas ni cabeza: César querría á otra, sin du-
da, se enamoraría en Medellín, se casaría.....
Sí: se casaría!... Y ella? .....

Adios propositos de dormir.....
Enderezóse con alebrestada ligereza, y fué
al tinajerillo, que allí tenía y apuró con avi-
dez un vaso de agua, porque le parecía que
se abrazaba por dentro.

Principió á pasearse, atortada, arrebatada.
Si César se casaba ..., ¡ella se haría cri-
minal!.. ella mataba! ... ¿Porqué era tan
infeliz? ... ¡Tántos hombres en el mundo y....
ella ... ¿Tantos hombres?... No! Qué le impor-
taban los hombres? .. Que se murieran to-
dos si querian ... pero que le dejarán á Cé-
sar. César era el mundo ... era todo.

Y si él no la quería? ... Oh!.. Entónces....
lo odiaría!.. lo echaría de su casa!...
Sí ... que se largara otra vez .. y la dejara
en paz ... No no no! Eso sí no!.. Si César
se iba... ella se iba también... Y cómo echar-
lo? Pobrecito!... ¿No podría quererlo de otro
modo ... así como á un hermanito? .. Tal

vez!.. Así, viviendo juntos, mirándolo á toda hora, cui-
dándolo, arreglándole la ropita, cosiéndole sus cosi-
tas... así como debe hacer Juana ¿no podría
quererlo también, sin que fuera su novio ni
su marido? ... Sí!.. un hermanito.....

¡Hermanito!.. No señor!... Era con amor!...
era para casarse que ella lo quería!.. ¿Para
qué más hermanos?

¿Se quedaría burlada ... hecha un jumento?
Las dos cajas, colocadas en la pared que da
á la calle entre dos puertas; las cajas, con su
barniz brillante, con sus chapas de cobre pulidi-
do, fulguraron entónces á los ojos de su due-
ña.

Sí. El dinero es capaz de mucho!.. Ya
lo sabía ella ... Pues si no servía en esta vez..
¡maldito fuera ahora y siempre!

Tánto surullo de billetes; tánta joya, casa
tan buena; almacén tan valioso; dinero en
los bancos; solares en la carretera, casa de
campo ... ¡Tanta comodidad!.. y sufriendo
de ese modo!... ¿Así serían todos los ricos?
Pues no: todos vivían muy felices, sólo ella
penaba!

Bien. Era fea y vieja ... ¡No había qué
ver! La bondadosa, que se iría á premi-
que ya estaba, la ternura de su alma, el
amor tan grande que sentía ... todo eso estaba
por dentro ... y César ni caso haría de ello! No
quedaba, pues, más que la plata ... y ser
muy formal, muy generosa ... y andarle encima!
Pero entónces, era por interes por lo que César,
se casaría!.. Así que ¿Gracia? ..
Sí, por interés. Qué importaba, qué le
haría? Con tal que César fuera suyo...

¿Y si iba y después p. la abandonaba? No: eso
no!.. Una persona tan decente, de tan bonitos sen-
timientos, como Cesar no haría eso, nunca, nunca!..
Pero se habían visto muchos casos.... Si se ha-
brían visto, pero porqué?... Porque las muje-
res de esos maridos habían sido unas bobas...¡Ca-
sárase ella con Cesar... á ver si se le iba!.. ¡Siem-
pre la cojerían á ella descuidada... pero muy tar-
de!.. No había que darle más vueltas á la cosa.
Plata... formalidad... viveza... con esto iba á sa-
lir del paso.

Pues, sí, señor: esta cosa saldría.. ¡Si á to-
do había que buscarle la vuelta en la vida!
Ese cuento de "Imposible", á toda cosa que
iba á hacer... eso era de gente apocada.
... No había tal Pedro!

¡Cuanto avanzó Filomena en estos instantes de
ventura!

El habérsele ocurrido llamar á Cesar, siem-
pre era porque había de convenirle.. ¡Más
claro no cantaba un gallo!... Y lo que con-
venía á la casa venía... ¡Lo que eran
las cosas en la vida... bendito fuera Dios!
¿Cuándo habría de pensar ella que su
sobrinito.... Sobrinito!.. ¡Virgen Santísima!
... la dispensa!.......

Los clérigos, Su Señoría Ilustrísima, el Padre
Santo de Roma, aparecieron, en imponente
procesión, aplastando las recién nacidas ilu-
siones.

¿Cómo no había pensado en la tal dispen-
sa?... Y ese Obispo que era tan templado!
... No la daba! ¡No la daba!... ¡Si á unos
de Belen no los habían querido casar porque
eran tío y sobrina!... ¡Parentescos de todos los
diablos!... ¿Y cómo antes sí podían?... ¡Esas
cambiaderas sí eran muy célebres!...

Fué esto lo imprevisto para Filomena y como tal la
dejó anonadada.

¡Qué injusticias!... ¡Qué tenía que ver
el parentesco con lo otro!... A ver si no era
lo mismito, ó mejor, casarse con uno de
la casa?.. Siempre tenían razón los ro-
jos en rajar contra los curas.. ¡Mucha
que tenían!.. Si hubiera sido cuando
ellos mandaban... que había casamiento
por lo civil!... Pero ahora!...

¡Más valía no haberlo visto nunca!... Pero
¿no habría remedio? Aunque costara muchos
miles que importaba?.. Todo lo daría por
la dispensa!.. Todo? ¡Y si lo daba todo...
aunque no fuera todo... quedaba pobre...
y entonces cómo comprar á Cesar?.. ¡Ni
bamba ni bamba!... Ni dispensa... ni
nada!

Retorcióse las manos desesperada y se des-
hizo en sollozos ahogados.

¡Todo había sido un sueño... menos que
un sueño... porque ni siquiera había dor-
mido.... ¡Soñando así!... ¿Estaría loca?

Un ¡"Ay Dios mío"! sofocado desgarrador
se arrancó de su alma.

¡Ella no era capáz de soportar... á lo-
tendrían que amarrar!... Volver á verlo..
á oirlo... peor que si se fuera!... Pero...
¿en veinticuatro horas como se había per-
dido de ese modo... por un muchachito?
¡Ah no!... ¡Eso no era amor!.. No podía
serlo... Era que estaba con ideas... era
que estaba enferma... el mucho haba-

jo… el desvelo… la cosa ¡tan horrible! de la no-
che antes… eso era… Debía tener algo en la
cabeza.
Pasose la mano por la nuca, por las sienes, to-
mose los pulsos: en todas partes tempestad.
Volvió á acostarse esforzándose por discurrir
qué sería aquello, para si era cosa mala é
imposible, dar de mano á todo, si bien fuera
arrancándose de cuajo todo su ser.
¡Ella tan orgullosa… con estos embelecos!
Sí… aunque le doliera el alma, aunque
el sufrir acabase con ella… mas que im-
posible era cosa mala… ¡tan mala que no pa-
recía cosas de tentura!
¡Tendría que vivir con Cesar… y mirarlo como
el fruto prohibido!… De tanto amor no un
recuerdo iba á quedarle. Ah sí!… las man-
zanas… las guardaría como reliquias… pa-
ra verlas á ratos.
Un pensamiento de superstición, acabó de-
hundirla más, si es posible: las manzanas
se habían caido y rodado por el suelo. ¡Es-
to era el peor de los presagios!
~~Estaba destroncada destroncada, ~~
Su verbo interno que, en día hablara to-
das las lenguas como Babel, la orgullosa,
estaba como éste, en un caos.
Destroncada, maguallada de cerebro, con
una lasitud mortosa, echose la cuitada
en el suelo como una ebria.
~~La pedesciendo.~~
La tempestad se demadaró.
La fiebre de la pasión, embargando por
completo á Filomena, envolviola en un
remolino de ~~fantasmagorías~~. Quién sabe

con un boquerón del diván por donde asoma-
ban ~~los mechones de~~ polvorienta seda
qué demonio la arrastró á una región po-
blada de visiones; visiones del cielo ó del
infierno… jamás de la tierra: bucólico ó dra-
mático, el papel del diablo ese, era siempre
el de Cesar. ¡Y cuidado si interpretaría al
bogotano!
La almohada tocaba el plumero sacudi-
dor… y eso fue para ella las sedosas sortijas
de un cabello. Enervada en tan embriador poto,
saltaba convulsa y retorcida por un ruido que
solo ~~habrá~~ oido á las madres cuando, locas de
amor, se quieren comer sus chiquitines. Si-
multaneo con ese ruido, aleteaba encima ~~cerca~~ muy
cerca, algo como una mariposa de fuego,
que se posaba en su frente, en sus mejillas,
en sus labios, al mismo tiempo que un so-
plo suave, un vapor henchido de perfumes
desconocidos, templaba su incendiado rostro.
é inoculaba en sus medula
Viendo en la casa que eran las seis
muy corridas y que Filomena no parece,
envian al asistente á ver que es. Este vuel-
ve á poco con la novedad de la ni-
ña: Filomena está encerrada, que las lla-
ves están puestas por dentro, que golpeó
y nadie contestó. Alarmados corren Mina
y Cesar, seguidos del ~~asistente~~.
Al llegar al almacen, se abre una puer-
ta y Filomena aparece.
"¡Cesar… Cesar!" llama ella con voz las-
timera y se desmadeja sobre el bogotano;
éste se bambolea
asiéndola por las piernas; éste se bambolea
y dieran en tierra á no apoyarse en el mos-
trador. Ella casi empada fija en él como
una estática. Mina y el criado intervienen,
tratan de alzarla; no lo consiguen: Filome-

na, con fuerza que crece á medida que ella
los agarran, los sacude, los estruja, los lleva
de aquí para allá; cesar va á tenerla, ella se
enfierra á él y no larga.

21.

¡Es más sucia que la boca de Don Pacho Escandón! — dicen en Medellín, para ponderar la porquería de alguna cosa.

Y en verdad que la comparación viene al pelo, pues por la boca de D. Pacho (que de buen hoyo goce) salían á toda hora atrocidades enormes. Para los hombres tenía chascarrillos y dicharachos de una crudeza aterradora, reservando para las señoras cuentos amarillos, del género nauseabundo. La palabreja aquella, — que tan sublime encontró Víctor Hugo — ~~Verdejada~~, con todos sus afines, por lo menos, cincuenta veces al día, siendo una de sus manías capitales esto de decir verdores é indecencias. Y cuando, con tales cosas, tenía ocasión de abochornar y correr á la gente, era cuando más contento estaba.

Habiéndose un ~~cierto~~ vez confesado, impúsole el sacerdote, por vía de penitencia, no decir, en absoluto, palabra alguna malsonante; y Don Pacho, queriendo cumplirla, estuvo tres días muy formal; pero ni encontraba de qué hablar ni gusto para nada, ~~hasta~~ que, tedioso y medio enfermo, fuese al padre cura y le dijo que, si no le rebajaba la penitencia, facultándolo siquiera para hablar de cosas sucias, se dejaría de Religión y sacramentos; y, á no ser que consigió la rebaja, capaz hubiera sido el perro viejo, de renegar de su catolicismo, con ser que era mucho.

Fuera de estas suciedades, tenía Don Pacho especialísimo prurito de contradecir y motejar á todos y de dar bromas de perverso gusto, sólo por el de hacer rabiar á los cristianos. Como él pudiese llevar la contraria, en hechos ó en palabras, estaba en sus glorias. Muchos sinsabores y hasta rompimientos de amistades, costáronle sus genialidades; mas por eso no hubo de enmendarse.

Este desaseo, estas torceduras — como lo pinta el rasgo de la penitencia — no eran sino exteriores, alardes acaso de un carácter burdo é inculto; pero por dentro era Don Pacho (la limpieza misma), la propia rectitud.

Timorato á carta cabal, cumplía escrupulosamente con los preceptos de la Madre Iglesia, y socorría al pobre sin ostentación y por amor de Dios. Riquísimo á fuerza de atinado, de constante trabajo y de una honradez rayana en necedad, vivió Don Pacho — en la época á que nos referimos — en muy prestigiosa posición social, política y financiera.

Desde muy temprano principió la carrera del comercio, manifestando para ello tan buenas actitudes que, apesar de lo pobrecillo de su familia, logró casarse, mozo aún, con Da. Bárbara Campero que, allá por verdes años, era dama muy de pró, no sólo por los caudales que iba á heredar, sino también por lo empingorotado de su propia, pues nada menos que Campero

D. B. guardaba como oro en paño, [illegible] se probaba que con sangre de camperos de la Calle no tenía
ni gota de judaica ni morisca; que el tatarabuelo de Da. B. fue todo un teniente real
de la Cortés, apellido que, aun en esa época que habría bajado al pergamino, á causa del desliz de con España, todavía se calzaba
muy alto y trascendía á leguas á cosa de
Castilla, trayendo mucho oro, no tanto por
lo de Pedraza, cuanto por aquello del Bal[illegible]ar.

Dn. Francisco María y Da. Bárbara, fuera de malogramientos, hubieran en su matrimonio, un coro de nueve varonas, hasta q. cansado el vientre materno de dar flores, se desfogó al décimo parto, con un machito, que cual calabazo de castillo pirotécnico, cerró la serie de Escandonas.

Las cuatro hijas mayores - aunque no por orden cronológico ni muy bien - se habían casado. ¡ Y en cuales se vieron sus respectivos novios para habérselas con el presunto suegro! Pues Dn. Pacho, tan apegado á sus hijas, en mentándole matrimonio de alguna, se ponía como una furia, no precisamente porque "la fueran á quitar, sinó porque dado su genio - se lo hacía necesario á Da. Bárbara, que ni tenía, ni tiene más prisa que casar su prole.

Y como quiera que la Sra. Espinosa lo era mucho por temperamento y además sobrado pronta de lengua y ligera de alegatos, solía haber, entre marido y mujer, á propósito de casorios, las del Pantano de Vargas.

Muy á menudo sucedía que Dn. Pacho, dejaba de venir á la hora de comer, y á las veces tardaba tanto, que había á servir la mesa, sin su asistencia. Tales irregularidades se le trepaban á la moña á Da. Bárbara, pues no sólo le bastaron
Y un su tio recaudador de alcabala; que
tan ilustre linaje [illegible]

de Pamplona, la cual cual casa se describió
en el pergamino con todos sus pelos y señales, ~~con un de con~~ acompañado de un dibujo; que
con el orden y método que en todo ponía, [illegible] que la privaban de las salidas y visitas de la tarde, que eran sus mejores esparcimientos.

Las cinco habían sonado, hacía rato, en la casa ya se había comido y Dn. Pacho no parecía. Impaciente Da. Bárbara se salió al portón, á tiempo precisamente que él llegaba.

"¡ Caramba con Ud. para ser pelmo! - le dice ella.
- ¿ Quién ese animal que está en la esquina? - pregunta él, sin atender al regaño, y con aire de malísimo humor.
Da. Bárbara pasea la mirada por todas partes, con fingido afán y luego exclama:
"¡ No veo animal por ninguna parte!... ¡ Estaré ciega!
- ¡ No!... Y ése que está plantado en la esquina?
- ¡ Pues no lo veo! Lo que veo es un caballero.
- ¿ Caballero?... ¡ Un roquete!... un (ya se sabe)
- ¡ Caballero y muy caballero y muy decente y de muy buena familia!... ¡ Mal que te pese! - objeta ella, acalorada ya.
- ¡ Sí, ya sé!... ¡ Es el tal Martín Gala!... un sinvergüencita de muy mala ley!
- ¿ Sí?... Pues si estabas tan informado ¿ para qué me preguntabas?
- ¡ Sí lo sabía!... Y también sé que le está haciendo cocos á Pepa y que vos los estás acaguetando, como tienes de costumbre...
- ¡ Muy cierto!... Los estoy alcahuetando y los alcahuetaré, ¡ hasta que me reviente!...
representaba el escudo de armas de la familia,
[illegible] piedras unas lanzas trabada

—¡Por supuesto!… Vos como queláis novios pa-
pa las hijas… ¡aunque sean presidiarios!… ¿Por
qué no llamás á todos los que pasen por la
calle y se las ofrecés?
—¡Pues sí debería llamarlos… ya que mis
hijas tienen un padre tan rancio, tan insu-
portable como vos, que no querés verlas fe-
lices!.
Don Pacho lanzó un ja! ja! á modo de
[illegible]…
Esto pasaba [illegible] al comedor. Una cria-
da entró con la sopa de [illegible], de exci-
tantes vapores y Dn Pacho se sentó á la mesa.
"¡Con qué felices! exclama á tres ó cua-
tro bocados —¡Mirá que es mucha felicidad
… echarse un mocozano á cuestas!… ¡Que se
le haya metido á esta boba que sólo ca-
sandose se puede vivir!
—¡Sí señor: se me ha metido y no se me
saldrá nunca… nunca!
—¡Qué se te va á salir… cuando vos si te
ahogás hay que buscarte agua arriba!
—¡Pues estoy muy buena para vos, por-
que si nos ahogamos juntos… de para
arriba te encontraban también!
Hubo un tremendo silencio. Don Pacho
las emprendió con el asado; Da Barbara es-
canció el tinto, mezclandolo mucha agua,
que así lo tomaba él, y [illegible] por ahí di-
rigiendo el servicio…
"Es una casa muy particular! decía al fin
el marido en tono querelloso, y estregándose
los labios con la servilleta. ¡Muy rara! ¡que
hasta los gatos saben en la calle lo que
pasa en mi casa… y á mi se me es-
conde todo… como si fuera algún pintado
en la pared!
—¡Ah cosa divina! —prorrumpe Da Bárbara—
¡Palos por que bogas y palos porque no bo-
gas!… Si te digo lo que hay… nos que-
rés comer vivitos á todos… si te lo escondo
también… ¡Decime una cosa, Escandón!… ¿man-
daste promesa de embromarnos… ó qué?
—La promesa que debería mandar es la de
encerrarte en tu casa… con tus hijas, para
que no fueras á [illegible] á las casas
ajenas!
—¡Mandala ahora mismo!…

—¡Y para eso que siempre encuentran pa-
yasos y cosecas para todo!… Hoy sí me apare-
ció Puerta al almacén á apadrinar al
carajito ese y casi me pide la muchacha!
…¡Que dis que están de casamiento… y que
se ven donde las Bermudez y que vos es-
tás muy en autos!…
—Y no te dijo más Puerta?
—No!… no me dijo más, porque lo eché al
carajo!
—¡Pues le faltó lo principal! —replica la
señora inflada, haciendo jarra y [tachado] [illegible]
do con sus ojos, á la cara de su marido— Le
faltó decirte que Pepa está resuelta á ca-
sarse por sobre vos!… ¡Lo oíste!… Por sobre vos!
—¡Pues que se case!… y que se friegue!… y que
se la lleve el Diablo!…
—¡Sí, señor; que se la lleve!… Para eso son
las mujeres… para casarse, aunque se las
lleve el Patas!… como á mí!… Y ya sabes:
en los otros casamientos de las muchachas

no dije esta boca es mia, aunque vos vi-
vis enrostrándonse que las alcahuetié.. pero
ya te digo!...
Dn. Pacho interrumpe con un zapatazo de
aquellos q echando ajos y cebollas.
¡Patéa y rezongá cuanto te de la gana! — vo-
cifera Da. Bárbara, trepada ya en el último
punto de su genio — ¡También pateastes y
hicistes mil escándalos cuando el casa-
miento de Ana! y siempre la depositá-
ron!.. y siempre se casó!!... y vos te que-
dastes sentándo ...con las piernas jugan-
das!... Entónces ni dentré ni salí; pero a-
hora, ¡no voy á ser boba! Desde ahora
te lo digo, para que no te coja de susto:
en este casamiento, me he metido ... y
mirá: pienso meterme, ¡hasta aquí!...(La
señora señalaba por su barba) ¡Hasta a-
quí!... Sabés porqué? Porque es un mu-
chacho estupendo!... Porque no quiero que
mis hijas se queden solteronas, querien-
do á los perros y á los loros.. y odiando
al genero humano... ¡como tus hermanas!
...y... ¡porque me da la gana!...
Dijo y salió. Salió tambien Dn. Pacho, has-
ta la calle, resuelto á empuntar á donde
él se subia, al pretendiente; pero el pa-
jaro habia volado.
~~Pero que desde la ventana del escritorio, donde estaba, oyó todo, y ... de la embajada de — — —~~
Detrás de la pajara, que ... en-
terandó el porqué de ... de sus
señores padres, se escabulló para la ca-
lle, ... de Villakarina, á casa de
las Bermudez.

Al no encontrar á quien buscaba, tornó Dn.
Pacho al comedor y no presentándosele más
víctimas que ofrecer á su furor, que tras-
tos y comidas, tubo de hacer una heca-
tombe de losas y cristales. Hasta la gran
frutera — el mimo de Da. Barbara y el
centro de su mesa — fué sacrificada en
todo é trizos — q.
Da. Bárbara al ver el estrado del come-
dor, cual un campo de Zaragozas, con
tanta mortandad, vuela á los patios
interiores y vuelve con el hacha rajaleña.
— ¡Toma, Escandón! — le dice, ... dirigiéndose
á él ... con trágico ademán, y voz
temblona — Aquí te traigo la hacha q'
... leñero!.. Ve aquí en el repostero es-
tá la vajilla ... despues seguí con los
espejos, las bombas y las arañas ¡para
que despues acabes con nosotros de
una vez!... ¡Tomá ... que es mejor á ha-
chazos, como Daniel Escobar ... que no á
disgustos!...

22

~~Rodeado de sus dependientes, á quien es daba ordenes, recostado en su poltrona, engolosinado en las plumas de cigarros, estaba Dn. Pacho, dos dias despues, en el escritorio, de sus almacenes de "La Ca- lle del Comercio".~~
~~Despachada ... correspondencia, ...~~
... por terminada su tarea de ese dia,

~~[illegible]~~

Una semana había corrido, desde el anterior pleito conyugal y aún continuaba el enojo: de día, mutua negación de habla, de noche, a tres cuartas desapartados: D. Pacho, estirado en la orilla, vuelto á su lado, Dª Bárbara, hecha un ovillo, vuelta al rincón; Pepa había recibido una reprimenda de padre y señor mío y la orden terminante de volver en su vida a pisar casa alguna que oliera á Bermudez; pero ni del regaño y ni de la prohibición se dió por notificada, que antes regió la cosa con más fervor.

Bien se le alcanzaba á Dn Pacho, que su mujer le había estregado unas verdades tamañas y que el amoroso asunto de Pepa, llevaría los mismos hilos que llevaron los de sus otras hijas, máxime metiendo Dª Bárbara la mano en el partido; pues tampoco se le ocultaba que ella era muy mujer de cumplir lo que le prometió; pero por esto mismo cabalmente, pensaba no ceder ni pizca.

Y estaba tan encocorado que hasta de las cuatro niñas se retraía, no quedando en casa sino Pachito que siguiera gozando de las paternales contemplaciones.

Desde las siete, y después de la comidita vespertina, entró el señor; púsose el saco de dril, las chinelas y el gorro — señal evidente de que no pensaba salir en la noche — y retirose á su cuarto del zaguán, con el propósito de leer los periódicos de la quincena.

Apenas había principiado, cuando entró Pachito.

Era un caballero de ocho años, gordo, motoso con dos ojos que alumbraban y tan desparpajado y simpático que, apesar de la terrible muda de dientes, aún conservaba los encantos de angel endiablado.

—¡Hasta mañana papacito! — chilló el rapaz, entrando con todo el fragor de sus botas torcidas.

—¡Eh, hombre! — contestó el viejo; recostándolo sobre las piernas y pasándole la mano por el cabello. — Y tan temprano te vas á acostar?... Ya rezaste?

—Sí, papacito... el rosario ¡toito! y la oración á San Luis.

—Y fuiste hoy á la escuela?

—¡Hoy sí!... En esta semana y en la otra no he faltao ¡ni un dia!... No le dicho?

—Cuenta, pues!... Ya sabés que no te llevo al Poblado, los domingos, si faltás.

—¡Eh no vaya á ver, papacito!

—A ver qué tanto has adelantado en la lectura... léeme aquí — y le dió un periódico.

—¡En "La Justicia"? — Piss! exclamó el niño — En esa letra tan grandota, quién no lé?

—No es arriba; que eso lo sabés de memoria .... léeme aquí — y le señaló la sección de avisos.

Pachito, entre sonidos y silabeos, juntó: "Li-bre-ría - y - pa-pe-le-ría - de - Ma-nu-el - Jo-se - Al-varez —

—¡Papacito! — interrumpiendo la lectura — En la tienda dese señor es onde hay los libros, de animales y viejos!... Me tiene que comprar, oye, papacito!

—Así que leás bien de corrido, te compro.

—De aquí á un mes, papacito?

—Si de aquí á un mes, leés como yo... sí.

—Cuántas amanecidas faltan, papacito?

— ¡ No sabés cuántas, hombre!… Pues treinta y una.
— ¡ Treinta y una!… ¡ María santa… pues eso se-
rá di aquí á mil años!…
— Pero, no sabés contar?… No me dijiste que ya
estabas en clase de Aritmética?
— ¡ Eso qués tan trabajoso!… Lo qué más sé es
Conjetura y Ortografía…
— A ver: contá á ver que tanto sabés… Una… dos
… tres…
Pachito era un señor que sabía contar hasta
ciento.
Pacho 1º se encanta. Pacho 2º, sucpendido y, con
ese dengue de niño malicioso, se acerca á la ore-
ja de su padre y le secretea:
"Papacito, conténtese mañana con mamá.
— Que qué, hombre?
El niño vuelve más sugerrado:
"Que-se-contén-te-mañana-con-mamá:
El padre guardó silencio, y el hijito colgán-
dosele de la nuca, le reza en voz alta: con mu-
cho mimo:
— Sí, papacito… se tiene que contentar!… El
rosario es maluco sin usté… Pepa se equi-
voca en las letanías y Tina le tiene que so-
plar… No es cierto, papacito, qué soplar es malo?
En l'escuela regañan simo sopla…
— Sí es malo… — repone Dn. Pacho muy pensa-
tivo. Y quién te dijo que yo… estaba bravo con tu
mamá? Yo no estoy bravo nada…
— Sí, pué! No habré visto yo questan bravos!… Y
con Pepa también tá bravo… Pepa es boba papa-
cito: no sabe rezar letanías!… ¡ Mamaña se tiene
que contentar con ellas, papacito!
— Y vos sabés porque estoy bravo?
— Yo sé!… Tina me dijo.
— Por qué?

— Ajá!… Pues no sabe, pués?
— Porqué? desí á ber.
— Pues porque Jalita, qués novio de Pepa, le cha-
ba ai pusté.
— Y vos lo conosés?
— Ah!… El me quiere mucho, y me da medios!
— ¡ Tiene mucha platá, papacito!… Yo le di una
montonera!
— Y vos has ido á pedile á ese…? — en tono de regaño.
— ¡ No, papacito!. El me llama cuando está en las
quina… y me dá, sin yo desile.
— Y porqué no me habías contado?
— Mamá y Pepa… me dijieron que no le contara.
— ¡ No boltás á ir aunque te llame! ¡ Y ya sa-
bés: como boltás á resibirle otro medio á ese…
te quito el caballo y la montura!
— ¡ Yo no lo vuelvo hacer, papacito! — dice llo-
riqueando y luego se arrodilla:
¡ Papacito! ¡ deme, échemé pues la bendición!
Dióselas el padre, sellándola con el "pico cortao"
decostumbre, y el niño salió.
Mitad disgustado, mitad enternecido, quedó
Dn. Pacho con esta escena. Ah! maldito pre-
tendiente!… hasta á Pachito se la tenía me-
tida!… Ese Pachito iba á ser un pegado co-
mo su padre: dentro de una docena de años será
el primer comerciante de Medellín.
Ese mismo día había asistido D. Pacho á una
junta bancaria en la que, entre varios opiniones,
habían prevalecido la suya, sobre los puntos dis-
cutidos y arreglándose todo según sus consejos. Esto
triunfo, arreglado á los futuros de Pachito, lo en-
tusiasmó hasta hacerle olvidarse del noviazgo de la novia
de Bárbara y del proyecto de lectura.
Ana y su señor marido entraron á poco, y éste

que ya era tan querido de su suegro como an-
tes odiado, se quedó conversando con él, sobre
la política actual, materia en que se entendían
muy bien, por ser ambos conservadores de capa
de coro. El Dr. Núñez por arriba, el Dr. Núñez por
más arriba, pues á la sazón creían los tiem-
pos en que al patrón de Colombia, le soplaba
ba el Espíritu Santo.

Luego la emprendieron con "El Porvenir" de
Cartagena, haciendo cada comentario, que mal
año para la Hermenéutica Sagrada. Cosa de me-
dia columna llevarían leída Don Pacho cuando
golpearon en el portón, con toquido de blanco.
"Adelante", gritó el suegro, y el yerno salió á
recibir al visitante.

"El Señor Escandón está en casa? preguntaron su-
fatigadamente.

Sí señor. Siga Ud.

Chirridos de calzado nuevo se oyeron y un caba-
llero pechoncho, sombrero de copa y paraguas
en mano, (aunque no llovía) apareció en la puer-
ta é hizo una venia muy tiesa.

Don Pacho, sin moverse de su asiento, midió
al caballero de pies á cabeza, y con aire de
grandeza, preguntó luego que se hubo sentado.
"Qué quería Ud, amigo?

– Quería tratar con Ud. de un asunto muy se-
rio – respondió el interpelado con aplomo y [illegible]
– que no sea este el lugar...

¡Bueno, amigo! Qué misterioso viene Ud. Aquí pue-
de hablar como si estuviéramos solos.

– Pues se lo diré á Ud. sin rodeos, señor Escandón:
vengo en nombre de Martín Gula á solicitar de
Ud. la mano de la Sta. María Josefa, su hi-
ja.

Qué, qué? – bufa D. Pacho irguiéndose en la silla,
y dando un zapatazo.

El otro repitió palabra por palabra.
Don Pacho quedó aturdido. Tanto descaro tanta
frescura le desconcertaban.
"Quién es Ud? preguntó con cara de asco.
– Nolasco Mazuera, para servir á Ud.
– ¡No conozco!... ¡No conozco! – exclama con altanería.
– ¡Es muy natural, puesto que nos vemos por
primera vez.
– Pero es Ud el padre ó la madre de ese bergan-
te, ó qué demonios! para salir con ese dispara-
te! ? clama Don Pacho dando corcovos en la silla.
– En este momento soy todo lo que Ud. quiera,
porque soy embajador.
– De veras? Pues se va con su embajada al carajo!
– y dirigiéndose al yerno – Pero ve que mozo
tan atrevido!... Tan sereno!... Para darle unos
azotes á calzón bajo está bueno este! ¡Se
conoce que el pretendiente tiene ojo de mostrar
cuando te buscó á vos para embajador!
– Yo le diré á Ud. señor Escandón – explica él –
Gula quería más fuerza que una locomotora. Gala
se fué primero á la grande, y envió cerca de
Ud., al Dr. Puerta, su íntimo amigo de Ud., y Ud.
no atendió. Hoy...
– ¡Hoy te manda vos! – interrumpe Don Pacho, ponién-
dose en pié.
– ¡Precisamente! Porque sabe como Ud. y como to-
do el mundo, que lo que no alcanza Dios [illegible],
lo alcanza el Diablo.
– ¡Al Diablo te largás vos ahora mismo!... Pues
estamos buenos que cada cual de... (Váyase ca-
be) venga á pedir novias para cualquier Perico de
los palotes.
Mazuera permanece en su asiento, asegurando muy
satisfecho el paraguas y el sombrero.

¿Tendré que echarte á patadas? — clama Don Pa-
cho, con ánsia de cumplir la amenaza.
— Seguramente que no hará tal señor Escandón, re-
plica el mozo, modulando la voz. — Nobleza o-
bliga y además, en mi carácter de embajador,
soy inviolable, como Ud. muy bien lo sabe...
Sentiré profundamente, que no nos entendiéramos
en este asunto.
— ¡Que no nos entendiéramos! ¡Ja! ¡ja! — que rien-
do reirse — ¡Oigan esto!... ¡Esto sí es lo más embo-
llado que hay! ¿Con qué embajador mocho?
¿Eres casamentero de profesión ó qué carajo?
— Tanto como de profesión no, señor. Lo soy de oca-
sión y en este cumplo con un encargo de amistad,
muy pagado.
— ¡Pues ya está despachado!
— Antes de dar por terminado el negocio — dice Ma-
zuera sacando un papel — dígnese la bondad de
imponerse de esta carta.
— ¡No! ¡no! No quiero leer cartas de ese carajo!
— Esta carta no es de Gala, señor Escandón.
Es de la madre de él y dirigida á él. Léa-
la señor, que es muy conveniente — y le estira la carta.
— ¡No! ¡no! No acostumbro leer cartas ajenas.
— Pero vea Ud., señor Escandón, que queriéndo-
lo el dueño, es excesiva delicadeza en Ud...
— ¡Barajo, amigo! — repone Don Pacho, sorprendido
de la sutileza del otro — ¡Es Ud. peor que Chi-
tabas!... para cobrar no tendrá precio.
— Honor que Ud. me hace, inmerecido, más —
contestó el embajador ligeramente sonreído.
Dn. Pacho volvió á sentarse se quedó fijo en Mazuera.
Lo desenfadado de la embajada, aquella fle-
ma de cabecidura, nueva para Dn. Pacho
el terco de los tercos, despertó en él, no

obstante su impaciencia, algo como la cu-
riosidad de un artista que divisa otro de
estilo opuesto al suyo. Y por otra parte su
manía de embrollar al prójimo lo tentaba
á decirle á Mazuera, á más de insultar,
alguna cuchufleta que le ardiera. Por de pron-
to se le ocurrió, preguntarle con cáustica urbanidad:
¿Me decía Ud. caballero que es Mazuera?
— Sí, señor... ¡Un criado suyo.
— Pues debiera ser correa... según lo tiene de
gruesa...
— ¡Sorprende la penetración de Ud. señor Escan-
dón! — repone el estudiante con la mayor
naturalidad. Precisamente soy Correa por
mi madre, y el segundo apellido de mi
padre es Correa también.
— ¿Y es de "La Culata" caballero?
— ¡Las cogió Ud. al vuelo, señor! Soy de San
Cristobal, sí señor: paisano de los sombreros de
caña y de las aguacenas.
Estas cañas con aforros de flores se las tra-
gó muy satisfecho el viejo, pero no por esto
se aplacó.
— ¿Serás alguno azotacalles, sin oficio ni bene-
ficio?
— Beneficio ninguno, señor; pero oficio sí.
— ¿El de alcahuete?
— Estudiante... en lo que pueda servirle.
— ¡Muchas gracias! Ya se deja ver que tan-
to estudiarás, ¡intruso!
— Poco más, señor Escandón: doce horas
de día y cuatro de noche.
— ¡Barajo! Pero serás un pozo de sabiduría.
— Lejos de eso, señor: cualquiera puede
ahogarse en mi conocimientos...

¡Sabes lo que sos! Un cuero medroso.

—¿Con qué en quedamos de la carta?

—No quedamos en nada.

Era la tal obra de Mazuera, y en lo conducente de acuerdo con una verdadera de la madre de Gala, por la cual le daba el consentimiento para casarse; pero como tuviera sus ribetes de regaños; entre el Mentor y el Telémaco, acordaron escribir una que en lugar de regaños tuviera loas, para hacerla llegar, de cualquier modo, á manos de Dn Pacho.

No anduvo corto Mazuera: la madre se alegraba sobremanera de que el hijo, á su mayor edad, se casara y fuera hombre serio, á fin de manejar en debida forma, y á su vez, tener á quién legar la grande herencia que le tocaba. Igualmente se alegraba por la elección, pues poco más ó menos sabía quién por informes fidedignos, quién era la novia. Hubo su poco de encomios para las antioqueñas y otras cosas muy decidoras, y como Mazuera sabía muy bien que á achaques gramaticales y caligráficos no son las señoras las más enfermas, hubo de poner tal esmero en la ~~tal~~ supradicha carta, que nadie podía poner en duda su autenticidad.

Este documento debía presentarlo el Dr. Puerta, quien se había encariñado tanto con Martín, después de la cena, que se le ofreció que se le ofreció como representante y peticionario ante Dn Pacho que, como ya sabemos, era muy su amigo. Fracasado el padrinazgo del Dr., volvió la carta á manos del novio.

Mientras tanto, encontrándose tan determinados [illegible] que, fuera Mazuera, á ponerle el cascabel al gato ¡Valiente trabajo para Mazuera! El dió, inmediatamente, director y coartante; él haciendo el emisario ante un viejo tan soez como Don Pacho! No le dirían á él cosas que hubiera que replicar pronto, y que meter aleluyas y endrozainas. La idea de armar una buena pelotera con el viejo, le deslumbraba, y después de todo el papelón que iba á desempeñar, no podía ser más importante.

Martín tenía plena seguridad de que Pepa se ~~x~~ dejaría depositar, si fuere necesario, y el escándalo que el depósito habría de causar, en nada le mortificaba que antes bien le parecía azás romancesco y Lord-byroniano; pero Pepa le ~~había~~ declarado que, si tal sucedía, el matrimonio había de ser muy calladito y modesto, cual conviene á novia depositada. Por esta oscuridad sí no pasaba Galito. Casarse así, sin meter mucho ruido, sin que vieran ni nombraran á uno, sin que lo envidiaran, sin poder hacer ruido con las regalías á la novia, ni con los obsequios de amigos, ni parientes; casarse á la cinco de la mañana, como los artesanos, sin lucir los trajes, sin fiesta ... ni nada, era tanto como casarse á medias. Esto sí no, en sus días!

He aquí el empeño de Galito por conquistar al viejo.

I volvamos á la embajada.

Viendo Mazuera la obstinación del viejo en no ~~entender~~ leer la carta, quiso él mismo leerle el gran párrafo de la herencia de los cien mil pesos, con que pensaba encandilarlo como á muchacho. ~~En mucho principio~~ El que principia á leer y Dn Pacho que se acaba de volar.

—¡Salí de aquí, cuajo, ardiloso, vagamundo!

tramo. Dn. Pacho fuera de sí, y señalándole la puerta.

— Pero vea una cosa, señor — repone el cara de vaqueta — La señorita Pepa, consiente en el depósito...

¡Salí! o te echo á patadas! ... y le mandó una regla de guayacán que le tiró lejos el sombrero de copa: Mazuera, sorprendido, se agacha para alzarlo, y Dn. Pacho le mete una roz en las posaderas y el embajador se despatarra con todo y paraguas.

—¡Ojalá te hubieras quebrado el tracero!.. gran divino sinvergüenza, indecente! (y otras cosas nada limpias)

—: Ave María, señor — dice el otro levantándose. ¡Qué puntería tiene Ud en el casco!.. Ni el macho Rengifo de mi padre!

—¡Te estás burlando, maldito!, barbotó Dn. Pacho con ademán de tirarle el pisa-papel de bronce.

—¡En ancas me mata! y desocupa.

Vea joven que dejó el paraguas, dice el yerno de Dn. Pacho entre apenado y divertido.

Mazuera salió y al pasar por la ventana le dice: "Bueno pues, Dn. Pachito, lo convido á la boda de Martín Gala.

Y siguió calle arriba, sacudiéndose las prendas pateadas.

El medicó declaró que lo que de Filomena
fue nervios, y ella quedó muy pagada
con la declaratoria, pues ser nerviosa ~~era~~
le parecía ~~era~~ señal de delicadeza, ~~la~~ cualidad
que ~~se~~ por de pronto necesitaba mostrar.

El lunes siguiente dos días después del ataque de Fil. se verificó la posesión de
César en el almacén.

I muy perturbada que se vió Filomena al
ir imponiéndolo de todo, principalmente en
lo de libros, apuntes y papeles. El listo mu-
chacho difícilmente estuvo al cabo de precios,
artículos, facturas etc. etc., admirando la ba-
ratura de cada cosa. Cuando llegaron á la
cuestión prendas, sí fué la gran tapa.

— "Pues no ve César — dice ella en tono de lás-
tima luego que subieron al segundo Cosas de Agusto, que es tan... angurrio-
so... Vea como tiene de corotos y porquerías...
¡I eso que yo no me gusta!.. Pero qué hace
uno con la gente, cuando dan en la idea que
se les preste?...

— I con qué condiciones reciben prendas? — pre-
gunta el bogotano.

— Yo ni an sé bien... — contesta ella, pasando
por la mesa el plumero sacudidor, para disi-
mular unos colores que se le subían á las orejas —
Ni an sé, de veras... ¡ni por nada!... Ya, ai
le apunta á Agusto lo que me dice; pero ni
sé bien cuál el premio... Eso como qués, unas
veces más y otras menos... según...

César comprendió el embarazo de la tía, cogida
en flagrante delito de usura, y con mucha for-
malidad, se apresuró á replicar:

— Pues no, ala! Debes darle más importancia
á este negocio. En Bogotá una prendería es
una mina... De veras es un bonito negocio y que
sólo pueden hacer los que tengan con quibus...
I además se saca á mucha pobre de apuros.

La usurera sintió como si le pasaran un plu-
món de velutina por la cara; ¡Muchacho
más puesto en razón!

— ¡Ah sí! — repuso — Nosotros es muchos lo pro-
pres que-amos favorecidos!..! Si no fuera que
son tan desagradecidos!... Ai les da uno su
plata por cualquier vejez... que ni pa dos tra-
bajos después... con tanto chismes y guesos.
— Eso sucede siempre, ala: agradecimiento no
hay que esperarlo. Y alhajas valiosas no caen?
— Sí caen, una qui-otra vez...; pero ya se sa-
be: por un mundo de plata!... Voy á mostrarle al-
gunas que tenemos aquí... que nos se están muchas.
Y abrió una de las cajas y sacó un cofre de
camino que, al parecer pesaba bastante.
— Estas — dice, torciendo la llavecita — están ya
enjuiciadas, casi todas...; Eso es un trabajo
muy grande entenderse con las autoridades!
Vea: todo-esto junto ¡vale un dineral! pero
por separao, una qui-otra cosita vale-algo.
La prendera levantó la tapa y un relámpa-
go de oro, hizo parpadear al bogotano.
— ¡Ah caraiza! — exclama, deslumbrado de verdad —
¡Esto es una riqueza!
— ¡Mírela y vera! — le dice ella con profunda
satisfacción.
— Caracho!... Se necesita estar muy bien comido,
para mecerla!
— ¡Esto no vale nada! — repone Filomena, más
satisfecha aún, sobuyendo las manos en las
joyas — Casi todo es de cargazón... poco más ó me-
nos como lo que tenemos en la vidriera pa
la venta... No ve: casi todo es coral y vidrios:
lo que tenemos en la casa, ¡eso sí-es cosa
buena!... Mire esta cadena pa reló... si es
muy bonita (y la saca) Nos cuesta hasta
muy carísima!
— ¡Primorosa! y César la toma, le corre el

incelado pasador y la recoge en la mano, co-
mo calculando su peso.
— Le gusta? — pregunta Filomena con cierto aire-
cillo de inspiración.
— ¡Ya lo creo!... Es linda!
— Pues tengo mucho gusto en regalársela.
— Ah!... Nó, nó — murmura él haciéndose el
turbado — Muchísimas gracias... te estimo in-
finito; pero!...
— Pero qué? No puedo dar lo que-es muy mío?
— Ah, sí! Cómo nó?... pero me apena...; Un
regalo tan valioso!... no debo aceptarlo.
— Vea, César — dice la jamona, con solemni-
dad — si me desaira...; me enojo con Ud... to-
da la vida!
— ¡Ah, no, alita!... Si lo tomas á mal, te acep-
to el regalo...
— Pongásela! — y sin pensarlo, ella misma, se la
echó al cuello del mozo, experimentando al hacerlo,
cierto escalofrío de ventura.
¿Sería esa cadena la soga con que enlazara
al lindo sobrinito?
Este, al ver cómo colgaba, chaleco abajo, el
gordo cadenón, sintiose tan charro, que dió por
perdida su elegancia bogotana; mas como no
se ahogaba en poca agua, exclama entre serio
y sonreído:
— ¡Espérate un tantico!... No compliquemos los acon-
tecimientos!... Te recibo la cadena... á condición
de no usarla, porque...
— Ya muy fea, pues? — interrumpe ella medio corri-
da — U-es que no si-usa?... Pero ya veo á algunos
cachacos de cadena?... No se pondrán muchos por-
que no tienen...
— ¡No me he explicado todavía, alita! Esta ca-

dena es primorosa, de trabajo admirable, de muy fino gusto y es muy valiosa; pero para la misma que vale tanto, no es propio que un hombre pobre como yo, la lleve... Podrían creer que me la alquilaron, ó que no es mía ó que me la [illegible]!!

¡Ah! Es porque eres quizá cosa empeñada! No, César: esa cadena la compré hace tiempo, y comprada! dijo la tía, algo despechada. Me costó sesenta pesos!... Pero si ese...

César, turbado de veras, al ver el disgusto de la tía, replica:

"¡No es por eso, tiíta!... Aunque fuera empeñada...

¡Pues entonces es disculpa, porque esa herradura que tiene en la corbata, se ve que es de piedras finas y que vale mucho!... ¿y esa como si se la pone?

La lógica del reparo, aumentó la turbación de César, porque ese alfiler que nunca pudo usar ni empeñar en Bogotá, por razones que él se sabía, era dije más valioso que la cadena.

Y sacando el reloj, lo quitó del pendiente de doublé y lo engancha en la regalía.

— "¡Mira, pues! dice guardando el reloj. Mira que hago tu gusto!... Eres tan fina que me la haces pasar!..

Filomena clavó en él los ojos.

¡Ahora sí que estaba! Tan bien entrapado: el saco á la d'Orsay, aquel [illegible]; el chaleco escotado con blanco vivo de piqué blanco, la corbata abullonada, color de leche [illegible], los [illegible] que ni pintados; Y ese modo tan bonito tan formado de ponerse los pantalones? Pues y esa cosa para sacar ese pie de dama!

La [illegible] se extasiaba, saboreando el placer de haber contribuido con el propósito á realzar tanta beldad. Mas de pronto le vino una idea: Agusto y Mimí conocían la cadena, se la verían á César, sabían que ella se la habría regalado, y, como eran ¡á cuál más cavilosos! quién sabe qué pensarían.

"César!... le dice pasado un momento, cuando ya estuvieron abajo. Voy pensando que se puede la cadena por condescender... mejor será que la guarde. Tal vez si pueden creer, ¡tanto envidioso como hay! que es ajena.

— Lo que tú quieras, hija, responde él con voz voz meliflua, quitándose á la vez que el regalo un peso de encima.

Es primorosa! prosigue. ¡Ya que debo usarla, la guardaré siempre como un recuerdo, como una reliquia!... Es muy grato pensar que haya almas tan nobles como la tuya!

Filomena creyó oír un preludio de música celeste. Qué él a tenía un alma muy bella. César sí sabía valorar las cosas!

— Sí, César: es mejor que la guarde... pero mira... agregó, sacando algo del cofre — Estas mancornitas... son de poco valor y sí puede ponérselas, no valen más [illegible].

— ¡Me abrumas con tus finezas! exclama César, recibiendo las mancornas, que [illegible] sustituyeran las que llevaba.

Luego se quitó la herradura y dijo:

"Si no fuera un recuerdo de un amigo tan noble como tú ¡con cuánto gusto correspondería á tus finezas con este alfiler! Mira qué lindo es

— ¡Yo no lo hago por interés! dice ella exa-

mirando la herradura. —¡La hago por cariño!
—¡Ya lo creo! —contestó con una efusión tan pro-
fé— Sería feliz si de algún modo pudiera pa-
garte con algo más que mi gratitud y mi propen-
da estimación.
Los compradores interrumpieron el coloquio. ¡A
malas! Precisamente cuando Filomena tenía en
la punta de la lengua una contesta tan lin-
da y tan a pelo.
Se contó pegimí hasta horas de ir al almuerzo.
Como en la calle volviese el tabrico con sus
palabras de reconocimiento, Filomena le dijo:
—Pues mí, César: he persuadido que comía y tra-
mos hasta los dos todo se pega... pues ¿y con el traba-
jo? No le digo que yo no soy partidaria casas de
tienda... Si hasta me choca mucho que las se-
ñoras nos metamos en tiendas de comercio, por-
que aquí no vende la señora como en la Costa y
en Bogotá, según me contó doña Chepa.
—¡Ah sí! En Barranquilla y Cartagena, todas las
señoras venden! Y en Bogotá hay mucha señora
comerciante.
—Sí Señor así es; pero yo siento mucha repug-
nancia en estar vendiendo todo el día.... Y sobretodo
nosotras somos seres nosotros pensamos también en
otras cosas, aunque no tuviera tal tienda. Lo
que más necesito ahora que Agustín está así, es
una persona como Ud., que me acompañe, que
me... (carraspeó un poco) que me comunique y
con quien hablar. Soy tan solita! Agustín tan
triste, las muchachas... ¡tan bobi-
tas, las pobres!... Usted va a ser mi consuelo,
César. ¡Me parece que nos entendemos muy bien
y ojalá a mi platón le pudiera servir! Usted!
¡Me alivias luego! —Y le repitió: jamás podré

pagarte, jamás!
—Usted es muy joven, César y con eso hay
—¡Será muy bueno, ya que empeñas! —en tono de
dulce reconvención. Pero no me ... no me tra-
tes de "Usted"... Parece que me tuvieras respeto o
que fuera un extraño para ti! Trátame siempre
de tú, como lo hago yo contigo, como se deben tra-
tar los amigos.
—¡Acaso estoy enseñada a ese cuento de tú!...
—Pues enséñate, replicó él con la sonrisa que
usa cuando estaba de gorja. Enséñate, que el
Usted ese, sí me lo cambias."

Tío Agustín continuaba trancado, y cuando necesi-
taba algo, daba golpes, a los cuales acudía Mercé,
sin que él pronunciara más palabras que las pura-
mente necesarias.
Durmiendo a veces un sueño fatigoso, en pleno día;
insomne casi siempre, por las noches; cerradas ven-
tanas y puertas, ni cuenta se daba el pobre señor
de cuántas y cuáles horas corrían.
Las ideas de venganza, los arrechuchos de ra-
bia, habíanse ido perdiendo en el marasmo de esa
tristeza que le llenaba el alma. Y de su fondo
tenebroso, se alzaba a toda hora, el sentimiento
de su propia humillación, de su nada ante sí
propio. Bastábale esto para estar como estaba.
Él había ~~vivido~~ por ella y para ella, por ella ya le
fuera grata la vida, porque fuera de ella nada ha-
bía nada. Mas hete aquí que

to, todo él se encuentra bajo y enorquecido [?], y las alas del alma se le caen, y los resortes se le aflojan y siente que se hunde, que se hunde, y que se asfixia.
¡Desgraciado de tí Agustín Alzate!... ¡Tanto se ha estado en cuitas y ocupaciones y no hay [?] sujeto que los busca! ¡Tantas dudas y penas tantas... para nada!
Porque Agusto se daba por acabado: su decaimiento es tal, que ni piensa si podrá salir de ese estado y rehabilitarse. ¡Ni como había de pensarlo! ¿Quién ó qué podría sacarlo?

Varias veces le pasó por el embotado cerebro, la idea de abandonar á la ingrata Medellín; ¿pero á qué cambiar de domicilio y vecindad si á cualquier á donde fuera, siempre estaría así? El desaliento llegó á ser completo y Agusto se entregó de lleno á su propio dolor.

Tampoco en salud física las tenía todas consigo: sin padecer grandes dolores, no le faltaban pequeños de cabeza, acedías, trasudores y fatigas, cuándo un peso en el estómago y ansias de vomitar, amén de todas las quisquillas y desfiguras [?] de los nervios, que en su persona jugaban al machete, de puro alborotados.
El cigarro, ese remedio universal, que si no cura alivia, al menos, toda pena, el cigarro ese amigo de los tristes, no lo era de Agustín. Agustín no tenía noticia de que la lectura fuera cosa para distraer espíritus enfermos. No obstante, entre las muchas cosas [illegible] que, en esos días de continuo pensar, recordó, fué una el libro de "Los Doce Pares de Francia", único que, por ejercitarse en lectura, conociera en su vida fuera del Catón de San Casiano y de la Citolegia, — y lo recordó como cosa muy bonita y entretenedora; pero tampoco trató de conseguirlo, porque no estaba tampoco para buscar ilusorios consuelos. ¿Su pena tenía acaso redención?
¡Vaya con un triste más odioso!
Todo se le iba en pasearse por el cuarto y, en los ratos de mayor desfallecimiento, en estirarse en la cama, en permanecer horas enteras en una silla, sin poder gozar ni de la hamaca, ni de las mecedoras, porque el vaivén le mareaba.
Los buenos platos que antes fueran sus delicias, ni olerlos podía ahora, con la desgana, apeteciendo sólo comidas ligeras y bebidas refrescantes.

Estaba, como quien dice, obstruido.
En aquella cabezota, en que bregaban, como gusanos de cosecha, las tristes tonterías de su pensamiento no alzaba el vuelo ni siquiera una mariposilla, ¡ni aún la blanca de las coles! ¿Qué había de volar, si Agustín Alzate, fuera de aritmética de vinto [?], de comercio, no tenía moralmente hablando idea de nada? Agusto no sabía el Catecismo. Agusto, si alguna vez rezó el Padre Nuestro ú otras oraciones, ni ahora, ni entonces les encontraba aplicación, ni penetraba su sentido, siendo, en lo que á Religión respecta, incapaz, literalmente incapaz de sacramentos.
Ni lo que por fe se entiende en el sentido del vulgo, existía en él.
Era, pues, un pobre de espíritu de la mera calidad [?], un fetiquista. ¡Y qué fetiche adoraba! El terrible Yo.
Lo que era por este lado; mi esperanza de

levantarse.

Para algunos, el vicio es un gran dinamo y que los empuja en la vida á tantas cosas, que es parte á encontrarla grata y qué sé yo...

Agusto, no señor, ¿Qué vicios iba á tener un hombre tan formal, citado en Medellín como un muestrario de consagraciones, [illegible] al trabajo, de [illegible]? ¿Quién en su vida agarró un taco, ni una baraja?, ¿Quién iría de su casa al almacén y del almacén á su casa? ¿Quién no probó el trago?

¿Y por el lado del Corazón? Ya sabemos que no se habría casado porque rica, hermosa y copetuda y muchachita, como él quería, no topó la que lo quisiera; ya sabemos que á falta de una mujer digna de su amor, Agustín se la pasó queriéndose á sí mismo, lleno, requintado el máximo de satisfacciones.

Cierto que por Filomena había experimentado ese sentimiento de compañerismo, que tenía bastante de perdido interés, un poco de admiración y algún respeto de cariño; pero en la actual crisis, Filomena era para él casi ser horrible: ella que, ~~al principio de su desgracia, había hecho tanta~~ que tantas alharacas había hecho al principio de su desgracia, había acabado por arrastrársela, por insultarlo.

Estaba, pues, en el gremio de Palmas y Bengala.

María y Nieves siempre habían sido para él cosas en los tiempos felices, y ahora, en su desgracia, no se le ocurrió elevarlas á la categoría de personas, y eso que Nieves era la única que parecía tocada de los sufrimientos de Agusto; pero este mismo sentimiento, expresado con la candidez de Nieves, huía tanto al enfermo, como las

groserías de Filomena.

—Vea, hermano —le dijo Nieves oyéndole una vez desesperado—, ofrézcale á mi Dios todas sus penas. En un sermón de los ejercicios, dijo el P. Céspedes que á mi Dios le debe ofrecer uno todo lo que padezca... y que esto que es hasta mejor que rezar... Ya ve que á mi Dios también le dieron rejo los judíos y...

¡Quítate de aquí, mujer, no me vengáis á molestar! —[illegible] Agusto, adolorido.

De perlas estaba él para estas oblaciones.

Agusto no tenía ni un amigo, ni perro, ni caballo, ni siquiera gato á quién querer. En cuanto á César... ¡que no se lo mentaran!

¡Vaya con un desengañado más raro!

Ni tendía al cielo como Carlos V, ni al abismo como el conde Manfredo, ni se estaba quedo como el otro, ni echaba por la calle del medio como tantos, sino que se empeñó bien emperrado, comiéndose de [illegible].

El [illegible] del corazón, de suyo tan árido, acabóse de secar con los despechos y en ese cerebro hueco, la imaginación se alzó del mundo. ¡Y qué imágenes tan tristes, tan salvajes, tan grotescas trazaba siempre!

Cuando por rara vez, saliéndose del círculo negro, se daba á fantasear en otras cosas, como arreglos de la tienda y adornos para la casa, por ejemplo, no podía ni escapar de la fatal influencia: combinaba una sarta de pañuelos con [illegible] [illegible] y [illegible]; pero aquello tenía apariencia de los colores chillones, algo fúnebre á manera de sala arreglada para velar á un muerto. Un juego de sala [illegible] de [illegible], un [illegible] de [illegible] pintados, que tenía en proyecto para [illegible].

de la sala y que debió ir en la mesa central, se
le aparecía ahora altísimo, puntiagudo, se-
mejando en eso como cosa de catafalco. Si se
fijaba en las oleografías que decoraban su
cuarto resultaba que aquellos frailes tan di-
vertidos que paladeaban sendas copas de lo
añejo, se reían de Agustín, se cachondeaban; y
luego aquel rey de Italia, aquel Humberto
tan campante, allá en su marco dorado, so-
bre una cómoda, ¿no era Bengala presentándose
dos?

Agustín ordenó á Nieves que le taparan esos
viejos, y sólo la reina Margarita, con su som-
brero emplumado se escapó del tapujo.

Aunque este estado mental tenía en Agustín
más de morboso que de lucha moral, aun-
que la imaginación hacía de las suyas, no
era posible que, en este dar y cabar, en es-
ta rumiación continuada, la inteligencia deja-
ra de robustecerse y musculanse un poco.

Y así fué: apesar de ser tan bruto, tío Agus-
tín, se decía, á su modo, que su dolor no tenía
nada de grande, en lo que á la pela tocaba;
y que, por ende, esa pena no podía ennoblecer-
lo, ni él le encontraría encima de ojo dulce
que penas de otra clase, tienen que tener de
precisión.

Con tales razones era no perder mas tiempo en
dolor de tan poco monta. Pues no: Agustín
se acordaba de lo que antes y la agonía y eran
[illegible].

De un lado, sentía lo que puede sentir el negó-
ciante, después de ser vencido por otro negocio más po-
te, se achica del rebaño, cabizbajo y enfurruñado;
algo de la tristeza del pavo real, cuando se ve

desplumado y cabizcocho. De otro lado, en lo
que toca al hombre que vivió grande, grande,
así como suena — sentía... no se sabe qué. Un pa-
pa un santo, que de pronto apostatara, que con-
templara en su alma el estrago, la nada de
la duda, que viera arrasadas las basílicas, aca-
bado el cuerpo de la Iglesia... aunque sea
mucho decir, tal vez sea poco para pintar
lo que Agustín Alzate sentía ahora de sí
mismo. Eso era como si un Dios se volviese
ateo.

Vayan viendo si tendría rejo de salir de tal
barranca.

A Cesar á quien Filomena informó de todo,
le parecía muy puesto en razón el que tío
Agustín se suicidase, como que lo creía pa-
ra el caso que ni pintado.

Pero esto sí que fué lo que no se le ocurrió á
tío Agustín. Es que para cometer esta cobardía
se ha menester tanto valor!

Tanto el sobrino como Filomena insistían en que
viniera un médico, y Agustín renuente. Para
qué? Un doctor le vería unas cosas... y dicen
que lo médico de todo quisiera que se les dé
cuenta y razón, y Agustín no estaba para darle
explicaciones á nadie. Que no le tocaran esas cosas!

Y aguantaba sin rechistar, pero eso sí, á medida que
el tiempo corría, aquello se iba recrudeciendo
y extremándose que daba miedo.

Lo que le pasaba ¡imposible definirlo!
A veces se iba creciendo, creciendo hasta que era
enorme con una tolumba, que se salía de la
cama, ocupando parte no pequeña del cuarto,
que ya ya tocaba el cielo raso, y cuando me-
nos pensaba catate que la mole reducía

se á unas migajas de persona que luego se deshi-
ban y se perdían entre las mantas. Lo dominá
en extrapleirul era su propia cabeza que saltaba
en pedazos, como bomba de dinamita. Después
lo dominó que se quitaba quietos, con los oídos
con algodones, porque si se movía ó oía ruí-
dos, era el fragor del mundo que venía abajo.
Si algo ensayaba parecido á latigo, ¡santo Dios!...
como si Bengala volviera á las andadas y ahí
venían los trasudores fríos y congojosos.

Nieves, que acertó á verlo en estos trances,
salió llorando á moza tendida, y no hubo sino lla-
mar el médico; pero D. Agustín se trancó,
y por más que le golpearon, no poder termina
ra que abriera. El socorro venía de Filomena,
y de mano de esa perversa no quería ni la postra
comprada.

Y el señor acabando llamaba á Nieves y la ha-
cía estar allí horas enteras. Sentía miedo á
la obscuridad, y las velas se le figuraban velorio.
Ordenó que Nieves durmiera en la tranquera cer-
ca á su cama y el asistente en el zaguán por
si algo necesitaba.

Días hacía que todo ese cúmulo de trastor-
nos, de impresiones nerviosas cerebrales, se determi-
naban por un fenómeno constante, y que, aun-
que tenía sus variantes, en sí era el mismo.
Ello era que de las extremidades, principia-
ba á escarabajearle, por todas las carnes, hilos
sutilísimos, á manera de patas de un reptil gi-
gante, las cuales patas se multiplicaban alargán-
dose en desesperantes cosquilleos y luego convergían
al estómago, donde formaban, como quien dice,
la panza de una araña. El estirarse y moverse
de las patas esas, duraba más ó menos, y de

pronto, todas á una, se recogían se encorujaban
en uno como envoltorio. La tensión y apretamien-
to que esto producía en el paciente, le ha-
cía retorcerse de desespero sin que acertase á
definir si era dolor ó no era dolor. Luego la
cosa esa se movía é iba subiendo, subiendo has-
ta el pecho donde apretaba á más y mejor.
Agustín se atragaba; abría bien la boca para
recoger aire; pero el embrujado tarugo se le a-
trangantaba garganta abajo, y el pobre señor se
asía de los muebles ó se desplomaba chapaleando.

Tal horror llegó á cogerle á esto que, una
noche, á la hora del refresco, cuando todos es-
taban en el comedor, no pudo más con sus pun-
tillos, y antes lo postraron se disparó comedor
adentro, produciendo un sonido como cosa de
címbalo. Al llegar á la rodilla del comedor cae.

Aterrados corren á alzarlo y tanto chilla-
ron las señoras y tanto tiraron del enfermo
que en un tris le desgarran en cueros.
¡"Es una apoplejía fulminante! gritó César.
¡Voy por un médico!
¡El uno primero!... ¡El cura! chilla Nieves.
Fuese por el frío de la noche ó por la bata-
hola, el atacado pudo respirar al fin.
¡Me muero! exclama, presa de mortal an-
gustia.
Y como si á la vez reconviniese é implora-
se favor, fijos en la parentela los alterados
ojos y boca á exclamar:
"¡Me muero, hermana!... ¡Me muero... por
Dios!
A propia hora comenzó la palinodia.

Cosa de un mes ha corrido. César, sin emval- pero que se le atranque, siente asfixia, como el tís.

Medellín le parece el más concentrado emporio de la gente sosa. ¡Hombres más pecatos, más patanes y dorrejos que los de Antioquia! Las mujeres no las conoce sino de vista; pero por encima bien comprende que, si acaso tienen alma, es de vaca. Ha visto algunas bellas, pero con la belleza boba de los santos de papel. Sus conocidos de Bogotá, los ha hallado fríos, egoístas, antipáticos; ha desplegado con ellos toda su amabilidad... y como si arara en el mar.

Se pasma, pensando cómo pueden vivir las gentes por acá, sin morirse de tedio: ni un baile, ni una tertulia, ni un paseo, ni una visita de sociedad, ni la más mínima invitación. ¡Probablemente que tendrá que volverse á Bogotá, sin haber lucido los guantes!

¡Los casinos... El Edén! ¡Bah! ¡Cosa más atroz! Cuatro viejos tacaños, baraja en mano, peleándose por un real, ó una docena de mocetones mozos pegados del tiro, á quienes les parece que ponen una pica en Flandes, si tumban un palo. ¡Tierra más infeliz! Los ricos de por aquí, dizque á morir todos de [illegible]. Y eso que todos, á cual de todos tenía más ancha la bija aguardientera.

Pero el principal encono de César contra, era por no haber encontrado todavía, una amiga y generosa, de corazón sensible, como esas que en su tierra abundan. ¡Las amigas de aquí! ¿Qué tierra sería esta Medellín? O esto era una sa-

cristía en figura de pueblo, ó á la gente, en vez de sangre, les debía circular aguamasa por las venas. ¡Ah! ¡cabal! El maíz era el todo: hombres que lo comían y lo bebían, día y noche, tenían que volverse gallinas y bueyes de carga. ¡Ah caracho!... Si al más travieso de los cachaquitos de por acá, se le podía rezar salves como á San Luis Gonzaga. Ya se veía: con esto de pasarse todos en las iglesias lamiendo ladrillo, como beatas solteronas... ¡Estos zagaletes eran más [illegible] que los de Bogotá cuando era Santa Fe!

¡Sus tíos!... ¡Válgale Dios con los tíos! Lo que era ricos, sí señor, ¡muy ricos!... pero á ilo rico piracero: ¡como si no lo fueran! ¡De tío, sí estaba armado! ¿Poquitos era guerra que le había dado? ¿Pues no tuvo que irlo á llevar al Cucaracho, á ver si temperando, dejaba los histéricos de mujer loca?

Afortunadamente que la marcha fué de noche, que si no César se hubiera muerto de vergüenza, con la fermeza que pusieron. Figúrese usted ese tal cachacho llevando de cabestro á tío Agustín, hecho un tembleque, y seguido de Nieves, que iba más ahorcada!... aficionada de las orquetas del galápago, porque le parecía que la yegua tosa que montaba iba á tumbarla. ¿Pues y lo que sobrino tuvo que lidiar, ayudando á Filomena á convencer al viejorro, que no quería irse?

¿Y Filomena? Como sus hermanos de Bogotá, poco la conocían, César ni tenía idea alguna anticipada sobre ella. No obstante, comprendió desde luego, que con él era muy otra que con los demás.

Qué él tenía el arte de robar corazones, ¡tiempos hacía que lo sabía! Mas esos mimos de cariños y finezas de tía Filomena no dejaron de intrigarlo al principio, determinando, al fin y al cabo, que todo era muy lógico y natural, tratándose de persona tan atractiva y seductora, al par que tan aporfumada, como el hijo de su madre. Siendo así ¿qué más tenía la tía q' entregarse á discreción, como lo había hecho?

El busilis del cuento, estaba, *horita*, en ver como se explotaba la situación y cuanto antes, porque lo que era permanecer César en Medellín, arriba de tres meses, ¡ni porque lo matáran! I sobretodo: el destino le apestaba. ¿El, metido todo el día tras un mostrador, menudeando fideos y jabón de pino, midiendo trapillos?

Por ser que Filomena, trataba siempre de endulzarle la faena, ya escanciándole una copa de los vinos generosos, que en la tienda se vendían; ya brindándolo con una cajita de galletas, que para el caso abría; ó bien enviándolo al Edén á que se diera sus baños, y todo con miel de exquisito cariño. Lo que tiene es que el César tan acostumbrado al tributo, poco más agradecía.

La amartelada señora, iba llevando el asunto con sumo tiento, y aunque con el trato continuo y la compañía de César sus anhelos amorosos se acendraban más y más, no se dejó llevar del corazón, poniendo atenta oída á la lógica. I á tanto llegó en esto que, apesar de fascinación que experimentaba con la presencia del joven, todas las tardes, después de comida, le decía al

ya así: "¡No César; vestite y andate á pasear con los amigos, pa que veás las muchachas". I casi lo echaba.

Como se ve, quería complacerlo hasta en lo del luteó. Era de oirla con aquello de: "Vos tenés razón" "Esto es pa tí" "Con tú no hay quién se aburra", y otros tiros de la laya.

Cuando estaba con él, era un magnetismo, apenas sola, le acometían tristezas y desconfianzas, que á menudo acababan en lloriqueos.

Al los principios, César volvía del paseo, á prima noche; pero gradualmente los fué prolongando hasta las nueve, y vez hubo que se estuviera en la calle hasta las diez muy corridas.

Con tales ausencias y tardanzas, pasaba Filomena cada agonía, que quieras que no, el ojo siempre venía á quedar como tomate. Pero ni una palabra que diera á enojo, ¡ni á curiosidad indiscreta, ni á fiscalización; que tal! César la encontraba siempre sin acostarse, más afable y complaciente si cabe. El manifestaba mucha pena por estas esperas, y la instaba á que se *acostara* á la hora de siempre, y ella objetaba: ¡Me da mucha pensión! ¡I podés necitar algo y venir sin merendar...! ¡y los criados son tan chambones pa todo...! I también me da miedo que te enfermés, con este sereno di-aquí; ¡qués tan malo pa los forasteros!

César le daba bromas por estos temores; pero ni él venía temprano, ni ella se metía en cama, por lo cual tenían, antes de acostarse y casi en el comedor, su rato de parlamento.

Esta vida, tan nueva para Filomena, estos trasnochos, la traían enervada y perezosa. El comercio y los negocios los iba llevando á ma-

no poder, pues aunque en la tienda estaba con Cesar, el trajín y la actividad le eran engorrosas. Aún en la casa, le era importuna la presencia de Mina, única que alternaba en el palique con el bogotano.

Cuando la salida de Agustín al Cucaracha, quiso Filomena que fuese Mina la que lo acompañase; pero él determinó que había de ser Nieves y de ahí no lo sacaron; quiso entonces Filomena que Mina fuera también, alegando que ambas necesitaban temperar; pero Agustín no la quiso por compañera y Mina se quedó.

Filomena, tan contrariada esta vez, estuvo tan sumamente prudente, que bien á las claras se vió cuán de veras se iba haciendo delicadilla y suave de genio.

Como con tío Agustín se fuera la cocinera y Bernabela, que pasó unida en casa, quedaron servidos por el fámulo solamente, el cual famulo traía la comida de un hotel. Cambio fué éste muy propicio á Filomena, en su propósito de regalar á Cesar por el lado bucólico. Pero lo que fué la soledad de los dos, tan apetecida por ella, ¿cómo, estando en casa la [illegible]na de Bernabela?

Con todo, la enamorada sacó partido de la situación, rogando á Cesar que no se estuviera hasta muy tarde en la calle, porque como estaban "¡tan nerviosas... por la situación del ¡pobre Agustín!" les daba miedo "de quedarse como dos ánimas solas en aquella casa!"... y el muchachito estuvo tan formal que á las ocho y media ya estaba de vuelta.

Hacía algunos días que ella notaba que él iba perdiendo los tintes de durazno maduro que trajera de Bogotá, que enflaquecía, que no comía como antes, por lo cual lo amonestaba á que se cuidase mucho, sobretodo de recibir ese sereno de Medellín "qués lo pior qui-hay", pronosticándole que iba á enfermar.

El mozo sostenía (pero nó á pie juntillas) que gozaba de cabal salud, como el frío amor de la jamona lo deseaba; pero hoy me duele la cabeza, mañana no paso bocado, pasado me "siento muy feo", día llegó en sintiéndose muy mal, hubo de tomar la cama.

"¡No te lo decía! machacaba ella. ¡Es pa que no creás!... ¡Esa era visto! Desde que yo vi á mi compadre ... metido de noche en ese lodo podrido qui hay pu'ai en las calles!.... dije: ¡"Mi compadre es muerto!"

Por fortuna que Cesar, antes de postrarse, había ido á consultar sus achaques con un médico, y el tál médico anduvo tan acertado, que al momentico le conoció el mal. Era reumatismo.

¡"Fíjiese rematé! — dijo Filomena ¡Achaquito que no se la perdona á ningún muchacho!... Lo mismito que padecieron los hermanitos de mi tía Chepa ... de lo que padeció Agustín ahora años ... y todos los muchachos!

Cesar que se encama y Filomena que se constituye enfermera. ¡Adiós tienda y prendería! No valieron las protestas del reumático, sobre la poca monta del mal, sobre los perjuicios que iba á sufrir la enfermera.

El día y parte de la noche, lo pasaba la señora, orillita de la cama y ni una tre-

mana de la Caridad, ni una madre con su
hijo, estaría más ternura.

César, como ya dijimos, andaba escasi-
llo de ropa interior, pues al momento su do-
cena de cada pieza y todo con su marca de
hilo colorado. Tal receta se mandaba, pues
al pie de la letra, pasando todo por la vis-
ta de Filomena. Ella se apersonó en la coci-
na, y tisanas, alimentos, baños, salían co-
mo sacados á pulso. Las cremas, espiroletas
y sopitas que ella elaboraba para su enfer-
mito, eran para engolosinar á un muerto.

I el niño y los extremos?

Belarmina, atisaba, comparaba....

"¡Estoy apenadísima contigo! díjole una vez el
enfermo á la enfermera. Por mí te perjudicas,
por mí cierras el almacen... vete hoy, hija,
á la venta, Estoy muy bien!

—No, mijo, primero está la salú que todo!

—¡De rodillas no te pago!... Pero te perjui-
dicas...

—¡Déjate de cuentos, ole, que no hay tal
perjuicio!... I mas que lo hubiera... acaso
stamos de limosna!... Pa eso sirve la pla-
ta, mi querido, pa no esclavitase uno!
Pero tú te esclavizas por bondad!...

—¿No lo creas!... Cuando hay cariño... no hay
esclavitú... No ves con cuánto gusto lo hago todo?

—Bien lo sé, hija!... y me lleno de gratitud
pero por eso mismo me apena... porque yo no
merezco....

¿Entónces, quién pues? —preguntó ella con
la zalamería más maldita.

César no contestó: las cosas de su tía le confun-
dían, lo afligían.

Aunque la enfermedad no fuera cosa de
correr por los oleos, hubo un dia en que le
saron se quejó muchísimo, y Filomena creyó per-
dido el muchacho, pensando que el reumatis-
mo se le iba á subir al corazón.

No hubo tal. A los diez y siete dias pudo
César levantarse. Ese dia fué la prendera al
almacen, fué al comercio á verificar algu-
nos pagos; pero pronto estuvo en la casa.

¡...dinero aquí; para bonito le serviría! Si
él pudiera soportar medio año seguido de esta
vida, se casaba con una rica; pero la sola
idea de la espera le reventaba.

La iba á tener muy tremenda con tia Fi-
lomena... y sin remedio!

Preparando estaba las cartas y lazos que ten-
dría que meterle, para paliar lo que ella po-
dría llamar tolada de pintet sin palabra, cuan-
do, sin más ni más, se le vino el recuerdo de
aquella su amiga de Bogotá, la vieja de
la tienda á quien dejó en la tinajería. Esto
fué una revelación. Sí, señor: la manera co-
mo Filomena lo quería, papuchaba las regalías,
el dinero, todo... igualito á la vieja aquella!
Exacto!.. Ahoritica se explicaba la manía de Fi-
lomena de mantener los ojos clavados en él.
I el paletús?.. Ah caracho!

Ahora sí que era cierto que se iba, aunque
fuera en silleta... eso faltaba mas!...

enfermo á la enfermera. — Por mí tú perjudicas, por mí cierras el almacén... ustéd hoy, vieja, á la ventá... ¡Estoy muy bien!

— No, mijo, primero está la salú que todo!

— ¡De rodillas no te pago!... Pero su perjuicio...

— ¡Déjate de cuentos, ole, que no hay tal perjuicio!... I mas que lu hubiera... acaso estámos de limosna!... Pa eso sirve la platá, mi querido, pa no esclavitáse uno!

— Pero tú te esclavizas por bondad!...

— ¡No la creás!... Cuando hay cariño... no hay esclavitú... No ves con cuánto gusto lu hago todo!

— ¡Bien lo veo, tiíta!... y me lleno de gratitud... pero por eso mismo me apeno... porque yo no merezco...

— ¡Entónces, quién pues? — preguntá ella con la galantería más inaudita.

César no contestó: las cosas de su tia le confundían, lo apocaban.

Temerosa Filomena de que César se le aburriese, lo apremiaba á preguntas sobre el particular y nunca dejó él de manifestarle mucho acomodo y mayor contento, llegando hasta mostrar calor en sus mentiras, porque no siempre se daba ella por convencida.

Pero el aburrimiento, que crecía diariamente, se arreció tánto con la enfermedad, que César se decidió al fin á cantár de plano en claro, y á obrar en consecuencia, no esperando sinó á ponerse bueno para marcharse.

¡Qué protección de los tios ni qué nada!

Fuera Antioquia nara mala! Si acaso conseguía dinero aquí para tanto le serviá! Si él pudiera soportár medio año seguido de esta vida, se casaba con una rica; pero la sola idea de la espera le reventaba.

La iba á tener muy tremenda con tia Filomena... y sin remedio!

Preparando estaba las cartas y lazos que tendría que meterle, para paliar lo que ella podría llamar dolada de pintet sin palabra, cuando, sin más ni más, se le vino el recuerdo de aquella su amiga de Bogotá — la vieja de la tienda á quien dejó en la limpia. Esto fué una revelación. Sí, señor: la manera como Filomena le quería, papacayos, las regalías, el dinero, todo... igualito á la vieja aquella! Exacto!... Horitá se explicaba la manía de Filomena de mantener los ojos clavados en él. I el paletús?... Ah carrizo!

Ahora sí que era cierto que se iba, aunque fuera en silleta... no faltaba más!...

Pues no, señor; tal idea podría ocurrírsele á
otro que César: ¡No se iba ya, mejor dicho
aplazaba el viaje... Y á ver qué se hacía!
¡Aquí del talento de César Pinto!
Tía Filomena... se prestaría desde luego, á
todos los enredos que él quisiera, con tal
que fueran amorosos... de eso, bien segura
estaba. Esto... sería explotar la mina por al-
gún tiempo... como quien dice, tomarla en a-
rrendamiento... ¡Muy bien! Pero todo arrenda-
miento algún día se acaba... Pues entonces
hacerse á la mina de una vez, ¡y negocio
redondo! No había que darle más vueltas.
En Bogotá... algo de música le pondrían al
cuento algunos, por la pegada que estaba de
años, como había pasado con otras... pero al
otro día ¿quién se había de acordar?... Si la sa-
bía claro, como la vieja aquella... ahí le
darían pataleos y rabietas, que él se las cu-
raría como á la otra... Estando ella tan anto-
jada de Bogotá, la cosa venía que ni bus-
cada de intento.
No había remedio: César se calavereaba.
El noble joven se sintió rico desde este ins-
tante, y, aspirando los perfumes de París, pal-
pando la realización de sus sublimes ideales,
se durmió á pesar de su dolencia — porque
estas glorias pasaban de noche.
¡Convergiendo con Filomena en el mismo punto!
¡Y luego dudan algunos que al cielo se pueda
ir por muchos caminos.
La absorción que tomaba á la tía cuando es-
taba con el sobrino, no era para que ella echa-
se largos párrafos. Así que en las pláticas de
entrambos, Filomena apenas replicaba, fijos en

aquella cara, que á cada momento encontraba
más divina, en esa gesticulación tan hechicera;
y como arrullada por esa voz, ni cuenta se
daba ni de las ideas emitidas por César, ni
del giro de la conversación, todo lo cual
daba lugar á contestaciones y réplicas tan dis-
paratadas y fuera de texto, que ni para las
burletas y risas de ambos.
Pero luego que César tomó la resolución de mar-
rras, la cosa cambió.
Desde las siete de la mañana, del siguien-
te día — hora en que ella entraba á saludar-
lo — notó que, á pesar de la total cura, Cé-
sar estaba preocupado y tristón.
Por la tarde, á eso de la oración, se pasea-
ba por la pieza, con ese andar lento é insegu-
ro del que ha estado muchos días... con reu-
matismo.
Si hermoso le parecía á Filomena en
plena salud, convaleciente la encontraba
más. Aunque un poco escrupulosa de piel,
César había tomado una palidez, que con-
trastaba á maravilla con lo negro del cabe-
llo y la barba; ésta medio retorcida, aquel
en encrespadas sortijas hacia adelante, apel-
mazado por la almohada atrás; más ojeroso
de y ojeroso por obra de la recién pasada pie-
drecilla; todo él un tanto trasnochado, estaba
el mocito azás romántico y lordbyriano.
Filomena le había mandado bordar, en go-
rro de terciopelo, con relevantes flores de guesa-
nillo y una borla, como escobo, desmayada
á un lado, el cual gorro estrenó para le-
vantarse. ¡Y vaya si le pegaba! A riesgo de
costiparse, llevaba anudado en el pescuezo,

más abajo de la tetillita, un pañuelo de se
da, cuyas puntas volantes sobre el gabán gris,
acababan de byronizar al malandante boga
tano que calzaba chinela de tapicería, pa
ra pié de antioqueño.
Filomena recostada en una mecedora,
en beatífica actitud, no acababa de pasmar
se ante aquella obra de mi Diós... ¡ con
aquel gorrito!
Al fin rompe el silencio:
— ¡ No, César: dejá esa calladera !.. Me tenés
muy entripada !... Fué sin hablar palabra ?
Es porque no-estás bien !... I cuándo estabas
malo, cómo eras tan hablantinoso ?
— Pues, alita... no sé; pero no me siento na
da mal... ¡ del cuerpo ! — contestó el joven,
terminando un suspiro y prosiguiendo su pa
seo.
— ¡ Malo... que vas estar ?... pero algotra cosa te
nés que tener !... Fué aburrido ?... Jes-tái ha
ciendo falta tu familia ó Bogotá ?
César, por única respuesta, suspiró más honda
mente que la vez primera.
— ¡ Pero válgame Diós, mijito ! Parece que huvie
ra quién sabe qué ! — exclama la tía, levan
tándose para encender la vela — Voy á traerle
la meriendita á ver si se recobra.
I salió. A pocos minutos vuelve, trayendo un
azafate, con servilletita de alemanisco, que con
tenía: tres huevos pasados por agua, en una
pailita de alambre niquelada; tazón de café,
un pan papujado y hasta una docena de
galletitas de esas de figuras y animales.
— No vaya á salir ahora conque está feo, y
que no tiene gana... ¡ Todo se lo tiene que

comer ! dice ella, colocando en un taburete
la merienda, y arrimando la silla.
— No tengo apetencia, alita.—
— ¡ Aunque no tenga siéntese... que el comer y
el rascar no tienen sinó empezar !.. Si nó co
més... mirá ! y le amaga con mucho mi
mo un pellizquito.
— ¡ Pero esa mar de cosas ! — replica él en tono
de súplica.
— ¡ No, señor: está muy débil... y si se rancha
no tiene cuándo aliviarse !... Coma y verá !
Tres güevitos se los come uno de un sorbo... Voy
echárselos en la copa como á vos te gusta...
— ¡ Tan tempranos tuja !.. Con el café tengo harta !
— No señor: los güevos primero y el café-enci
ma !.. Cuando se vaya á acostar toma su vino...
I la inexorable tía pone los huevos en la
copa. — Él se resigna y principia. Ella se sien
ta en la otra mecedora á inspeccionar.
El muchacho no lo iba haciendo mal.
— No ves como si te resbala... ¡ Es que es tan
parpiadito ! dice la señora con voz de al
míbar.
— Ahora me tenés que contar — prosiguió —
porqué son esas caras tan tristes y esa calla
dera... Yo me-he-puesto á repasar qué será
lo que hemos hecho... y no-he encontrao !...
Tal vez será alguna mala cara e María, que es
tan vinagre á ratos ?.. Si es eso no le hagás
caso !
— ¡ De dónde sacas eso ! — exclama él en
tono de reproche, dando el último golpe
á los huevos — Ni María ni nadie me ha
hecho la menor ofensa, ¡ Al contrario !... aun
que á tí no te gusta tengo de repetirte que

las finezas que recibo de ustedes, nunca las
podré pagar!..
— ¡Tan bobito qué!... Déjese de cuentos y di-
ga que tiene, porque algo tiene que tener!
César sigue saboreándose el café y cuando ha
agotado la taza, se pone en pié y da un
suspiro.
— ¡Caramba, mijito, qué poca confianza me
tiene! y sale con el charol.
César lía un cigarrillo y vuelve á sentarse.
"Ya que te empeñas — dice, luego que en-
tra Filomena — voy á abrirte mi corazón.
Siéntate y escúchame; pero no me quieras
sacar más de lo que yo quiera contarte.
El tono solemne de César la asustó.
¡Yo soy un hombre muy desgraciado, Filome-
na! — principia él, con voz que parecía eco
de entrañable dolor — Mi desgracia, Dios y
yo la sabemos y solo á ti te la confío... y
eso en parte. No te vayas á reir, por Dios!
porque esto sería lastimar mi herida!
— Reirme yo! Yo, César?... No me conoce! — ex-
clama, subyugada por la nueva faz porque
César se le presentaba.
— Sin duda tú, tan tierna, tan delicada,
como eres, — continúa él — habrás sentido al-
guna vez el amor...
Ella se estremece en su silla, los ojos se le
salen. César nota el efecto y continúa:
"No te hablo de esos amores vulgares, que
pasan sin dejar huella... (aquí se atrancó
un poco) ¡en ninguna parte!.. que cualquiera
puede sentir... No, Filomena! Yo quisiera ha-
blarte de ese amor del alma... que yo no
puedo expresar, ni nadie lo expresa; amor

que enferma... que no se siente sino una
vez en la vida... porque dura lo... ¡lo que
la vida dura!. Yo siento hora este amor... que
~~tal vez~~ tarde llevaré á la tumba ~~ta~~ cada dan-
do. Hablaba con voz pausada, cuando vi-
brante, cuando opaca y cada sílaba parecía
una perla de lágrimas, porque César sabía tam-
bién sollozar con la palabra. Cada una que
iba lanzando era para el corazón de la jamo-
na lo que el golpe del bolillo en el parche
del tambor. Y allá en sus entrañas, muy hon-
do, sentía una ansiedad, un susto, una turba-
ción y una rabia que era ella la que iba
á ir á la tumba ~~muy~~ ligerito porque parejo con esto
se le presentaba una bagatela, hermosa so-
bre toda ponderación, de una hermosura va-
ga, fantástica, que ella no podía detallar, pe-
ro que, no obstante, la estaba mucho sabría si
dándola muerte ó haciéndola enloquecer.
¿Has creído tú, mi amiga, que he enferma-
do por efecto del clima? — prosiguió César — No:
á mi me tiene así el amor de que te hablo!
... Por eso trataba de ocultártelo... Y me va á ma-
tar... te lo repito, porque es un amor imposible!
(Filomena da un respingo, César hace pausa)
¡Entre esa mujer que yo amo con esto... (se lle-
va la mano al corazón) entre ella y yo hay
un abismo... ¡imposible de salvar! Ella es rica,
inmensamente rica... yo un pobre diablo, un
infeliz, que no puedo brindarle más que mi
corazón!... más que ~~que~~ mis lágrimas!.. Por
eso me voy nomasito me alivie... donde
nunca más la vuelva á ver!
César calla y hundiendo la cabeza en el
pecho, semella gordo, cual si el dolor lo

estrangulara.
— Y ella... es de aquí, pues? — murmura Filomena con voz de constipado
— Sí! De aquí es — contesta Cesar, poniéndose en pié, tirando el gorro y estrujándose el pelo — Es de aquí...; No me puedo unir á ella y tengo que verla á toda hora!... Por eso me voy lejos... muy lejos!
— Te vas? — clama Filomena sin saber qué decia.
— Me voy! Al irme me arranco el alma... pero es preciso...
Yo conozco á esa mujer? pregunta Filomena, ronca del todo, mirando á Cesar con ojos desviados — Dímelo!
— ¡Qué si la conoces!... Me lo preguntas?... Si eres tú!... no lo ves...
— Yo!... Yo... Cesar?...; Virgen Santísima!... Yo... Yooo!
El último "Yo" fue un graznido, sintió que los músculos de la cara se le desencajaban, que por dentro del espinazo le subía una chaquira, que el cuero de la cabeza se le templaba hasta sentir dolor, después escalofrío.
Como aún de Marquez de Montero, en la "Flor de un día", representada por los Fenetres", prorrumpe Cesar:
— ¿Tanto así me aborreces... que ni una palabra me dices?
— Yo!... Cesar?...
— Tú!... Sí!... Tienes razón! Mi atrevimiento es tanto que merezco el castigo!... y se dejó caer (preso en la cama)
— Yo aborrecerte!... Cesar!... No ves qué...
¡Se tapa la cara con ambas manos se alza de

la silla, temblona agitada
¡Virgen santa!... Yo tan vieja! y se vuelve á sentar y se vuelve á tapar.
— Vieja? — saltó él — No tal!... Y aunque lo fueras! Qué tiene que ver mi pasión con tu edad?
¡Y tan fea... tan horrenda!...
— Ah! Veo que no me comprendes! — clama Ch. Fenetre, en tonito de desaliento — Veo que no sabes calificar mi amor...; que lo confundes con amores vulgares!... Mira: aunque fueras la mujer más fea del mundo, te amaría lo mismo! Aunque fueras la mujer más vieja, te amaría lo mismo! Mi amor es amor del alma, del alma!, atiende bien, de mi alma que está enamorada de la tuya!...; Belleza... hasta se vende en mi tierra al que quiera! Yo no busco belleza, ni juventud!. Para eso buscaría una querida!... Lo que busco, lo que busca mi alma, es una alma como la tuya!...; Que estás vieja?... Válgame!... Sabes quién era Ninon de Lanclos?.. Lo sabes?
— Nunca oido mentar á ese señor! — (con tufito de tercianas)
— No era hombre: Ninon era una dama de la corte pontificia, compañera de Lucrecia Borja y de Cleopatra, no? Esta mujer, á los ochenta años!, llegó á inspirar un amor maníaco, á un jovencito...; casi un cachifo! Tú, solo me llevas... algunos años...; Ya ves que el amor es cosa muy aparte...
Aquí calla y exhala otro suspiro, y luego dice con mucha amargura:
" Yo bien comprendo, Filomena, que soy un

miserable, un pobre arrastrado para aspirar á una mujer tan rica, tan feliz, de una alma tan hermosa, como tú... Por eso he devorado mi dolor... á solas. Por eso quiero poner tierras de por medio... para no volverte á ver!.. Perdona este desahogo y no me vayas á arrojar de aquí... como á un perro! Perdóname... mira que confieso mi falta!.. ¡Espera á que esté bueno para que me despidas!..

—¡César, por Dios —prorrumpe la requebrada señora, anegada en llanto— ¡No me matés! ..¡Echarte de mi casa... cuando te idolatro!.. ¿No ves que soy yo la que me estoy muriendo por tí?...

—¿De veras, Filomena me amás?.. ¿Me amás? ¿No es una burla?.. Si es burla... tú misma me matá!.. y el muy Fanático toma el revolver que tenía preparado bajo las almohadas por si acaso, y que estaba descargado por más señas.

—¡Virgen del Rosario, mi Madre! —gritó ella, asiéndolo por los brazos —¡Guardá esa arma, por Dios!.. Vos estás loco de veras!..

—¡Y cree que me estoy burlando! —exclama luego que César lanza el revólver, y como falta de aliento se desmadeja en la cama —César!... yo no soy tan rica como tú piensas. Sí tenemos; pero no somos poderosos... Pero mira: aunque tuvieras todo el oro del Zancudo!.. aunque tuviera toda la plata del comercio de Medellín!... ¡Me parecería poquito para tú!...

Tienen los medellinenses marcada predilección por El C. En diciendo á temperar — excepción hecha de los propietarios de otros campos, todos ~~quieren~~ le echan el ojo — por

Entre los alrededores de M. el C. se lleva la ~~P. d. l. C.~~ de simpatía, aun entre pers.

Si la manía que mantienen en Medellín por El Cucaracho, es de vientos, valga la verdad que está muy puesta en razón, porque en aquellos campos de Dios y la Virgen, ventea que es una gloria.

¡Y que vientos tan traviesos y libertinos!

Los que corren del Oriente al Occidente, corren á la estampida y se estrellan en aquellas abruptas faldas; los que se desbocan de Norte á Sur, ó por donde sea, pasan por allí como mano de muchacho malcriado por balaustres de ventanas. Tales ventoleras, al enredarse, alborotan las arboledas; zarandean rastrojos y sembrados; solivientan ~~las~~ enredaderas y marañas; arremolinan las hojarascas caídas; luego las lanzan, cayendo cada hoja como pajarito con convulsiones; se cuelan por las rendijas de las casas, murmurando quejas, silbando delgadito, arrancan papeles, tumban cuadros, y si llegan á arremeter contra una faldamenta femenil... ahí me tiene Ud.

A pesar de Antioqueñas, tienen las pendientes del El Cucaracho, mil corcovas, talanqueras y sinuosidades, que forman los más graciosos contrastes: aquí un plano, para una plaza, allí un morro pedregoso, de difícil acceso; en seguida un barranco, luego un repechón, que hace estar los bofes al transeunte; ¡Y cuando menos se piensa, un derrumbadero; y aquí y acullá, ondulaciones de praderas, a medio abrir, de banderas agitadas de toldas de arrieros en noche de tempestad.

El C. se lleva la p. de s. entre los alrederos de M. En diciendo á temperar, ~~toda~~ media ciudad quisiera salir por ese

Vístese el terreno en unas partes de peluche verde, como duquesa de teatro; en otras de guiñapos y remiendos hechos de musgos y yerbajos, como un mendigo; se abigarra por ahí con rebujos de malezas y helechos; desnúdase en los riscos, mostrando mataduras rojas en carne viva, escoriaciones calcáreas y polvorientas, por donde asoman los huesos de los flancos. En los dobleces y arrugas, ya se emperifolla y recarga de guirnaldas y manojos, ya la negra podredumbre de un pantano, le va comiendo como á un leproso; y luego se emboza por allá, en ropajes de realeza, con flecos, recamos y guarniciones.

Los numerosos propietarios de estas tierras, acaban de encresparlas, con los cercos de sus lotes: vallados de pedrisco rojizo ó negruzco, enmusgados y lamosos, alternan con chumbas, cercadas de maguey y de higo chumbo, alzadas de [illegible] entretejidos rastrojos, y todo complicado con las hileras de arbolado, con los cuatro alambres erizados de pinchos.

~~Sólo~~ Los propietarios pobres cultivan para consumo su pequeño terruño, rodeando sus pegujos lozanos de maíz, yuca, plátano, tal cual mata de caña, el indispensable aguacate, dos ó tres algodoneros, sin faltar nunca el higo, cuyos troncos fantásticos y estriados, más parecen cosa de flecha gótica que de planta.

Las numerosas habitaciones de recreo, ~~que allí son muchas se destacan majestuosas~~, con su pintura roja, sus siempre ~~bien~~ enlucidas paredes, sus dilatados corredores, campean por su majestad sobre el

pimpollo poblado, forrado en verde, donde algunos pedrones entre guayabos y chaquales, hacen las veces de oasis.

Tras las casas, ó a un lado, están las arboledas y jardines. Las opulentas frondas de los mangos, pomarrosas y duraznos, sirven de palio al fecundo naranjo, al ariza que muestra á leguas su escandalizó pompón sangriento, al chirlo-mirlo, q: no se queda atrás con sus espárragos amarillos. Estos, á su vez, protegen con su aristocrática sombra, la beldad tonta del hicaco, l'esprit del café, las púrpuras regias del coronado granadero. Sobre tapias y cercados, sin que necesite protección de nadie, trepa y se entreteje, siempre fresco, siempre florido, ese jazmín común, que parece concentrar en su cándida florecilla toda la esencia, toda la poesía de Flora.

Retorcido ó en zig-zag, en unos puntos, recto en otros como una calle, acá semi urbano y polvoriento, allá pedregoso y salvaje, después de partir en dos el caserío de Robledo, ~~corta oblicuo~~ el camino real corta oblicuamente la inmensa falda como un garabato de bermellón. A la vera de él hay algunas habitaciones, la mayor parte de la burguesía.

Bañan estos lugares dos riachuelos, siquiera arroyos: La Gómez, que convida al baño, é Iguaná, la pérfida, de negra historia, las cuales al descender por estas escabrosidades, se desmelenan en chorros, por los pedrones, se duermen cristalinas, faltas de aliento, en los recodos, murmuran por los fáciles declives, con murmullo de locuaces muchachas.

Mas no se crea que esto para el cuento.

Lo que constituye el encanto de estos lu-
gares, es la vista que desde ellos se disfruta.
Arriba un fondo como de engrudo tin-
te en añil, ornado de vellones de un gris des-
vanecido, que se escarmenan en un blanco de
velo nupcial. Al frente la cordillera
cuyas crestas se perfilan fantásticas sobre ese fondo,
— cuyas extremidades opuestas, hasta donde
la visual alcanza, se pierden en lejanías
azules, de ese azul color de lo infinito, esfu-
mándose en el cielo.
Risueñas casitas, espléndidas quintas, cu-
biertas de trepadoras, y entre manchas de arboledas,
ciñen los flancos de la montaña, como fes-
tón de flores, el flotante traje de una reina.
Desde el Cucaracho se aprende mucha geo-
grafía sin ir al mapa:
El Poblado, cortado por amplia carretera, con
su lindo pueblito de San Blas, ~~se~~ asomados
~~se entre el ramaje~~, luciendo sus hermosas
casas de recreo, ~~como~~ asomados entre el ramaje como bandada de garzas.
El morro de los Cadavides surge en pleno valle, formán-
do el más gracioso estorbo, como si la pro-
pia naturaleza antioqueña se arrepintiera
de haber sido tan lisa en esa llanura.
Allá á lo lejos, hacia el Sudoeste, impo-
nente y magnífica, como el sentimiento
que la elevó, esbelta como la talla de los
habitantes de esa región, blanquea nítida
~~su~~ la torre: de Envigado, la tierra de
la gente hermosa.
Por el noroeste, desprendiéndose de la cor-
dillera, curvándose, declinando suavemente
te hasta el río, cierran el valle las áridas
pendientes de "El Bermejal." Su suelo se-

co, color de mancha de fierro, escaso de vege-
tación, es parte á que resalte más la exu-
berante riqueza de los campos vecinos.
I allí cerca, como constante memento de
la humana pequeñez, se alza, de entre bos-
que de cipreses, el gran osario del "cemen-
terio de los ricos", dominando el escalado
anfiteatro de apiñadas bóvedas.
¡Pero el que mira desde El Cucaracho,
no se detiene en cumbres ni en llanuras, atraído por
el fondo del valle.
Todos los tonos del verde bordan en pri-
moroso dibujo aquel acolchado. Por el sur
~~te~~ y occidente, la sementera antioqueña, for-
ma la labor de más realce.
La caña de azúcar, con sus tintes apa-
gados, rizada por el viento, cuyas extensas,
irregulares polígonos ó largas lenguas, de
entre los cuales sobresale, ya la fábrica
hidráulica, de maquinaria norteamerica-
na, de alta techumbre y atrevida chimenea,
ora la raizal estancia, más pintoresca mien-
tras más humilde. Campos de legumbres al-
ternados, dejan entrever, de mata á mata,
el feraz negror de la tierra en que entrañan
sus opimas raíces. Entre unos y otros, agobia-
do por su fruto, tremola el plátano sus
entrelazados gallardetes de seda.
Cubriendo anchas vegas, trepando faldas, lle-
nando ~~cañadas~~ cañadas y rampones, entrelazado con
su inseparable compañero, despliega su poder
el rey de nuestra agricultura: Niño aún,
ó haciendo alarde de la crespa espiga, ó
llevando en mil envolturas el rico tesoro,
se yergue siempre altivo, siempre airoso,

sin temer al trigo compatriota, ni al yanke invasor. ¿Cómo temerlos cuando, haga sol ó llueva, sea á fuerza de azadón, ó guiando los aradores bueyes, ve siempre al gañan romper la tierra para depositar esos cien granos que Dios parece bendecir?

Deslindan estas heredades hileras de sauces, naranjos y limoneros, ceibas y palmeras, pisamos en flor, que semejan hogueras, bucaros como ramilletes de novia, y cien arbóles mejor de la vegetación que medra bajo la sombra. Cruzanlas una red de caminos y atajos, bordeados de flores, toldados de enredaderas, regados por arroyuelas.

Por donde quiera se ven chozas, rodeadas de huertas y jardincillos; amplias casas de labradores ricos, con el prado blanqueando de ganado; quintas de placer, de magnífica portada y [variadas construcción] juegos de agua, estensas pesebreras y dependencias, entre bosques de palmas mangos y papayas ~~y palmas~~. Alamedas umbrías de sauces llorones y de eucaliptus son los caminos reales. I en todas partes, la caña brava se sacude, se azota, se cimbra, enarbolando muy alto la bolda cabellera que el viento arremolina y la peina.

El Aburrá, pezazoso, amarillento, aquí estrecho, desparramado allá, se ve desde la falda, interceptado á trechos, como arrollados girones de tisú.

Sobre dalo ~~este~~ amuelle tendido se ve de norte á sur, ~~un~~ reguero inmenso de flores y tarjetas: Es Medellín, la beldad antioqueña.

Ay! Que si ese otro estorbo, ese cerro del ~~El~~ Volador, no se pusiera de por medio, viérasela hermosura en todo su esplendor, viérase como el Atrato la besa el pie y la rinde pleito homenaje.

Tán bella, tán engreida, arullada por las palpitaciones de esa naturaleza, ungida con esos perfumes, mirándose en ese cielo, sólo fiebre de amor, neurosis de poesía debieran enfermarla. Pues no, señor; Por este lado bien saludable está, aunque por otro, padece de unas tercianas yankees, de una hidropesía judáica, que no la dan sosiego. Hacedle tilín con dos monedas, siquiera sean de níkel, y la vereis estremecida, estirar la manita, engarabitar los dedos y volverla á recogerla, lanzando chispazos de la eléctrica pupila.

I un poco mas de distancia desde El Cucaracho. Vense por la mañana blancos cendales que se alzan del fondo, que se prenden en las faldas, para luego recojerse en las cumbres. Al medio día, las nubes se pasean por el cielo, proyectándose en la llanura, en los flancos de las cordilleras, cambiando las luces y sombras de la perspectiva; espejea el paisaje, con cambiantes de tórtola, de ala de paro real; el aire de cristal, deja que la crucal se pierda en lo azul; y del valle, de la ciudad, cual de inflamada hornilla, surgen esas blanquecinas, casi incoloras culebrinas del calor que, al vibrar el aire, se agitan y hacen que ciudad, campo, éter, oscilen en fantástico temblor.

I cuando en las alturas del El Cucaracho, enciende el Ocaso sus luces de Bengala, los detalles se precisan, sube el tono de los colores, aquiétase el aire, y aquella cara misma se alumbrada con esos celajes, reposa, entonces, serena, adormecida ... y tén

gase al divisador, porque cuando menos se lo piense, se le entra al alma y lo lleva al mundo de los ensueños.

Las noches de plenilunio!... De esto damos traslado á Martín Gala. Y aquí paramos de contar cosas bonitas y vamos á las feas de nuestro cuento.

Eran las más que Agustín llevaba ya un mes muy corrido de temperamento, y la mejoría no era notable.

La casa que se había arrendado, está bastante arriba de la falda y situada en una meseta. ~~[illegible] de [illegible] é incómoda, es muy solicitada, sobre todo por los recien casados, á causa de su situación~~ y ó Un pradillo cuadrangular, en uno de cuyos lindes tiene ella cancilla de entrada, la separa del camino real y de los colindantes ~~[illegible]~~. Es de número siete, con corredores en escuadra ~~[illegible]~~ mirando al valle y al sur, y en el vértice de la ~~[illegible]~~ comadre trepa un [illegible], que pestaña á ambos ~~dos~~ lados; patio ~~con~~ un tirando de piedras, sembrado de rosales y clavellinas y [illegible] ~~[illegible] de pasto [illegible] y [illegible]~~; acababa de cerrar el patio, y ~~un [illegible]~~ saltó de una teja en tu pozo de ladrillo y que ~~[illegible]~~ allégase el patio y luego ~~saltó~~ vá á surtir el baño ~~á sea en la huerta~~, bosque de duraznos y aguacates: encañas de maguey en flor, rastrojos de hoja santa recargada en todo tiempo ~~de sus~~ bor-lillas rojizas, por los cercos del inculto jardín: En medio de éste está el baño, de piedras sin labrar, rodeado de cilantrillos y helechos y casi oculto por los begonias y pensamientos que se han alzado de las eras. Los colibríes han colonizado las fuchsias, y es de verlos, eternos, amorosos, colgarse de las flores, asidos por la aguja

del pico, extraerse las mieles y luego meterse al nido de algodones, dijo estuche de ~~dos~~ tres confites, que son el delirio de los niños. Las golondrinas prosperan bajo los aleros, y, como el tiempo está tan hermoso, se alinean en los bordes de las tejas, y, muy en ello, se ponen á ensayar unas arias, que mal año para Pepa Eizandón; ¡Lo que es en monerías y lenguaje de acción, nadie les gana!

Total: que la casa es muy poética.

Que dos baños al día; que mucho sol y algo de sereno; que comida abundante y nutritiva; que leche á pasto; que brandy, ejercicio y distracciones, todo ello acompañado de gotas, cucharadas y jarabes: Tal fué el mandato de los médicos.

Nieves, constituida en patrona, trataba de que todo se hiciera al pié de la letra, sintiendo hasta gratitud al ver que ella, tan boba y tan para nada, sí podía servir y acompañar á su hermano, á quien siempre quiso á pesar del trato que él le daba. Si ella lo viera alegre, fuera feliz.

Pero Agustín, así, respirando ese oxígeno de cordillera, cumpliendo la prescripción médica, sus nervios se habían fortalecido y equilibrado, y la pena y el atragantamiento de sangre ibase haciendo menos frecuente y más benigno; pero el estado moral, lejos de mejorar, empeoraba, ennegreciéndose más el mal humor.

A las primeras de cambio, armó camorra con el colindante de abajo. Tenía éste, en un extremo de su lote, no lejos de la casa ocupada por Agustín y cerca á la cancilla mencionada, un ranchito, en que una puerca, extendida cuan larga era, a-

mamantaba siete cochinitos, los cuales, chi-
lla que chilloncis, prendían un berrinche
de todo el ^saltó^ día. Como esto incomodara al
enfermo, determinó que el vecino se fue-
ra con la música á otra parte. No qui-
so éste; insistió el otro, y, que vos sos un
tál por cuál, y que vos ésto y aquello y
que ajos y cebollas, acabaron por ponerse
peores que la pureza.
Llanto de Nieves, desesperación de Agustó,
discurso de ña Bernabela.

~~Quien [illegible] diluto el corazón y [illegible] que [illegible] á sufrir, [illegible] adquirir el hombre [illegible] criterio de la vida, [illegible]~~

La intrusa negra al ver aquellos extremos,
se pasa la mano por la nariz y suerbe, (vicio
caraterístico en ella) se plantifica delante de
Alzate y toma la palabra:
—"¡Pero, mamoité Agustín... por la Virgen!
Su merce sí!... ¡Fanté punese á confundi-
se por los dichos dese Naita!... I no ve que
jué á buscale cumbamba?... ¡Un blanco
como su mercé... ise enredar con esa gentua-
lla!... No, mamo: los negros: semos negros
y los blancos: blancos: los negros en la coci-
na: los blancos en la tarima...
—¡Es guiamí, hasta los negros me quieren
ultrajar! exclama él, tirándose en un ban-
co.
—¡Pero, mamo Agustín!... repone la ^melomenlo^ Berna-
bela, tomando asiento. Es que su mercé
es tán cansinizo!... ¡Enteramente no tiene nai-
ta e pacencia! Si su mercé no juera tán
sobao... ¡mire!: man enfermos tába!... Mire,
mamo: un cristiano sin pacencia, no tiene cuán-
do! Calcule!: si cada vez que toman, gueremo-
do enfadase... ¡María Santísima!... ¿de los diera
lapiua?... A la gente hay quiacuantale, mia
mito. Ya ve, su mercé, que mi Dios los
manda sufrir con pacencia las adversidades
y flaquezas de nuestro prójimo. I mire, mamo:
sin pacencia nuestayuno á gusto en esta vida,
porque siuno no tiene pacencia, ta molesto
á todora!... A yo me parece que si su mer-
cé no juera asina, man motivo tiabría dao

á ese niño Bengala... pa tóduesos escándalos
quihubieron!. I mire, mire miamo Agustín:
con ese incomodidá y ese flato que su mer-
ce mantiene ¡no sialibea jamás!... allá verá
que nó, maunque jiaga lo que siquiere!

Resínese, miamo, ¡resínese! Déjese de pen-
dejiar questá vidorria es asina. Mire: toiti-
cos padecemos: los ricos, los probes, los alen-
taos... ¡toiticos!, miamo Agustín: el que no cojéa
diuna pata, cojéa diotra. I ya ve: más pa-
deció El Señor, por nosotros! Ya ve los impro-
pelios y alatomias quihicieron con El! Ya
ve quiastá lo clavaron en La Cruz!... I ve-
nido á ver que lo que hicieron á su mer-
cé, en comparación desto... es comuún pica-
o e pulga!... Resínese, miamo, á la volun-
tá de mi Dios. Mire que la conformidá pa
las cosas deste mundo... tamién se necesitá
diá muchos! ¿y cuándo Su Divina Majestá le
mandó está penalidá... ¡pialgo es!, por mi
Dios, nuace las cosas pa' cuentepracia. Nacá
rezao, pues, la Corona á la Virgen?... Pos ai
dice que mi Dios mortifica más á las almas
del cristiano, ¡entre más lo quiere!... María San-
tísima, miamo, quesa devoción de la corona
siés de las cosas pa' más lindas! Cuando yo
servía en cá de las señoras Angaritas, que pa-
ré tanto tiempo, haciamos toitos en la casa,
diá tres veces por semana... Vea: si quiere
su mercé, yo voy ondella que nelimpresten
... y la niña Nieves hace con su mercé, yó,
Carmen, y el muchacho. Verá su mercé co-
mo sialivea y se le quitan esas cosas... ¡Pero
tamién tiene que proponese! No ve que se
lapasa ai pensando en la mesma pendejada...

¡Ya con nada la remedia! I pueso es
que se pone á la muerte! I pueso es que
pestá consumiendo... de pura la pesadum-
bre y la molestia que le paña. No piense
en eso más, miamito, y pégüese del manto
de la Virgen!...

Voy á contale un ejemplo, que yo lioía
contar al padrecito Grabiell Rojas: — Este
quizquera un hombre ¡muy gueno!, que se
llamaba... comuera?... comuera, mi amo?
... no miacuerdo entual; pero ai lucentitula-
ba él ~~padrecito~~ con un ncombre... ¡muy traba-
joso!... y quizquera muy devoto de La Virgen
y El Señor, y ~~que~~ tenía ¡mucho caudal! y
mucho alimal diuna yotra laya. I mi Dios,
pa ver que tan gueno era, le dió licencia al
Patas, pa que hiciera ¡toitico lo que le diera
la gana!... Fantá cómo siaprovecharía él? El
hizo perder toita la plata, sin quedale nin
cuartillo; él liapestó toitos los alimales, y no
le quedó ninguno; hizo morir toitica la familia;
le tumbó la casa y todo... y al último, le man-
dó á él una llaga ¡miamo!, quesuera den-
de el dedo grande diuna yotra pata hastél
pelito!... ¡El ¡querido!... ¡Sito de mi vida! se
la pasaba tuito el día, tirao en un bani-
gueiro, pudriéndose quiniuna mortecina... y
ninún cristiano pespantale las moscas siquiera,
porquiaquello ¡erauna gedentina que naides
se liarrimaba!... I sabe, su mercé, lo quiezo
estérna feliz? Pos á tódora, decía: ¡Mándeme
me más, mi Dios!... Mandame más, mi Dios!
... I, antonces, mi Dios, viendo que si era muy
güeno y resinao con su santísima voluntá, se
liapareció con La Virgen... ¡yal momentico

lo pusieron güeno y sano, y le regolvieron la pla-
ta, los alimales, la familia y tuito!.
Y salió, satisfecha, pasándose la mano por
las narices suerbe que sorberás. Despues de
aquel ejemplo, que más podria agregar?
Nieves quedó aturdida: ¿ Cómo en cabeza de
negra, podia caber tánto? ¡Cosa más bien di-
cha! Precisamente lo mismito que ella sen-
tía, respecto de su hermano; pero, ni lam-
ba de decirlo como Bernabela! Ah negra
para tremenda!.. Qué hubiera algunos cris-
tianos con tán buena cabeza!.. y negros!
Su hermano se habia callado á todo..
¡ San Antoñito bendito!.. que hiciera caso
Aunque sosegado en apariencia, Agustín
continuaba tirado en la tarima, tapada la ca-
ra con los brazos, en el mismo tumultuoso
abatimiento. Del ~~sursum corda~~ de la negra,
habia oido el rumor, sin parar mientes en si
eso expresaba algo. Qué iban á expresar las ba-
badas de esa negra que era tán metida!
Los incidentes de ese dia, agregaron dos no-
tas más á su tormento: él, ¡Agustín Alzate!,
un hombre tán rico, tán buen mozo; el que me-
jor se habia vestido en Medellin; él tán envidia-
do; él, porquien muchachas de lo primero, se
daban tres caidas; él ¿verse en ese estado? Una
canalla lo habia azotado! Un zambo asqueroso
lo acababa de insultar!. Y... Bernabela!.. una
negra hedionda, se atrevia á acercársele, á
hablarle de su dolor; á ponerle cartilla!... Y el
mundo seguia lo mismo; y él, Agustín Al-
zate, no se podia mover á nada: ni fuerza
para dar un paso hacia una reclamación impo-
sible, ni medios para huirle á su desgra-

cia, ni aliento para pegarle á esa negra,
ni para replicarle siquiera. Qué seria e-
so?.. Eso era la muerte. Si, la muerte,
más hoy
x ~~mas~~ mañana: sólo muriendo dejaría de
ser, lo que habia sido. Pero si el doctor de-
cia que estaba mejor? Si antes sentia más
fatigas en el cuerpo? Si aquella cosa, tán
horrible, ya no le daba tán dura ni tán
seguido? ¡Siempre era la muerte! Y si
era ¿cómo no se alegraba? Porqué ese in-
vencible terror á la muerte, cuando debia
llamarla? ¿Qué seria eso... por Dios!
Y el nombre de "Dios" lo pronunciaba allá
en su mente como un "Caramba" ú otra inter-
jeccion cualquiera.
Cuando se sintió feliz, satisfecho, encumbrado
que iba á pensar Agustín en penas ajenas?
Decimos mal: si pensaba. Que sufrieran todos,
con tal que una nubecilla no empañase su
cielo. Y al tenor del egoismo de su dicha era
el de su desgracia: abismo aquella, abismo és-
ta, más abismo acaso; que en antes las Palmas
lo perturbaban, y ahora nada ni nadie lo con-
solaba, ni de tejas para abajo, para ni para
arriba.
Nieves y Bernabela le hablaron de confe-
sion y en cuáles se vieron para aplacarlo.
Determinó que estaba en las últimas; hasta
esas bobas veian ya su muerte próxima, cuan-
do le hacian tales propuestas.
Pues, señor: más miedo, más rabia; pero que no
lo molestaran con el cuento de confesion.
A propósito de este horror y de esta resisten-
cia ~~le~~ prédica ~~al otro dia un sermoncito~~ Ber-
nabela, por un sermon ~~Bernabela~~, al

día siguiente, que fué de vida. Probable que
que ése miedo pa' morirse yesa remoleada pa
confiarse, "me empatataban". Ni por esas! pasó nada; Nie-
ves mandara mucha vela á San Antonio fué
inútil.

Agustín fué perdiendo el pudor de su des-
gracia hasta no pararse en chiquitas.
Fuera haciendo la caricatura de Jeremías, ó
la de Aquiles, se andaba por ahí con unas
cañas, unas agitaciones de niño con pereza,
de locura melancólica, inventaba las postu-
ras más extravagantes y patéticas: ya eran
las manos en la nuca, la cabeza caída,
quietecito en un rincón; ya en un andar, co-
mo bailotéo, apretándose á dos manos el
estómago; ó bien levantados los brazos, arriba
de la cabeza, los dedos trabados, como si
implorase; El cabello y la barba, crecidísi-
mos y recios, la demacración del rostro, el
desorden y abandono del traje, acababan de em-
peorar la cosa.

Las ideas fúnebres se le acumulaban de
noche y desde la oración se rodeaba de Nie-
ves, Bernabela, la cocinera y el muchacho que
llevaron para encerrar y traer leña; y aceése
hecho que durmieran todos en una misma pieza.
Una noche, fueron tantas las súplicas de
Nieves, que Agustín salió al corredor. Nunca
tal hiciera: los faroles de la ciudad, vistos
de allí, se le antojaron su propio velorio. Des-
de entonces la muerte de Mónica — única per-
sona aquí ... á esperar — se le representaba ame-
nudo, con ese recargo de detalles, que desen-
tierra la memoria, ... en un mismo
punto, y la sobreexcitada imaginación del enfermo.

componía escenas que le inspiraban hasta el histérico.
Entonces la cosa aquella le amagaba, determinán-
dose casi siempre por ... un tojo seco, rui-
doso, como chirrido de máquina sin aceite.
Entredormido veía de pronto calaveras, zancarrones
en cruz que, por fortuna se borraban al instante;
y varias veces, ~~grabada en trapo blanco~~, se le
presentaba, cuyo grabada en un trapo, la cara morena de Mónica que
ya ya le iba á hablar. Aquí el despertar con
las quijadas bailando, el pelo erizado, y sudando, el encender las velas el
levantarse todos á hacer compañía.
"Hermano, por Dios! Pero de qué le da miedo?
Voltéese para el rincón y verá como se duerme.
Nada: todos tenían que ponerse en movimien-
to. Carmen, entre bostezos y gruñidos, salía á la
cocina á hacer chocolate, Bernabela tomaba la
palabra y Nieves lloraba á moco tendido.
Pocas noches faltaba ésta escena.
El Doctor volvió: examinó más detenidamen-
te al enfermo y se sostuvo en que, ni en el
corazón ni en parte alguna, había nada ab-
solutamente, y el mismo régimen con aumen-
to de medicamentos.
— "Bea, niña Nieves — le dijo Carmen viéndo-
dola tan apurada con la medicación — déje-
se de atormentar más á Don Agustín ¡con
tanta medesina, y mande llamar á ño
Claudio Peña, porque le saque el sapo; por-
que, ¡ahí verá que es un sapo lo que se mi-
no tiene en el estógamo! No ve que cuasi
loza ea rato?
— ¡No seas pendeja! replicó Bernabela, son-
riendo — Dejá ese cuentiste sapos! ¿No te dicho
que lo que tiene mi amo Agustín?
— ¡Si ustéd leyera las cosas á mi mamá,

niña Nieves!

— Pero qué es por Dios? — repuso ésta confundida.

Carmen guardó silencio y Bernabela contestó:

— ¡Pes, niña, mayor questé mal el disilo, — contestó — lo que tiene mi amo Agustín, es pecao callao!

— ¿Cómo pecao callao?

— ¡Pes pecao callao!... Es disir quién sabe cuántos!... ¡Fauté! ¡cuánto hará que mi amo Agustín, no se confiesa!

— ¡Usté sí que saca unas cosas malucas, Bernabela! — contestó Nieves aterrada; porque instantaneamente pensó que ella no recordaba haber visto confesar á Agustín.

— ¡Mire niña!... Me pesa el disilo, pero asina jué!

— Pues no es eso! — objetó Nieves porque asimismo tuvieron dicho los dotores que lo han visto...

— ¡Fauté los dotores!... Pes ellos saberán de medesina; pero de pecaos quién ha de saber? Mire, niña: asina mesmo, pasó en Marmato, con mi compadre Adrian Giles, y resultó que era ¡pecao callao!... Tapunitas se confesó le coló el alibio. Mire, niña: se puso asina mesmo de calatérico y didiático como mi amo Agustín. ¡Mesmamente un loco, con ser que era el hombre más rasional! Taquello jué bentiale y bentiale ¡tatros calientes y medesinas duna yotra laya y nada le balió... hasta que no se confesó! ¡Mire, niña: estérico mesmo que mi amo Agustín, es eso. ¡Fauté hombres con estérias!... Si no juera pecao callao... ¡mire niña, mátenme pues en mesa!

— Pero si él que hace tanto tiempo que no se confiesa ¿cómo hace pa haber callao algún pecao, pues?

— ¡María Santísima, niña!... Pés pior! No ve que entonces, toítitos tan callaos, pues!

— ¡No lo quiera mi Dios que sea eso! — prorrumpió Nieves llorando, y reconvenida del diagnóstico; ¡Hasta semluquese el pobre, porque él no se confiesa así á ojo!

— No niña, Nieves, no crea qués lo quera, asina enteramente! — diapenas es quél Patas les emprendeja á ratos... como á mi amo Agustín. No llore, niña, que yo voy onde las señoras Anzolitas á qui siempresten unas reliquias quellas tienen de mi Padre San Pedro Clabel y dialgún modo idiamos pa que mi amo Agustín se las ponga, y verá como se confiesa... No ve que entonces el Patas se ajuyenta!...

Nieves mandó ~~promesa~~ al Señor Caído de Girardota ~~de~~ una cabeza de cera para que Agustín no perdiera la suya; y para lo de la confesión ~~se~~ dobló los rezos á San Antonio.

Como el doctor encareciera las distracciones sobre todo, ingenió Nieves cuantas á su alcance estaban: consiguió cometas, para ver si Agustín se entretenía, elevándolas con aquellos vientos tan buenos; buscó baraja para enseñarle el tute, cuento le parecía bonito que era que él lo viera: que los domingos en las mañanitas, que las ordenadas de las tres veces; que unas señoras muy bien motadas que por allí pasaban, con "sombrero de pelo"; que meriendas en la quebrada, que flores que en orillitas de la quebrada, que flores que es... Bernabela contó ejemplos, cuentos y lo otro. Bernabela contó ejemplos, cuentos de curas que "entierran" de asustos, de duendes que salían con la estaminas, de duendes que sul con la estaminas,

ra, cuando los perseguidos se mudaban; sacó
á colación al Mohan y á la Madremonte
etc. y el Patetarro; salieron las décimas de las bestias y
los cuatro corales y otras varias, aprendidas en
Marmato. Carmen mataba gallina un día sí
y otro nó; hizo nochebuena, sin ser Diciem-
bre etc. etc.

Afanes inútiles. Las ruinas no dejan de ser
ruinas, aunque florezca el jaramago.

Todos los días, recado sobre recado á Filome-
na: que Agustín malo, que Agustín peor. Na-
da. Filomena no parecía.

Nieves insistía.

"No, niña - díjole una vez Bernabela, que era
la demandadera - Yo no güelvo á decile más
á la niña Filomena ¿Pa qué? Ella no vie-
ne hasta quel niño Cesa esté de tres-ele.

-¿Pero, está muy malo, pues?

- ¡Tanté malo!... ¡Qué bastar! Pero mire, ni-
ña: malo será il decilo; pero allá verá como
la niña Filomena se casa con él... ¡Hastái
pa quereseu!

- Valientes cosas saca usté!

- ¡Mi verdá, niña Nieves!... Mi verdá.. Allá
verá, niña... y acuérdese de yo!...

Con más moderación y menos
otras veces, había vuelto Filomena á las joyas que
y galanuras. Resignose á no tener espuel; pero
si compró aquel de cielo, igualito al color que
llevaba en el alma.

¡Haber ella inspirado ese amor tan violento... y
á César! ¡Ser ella la que lo tenía enfermo!
Ante esta idea, su corazón se volvía una es-
ponja, que absorbía á puchas la ternura.
¡Y esa Nieves! ¡Qué querida era esa señora!

Pantaleón había encontrado dependiente que
la ~~sustituyera~~ por completo, y tan sólo dos veces había aso-
mado al almacén la venturosa negociante.
César, y eso un momento, retirado del servicio, y dándose gusto;
La casa era una Cápua! ~~el comedor abierto á todo~~: helados, y cerveza
extranjera á miedo; cigarros y cigarrillos de lo
mejor: pusi-café cosa para ella enteramente nueva:
frutas, las más exquisitas; mesa... ¡Válgame
Dios! El tuteo, zumbaba y el habla bogota-
na, con toda su acentuación y pureza, se
cultivaba allí, como en una academia.

Filomena ya estaba al tanto de los vocablos
más usuales.

El acento de los habitantes de la altiplani-
cie, tan vivo, tan eufónico y animado, se posi-
cionando, á no dudarlo de salón en salón.
Esos aumentativos y diminutivos, tan decidores;
la pintoresca fraseología; aquellos Ah! y a-
quellos Oh! y luego las inflexiones y flexibili-
dad de la voz dan á la conversación más
encanto y cierta variada amenidad, cierto aliño, que hacen ¡
uno prescinda del concepto y aún de la forma, por es-
cuchar la música solamente. Es esa, junto que puede hacer, en tanto que nosotros, los
antioqueños!, con nuestro desabrimiento y
destemple, con nuestra monotonía y, sobre to-
do con aquellas náticas finales, tan desairadas, tanto dá que
echemos por la boca flores y perlas, como
guijarros y tronchos de col.

En este ~~misterio~~ humilde sentó abundaba Filomena: que el
Tonito, consabido ~~bogotano~~ en apenas tanto de la merced se había hecho para gente

atortolada. Los requiebros de César, con aquello
de *dimitica*, *mi creshca* y tal, le sabían á
gloria á la apasionada tía. ¡Y lo que eran
las cosas!: ella se había demorado en casarse,
"porque mi Dios la tenía para ese bogotanito
¡tan querido! ¡Qué tal que ella se hubiera
embarrado con algún *maicero* de por acá!
¡Lástima que esas tísicas de las Palmas, se
hubieran ido de la calle, para verlas muertas
de envidia!

Ó porque se fuese acentuando la voz viva
del hablar bogotano, ó por el estado de feli-
cidad, Filomena había cogido un melindre y
un mimo en la pronunciación, que era un en-
canto. Y ¡Caracho! va, y ¡Caracho! viene, y ¡Ah!
por aquí y ¡Oh! por allá.

Belarmina, desde antes de César enfermar,
~~había~~ tomó un aire avinagrado y displi-
cente, hasta acabar por andarse por ahí re-
soletuda, sin hablar palabra. Filomena co-
gió comprender qué mosca picaba á la seño-
rita Mina, y no trató de espantársela. *¡Que
se enchivara y estirara la jeta, si le dolía!, q' se
rascara si le ardía!
Casualmente que ni la novia y el novio nece-
sitaban para maldita la cosa, de que esa ojos
de culebra de esa carilisa! ~~las acompañara~~

Filomena, así y todo, no se dejó encerrar
por el noviazgo. Si había dado de mano á
la actividad mercantil, era para tomar la
casa en [illegible].

Arreglado el casorio entre tía y sobrina, con-
vencida por él de la facilidad de la dis-
pensa, con "sólo untarles la mano á los curas",
sintió Filomena la necesidad de hacer á
alguna confidente de sus amores. ¿A quién?

mo tiempo se le ocurría que podían hacer
burla de su casamiento; y, de suponerlo sola-
mente le iba entrando una corajina que se
creía capaz de acabar con todo Medellín.
Esas Palmas sobre todo, aunque comidas de la
pura envidia, era mucha la chacota que iban
á hacer. ~~Así~~ estaba ~~[illegible]~~ sin saber á
qué santo apuntarse: si lo sabían, se reían;
y si no lo sabían ¿cómo envidiarla?

~~Filomena~~ Y, en medio de su alegría, sentía
algo allá como la vergüencilla de la vejez ena-
morada; y este pudor la inducía que de
~~[illegible]~~ guardar reserva y á hacerlo todo al santo ca-
llado. Nada, desde luego, ~~Nada~~, absolutamente ~~nada~~ decía á
los de su casa; y ni había á quién; pe-
ro á alguno, en mucho secreto, por supuesto, tenía de comu-
nicárselo: callar ~~del todo~~ en absoluto no era posible, máxime cuan-
do con alguno tenía que entenderse para
el arreglo de la ~~dispensa~~ dispensa. Y que ella sola tendría que
arreglarlo todo, porque César, con la corres-
pondencia á su amor, que él no creía mere-
cer, estaba ¡tan tímido!, el pobre, que no se
atrevía á dar un paso en el asunto. ¡Era tan
decente y tan caballero! Y había que obrar,
pues ¡tardanza! ¿Cómo cruzarse de brazos?... ¡Si
el noviazgo era una felicidad, ¡¿cómo sería el
matrimonio!

El lance no le parecía tan fácil á Filome-
na. ¿Y qué hizo? Pues fué derechito á Ña
Chepa, y entre sonrojada y satisfecha, le so-
pló el cuento. No tan sólo aprobación y pláce-
mes recibió, ~~desde luego~~, de su confidenta,
sino ~~que~~ también instrucciones sobre la conduc-
ción con César durante el noviazgo y amables ~~exhortando~~
~~consejos~~ encaminados á q' ~~hiciera~~ ningún caso de las muchas

habladurías que, desde luego, iban á levantarse.
"¡No sea boba, niña! — díjole Dª Chepa, después de mucha parola — Hágase la desentendida; deje que digan y no atienda al que le vaya con cuentos... como hicimos Agapito y yo... ¡Fué mucho el monte que nos pusieron!... y siempre nos casamos; y ya ve qué tan felices vivimos! Y de la dispensa, no le dé cuidado. Yo le hablo esta misma tarde al padre Angel, que tiene mucho brazo con el Obispo... y verá cómo nos arregla todo... ¡No es la primera que se casa con sobrino!

Y no fué esta la más fina, sino que Dª Chepa le cedió á la novia, de los que para su uso tenía, un frasco de tintura para el cabello, la cual tintura estaba á prueba de sudores copiosos y de mojadas, y ni ensuciaba el cuero cabelludo, ni la ropa, ni empegostaba el pelo; [illegible], además, encargarle los frascos que quisiera.

Conforme lo dijo la mujer de Agapito, resultó. Algo diz que gruñó su señoría Ilustrísima por la dispensa en novios tan consanguíneos; pero como para ello tenía facultad pontificia, hubo de concederla, cien pesos y doscientos rosarios mediante.

~~Tan fausto, tan plausible~~ Acontecimiento tan fausto y plausible era ocasión [illegible] celebrarse con honor y cariño, cuando mor. Así lo pensó Filomena, y dispuso un paseo al campo. A la finca no; ¿porque? para un festejo á César, la casa era muy mala, aunque había ¡aquella arboleda, aquellos mangos!; y además los mayordomos tenían una partida de chiquillos á cual más indigesto y [illegible]. — Mejor era el

Cucaracho ¿quién le diría que Agapito estuviese tan impertinente?

Esto era martes, y desde ese día principiaron los preparativos, y quedó concertado el paseo para el sábado siguiente, y la vuelta para el lunes.

¡Qué dos días más deliciosos!

¡Y César que estaba ya completamente restablecido! ¡Ah! ¡Caracho!

Del martes al sábado ¿... cuatro días en medio!, ¡cuántos! Pero ese sábado venturoso llegó, y no bien amaneció Dios, se pusieron en marcha, caminito del Cucaracho. Y

Mina, que también era del paseo, montaba el alazán de Filomena, que se había llevado para montar á ratos. Esta, que en la presente ocasión, prefirió al suyo el caballito de San Francisco, iba a pie apoyada en el brazo de César. Los dos estaban muy peripuestos: él con la muda de viaje, el casco yankee, los botines amarillos espolinados é impermeables y terciado al hombro con el garbo de Dios el flamante poncho; ella... ¡No se diga!...

Entusiasmada con los tintes de doña Chepa y viendo aquel cabello tan negro y lustroso y cada hebra aparte, resolvió modernizarlo un tanto, y, al efecto, redujo el moño, eliminando el relleno, y, arribita del morro de la nuca, se [illegible], no mayor que un níspero, arribita del morro de la nuca; el cual moño atravesó, de parte á parte, con el consabido témbleque de mariposa; pasando por debajo de él y anudándose adelante, sobre la cabeza, se echó una balaca azul de cuatro dedos de ancho; llevaba bajo una cinta elástica granate, sujetando el delantero con

mentiras como rosis; más abajo, ceñida al
caderamen y á la barriga, la falda color de
canario, con ramaje de flores y espigas, guarne-
cida en el ruedo con un pentágrama de
cintas negras; y á cada contoneo de la señora reto-
zaba la cola ya alborotada al sur; en la
mano — para que no se le aplastára el lazo
de la balaca — llevaba la gran *prava*, puntia-
da con humos de pies, muy pies barnizadas y con
mucho plumaje y muchas flores de trapo; y, por último,
fino, el chal de cielo azul, caído hasta
la cintura y recogido en los brazos. Con ser,
como era, para viaje á pié, aprisionó los
suyos en unas zapatillas del taller de las Aran-
zas que, en otras circunstancias, fueran potro
de tormento. Y como quiera que el cimiento
del patán era muy menor que el de la da-
ma, ella apenas medio alzaba la falda, de-
jando asomar, eso sí, mucho encaje y borda-
dura interior. Cesar le llevaba la sombrilla.
Filomena, vamos al decir... ¡estaba hermo-
sa! A ir descalza, fuera una heroína de
Garcilazo.

Y ya que á Garcilaso nombramos, es de ad-
vertir que Cesar, había formado del nombre
de su amada el diminutivo irregular más
delicado que inventar puede el amor: la
llamaba Filis. Y como ella tampoco se ma-
maba el dedo, aunque estába tan babosa,
retornóle á su amante el diminutivo con el
ternísimo de Sarito; ¡si el de Vega hu-
biese conocido este nombre!
Filis y Sarito caminaban tan lentamente que,
á eso de las seis, iríam tres cuadras allende
"El pimiento de Colombia." ¡Mire Ud. si la es-

sa olería á idilio! ¿Pues y la bucólica?
Iba á ser en grande: adelante de la pareja, y
agobiado por el peso de enorme *catabre*, que á
la espaldas cargaba, iba el negro asistente, lle-
vando de un lazo, y casi á rastras, á un go-
rrinillo, muy gordo y barrigudo; pues también
se trataba de matanza de marrano, con sus
corolarios de morcillas y tamales.
El ubérrimo catabre contenía los siguientes es-
cogidísimos artículos: tres capones rellenos — una
posta — cuatro cajas de bocadillo — dos id. de arequi-
pe — seis latas de sardinas — seis de mortadela —
tres docenas de cigarrillos Tomas Uribe — otra id. de pa-
nes — una y media id. de limetas Walcim Piper
y de otros licores. Idem más: la lotería de
Da Chepa, que iba cantar Cesar, con las
aleluyas y pareados de los indios bogota-
nos ... Y pare Usted de contar.

El vuelo.

"Cantar, oh Musa, la cólera deterada del hijo
de Peleo". — Homero

Decíamos que iban muy despacito. Jamás
Cesar se había visto tan contento. ¡Qué espiritual qué
decidor estába! ¿Y Filomena?... borracha perdi-
da, borrachita de felicidad.

Frisca que trisca, ora de bracero — ora separados
iban haciendo posas. En una de las vueltas
del camino, (aun andaban en el plano) Sa-
rito tendió el *poncho* en una barranquita,
al pie de un guamo, y se sentaron.
Filis se sintió pontecista, pero de ese pantéis-
mo burdo de los indios: los pétalos rojos que
llovían del arbol; un tuche, sin duda ena-
morado también, que se mecía al frente en un florido

naranjo, bocalizando por lo fino; el coro
de cantores invisibles que le contestaban, a-
compañados del rumor de cañaberales y sarna-
jos; los árboles y yerbas de la senda; ese aire-
cillo matinal, húmedo, cargado de escencias cam-
pecinas; el sol bronceando el paisaje; los va-
pores; el cielo... todo le parecía que era Ce-
sar y que Cesar era todo.
¡Qué dichas tan particulares había en la vi-
da!... ¡Que de puro el gusto se pusiera uno
arrozudo y le dieran escalofrios! Eso de querer
junto á una personana siempre era como
si emperbaran á uno... ¡Valientes ojos tenía
Cesar!, ¡Ave María!. Si se le enterraban á
uno hasta las entrañas!... Cesar era mucho
más lindo al sol.
I en efecto, Sarita tenía esa mañana deli-
ciosa un no se que muy pronunciado de tier-
no y reposado en el gesto, en la risa, en la
voz, que casi se producía como un niño con-
templado, después de una enfermedad peligrosa.
Como no: ¡el pobre había estado tan malo!
I como estaba tan enamorado!...
I á Filis se le saltaron las lágrimas.
¡Ah Caracho? ... Que tienes?... ¡Llorando boba!...
Los mofletes de Filis se retulleron con
un efquihero encantador, se inclinó y el
pañuelito de linon bordado recibió las dos
lágrimas.
¡Es que voy bajo trabajo reposo con rozetta
muy arrugada, I levantándose agregó
que no lleguemos ya dos entre el sol!
Mina detuvo el caballo y los esperó mucho rato,
para ver si Filomena quería montar; porque
de no hacerlo así... "allá viene el regaño". Pero,

aunque Cesar la instó mucho, Filomena no qui-
so montar.
"No, no! andate vos, que yo quiero ir á hacer-
ejercicio." le dijo á Belarminia
La amazona no esperó mas: abrióle camerca al
caballo, que era señoreado, atravesó la plaza y la del caserío de
Robledo y pronto subió á la casa. Salióle Nie-
ves al encuentro.
"Cómo te va, ola! — le gritó esta — I porqué ve-
nis sola?
— Más atrás vienen aquellos pegajosos... y en to-
do el dia no llegan.
— Ah porqué?
Porqué? porque están insoportables!... Te ase-
guro, mi querida, que cuando una vieja se em-
bochincha!...
Nieves abrió tamaños ojos.
Si! Ya sé lo que vas á decir!: que son cuen-
tos míos agrego sie dos luego el uno y besa voz alta que la otra, sobreanando el
caballo que estaba apeando — ¡Pero están ina-
guantables... inmorales! Te aseguro que me tie-
nen hasta los ojos! Es decir... por muy mal
que lucistes pasando con Agustó... lucías pasado
mejor que yo mil veces!... I quiai dil? Diz
questá muy necio?
— Ello algo: parece questá tan malisimo! — Me
tiene con una pesadumbre, tan grande! Quién
sabe que será lo que tiene!... Peracestá calave-
rico!... Allá verás!... eso que anoche derramó algo y hoy so
— Pues, mijita; nos peguemos por siete ane-
jos! — replica Nieves estirando el pico en señal de convicción.
I, por lo que á mi parte, no le aguanto más
aquella vieja y aquel lambón... Si vieras
al Cesar!... Después que nos metió la Gó-
mez!... Es ues la porquería más grande!

I le tiene cortado el ombligo á quella ani
mal!...
—Pero qué es la cosa? ..que ya Bernabela mia_
bía dicho.
—¡Eso mi pa sallao!... Es decir, mi que_
rida, ¡¡pero, si a nosotros nos ha de dar la
gana de casarnos como aquella boba, ¡que
nos amarren desdiahora!...
—I si se casarán, olita? preguntó Nieves, muy
—Yo qué diablos voy á saber!... Pero mirá,
óle: esés la cosa más pispa: la vieja
lo mantiene ~~to mantiene~~ prendido de las
naguas ...¡y él dejándose querer! Ella le
saca los piojos, ella le saca las espinillas;
ella lo peina ... es decir mi hijita, ni una
criada. ¡Pues cuando ha tenido cara de
estregarle las patas á veces junto, y ella misma ha lle-
vao el tompo con agua! I él..., ya man-
da en todo como el amo!... Me parece que
la plata que ti habrá sacao!... es decir!...
Yá ves siestarás sabroso!... Aunque el vie-
jo no quiera que me quede, aquí me
les rancho!... Allá no vuelvo ni á palos
¡A ver dántas rimbergüenzada?...
—¡Valgamé, Minita!— exclama Nieves con-
fundida— Eso siemprestá muy chocante... Has-
ta pueden hablar de mi hermana si llegan á saber.
—Pues por mucho quiablen, no dicen ni
la mitá!
Las dos hermanas llegaron á la casilla de
la casa y luego que entraron y que María
se apeó, se sentaron en el corredor, á plati-
car sobre el mismo tema.
Serían como las 3½, y Agustín estaba ~~en el~~
~~[illegible]~~ bañandose en La Iguana, cosa que no acontecía poco.
A poco llega el criado con las provisiones y el
marrano, chilla que chilla. Bernabela y Car-

suben á la recepción del negro. ¡Qué efu-
siones aquellas!
—¡Vea niña Nieves! gritó Carmen tomando el
puerquito por el lazo —¡Vealo que tan gor-
dito!
—¡Ah querido guestá! exclamó la interpela-
da —¡No, por Dios, no lo vayan á matar tan
chiquitito!... Habíase injusticia... Pobrecito!...
—I dirigiéndose al criado, agrega: "I todo ese
canastao, ¿quiqués, comida, ola Vangelista?
—Si niña contestó el zambo con socarronería—
¿No ve que son los cuidos pa Sarrito?
—¿Quién es Sarrito?
—Ajá! Pes quién? ..Pes el niño César!... ¿se-
ña mis comaelfa le dice?
—Es pa que bea, niña Nieves! dice Berna-
bela triunfante. ¿No se lucía?... Es pa que se le crea, á estos
los potajes negra (~~[illegible]~~) que le traigo!
El negro descarga el catabre, Nieves levan-
tó el paño que tapaba la ancha boca y es-
ma.
—¡Virgen santa!... Pero cuantos días se van
a estar, pues?
—Pes tres meses! contestó Evangelista— Pero no
ve qué al niño lo que le gusta es dia bastante y
dia bien güeno!
—¡Antiene cómo será eso! murmura la negra, son-
riendo— Es
—¡Ese es el tragón más grande!— repone María—
¡Ya se ve!... Ya que Dios lo trajo andiablás!
—Calla tu boca, ole. Está si ques! dice Nieves
mirándola con ojos de súplica
—Eh! Lo porque no has visto; ese la tripa
más ancha, De jincha fué que se enfermó!
Los tres criados se secaban de risa, con "lo
ocurrente que era esa niña".

—¡Pes el niño Cerra, si se la saca, pues! — y aquí
el sorbido fue en grande.
—¡Ave María, mama, es quese niño es tan pre-
cioso!
Agustín tosió en el corredor del baño, y Nie-
ves dijo:
—Vaya, Mimata salúdelo, bien cariñosa!.. Pe-
ro no le vaya á decir questá acabao, porque se
moja... Ni tampoco le diga que nostá mala,
porque se moja, tambien... ¡Nusté sabrá cómo!...
—Como le va hermano — dice ésta, avanzan-
do á Agustín, y le estira la mano — se-
ñal en ella de mucho acatamiento.
— Toy muy bien! — contesta el otro con ca-
ra de hiel y vinagre, y dejándola con la
mano estirada — ¡Sumamente bien con las
visitas que me ha hecho usté y mi sia Filo-
menaaa... y muy pagao de su manejo... Mu-
chas gracias mi siá Belarmina!
— Vea, Agusto: no me culpe! — repone la herma-
na con humildad muy bien fingida — Si
viera: muerta de gana de venir á estarme
con usté siquiera una semana... Pero cómo
hacía? Con el achaque de la damita, Fi-
mena no me ha dejao resollar... y ella tam-
poco ha tenido [tiempo] jamás pa ir á la tienda! ¡Fi-
gúrese al pié dél!
— Sí! Así me lo figuraba — dijo él con
voz y cara de alteración — ¡Esa albondigo-
na, tan indolente y tan descomedida con
uno!... ¡Esa melindrosa... á ese muerto de ham-
bre sí sabe jonjolear!.. Y pues aquí meneán-
dose!... Eso es lo que yo no me trago!...
— ¡Eh, hermano: Y usté questá pensando?...
¡Si Filomena está perdida, ¡perdida! por ese
caremuñeca y él tambien le floréa!.. Eh si
usté supiera!...
Agustín dió un corcobo, castañetearon los
dientes de porcelana, saltaron los ojos, la
cara se puso en rebullicio.
— ¡Asies la cosa! — articula con vozarrón trémulo
— ¡Pues que vengan aquí esos cochinos... pa
tener el gusto de zumbarlos!... Una vieja
que puede ser la agüela de ese muñeco, me-
tida en amores con él! Ah indecente!
¡Por eso era questaba tan querendona... por-
que le cayó en gracia desde que lo vió!
¡Nieves! ¡Nieeeves! — aulla frenético.
Esta acude al momento.
— ¡Andá cerrá la puerta e golpe y traeme la
llave!
— Pa qué, hermano? No ve que nestó llegan Fi-
lomena y Cesar.
— ¡Andá cerrámela y traeme la llave... o te'a-
cabo! y levantó la mano.
— Pero, hermano!... No siasí! — suplicó la
muchacha, dirigiendo á ellos una mira-
da de queja.
Un testarazo sonó y, como siempre, Nieves sa-
lió á obedecer, enjugándose las lágrimas.
Pero Agustín, poseido repentinamente de una
como actividad, se le adelantó y él mismo
echó la cerradura, y se guardó la llave. De
vuelta luego echar á las dos hermanas á
la sala, y cerró con llave la puerta que
da al corredor, exclamando:
— ¡Verá pensando esa condenada que va
á venir á enamorar aquí?... ¡Que vaya
á la quinta... con ese verraco!..
Y en seguida salta al patio y grita:

¡Bernabela!... ¡Carmen!... ¡Juan José!... En-
tren tódos los questén en la güerta... que
voy á cerrar!...
-¿Luego que contiene, mamá Agustín? — pregun-
tā Bernabela, saliendo de la cocina.
— ¡No tengo que date cuenta!
En cuanto los cuatro negros estuvieron
puertā adentrō, Agustín cerró la que
comunicaba la cocina con el solar, tran-
cándola bien.
— ¡Ahora sí que se brinquen pu'el valla-
o y que se salten la tapia... que aquí los
esperō! — y torna á la sala como un
cohete.
¡Pero vean la viejorra!... — clama lue-
go paseándose á paso largo. ¡Y tán seño-
ra que se quiere hacer... y tratando
de ñapangas á tódas las que ve!... ¡Más
ñapanga quella!... ¡Ese pelao... ese lam-
beplatōs hambrientō!... ¡Tán orgulloso y
tán papelero y de limosna!... ¿Perversa
bestia tirá loca?... ¡Y quien la ve: tán usu-
rera y tán ladina pal rial... y tódo se
lo va a entregar á ese muerto dihambre!
— ¡Ah! Eso sí, hermano — interrumpe María.
¡Si le vieras los mimos con él y el lujo!
¡Me parece que lo tiene cubiertitō de
platā!
— ¡Ah canalla! — brama el otro. ¡A eso fué
que vino aquí ese maula: á ver quien lo
tóu nos pegaba y saber que se puede cuñar!
— ¡Pero si es ella que lo ha sonsacao! — re-
plica Belarmina triunfante — Usté ni eso,
hermano por un momento quél la pue-
da querer?

— ¡Y que se le da á ese pícaro — casase con
su agüela... y mamase con tódo! — contes-
tā el fierribundo.
Agustín, el espejo de los egoistas, hubiera te-
nido muy á mal, el casamiento de su hermana y
compañera, en cualesquiera circunstancias;
pero en las actuales, prevenido contrā ella,
por la conductā con él observada y vien-
do en César como un usurpador, no era
rabia, no era despecho lo que sentía. Era
un sacudimiento, un choque tán violen-
tō, que súbitamente rompió ese á mod manera
de sortilegio que lo encadenaba. El ano-
nadamiento trocose en furor di demente,
y energias, si bien nerviosas,
repuntáron de aquel marasmo.
Calló un momentō, paseándose agitado
de la sala á las alcobas, gesticulando desa-
foramente, cual si de los musculos de la
cara le tirasen invisibles cuerdas.
"Con que la nuestra tinta dos casas! — excla-
ma, al fin, dirigiéndose á Belarmina, que
sentada juntō á la ventana, saboreaba el
éxitō de su noticia — ¡Barajo!... No se sabe
cuál va más armao: si mi tía Filomena
ó ese titēr... ¡Por eso era questaba tán for-
malitā con él!... que disque lucha á pro-
teger... ¡Y yo tán pendejo, que no maliciē
nada!... ¡Ah vieja inmoral!... ¡Ya sé cuál
es la protección que le quiere dar á ese va-
gabundo!... ¡Ah maldita!... Porque me ve á yo enfer-
mo, se quiere aprovechar esa cachetona pa'
darle lo qués mío... del marchante; ¡Lo que yué
bregao y sudao tóda mi vida!... ¡Lo que mi-

ço valer tánto!... Mi plata se la darán pe-
ro á tarde!... Esa infame alfastará bien gue-
te, pensando ~~quemestó~~ me muero yo, pulçar con todo!
¡Ah boba questá esa baçamundal: mañana
¡o pó mismo!, manquesté con los parasismos
de la muerte, mando llamar un abogao
pa partirme con esa asquerosa... ¡No hace
que me lleve ~~mil~~ ó dos mil fuertes!... ¡No quiero más
cuentas con esa! Y primero lecho mi plata
al río*, primero se la pico á las marranas,
que dejarle un chimbo, un chimbo! á esa
anpurriosa. Sera por tán generosa gueá; Sí
muy generosa... de más... con los ~~?~~ ámigos della!

A medida que habla el arrebato crece.
—¡Yo tengo la culpa! —prosigue— ¡Yo la tengo!
Si yubiera cogido un garrote y hubiera dao
una tunda al besar!; Si desde que puso los
pies en mi casa, hubiera mandao á la fo-
rra!... Pero fué quesa ladrona se pactó con
él apenas me vió enfermo gumillao! Por
eso fué quese demonio de ñapanga me qui-
so pegar y maltrajó!... porque ya estaba car-
tiándose con él, diaquí á Bogotá! ¿No trá-
yeron los cuentos que sacaban del tál Bogotá?
¿Yamenaçando con que siba, con que siba?...
Por esuera!... ¡Y yo tán inocente!... Pero an-
dá, maldita!... andá que yo te ~~cojó~~ las ropas! ¡Ya te
cogí todos tus tramas!... ¡Qué tál que yo no tu-
viera mis prendas bien guardadas en mi caja
de fierro!... Estaría lora que ya se las habia
endonad todas al ~~?~~ [illegible]ante!... Pero mái
fuese el tál Pinto..., hijo dun saltaidor!, ¡có-
mo sera de ladrón!. ¡Allastará ese bandido
usando mis cosas!... Hasta tendrá ya lle fal-

sa... pabrime mis comodas y mi escaparate
y bracear con todo!... Hastén mi cama siabrá
acostao ese mugroso!.. Pues me voy! Ma-
ñana mismo me voy..; manque sea en ha-
cama!.. No hace que me muera en el
camino!... Yo mando por un carguero de lagen-
cia que me lleve en una silla...; Que vayen
á robalo al correo!... Bandidos!... Asquerosos!

~~Su voz retemblaba en la casa~~, Era su accio-
nar ~~tán fuerte y precipitado, que Nieves~~
~~estaba tamañita, pensando cuando se apo-~~
~~reaba él mismo ó aporreaba~~ á alguno. Su
voz que retemblaba al principio, se fue en-
ronqueciendo, tan así como el actor de
pulmón debil, cuando declama una lar-
ga tirada. Al fin, tánto le faltó la voz, que
no producia sino sonidos inarticulados, espas-
módicos, á veces como gruñidos de cerdo acu-
sado, á veces como los silbos que da el cami-
nante, para cobrar aliento. Sus ojos bailaban
inyectados de sangre. En su vida Agustin
habia hablado tán seguido, ni de esa ma-
nera.

El auditorio ~~estaba aterrado~~, inclusive Ber-
nabela, estaba aterrado. Nieves sollozaba en
un rincón.

Y era la mas negra que Agustin, habiendo to-
mado una llave —muy grande por mas se-
ñas— y cada uno de los espectadores espe-
raba su llavazo.

Eso parecia un terremoto.
Asomara por allí el coco de Bengala y fue-
ra la del tigre y el burro amarrado —tal
pensaba, al menos, la negra Bernabela.
A poco se oyeron unas voces que gri-

taban: "¡Carmen!... ¡Nieves!... ¡abran!". Las llamadas permanecen clavadas en su puesto.

Nieves: se repiten.
Agustín, que tal oye (?), se precipita á la puerta, abre y sale á todo correr. Todas, sin darse cuenta de tan repentino cambio, salen tras él. En un soplo se pone en la cancilla y abre. Sarito aparece, saluda, y va a dar la mano á Filis para que suba y un trancazo se oye, y el galán, aturdido, tendido, por el casco que se le hundió hasta los ojos, cae redondo, contra el palo del camino. Filis da un chillido y va hablar; pero antes que lo haga, Agustín larga la tranca, saltó allí y la coje por los gañotes, con la siniestra mano y con la diestra le arranca la para (?), le destarata la moña, la agita del chal y la sombrilla, q' unos tras otros vuelan al corral de la marrana; y luego la acogota contra la tapia. César (?), aturdido, espeluznado, cabeceando, echando polvos, ternos y chispas, se levanta y va á defender á su dama, á tiempo que Nieves y las negras acuden en terrible chillería. Agustín suelta á Filis, empuja las negras hacia adentro, y, como si en su arrebato razonara, ase con violencia la cancilla, y, á todo golpe, se las manda á los novios y los arroja al camino. Cierra á las volandas y en cuanto se guarda la llave, grita: ¡Arrastrados!... ¡Ladrones!, ¡Vayan á enamorar al infierno!

Corre á la casa, va á tirarse en la barraca, ve el catatre, se da cuenta de lo que es, y á patada abierta al corredor [illegible] y ... aquí fue el horror de los horrores... ¿Usted no ha jugado el juego de prendas que se llama el vuelo? Pues aquello fue lo mismo: Que vuelen los capones, y volaron los capones. Que vuelen las botellas y las botellas volaron. Que vuele el pan, y voló... y así cada [illegible] fue volando, unas al corral, otras a las mangas, cuáles á la Iguaná.

—"¡Por la Virgen, hermanito! —clama Nieves— ¡Es un pecado muy grande botar la comida mi Dios!... ¡Muy grande!, ¡muy grande!"

Más grande el afan de Agustín. Nada se salvó: la lotería de Da. Chepa, cartón por cartón, hecha por [illegible], voló también. El suelo quedó como escarbado de gallina, con los cigarrillos de Dn. Tomás Uribe en añicos; Wiliam Piper se estrelló contra las piedras. Bocadillo y Aniquepe rodaron pelotiándose, falda abajo.

Los negros chillan y comentan; Nieves llora; los gallinazos, los perros y marranos se alborotan por esas mangas; Agustín se tira en la cama desfallecido; el encerrador acude á disputar con los animales el rico botín; Minta, de todos en la baranda, serena inmutable, abriendo más sus ojazos de abismo... no dice nada.

Entretanto, Sarito, repelado de la furia, sudoroso del largo caminar, empolvado el traje, trata de consolar á la desemparejada Filis que, sentada en una piedra del camino, anegada en llanto, medio se compone las prendas.

Eran cosa de las diez y media. A propia hora, y pasado el aturdimiento, emprenden la vuelta, con aquel resistero de sol; él, quejándose de un golpe en el hombro; ella en cuerpo y en esas zapatillas de las [illegible]

gos. ¡Y lo que son los sarcasmos de este mundo!: mientras la pueрera y su siete infantes se hartaban de ...al y sombrilla de capon y bocadillo, Tilio y Sarito iban desfallecidos de puro el fatigón.

En Robledo, donde no había un hotel, compraron dulces, que ella de la vergüenza que tenía de verse tan destrapada ni aun comió. Pero sí tuvo que comprar unas alpargatas; porque como Agustina la había pisado tan duro... y, después de tanto esconder el tamaño de sus pies, tuvo Sarito que llevarle las zapatillas, amarraditas en un pañuelo.

Tal acabó el idilio.

Al día siguiente, muy temprano, recibió Agustín una carta escrita por el novio y firmada por la novia, en que le pedían de oro y de azul. Por ella lo llamaba la prendera á liquidación, tocando, como se ve, á una puerta que se iba á abrir.

De todo lo cual, resultó que en la gallera comparecieron dos rabulillas, de aquellos de memorial á peseta y una argucia en cada renglón.

"No rebuznaron en valde el uno y el otro alcalde"; pues tanto y tan recio se mellaron que la partición se hizo á todo vapor, sin que hasta ahora se haya podido averiguar cuál de los deslindados, quedó ~~más~~ quejoso del otro.

Y es preciso hacer constar que Filomena, se manejó con mucha "hombría de bien."

¿Qué será?

Por la agitación de tanta gente, parece cosa de pronunciamiento. ¿Serán los rojos? No; porque á éstos, tan afanados como los otros, no se les ... susto. Ni tampoco son los Velistas; porque los rostros burocráticos están más de pascuas que de al; y si pronunciamiento fuera no bajinara por esas calles de Dios, ese mundo de mujeres. ¿Se tratará de de alguna comunión de jubileo? A buen seguro que anduvieran más en calma. Pero es cosa de llevar la lengüa afuera de puro correr.

Sonar de faldas y tacoreo femenil, se oye por todas partes, con lo que queda dicho que mujerío alborotador, no es el de la plebe. Aunque éste se entrevera también en el concurso, está en minoría, ó al parecer. Tampoco los varones se están muy quietos, que muchos cachacos andan embelecados, envueltos en el embolismo; y en tiendas, talleres, oficinas y esquinas todos están en espectativa, é indagando con los transeuntes qué será de ello. Gentes que no se conocen, se interrogan, se hablan como antiguos camaradas, vinculadas en ese momento por la general expectación.

Como es sábado, — día consagrado por el uso, para el aseo y arreglo de almacenes y talleres — se oye un barrer y un sacudir vertiginosos; pues hasta la escoba y el trapajo sacudidor están apurados en este día de los afanes.

La muchedumbre que afluye á la plaza principal, se mete por la "Calle del Comercio", y, engrosada por la que sube y baja

la de Ayacucho, toma la dirección de
San Roque. La plazuela de este nombre tiem-
bla; se estremece el humilde palacio episco-
pal; sus puertas crujen al empuje de esta
creciente humana. No son ya las espumosas
oleadas de la crème y ~~las~~ del empuje del
heterogéneo sedimento de la ciudad. Desde
luego que el cuerpo embolador, invitado na-
to á todo bureo publico, está allí, con los
útiles é ingredientes de su industria, dando
caracter al concurso, enredando con gestos y
piruetas de payaso, con el refrán en boca,
con la cuchufleta maliciosa, sazonada de
color. Las demandaderas comerciales, apre-
tando el canasto de compras y mochachitas,
comadrean con parola animacion, á la
vez que atisban todo y avizoran el sexto supra
dicho. Las criadas que van á la compra del
mercado, alternan en en una y otra parte. Los
mendigos — fugados de los asilos — lucen allí sus
pingajos de rabo de cometa, las patas de palo,
las muletas, sus llagas y su mugre.

Entre el sordo rumor de la creciente, se
perciben los codazos, la réplica agresiva y
furibunda, el exaltado altercar: cuando me-
nos es que la moza del partido, á pretexto
de la empujón ó la incomodidad, da en que
entender á la niña de mirada límpida y é
inmaculados labios. El chal de seda ó el en-
caje de la rica mantilla se enredan de los
botones del [illegible] inmundo, si no en la mano
cerna de algun lechuguino mujeriego.
Ya la gente no cabe en las bocacalles, y to-
davía llegan jadeantes y sudando mu-
chos rezagados. Señoras hay que, en su te-
mor de no alcanzar, [illegible] cambiar de
calzado, y van con las chancletas caseras, con
un dedo asomado.

¡Para asomos ese dia! Por la plaza, el co-
mercio y San Roque, en puertas ventanas y
balcones, en cuanto [illegible], están apre-
tadas las señoras las niñas y las criadas he-
chas un [illegible]; pues en casa alguna hay
posadas para tanta gente. Los pequeños se este-
ran; ~~los talles se~~ apoyan los talles sobre
las barandas, y á no ser porque las antioqueñas
son tan equilibristas, muchas se fueran de
cabeza á la calle. Las de más atrás, encara-
madas en taburetes, quisieran volar.
Milagro será que las madres carmelitas,
no pongan escalera y se asomen también
por el tejado.
Que será? Si tan siquiera hubieran dado
programa...
"¡Hoy sí és el dia que se calienta mi tia
Manuela! — dice una dentadera á su in-
terlocutora — Desde las seis me despachó pal
mercao!...
— Eh! Ajala que se calienta! — replica
la interpelada que no era otra que nuestra
amiga Bermubela — Nosotros tambien semos
gente y las gustá ver. Yo tambien tengo que
pegar pata pal Cucaracho, antes di almorzar
yo... ¡Pero sin ver esto no me voy!
— Y vos si creés que yo mitad?... Pero acaba
me de contar... Y la casa tá cerrada?
— Cerrada! Pues no te igo que todas tamos
aquí en el Cucaracho... ¡Pero mirá, ole: están
ta linjunia que le aparaó á esiembre quias
ta sialinao!.. ¡Ave Maria.. si eso parece el

Judas en aquella casa!.. A conformestaba de
flatóso ~~ta~~tagora e violento! ...¡Pero que te pa-
rece: quistá á mi padre San Cerapio, que
tenía alumbrao la niña Nieves lo rumpó á
la marça!; Una imagen tan patente que bien
prestó una señora!..¡Feito se salió del enmar-
cao y en tris que lo rompe! Desde el dia
quejó los casabatea con los ruidos pal niño
Cerca tásina e caliente. No te ago, pues, ques
questá endiablao! Mira: ~~si~~ no fuera porquesa
niña Nieves es tan guena ..; ya lo hubiéramos
largao pai Carmen!..; Tenes quiotra cosa es
ver cómo es esa niña!

– I decime ole: porque será quese niño tan
bonito, se fue á casar con doña Filomena
..tan viejona?

– I preguntás? Pes por la pluta!.. Por la
plata baila el perro..; Fante con cada la
quella tiene!..¡Se jué más contenta con
su trajo é muchacho!... ¡Que tal tenía que
con lo pescada qué me dió mi cincuena-
payó, yotra pa Cármen!.. Fambien jué que
ya fui la única que miacomedí ayudale a
preglar jiambre y todo...¡La plata! ¡que lle-
varon .. es decir!..

"Ya vienen, ya vienen! - se oye gritar.
La muchedumbre se agita. Los embolado
res redoblan en las cajas de su oficio. La gra-
mujería salta. Todos se empinan. La bolsa
del barrio se zangolotea y grita: ¡Hije prestas!

Por la esquina de plaza, asoma la cosa.
Apenas se distingue, por entre el gentío, una bu-
llera de sombreros de copa, muchos plumajes
y un bulto blanco. La cosa, empujada
por la gente que la sigue, recorre en dos por

tres la primera cuadra; entrada en la se-
gunda apenas se mueve, detenida por la tur-
ba, que allí se agolpa. Al ir á voltear la
esquina de la plazuela, intervienen los gen-
darmas, y, bayoneta en mano, logran abrir
calle. Los detenidos avanzan. Los ojos se
abren y algunas bocas también.

El momento es tan solemne, que la mu-
chedumbre se serena: óyese el ~~t~~ pisar de las
señoras, lento, acompasado, y de botín nuevo;
y allá, como vientecillo retozando en los mai-
zales, se percibe ese cosquilleo de las faldas de
seda. Al fin se puede ver!. Qué delicia!: ¡Fi-
gurines de verdad!.. Cada galán con su dama:
Ellos, uniformados con la flamante ceremo-
niosa vestimenta, es á saber: cola de pájaro
y pantalón negros, lo demás como merengue,
menos los zapatos y el sombrero, que relum-
bran que ni azabache. Ellas completamente
desuniformadas y cada una un ~~[illegible]~~ altar
de Corpus: en la [illegible] estás de morado, aquella de verdoso
color de rosa la una, color de natilla la otra;
cuál lleva sombrero en forma de cedazo, cuál
uno como plato lleno de flores; quien va mitra-
da y con borloquepe de cintas, y todas [illegible]
gas y escurridas como Santa Ritas de sacris-
tía, y con unas cinturitas que ya [illegible].
Porque sabemos de buena tinta que allí van
las Palmas y Bermudez, podemos asegurar-
lo; pero, imposible conocerlas!. Pues y don
Pacho? ~~[illegible]~~ Don Pacho de corbata blan-
ca ~~[illegible]~~ y guantes!

En cuyo brazo se apoya la novia; y tal va
ella, que muchos la comparan con un
angel. (comparación tanto más adecuada, cuan-

te la desposada tiene en cada hombro,
un promontorio de trapo, á modo de alas.
El velo abullonado en la cabeza, prendido
con las flores de naranjo, flotando por de-
trás, flotando por delante, flotando por los
lados, la envuelve como en neblina ma-
tinal. Y tiene usted el ángel entre nubes.
No va ni arrogante ni encogida, la sonrisa
del feliz frunce ligeramente su boca; sus den-
tecillos, al decir de alguno, son cosa del cie-
lo; y en las miradas que de cuando en cuan-
do echa al público, á través del etéreo em-
peine, es como si dos estrellas se filtraran.

Pero no es la indumentaria nupcial, ni
padrinos, ni el ángel, ni las estrellas lo
que más cautiva la pública atención; Es que en
el matrimonio de venimos tratando, y en la
persona de Clementinita Escandón, se ha re-
suelto uno de los problemas más difíciles y más
trascendentales para el buen tono antioqueño.
Es el caso que en Medellín, á pesar de
nuestros pujos de civilización, contado es toda-
vía el capitalista que gaste carruajes propios.
En casa de don Pacho, con ser de las primeras,
no los había y Doña Bárbara se puso en mila-
gros: ir el acompañamiento matrimonial en esos
armatostes de alquiler, llenos de remiendos y
de averías, ¡imposible!; conseguir prestado con
los que tuvieran, ¡no en sus días!, que fueran á
pie ¡era la más negra! Cierto que aquí, tan-
to novios como padrinos, van á la iglesia en sus piecitos á
la iglesia, sino que por eso dejé de echar su más
chismes; pero se trataba de aquellas dos va-

ras de cola, de aquella lengua de moaré, forra-
da en golillas y rizados. Alzarla, á más de in-
cómodo, era quitarle la gracia á la novia; y de
sólo figurarse, Nada Bárbara que aquello fuera
á barrer los polvos y lodos de la calle, le daba
la jaqueca. ¿Qué hacer? Bien podría ella á Bárbara
poner á la mulata dientudera como una es-
clava de oro, para que llevara la cola; pero ne-
gras sí que no metía ella, en la danza ... ¡ni á palos! Kalas!
Faltaban dos días para las bodas, solamente, y todo esta-
ba apuesto y arreglado, excepto el cuento aquel.
La señora se desvelaba; pero el terrible rom-
pecabezas, tenía de encallar en la de Doña Bárba-
ra El campero de la Calle de Escandón. A lo
mejor del insomnio, se le vino el recuerdo del
Buen Pastor del Carmen, tal cual lo arreglaban
las monjas, no hace mucho tiempo, para la pro-
cesión de Ramos. ¿Cosa más linda que ese
niñito Jesús, paradito en el extremo de las an-
das, teniéndole la punta del manto á Jesús Gran-
de? El problema estaba resuelto.
A falta de un Niño Dios caminador, Doña Bár-
bara, se fijó desde luego en Tina, la penúltima
de sus hijas, niña de nueve años, muy juiciosi-
ta para todo, y á quién, en la casa, llamaban la
"Mona" por ser blonda. Levantóse con el alba, y,
á propia hora, despertó á la niña, en mala hora, y, provista
de papeles y de una piedra de agua de naranja,
principió el emparapetamiento general de la cabe-
llera de la niña. Terminada la labor, cofiada que
fué con un pañuelo, y notificada de no asomar ni
á la puerta, hasta el gran día, la acometió Do-
ña Bárbara con el traje de primera comunión de
la muchacha. Hilvanando aquí, prendiendo allá,
un frunce en una parte, un rizo en otra,

pronto estuvo trasformado el característico ajuar.
Llegado el día, vueltos tirabuzones los papelotes, a-
rreglados el velo y la guirnalda de rosas artificiales, que-
dó la niña mitad novicita, mitad ninfa, y doña Bárbara harto ufanada de su invento.
Consignado este rasgo para eterna remembranza,
prosigamos...
Sin sombrero, con mucha seda y diamantes, detrás
de la novia y de bracero con el novio, iba la ma-
dre, instruyendo y dirigiendo, a media voce, a la al-
za cola. No pocos eran los enojos internos que sufría la mamá
al ver que el gentío no dejaba obrar como ella deseaba,
pues, aunque, tanto la novia como la niña estaban
muy industriadas, no era fácil regularizar la marcha
de las dos ni ponerse a justa distancia, de lo cual
resultaba que novia, cola y alzadora se volvían un pe-
ñusco en que la niña se perdía, la cola se arrastra-
ba y la novia se empeñaba; o bien que se apar-
taban tanto que cada cual tiraba de su lado,
con tales estirones que si no estuviera la falda
ya estaba en talla da a conciencia, quedaría
la novia colitrancha.
La comitiva entra, al cabo, al palacio episco-
pal y los gendarmes quedan defendiendo
la frontera.
Y mientras que Su Señoría Ilustrísima lee
la epístola de San Pablo y bendice la pareja,
hagamos nosotros los mal educados, ponien-
do oreja a lo que unas señoras conversan en
un balcón.
¡No, no, niñas, por Dios!... ¡Qué primor! — ex-
clama una señorita de treinta y dos, aseguran-
te a su señora — ¡Esto es un [illegible] lujo!... ¿Vieron
que [illegible] que llevaba?... ¡Qué
cintas tan encantadoras!... ¿Se fijaron en

pasadores con que tenía prendido el velo?
¡Es una piña de diamantes!... ¡Y esas pulse-
ras, por Dios! — Le aseguro que Pepa va
preciosa!...
— ¡Más es bella que otra cosa!: va bien pues-
ta; pero preciosa... ¡no! — repone otra señori-
ta cuarentona y pobretona — Y ese aderezo
es el de las Bermúdez, que se lo prestaron.
— ¡Eso sí no, mijita! — protesta otra — Yo
misma lo he visto con mis ojos!... Se lo
mandó la madre de Gala y es un aderezo an-
tiguo, de mucho mérito!
— ¡Alguna vejez del Cauca... que son tan pasa-
dos!
— ¡Pues, no, niña! En esta semana leímos en
"La Moda Elegante", que las joyas antiguas
se están usando mucho! ¿No es cierto, mamá?
— ¡Ah, sí! Muy de moda... Y aquí tienen la
manía que joyas no se usan.
— Pues a mí me dijeron las Londoños — ob-
jeta la otra — que en la Exposición no se
veían ni aun aretes!... ¡y ya se que aca-
ban de llegar de Europa!... ¿Pero no vieron
las Palmas... tan metidas en dacena!
— ¡Pero, si son madrinas, niña!
— Pues no debían haber aceptado si ha-
de estar menos que las demás!... Yo no me
metía en una fiesta de estas, con traje
de raso de algodón.
— ¡Raso de algodón!... Si los trajes son de
¿chalí de seda... ¡lindos!... lindos!
— ¡Pues peor! porque unas costureras como las
Palmas no se deben meter en seda!
— No niña! observa la mamá — Pepa les regaló
los cortes y ellas los hicieron.

—¡Pues yo no recibía esa clase de regalos!
—¡Juú! —dice doña Chepa, que también estaba ahí— Gatuo nou come churros porque nou dere.
—¡Eso será el gato!... ¡Pero yo no soy gato! —contestó la cristacana, roja de ira.
—¡No niña!... Es una chanza!
—¡Será chanza; pero de muy mal gusto!
La señora de la casa, viendo armada una muy gorda, cambió el tema y dice á doña Chepa:
¡Ah, usté, Chepita!... ~~Estuvo~~ disque estuvo también de madrina... ¡y nos guardó el secreto, por no convidarnos!... ¡Así se hace con los amigos!
—Pero ¿qué querías, ala! Si eso fué, en un secreto!...
—¿I eso porqué?
—¡Cosas de Filomena!... Como Cesarito vivía en la casa, determinó no decir nada, para que no hablaran.
—¿I dizque es muy buen mozo ese joven, mi sia Chepa? —pregunta una niña de diez y siete.
—¡Es una lámina, mija!... ¡Una pintura!... Ya se que Gala tiene fama... ¡y no hay comparación!
—¿I dizque hubo mucha oposición en la familia de Filomena? —interroga otra.
—¡Pues no!... Cosas de Agustín que está tocado... Es un maniático, más necio que una disentería!... ¡Cosas de viejo solterón!...
—¿I fué esa mujer parda que vende junto á los Rojas, la novia? —exclama la cuarentona, haciendo extremos de admiración— ¡Virgen Santa mi madre... esa tendera? ¡Pero ah celebre!
—¿Le parece muy raro? —replica Dª Chepa, amostazándose
—¡Sí me parece muy raro que una vieja ¡tan vieja! se case.
—¿Sí? ¿Conque las viejas no se pueden casar? ¡Pues yo la veo á usté muy puesta en razón... con los hombres.
—¿Yo, mi sia Chepa! ¿Yo? (en extremo turbada) Yo... ¡está muy equivocada!... I puedo ser hija de esa mujer.
—Pues el ramo del Dr Puerta —interrumpe la señora de la casa, volteando de nuevo la jáfa— es una cosa encantadora! Aquí lo vimos de paso... ¡Le sale como en cincuenta pesos!... el portabouquet no más le costó treinta y dos fuertes, onde los quijos es de electro-plata; ¡preciosos!... de este alto! (se mostrando más arriba del taburete) Todo el ramo, que es inmenso, es de jazmines del Cabo y otras flores; muy bellas!... I dizque encargó flores hasta Tomsón!
—¡Pero qué le parece mamá —repone la niña de los treinta y dos— que me dijeron las Duque, que el ramo que mandó "El Pomo" es mucho más bonito... con las tarjetas de todos y enorme!... Ave María, niña! (dirigiéndose á enojada) ¡Han pasado con ramos por la calle... que no figure!... ¡Me parece que no caben en la casa!
¡Muchísimos niña! —dice una señora que estaba en otro grupo— Me dijeron que las Fragillo habían hecho más de treinta para de canas ~~tas~~... I dicen que los regalos son lindos... y muy valiosos!...
¡Serán como el aderezo antiguo! —dice con retintín la enojada.

—Vea, niña!... I la aspirante principió á hacerle una lista de regalos y regaladores, que la dejó turulata. ¡Valiente memoria!
I volviendo á doña Chepa, dice:
—Usted también tendría que mandarle regalo á su ahijada, no, mi sia Chepa?
—No mija: nada de regalos!... Así les mandé una canasta muy bonita con durazno de Rionegro y unas... Eso fué todo, mija.
—¡Muy bonito regalo!
—¡Pues siquiera se come, niña!—dice doña Chepa, y dirigiéndose á la dueña de la casa: ¡Antes fuimos nosotros los regalados! Filomena le mandó á Agapito una cartera, ¡preciosa!, y á mí me regaló este anillo. (Mostró uno de esmeralda, puesto en el anular de la derecha.)
—¡Muy celebre, Chepita!
—¡Muy finito!
—¡Será de mucho mérito!—replica la de los cuarenta—porque es joya antigua!
—¡Aunque no fuera!. Es un cariñito de una amiga que quiero mucho.
—I diz que se fueron para Bogotá, apenas se casaron?—pregunta la señora, alarmada otra vez.
—Sí, ala: se casaron ayer hizo ocho días y se fueron antier por la mañana... ¡Muy contentos!

La niña de los treinta y dos, continuando la cuestión palpitante, dice:
—¡El ajuar es cosa que una necesita un día para verlo! Casi todo es extranjero, y lo que hicieron las Laros... es encantador! ¡En letreros no más gastaron doscientos pesos! ¡Ahora si vieran esos bordados de los cojines y almohadones! El traje está forrado en pro-¡todo entero!... Es el más lindo que ha hecho Cecilia Arango! ¡Ahora las joyas, mi querida!: siete aderezos completos! ¡pero que piedras!... Los aretes y el pasador que le llevó primero Gala, son tres solitarios, que bastan! I dicen que la casa del Poblado, la casita chiquita de don Pacho, donde van á pasar la luna de miel, la tienen arreglada ¡con un gusto!... Fíjense con el lujo de mi sia Bárbara.
—¡Primera vez que oigo decir—prorrumpe la del contrapunto—que la suegra es la arregla la casa, y no el novio!
—Yo le diré, doña:—contesta la señora de la casa—Esa es casa de mi sia Bárbara. Como Gala se va pronto con Pepa para el Cauca... cómo se iba á poner á comprar muebles y á arreglar casa?
—Pero, ala, cómo fué este casamiento ¡tan tonable!, después después de la oposición de don Pacho?—pregunta doña Chepa. Pues no se Chepita bien: dicen
—¡Eh, es que ustedes no saben como es Pacho!—salta, metiendo la cucharada, una señora de medio pelo, muy amiga de alardear de las relaciones y parentescos con la gente grande.—Yo, que sé las cosas de Pacho, les puedo asegurar que es el hombre más particular! Vean: desde el prin

cupió le gustaba mucho Martincito; pero
por darles en qué morder á prima Bárba-
ra y á Pepa .. ha sido todo! Veam..
_Pero no dizque iban á depositar la mu-
chacha? interrumpe doña Chepa.
_Eso sí; ¡iba haber depósito! responde
la emparentada, muy satisfecha del in-
terés que despertaba su intimidad con gen-
te tan nombrada. I hubo mil peleas
con Pacho! .. Ah! Pacho! Si ustedes le oye-
ran contar á mi prima Bárbara las bola-
das que se echó! .. Pero después, entre el
doctor Puerta y el padre Angel, pudieron
convencer á Pacho, y convino después de
mucha brega, con tal que demoraran el
casamiento unos días ... ¡Pero eso sí: diz-
que puso verde á Martincito, que le
tenía ¡horror! .. El y Puerta nos han con-
tado en casa. Eso fue ... en Noviembre
ó al principio de Diciembre. Si: cuando
salieron al campo; y entónces fijaron el
casamiento para ahora en Julio. I como
Martincito, se fué en esos días para el Cau-
ca, corrió aquí la flota que había deja-
do colgada á Pepita.
_¡Aquí se creyó que volvía! _dijo la niña
rasiosa.
_¡Los que no conocen á Martincito! ... Ese
el hombre mas desente! ... I con lo enamo-
rado que está! ... Era que tenía que ir preci-
samente al Cauca, á arreglar unos negocios
muy ingentes con la madre .. ¡Si apenas
~~ ~~ hace diez días que vino!
I dizque es muy rico? _interroga la de diez
y siete.

_¡Millonario, niña! .. Millonario
_Pero de muy mala familia _afirmó la
señorita cuarentona _¡Dizque es un ña-
panço!
_¡Ave María, mi querida! _exclama
la señora noticiera _¡La única que lo di-
ce! Se conoce que no conoce á mi prima
Bárbara! ¡Iba ella á ser tan gustosa si
Martincito no fuera de una familia tan
noble?
_¡Pues pa' que lo sepa es un zambito!
Hostigada doña Chepa con la niña esa,
exclama con cierto tonito:
¡Ya se quisieran muchas un zambo de
esos!
_Piss! dice la niña con desprecio _¡Para
casarse con una tusa .. tiempo sobra! ..
¡O bien casada, ó bien quedada!
_¡O bien quedada! repite doña Chepa
alargando bien las sílabas.
Continuó el tema de los regalos y ramos,
haciendo cada admiración, que ni para
los escozores de la niña aquella. Rogas, ta-
pis, sombreros, trajes pontrafes, fajas y todas
las elegantes chelindrinas del famoso ajuar,
todo por sintensis y analis, fué descrito, co-
mentado y puesto en las nubes. Mientras
á aquel entusiasta mujerío se le volvía
la boca agua, la señorita brava, se sostuvo
en su sistemas.
Sólo el regalo de las viejas patronas de
Galita, por humilde sin duda, ni se men-
cionó siquiera. Era ~~n~~ un juego de fundas pa-
ra almohadones y cojines.
No bien se arregló el casamiento en cuestión, ar-

mó Paula el tambor, y, en los ratos de
de vagar, ayudada de los anteojos, diose
á la tarea de bordar un archipiélago
de ojetes y unas ramazones en relieve, que
formaban una cosa allá como letras. No
menos diligente Marucha, alcanzó de la
cornisa de escaparate, donde se empolvaba
luengos años hacía, un aparato cilíndrico,
tamaño como atambor de guerra, relleno de
paja con funda de diagonal, fruncida en
las bases ~~del mueble~~, como maletón de
viaje. Luego tomó tela, alfileres y unos
bolillos hechos á torno, y, recordando sus
buenos tiempos, estableció sobre el mueble
aquel un telar. Era un pepemanejo de pa-
los, un prender aquí y soltar allá, tan com-
plicado y poco rendidor, que otra que
Marucha, diera al Diablo la invención.
Pero la perseverancia era su virtud, y así a-
quel encaje de tela de araña, salió al fin
con todos sus floreos, con el cual pudie-
ron las viejas completar el regalo de boda.
Pepa, supo estimarlo en su verdadero valor.

Por fin el acompañamiento, volvió del pa-
lacio episcopal, y ya los desposados venían
de bracero, pues en Antioquia, en tratán-
dose de brazos ó abrazos, sucede lo que an-ta-
ño en Madrid:

....

"Aquí no se mira bien,
Que los novios se lo den,
Antes del solemne lazo.

Y las mismas apreturas los mismos nerones. (resacus)

III

La casa de Don Pacho, recién enlucida y pin-
tada era un mare magnum. Desde el zaguán
se respiraba un ambiente jarioso de azuce-
na y jazmín del Cabo que emborracha. Me-
sas, cómodas y consolas como bazares: ramille-
tes, canastas, tarros de flores, soncos con por-
celanas, cristalerías, espejos, lámparas, estuches,
electroplata, peluche. Una red sutilísima
de hilo de plata envolviendo aquel mun-
do de flores blancas, que por lindas y virgi-
nales que sean, siempre han menester su pi-
quito de metal. Los criados, mandil al hom-
bro, vecinas y parientas van y vienen por todas
partes, éste con un bacín alambrado, aqué-
lla con un frutero, quien con botellones. La
chiquillería de vecinos, correteando por corredores
y piezas con ese zapateo de los niños endo-
mingados, curioseando, mirándolo todo. Las señoras
del padrinazgo, otras que tales: no bien el sé-
quito entró á la sala principiaron á regarse
por toda la casa, sin tener tiempo ni de qui-
tarse el sombrero, mirándose de paso en to-
dos los espejos. Algunas vecinas íntimas é
íntimas de Pepa, en son de felicitarla y ver-
la, entran á mirarla toda de cerquita, á elogiar-
la. Aquí los apretones de manos, las risas y
las admiraciones. Pepa tiene que ponerse de
frente, de perfil, de tres cuartos; tiene que cami-
nar con la cola, levantar el velo. La una le to-
ca los azahares, para ver si son de verdad ó no;
otra pasa las uñas por la falda para oír el
crujir de aquel trajo. ¡"Primoroso!" "Bello!" "Encan-
tador" se oye como granizada. Y Doña Bárba-
ra, en ascuas, pensando que los trapos de Pe-
pa iban á quedar hechos un cochambre, con
tantos manoseos y sobijos. Martín es [illegible]-
do al corredor, felicitado y examinado, un-

que con menos tocamientos. No se sabía
cuál estaba más lindo de los dos, sien-
do opinión unánime entre examinadores
y examinadoras, que nunca en Medellín
se había visto pareja como ésta. Ya to-
do esto, la plebe invade el zaguán y se
agolpa en las ventanas.

Como quiera que el cuerpo examinador, echara
ojos muy expresivos al comedor, hubo Pepa
de invitarlo á que entrase á verlo; y una vez
entrados, el entusiasmo se desbordó. ¡Un peda-
zito de cielo! El ramo de fulano, la barquilla
con vela de blancos pétalos, abarrotada de jazmín;
las canastas de las menganitas con sinnúmero de
"Ilusiones" y desmayos de terjentada Mibaza(?);
la frutera de electro-plata, con la torre Eiffel encima,
construida de azucena y heliotropo; el maci-
zo jarrón de "El Pomo", con el monumental
~~copa~~, culebreabreado de lazos y tarjetas; el cen-
tral, como un obelisco, multicor y alegre, re-
saltando ~~entre~~ aquella blancura, cual Pepa en
la calle entre tanto colorín. Las licoreras de es-
peltos batallones y cerco de copas en forma de
tulipán; las talladas hojas de parra, con ra-
cimos y manojillos; ~~los budines y pasteles~~
~~imitando volcanes con erupciones~~ á Etnas y
Vesubios de pasta y espejuelo con erupciones
de azúcar y papel; Pablo y Virginia fundi-
dos en jalea ~~gelatina~~; sendas mitras de servilleta
en los puestos; cerca á los ramilletes menudos ~~sendos tarjetones~~ con calcomanías
de pajaritos y flores y el nombre del convidado
dibujado con purpurina. Mantelería, tapiz,
colgaduras, araña, tapis, sillas, esto, lo otro
y, eso y mil cosas. Total: "lo más lindo
que se ha visto en Medellín."

Después de tal veredicto, cómo dejarlos ir con
la manos limpias?

Entre veras y chanzas, y como cosa con muchachos,
el uno tuvo su brazo ~~su~~ durazno el otro, zu-
tanita dos corozos, menganita tres almen-
dras, y así cada cual su cosa.

Despachada aquella gente y después de una
libación, principió el desfile de pa-
rejas para el comedor. Mucha ceremonia
y estiramiento al comienzo; pero aquello
se fué alegrando, y Dn. Pacho tarzando(?) rimas,
que al fin no quedó hembra(?) en el co-
medor.

Doña Bárbara, de brazo con uno de sus yer-
nos, y los novios de bracero también, y con el Dn. se escurrieron para la calle.
La gente no saciada, los siguió, hasta la
"Fotografía artística", donde se entraron.
~~En la mesa en que escribimos, está la tarje-~~
~~ta imperial de canto. Lo que nos roza~~
~~A la vista tenemos el grupo, en tarjeta im-~~
~~perial, regalo de nuestro amigo Galula et~~
~~fuer de artista. El fotógrafo más que retra-~~
~~tos hizo un cuadro. Pepa en pie, mirando~~
~~á lo alto, la cola extendida adelante,~~
~~cual si en su marcha triunfal hubiera la~~
~~persona~~

En la mesa donde escribimos es-
tá el grupo, regalo de nuestro amigo
Gala. El fotógrafo, más que retratos, hi-
zo un cuadro: Ella en pie, el velo levan-
tado, al cielo la mirada, en las manos
el devocionario, la cola extendida hacia
adelante, cual si la hermosa
detuviera su triunfal ~~carrera~~ y volviera ~~vuelto~~ atrás
para contemplar los ~~el pasado~~ y darle adiós;

Él, apoyado ~~en brazo~~, en un barandaje, llevando el nupcial ramo y extático ante ~~su~~ ella. Fluido de amor parece envolverlos; el fondo ~~[illegible]~~ lontananza; allá, muy lejos, en ~~[illegible]~~ suave pendiente se alcanza á percibir ~~una~~ senda sin cruces, sin abrojos, una senda que ondula, larga, muy larga... ¿Será la de de la gloria?

¡Al almuerzo ó como se llame, que fué larguísimo, hubo muchos convidados. Los discursos (la mayor parte improvisados de regla en el caso por quince días de anticipación), ~~tan de~~ ~~[illegible]~~, corrieron muy varia suerte. Unos tál cual, otros con dos ó tres soluciones de continuidad, otros con muchos remiendos y algunos del tódo fracasados. El doctor Pueblo, tán sabihondo y tódo, no salió con nada.

Creíase ya que la ~~[illegible]~~ iba aguándose muy bien parada, en tán solemne ocasión, cuando á esas, ~~trágica~~ un taburete por allá en el extremo de la mesa y un convidado se pone en pié. Toma la copa, dirige en derredor una ojeada tribunicia, mira á los novios ciceronianamente, carraspea un poco y... ¡tente piquito de oro!

Principió desde el Paraíso, pintando tódo aquello tán nuevo, y tán fresquito; siguió luego el casamiento de Adán y Eva, celebrado "en el templo grandioso de la naturaleza", y desde allí se fué viniendo, se fué viniendo... hastá Martín y Pepa.

Acabó, echóse al cuerpo el trago y... ¡en un tris se vino abajo el comedor!

Un convidado, medio espiritista, dijo que Castelar había encarnado, en vida, en el brindador; otro que tenía ¡mucha mecha!; don Pacho, entusiasmadísimo, vociferó: ¡"Este es el cuero más cuadrado... hastái!; tódás las señoras preguntaban pasito quién era él, y hubo que hacer biografías.

~~A tódo esto~~, Galita, á tódo esto, bregaba por recordar un pedacito de la de Byron, para contestar algo; pero... ¡ni hebra!, por lo cual tuvo de quedarse hecho un perro mudo.

¡Qué talento tenía ese bobo de Mazuera!, ¡Valiente inadvertencia tán grande no haber arreglado con él alguna cosita para la contesta!

Sí, señor: Mazuera era el brindante, ¡Y estaba, días hacía, en grande amistad con don Pacho!...

Como á las cuatro y media, atrayendo mucha gente á ventanas y balcones, atravesaba la "calle de Carabobo" una lujosa cabalgata, en medio de la cual iban los novios: Martín, con traje color de perla, caballero en Manzanillo; caballera Pepa en la yegua retinta del Dr. Cuesta, y mucho más bonita que la amazona descrita por el Padre Valenzuela; un cerco de flores los rodeaba, pues cada jinete llevaba su ramo. Y como lo mas usado en Medellín, para estos casos, es coches, ahí la caballería está á dar más tono al casamiento; todo lo cual fué ideado también por doña Bárbara quien se salió con la suya.

La tarde estaba azul, cristalina; los sauces y cañabrabales del camino cantaban [illegible]

pasados, brindabales el naranjo con sus aro-
ma; y hasta las palomas revoloteando
por ahí querían abanicarlos con sus plu-
mas...
[illegible] El Collado, bajo cortinajes de
[illegible] y curazao esperaba el nido.

———

Cuatro meses han corrido desde el matri-
monio de Filomena. La luna de miel,
Sarito suyo, esa Bogotá tán ruidosa, tán
culta, tán regocijada, tienen á la señora
de Pinto entre si sueña ó no sueña. Opina del
séptimo sacramento lo que el Apóstol
del cielo: "Ni ojo vió, ni oreja oyó".
¡Cómo se puede gozar de aquel modo, sin
morirse! ¿Cómo se pudo vivir sin casarse?
¡Y ella que perdió tanto tiempo!... ¡Ahora!
Viven todavía en la casa de Juanita,
en un cuartico coquetamente alhajado,
con muebles de alquiler, porque César no
quiere que compren nada mientras no
tengan su casita propia. Filis ve á sus her-
manos-suegros, á sus sobrinos-cuñados al través del
cristal rosado de la felicidad. ¡Sentía más
querida!
Juzgando por sí misma, no alcanza á compren-
der cómo en persona humana, puedan jun-
tarse á los deliquios del amor, los talentos
para el negocio. Lo que fué ella, en prin-
cipiando á negociar con el corazón, ya no
sirvió para más; Pero su Sarito se juntó

todo +. ¡Qué hombre! ¡Qué marido!
Todo el capital, llevado á Bogotá en [illegible]
y sonantes, lo maneja Él, haciéndolo
producir, cual si se tratara de cosecha sem-
brada la víspera.
Aunque él quiere que ella tome parte en
todo y dirija, ¡ella cuándo! — César va á
poner Monte Pío; César va á comprar ha-
cienda; César va arrendar el Hotel tal; Cé-
sar va celebrar con el Gobierno el contrato cuál;
ha hecho éste y aquél negocio, impuso tan-
tas y cuantas sumas, y esto y lo otro. Qué ha-
ya q' acontezca [illegible]; Pues estaría bueno
que ella se pusiera á alumbrar un talento
de esa clase! Pues qué ¿¡toda la plata su-
ya no es de Sarito!? ¿La ternura de ese
hombre, las complacencias de ese espejo de
los maridos, puede ella regatearla?
✓ El no tiene otro anhelo que el de ella contesta [illegible] que
[illegible]: él, á papá, á
las niñas, la aprecia á todos [illegible]. ¡Y qué
percha, y qué elegancia! El modisto Torres
ha metido la mano en aquellos trajes.
La amabilidad, la insinuación, la cultura
del trato de gente bogotana, la comedia
social tán bien representada y con tanta
baramolla, todo lo toma Filomena textual-
mente: en aquellas sabanas, al pié de
aquellos dos cerros ha amontonado Dios
un gentío exento de las lacras humanas,
amasado de pasta de ángeles. En Bogotá sí
la quieren á ella y sí la estiman en
lo que vale. ¡Gracias á Dios que ha
dejado esa mugre de Medellín!
Si ella y Sarito se hubieran quedado

allí. ¡Bah!.. Sería tanto como dejar dos pa-
cillos de diamante tirados en la boñiga.
En Bogotá plantarían sus lares y penates. ¡Ah!.. !
Ésta era el fondo, para colgar ese ~~marco~~,
lienzo de ventura conyugal, enmarcado en
oro, que Ella y Sarita iban á ofrecer...
¡Ah! si la vida no se acabara nunca!
La dicha, ó las aguas bogotanas — que es-
to no está bien averiguado — principiaron
á dañarla del estómago; y como al prin-
cipio nada dijo, resultó que, cuando fue-
ron á poner remedio, ya el daño era
mucho.
Cambio de clima y leche nada más, recetó
el médico. Al instante César buscó una casa
mejor dicho posada en casa
en la sabana, donde las aguas eran muy bue-
nas, llevó dos vacas y luégo á Filomena y
á una hermanita, para que la acompañara. De
día permanecía en Bogotá por exigirlo así,
los negocios; pero en cuanto los despacha-
ba, al galope tendido para el campo. No
tenía vida en la ciudad sin su mujercita.
Esta mejoraba mucho y ya se pensaba en
el próximo regreso.
Al [illegible] le ocurrió un negocio en Villeta
Villeta ~~[illegible]~~, y mandó á papá para que acompa-
ñara á Filomena en esa ausencia, que
sería de tres ó cuatro días. Como era la prime-
ra, á ella se le oprimió el corazón, y hasta
que lloró un buen rato, no se descansó.
César apenas llegado á Villeta, Telegrafió.
Pasaron los cuatro días y ni César ni te-
legrama. Papá vino á la ciudad y telegra-
fió á un pariente: César sólo de paso ha-
bía estado en Villeta. Pinto se alarmó y

determinó no volver ese día al campo y espe-
rar hasta el siguiente.
Esa noche en medio de un aguacero se les apareció, Filomena, á
medio loca de angustia, calada por la llu-
via. Los suegros inventaron cuanto estuvo á
su alcance, para sosegarla. A poco se en-
cerró en la pieza, y se tiró en la cama
increíblemente agotada. De repente se levanta,
busca una llave y abre el escaparate:
los tres cofres estaban destapados y vacíos.
Abre la cómoda de nogal que guardaba
la caja de hierro, y se queda pelmazada
como idiota, fija en la caja. Vuelve al
escaparate, busca, trastea, tira ropas al suelo,
abre cajones y al fin da con una de las dos
llaves de la caja, que había guardado an-
tes de irse, y que en su agitación no encon-
traba.
Pone la llave en la cerradura, pero la
saca; torna á ponerla, y no se atreve.
Al fin, con mano violenta, voltea la lla-
ve, cruje el pesado pestillo y la caja se
abre. Mira, toca: la caja vacía...
Otra vez se queda plantada.
Ni un suspiro exhaló. Cerró la caja y
la cómoda; guardó las ropas tiradas; a-
rregló el desorden de la pieza; y abrió la
puerta, y volvió desfallecida á la cama, ~~[illegible]~~.
Diríase que un soplo había pasado por su
alma y apagado la antorcha que allí res-
plandecía, helándola, ahuyentándola.
Un calambre espantoso le arrancó un
chillido. Todos corren.
Once horas después, víctima de una en-
fermedad que los médicos declararon

caso de cólera asiática, murió la infeliz.

El telégrafo trasmitió, dos días después, la noticia á doña Chepa, para que la comunicara á la familia.

Esta había regresado del campo, y Agustín, pasada la etapa del furor, estaba acaso en peor situación: tan pronto se desesperaba de tristeza, tan pronto se enfurecía como un demente.

Doña Chepa no había vuelto á casa de los Alzates, temerosa del enojo por el padrinazgo; no obstante, se apresuró á cumplir su triste encargo.

Tan inesperada visita, el traje negro, la cara inmutada de doña Chepa, no pudieron menos de asustar á Nieves, que salió á recibirla. La mensajera, después de algunos preámbulos, díjole que Filomena estaba mala; pero como Nieves no entendiera, doña Chepa le mostró el telegrama. A los alaridos de Nieves, acuden ella y las criadas. Bernabela corrió á Agustín, que estaba en el comedor, y le espetó la noticia.

—¿Qué? —gritó el hipocondríaco, apartando la taza que bebía. —¡Que se murió Filomena!

Clavó en la negra una mirada centelleante y con una furibunda agrega:

—¡Ah maldita!... ¡Ojalá se hubiera... No será! ¡Pobrecita! y se agacha en la mesa, sollozando. ¡Es imposible que se hubiera muerto!... Una mujer tan rica... que tenía tanta capacidad pa engordar!... Ese infame la mató!.. La maldita plata no sirve sino pa uno condenarse! No sirve pa nada!

—Ave María, miamito! Usté qué está mal el di-

cilo....pero bien dice la niña Mina, que su mercé v' estrenar la casa pa los locos del Mermejal...!Tantá! !no servir la plata!

- Pero decime, negra del demonio,-exclama, asiéndola por un brazo,- decime: pa que sirve?

Bernabela, pensando que la va a estrangular, se aparta; luego sorbe y dice:

— Pes vea, miamo! la plata sirve ......

Preparaba los dedos para enumerar, cuando en le portón se oyó ruido de muletas, y una voz desfallecida de anciano plañe:

-! Una limosnita, mis amos, por amor de Dios!

Agusto grita energúmeno:

—! Salí de aquí, vagamundo, perezoso!...! Tirá a trabajar si tenés hambre!

Un Ay, Jesús! se oyó, y las muletas, lentas, vacilantes, sonaron el zaguán hasta perderse en la calle.

F I N

... podi no sarà mio par uno condanase! No mai par mi!

... mamito! ... questo mal el di...

17